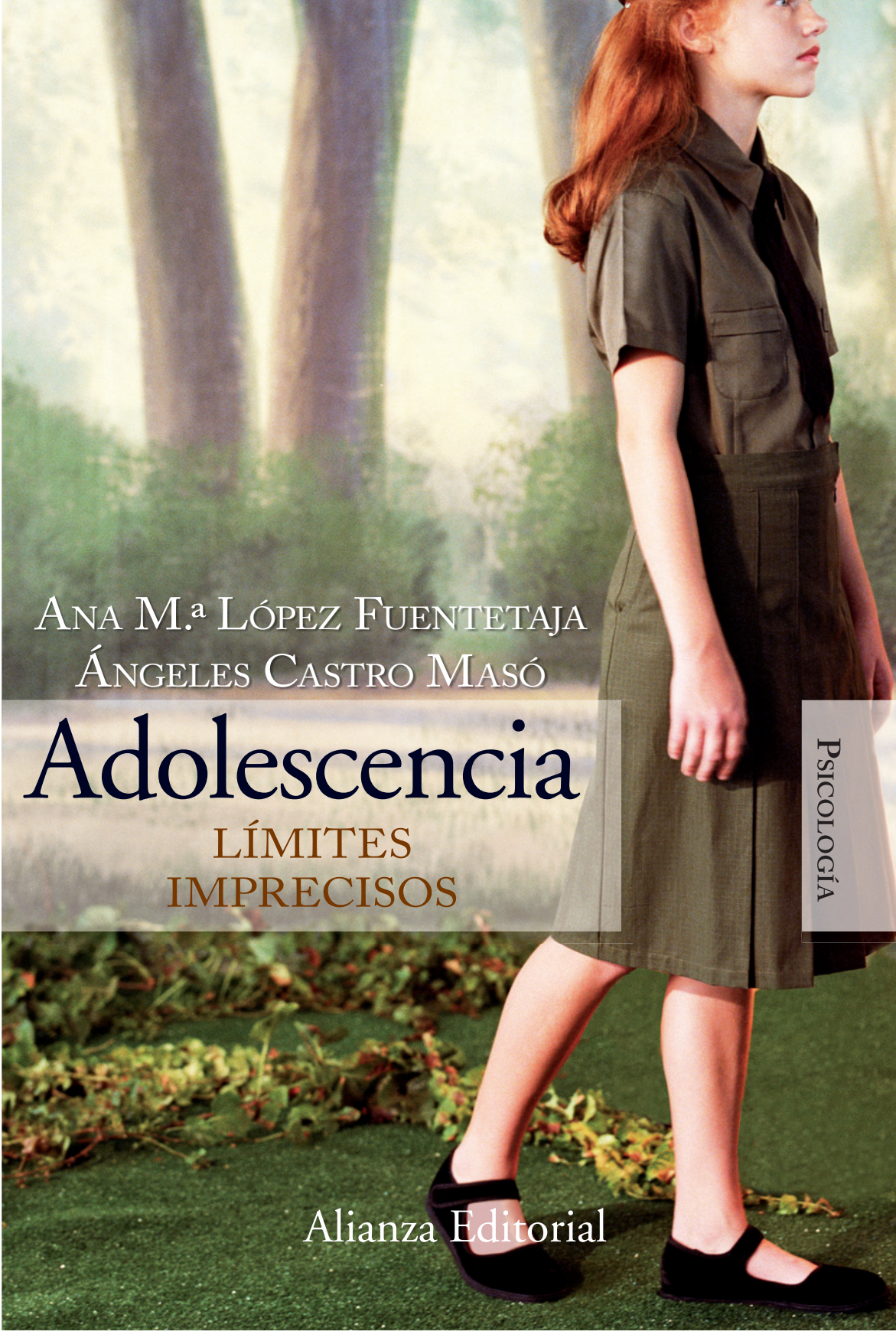


A young woman with long, wavy red hair is shown in profile, looking towards the right. She is wearing a dark olive-green short-sleeved shirt with a collar and a matching knee-length skirt. She is also wearing black Mary Jane shoes. The background is a soft-focus forest scene with tall, slender tree trunks and green foliage. The lighting is warm and natural, suggesting a sunny day. The overall mood is contemplative and serene.

ANA M.^a LÓPEZ FUENTETAJA
ÁNGELES CASTRO MASÓ

Adolescencia

LÍMITES
IMPRECISOS

PSICOLOGÍA

Alianza Editorial

Adolescencia

*A nuestros padres que, de muchas maneras,
nos impulsaron a crecer,
y a nuestros hijos que lo siguen haciendo.*

AGRADECIMIENTOS

A nuestros pacientes, de los que aprendemos cada día y que han hecho posible este trabajo. A Jesús y a Charlie. A Carmen Monge, Gema Paniagua, Elena Lobo, Merche Babío, Concha Cifuentes, Mariam Balmaseda, Encarna Benítez, Camino Cadenas, María Marcos, Teresa Castro, Lola Núñez y Luis Agüera por toda la reflexión compartida. A nuestros compañeros del Servicio de Salud Mental de Villaverde y de una manera muy especial a Angélica Esteban por tantas experiencias vividas.

ANA M.^a LÓPEZ FUENTETAJA
ÁNGELES CASTRO MASÓ

Adolescencia

LÍMITES IMPRECISOS

ALIANZA EDITORIAL

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Edición electrónica, 2014
www.alianzaeditorial.es

© Ana M.^a López Fuentetaja y Ángeles Castro Masó, 2007
© Alianza Editorial, S. A. Madrid, 2014
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
ISBN: 978-84-206-6594-8
Edición en versión digital 2014

ÍNDICE

PRÓLOGO, <i>Manuela Utrilla Robles</i>	11
1. FUNCIONAMIENTO MENTAL Y ADOLESCENTE	15
Entender la normalidad y la patología	17
El conflicto emocional y sus vías de expresión	20
Desde lo más infantil... ..	21
Hasta lo más adolescente... ..	22
La crisis adolescente y otras crisis vitales	26
2. IDENTIDAD, CUERPO E IMAGEN. ¿ESTAMOS HABLANDO DE LO MISMO?	31
La imagen como equivalente al yo	32
Imagen física e ideal	40
La mirada del otro	46
La utilización de la imagen del adolescente	49
3. EL ADOLESCENTE Y/CON/CONTRA SU FAMILIA	53
El proceso de individuación y sus conflictos	53
Parentalidad	58
Nuevas configuraciones familiares	68
Adopción y adolescencia	70
Familias monoparentales	74
Familias ampliadas	78

Paternidad y maternidad en la adolescencia	81
Hablemos de una familia adolescente	84
4. LA FUNCIÓN DEL GRUPO EN EL PROCESO ADOLESCENTE	91
Pertenencia e identidad	95
El grupo frente a la soledad	102
¿De qué hablan tanto tiempo?	108
¿Es el grupo enemigo de la familia?	113
Trastornos en la relación. Inhibiciones y fobias sociales	118
Las bandas de adolescentes: un ejemplo de patología grupal	123
5. TRASTORNOS EMOCIONALES	129
¿Por qué se deprimen los adolescentes?	130
La depresión compartida	135
Pérdidas reales e imaginarias	142
El cuerpo de la infancia	143
Los padres ideales y el hijo ideal	145
Otras pérdidas	146
Ansiedad y miedo	151
Un caso de ideación autolítica	155
6. EXPRESIÓN DE CONFLICTOS A TRAVÉS DEL CUERPO	167
Trastornos psicósomáticos y somatizaciones	171
Más verdad que mentira: hipocondría	176
El espejo de lo insoponible: dismorfofobias	180
Trastornos de la alimentación	185
7. TRASTORNOS DE CONDUCTA	201
¿Quién tiene la culpa?	201
El día a día en los centros educativos	210
Grupo y conflicto	213
El equipo de profesionales	218
La función de Orientación	226
Recurrir a lo sanitario	231
Atención Primaria	231
Atención especializada: Salud Mental	234
8. INMIGRACIÓN Y ADOLESCENCIA	237
¿Por qué la inmigración es un riesgo para el adolescente?	239
Los momentos previos	240
Los modelos familiares	241
Actitudes discriminatorias	242
La llegada	244
Encuentros y desencuentros	247
Recuperando el tiempo perdido	251

Pertenecer y no pertenecer	256
Facilitando el proceso: familia y escuela	264
9. CONDUCTAS DE RIESGO EN LA ADOLESCENCIA	271
Por qué unos sí y otros no	278
Factores intervinientes	283
¿Dónde está el peligro?	288
El consumo de tóxicos	289
Prácticas sexuales de riesgo	294
Las nuevas tecnologías y sus riesgos	302
Buscando emociones	305
Sectas	307
10. UNA REFLEXIÓN FINAL	309
BIBLIOGRAFÍA	313
ÍNDICE ANALÍTICO	319

PRÓLOGO

Un adolescente me decía: «El periodo por el que paso es el tiempo más grande del mundo». Estas dos palabras, «periodo» y «tiempo», nos permiten preguntarnos si la adolescencia es un tiempo psíquico o un tiempo social. Y tal vez para responder, dos psicólogas investigadoras, con sus conocimientos y su sensibilidad, se han adentrado en el mundo de la adolescencia. Digo mundo, cuando en realidad creo que es un universo, ya que el mundo tiene límites y el universo no.

¿Límites? Precisamente es el título de este libro, que nos transporta por los senderos de la comprensión de este periodo de la vida tan agitado.

Como los grandes conquistadores, las autoras nos conducen hacia temáticas tan importantes como identidad, cuerpo, imagen, familia, emociones, conflictos, trastornos y conductas. Y como espectadores de esa inmensa aventura nos encontramos sumergidos en los hogares de los adolescentes, teniendo las mismas dificultades que esos padres de los que nos hablan, identificándonos con las crisis de la adolescencia, sintiéndonos angustiados, indecisos, sin rumbo, con deseos de ser impor-

tantes, prestigiosos, vencedores, magníficos. Y para ser así, haríamos lo que fuese: agujerearnos el cuerpo, mortificarlo, vestirnos para que nos miren y, sobre todo, no pasar desapercibidos.

Este libro no es solamente una descripción de un periodo, una revisión de todos los parámetros que lo pueblan, sino que nos lanza un mensaje, crucial desde mi punto de vista: «escuchar, entender, contener, ayudar», tal y como las autoras lo dicen y que ilustran con una serie de ejemplos clínicos, que nos permiten acercarnos más al sufrimiento psíquico que se percibe, un dolor, a veces, irrepresentable, callado, silencioso, que va minando las esperanzas y los ideales.

El reto implícito de esta frase: «ayudar, entender, escuchar», plantea a su vez otros cuestionamientos. No se trata únicamente de identificar el conflicto del adolescente, observarlo o compartirlo. Como decía Bettelheim, el amor no es suficiente. Hay que haberse sumergido en su propia adolescencia, haberse autointerrogado sobre su mundo interno, haber adquirido conocimientos que no sólo permiten entender y comprender, sino algo más. Y a ese algo le llamamos trabajo psíquico, elucidación de las fantasías inconscientes, descubrimiento de las fantasías primarias que nos habitan y que en la época de la adolescencia se despiertan con toda su violencia, sobre todo la de la escena primaria, donde el placer de mortificar al otro es más fuerte que el sentido común.

Como las autoras nos relatan, el universo adolescente está repleto de otros universos: padres, amigos, grupos, parejas, sociedad. Y en cada uno podemos encontrar igualmente problemas trascendentales. Los padres no son perfectos, hombres y mujeres transportados por las tempestades de sus vidas que, en cada hogar, en cada familia, se especifican por problemas diferentes.

Las autoras nos los describen con toda su habilidad: cada individuo es diferente; cada familia, también. Los denominadores comunes que los unen son el estado de desvalimiento que vivencian en las crisis de sus adolescentes, la incapacidad para superar los desencuentros, ligada a menudo con el deseo inconsciente de una relación sadomasoquista: gritos, riñas, amenazas, despropósitos, insultos que representan la impotencia y la ausencia de capacidad de mentalización.

Y aquí ayudar toma su máxima expresión: allí donde no se puede hacer otra cosa que actuar-comportarse, tal vez la palabra, el diálogo, el

hablar con un/una especialista pueda permitir encontrar una luz en las oscuridades de la mente.

En muchos de los ejemplos clínicos que nos describen percibimos esas luces, esos descubrimientos de un mundo interno que parecería olvidado, o incluso, ignorado.

Así pues, este libro no solamente describe las múltiples facetas de la adolescencia. Como en otros libros valiosos, también existen otras alternativas más allá de lo dicho a través de lo escrito. En este sentido, y aunque al lector le parezca constituir una descripción detallada de lo que podríamos llamar fenómeno adolescente, en todas sus vertientes (identificatoria, familiar, corporal, grupal, conflictiva, etc.), creo que contiene una interrogación, una pregunta que se nos hace: ¿podríamos describir todas las variantes que cada psiquismo adolescente presenta? Dicho de otro modo: si cada adolescente es diferente de los otros, ¿esas diferencias pueden ser observadas y descritas en todos sus detalles? ¿O más bien lo que hacemos es reunir en denominadores comunes algunas características, para identificar esos fenómenos globales?

Para mí, ésta es una de las grandes cuestiones que se nos plantea cuando intentamos globalizar los comportamientos. Tal vez por esto las autoras comienzan su trabajo con el tema de la identidad. Identidad: lo que nos identifica y nos diferencia de los demás, lo que también nos limita y nos concretiza.

El individuo como tal y sus confusiones con los otros, desarrolladas en los mecanismos grupales, se ponen de manifiesto en las secuencias terapéuticas que las autoras nos presentan desde su gran y dilatada experiencia. Nos hablan de adolescentes con nombres propios que, como personas diferenciadas, acuden a las consultas psicológicas para que se les ayude. Y no solamente por ser adolescentes, sino por tener un sufrimiento psíquico.

El diálogo que el libro nos sugiere entre lo particular y lo generalizable, entre el fenómeno psíquico de la adolescencia en general y de cada adolescente visto en la consulta, aparece con una dialéctica más vigente al final del libro cuando habla de personalidad y de posibilidades terapéuticas.

De esta manera, el principio y el final del libro se conectan en una reflexión que desemboca en la creatividad, el cambio y el progreso, aspectos positivos de la adolescencia, esa adolescencia que se reinventa

cada día para recordarnos lo imperfectos que somos. También lo humildes que debemos ser, cuando nos damos cuenta de que al otro, a ese otro que no es como uno mismo, se le puede reconocer y respetar su superioridad, porque en muchos aspectos de la vida estamos limitados. Por eso, los otros tienen competencias que nosotros no tenemos y llegar a comprender la superioridad del otro en uno de esos aspectos es lo que nos permite conservar nuestra adolescencia, diría mejor, la vitalidad de nuestra adolescencia, para poder seguir amando lo que nos rodea.

Manuela Utrilla Robles.
Enero, 2007

CAPÍTULO 1

FUNCIONAMIENTO MENTAL ADOLESCENTE

El yo es el camino más largo.

Andrés TRAPIELLO

La adolescencia es un largo periodo de cambio y transformación. No tiene un comienzo brusco ni un final completo. Al igual que los límites de inicio son difusos, también lo son los de terminación y, en algunos aspectos, puede que no termine nunca. Suele ser definida en términos como proceso, crisis, etapa evolutiva... que nos remiten a su carácter dinámico y a su vertiente de conquista, progreso y superación.

Abarca una forma de pensar, de comprender la realidad y de interactuar con ella. También, un modo particular de afrontar los conflictos, en el que las manifestaciones y aspectos infantiles se alternan con adquisiciones maduras, dando como resultado un desarrollo progresivo, pero no lineal, en el que caben todo tipo de ritmos y modalidades. Ni la edad cronológica ni los cambios corporales darían cuenta por sí mismos de lo que supone la adolescencia, a no ser por el correlato psicológico ineludible que la acompaña y que modifica, tanto al propio adolescente como a su sistema de relaciones, en su sentido más amplio. Debido a esto, algunas personas pueden ser adolescentes, desde el punto de vista psicológico, aunque sean mayores y tengan sus propios hijos,

ya que la madurez no es sólo cuestión de años. Otras se pueden mantener en su mundo infantil, sin dar cabida al cambio, también hasta edades avanzadas.

La adolescencia pone en jaque al menos dos generaciones, la del chico y la de los padres, a veces de forma armoniosa y otras como confrontación y desafío. Al igual que el adolescente cambia la percepción de sí mismo y de sus relaciones, también la familia experimenta los efectos de esta transformación. Debido a esto, los padres no sólo modifican su forma de mirar al adolescente y la propia relación con él, sino también la de ellos mismos, como padres de un hijo que empieza a dejar de ser un niño. Pero también involucra y moviliza un entorno más amplio, como los amigos o la escuela, formando todos parte importante en el proceso.

Unos y otros aportan sus particularidades, de modo que este periodo de la vida se configura como algo único para cada adolescente.

Podemos inferir, por tanto, que los factores implicados en este proceso que atañe al propio sujeto movilizan cambios de diferente calidad e intensidad en todos los ámbitos relacionados con él, que, a su vez, facilitarán o dificultarán el proceso en sí.

La adolescencia representa para el individuo la experiencia de la confrontación entre lo que se pierde y lo que se gana, lo que se desea y lo que es, entre ideales y afectos contrapuestos, que generan también una fuerte resistencia al cambio en la generación precedente. Si el chico lucha por la conquista de su propia identidad, por encontrarse a sí mismo, los padres luchan por preservar la suya propia, que también experimenta transformaciones no calculadas, en una especie de efecto dominó que moviliza a todas las partes implicadas. Esta situación exige, por parte de los adultos, una gran dosis de madurez para no entrar en permanente conflicto.

La perspectiva evolutiva del crecimiento nos permite entender que el adolescente no se desprende de su pasado, por más que reniegue de él en muchos momentos. Lo que le ocurrió entonces está en la base de lo que le sucede ahora. Sin embargo, sus mayores posibilidades cognitivas, la nueva conciencia de sí mismo y sus también nuevas interacciones permiten una reedición de las experiencias vividas, con nuevos significados, que posibilitan su maduración y crecimiento.

La vertiente desde la que se abordará la cuestión de la adolescencia en este trabajo es básicamente relacional. Sólo desde la óptica de la

relación se pueden integrar los diferentes planos involucrados en el proceso de individuación y descubrimiento de ser diferente a otros, que a modo de reto se busca en la adolescencia.

El bagaje personal con el que el niño comienza esta etapa, es decir, sus características de personalidad, soporte afectivo, experiencias vividas... se constituirán en factores de protección o de riesgo, según su calidad. De la misma manera, el entorno cercano, sobre todo los padres, en función de su capacidad de aceptación de los cambios y grado de elaboración de su propia adolescencia, podrán facilitar o no el proceso.

Entender la normalidad y la patología

Hablar de adolescencia plantea incertidumbres e interrogantes, como cualquier otro acontecimiento que rompe un equilibrio conocido y previsible. Dichos elementos se hallan presentes cuando se intenta comprender el funcionamiento del adolescente, confundiendo a veces lo que es normal o no, en función de lo ajeno y desconocido de las nuevas manifestaciones.

Sin embargo, no existe una línea divisoria clara entre lo normal y lo patológico. Los criterios diferenciadores entre ambos mantienen también una zona neutra que aparece desdibujada y que se va a decantar en un sentido o en otro, en función, entre otras variables, de las interacciones con el entorno. Es decir, ante situaciones similares y sobre la base de dichas interacciones entre unos y otros, el resultado final puede ser diferente. Sería el caso, por ejemplo, de padres que reaccionan con serenidad y lógica ante una conducta descontrolada del adolescente, encauzando los hechos y consiguiendo su colaboración, frente a otros que con sus reacciones, también descontroladas, se meten sistemáticamente en un callejón sin salida. Así también, la propia consideración del comportamiento como algo normal o patológico puede serlo en función de dichas interacciones, siendo precisamente la interacción lo que a veces no es «normal». Como efecto de esto, el resultado puede no ser «normal», aunque el adolescente sí lo sea. Este planteamiento lleva a la exploración de un abanico de variables que no recaen exclusivamente en el chico.

Pensemos, por ejemplo, en la percepción que un adolescente puede tener en un momento dado de su cuerpo, o de partes de su cuerpo, convirtiéndose en un motivo de queja persistente hacia sus padres. Aventuradamente, podríamos deducir que es normal que los adolescentes den una importancia exagerada a cuestiones relativas a su imagen o, por el contrario, que esa queja es el anticipo de un cuadro psicopatológico. Las dos opciones son posibles, pero si no tuviéramos en cuenta nada más, resultarían simples e insuficientes para explicar su cualidad o no de normalidad.

En la adolescencia, la normalidad no significa, en ningún caso, ausencia de conflictos, ya que, como en todo proceso de transformación, dichos conflictos son inherentes al propio proceso. Tampoco significa igualdad en las manifestaciones, dado que las particularidades se manifiestan en toda su amplitud en este periodo. Así, si bien existen elementos comunes que se pueden percibir, la individualidad que toda persona arrastra desde su nacimiento, configurada por su historia, sus relaciones y sus circunstancias, hace también particular el paso por esta etapa.

En la adolescencia, entendida como fenómeno psicológico, intervienen diferentes factores que actúan de forma interdependiente. Así, lo somático, lo cognitivo, lo emocional y lo social, presentes siempre en el desarrollo psicológico humano, adquieren en la adolescencia un valor que sólo puede ser interpretado en las claves de un determinado contexto y marco de funcionamiento. A la vez, las posibilidades de interacción entre ellos nos colocan en una visión casi caleidoscópica del psiquismo adolescente. Debido a ese carácter interdependiente, las manifestaciones en un ámbito en concreto pueden obedecer a determinados procesos que están ocurriendo en otras esferas. Por ejemplo, un chico puede tener dificultad para rendir en sus estudios porque se encuentra enfermo, lo que le supone desgana y falta de concentración. Si eso le lleva a suspender sus exámenes, es posible que su autoestima disminuya, se desanime y se sienta inseguro..., pero también podríamos empezar por el final y el ejemplo sería igualmente válido.

Cabría pensar que un niño con un desarrollo previo normal y en un entorno favorecedor de su evolución tiene muchas más posibilidades de encarar con éxito esta etapa de la vida. De hecho, si no se dispone de esas condiciones previas, las dificultades esperables se pueden multi-

plicar. Así, la calidad de las primeras relaciones con los padres, junto al soporte afectivo en la actualidad, son ventajas evidentes para la consecución de este proyecto. Tampoco podemos dejar de considerar como favorecedores la discriminación de los padres entre ellos mismos y sus hijos, junto a la elaboración de su propio proceso adolescente. Padres que confundan su propio deseo y expectativas con lo que el hijo debe ser, sin diferenciar y sin poder reconocer un espacio para la individualidad de éste, añadirían sin quererlo dificultad a todo el proceso. Sin embargo, esto no quiere decir que los padres no puedan y deban aportar sus puntos de vista, criterios y experiencia como valiosa guía. Claramente, esta tarea está dentro de sus funciones paternas, pero siempre hay que cuidar cómo se ofrecen al chico sin que menoscaben el respeto hacia él.

Los procesos mentales de la adolescencia están dirigidos prioritariamente a consolidar lo que al individuo le hace único y diferente frente a otros, es decir, su identidad. En esta conquista adopta un rol diferente al que tenía hasta ese momento y también obliga a que se modifique el de las personas de su alrededor. Así, tanto la capacidad de adaptación de los padres a ese nuevo rol como su capacidad de responder de forma equilibrada ante los aspectos inmaduros del adolescente van a condicionar la consecución del proceso como normal o patológico.

En el proceso adolescente hay una parte de identidad que permanece y otra nueva que se descubre. Se va instalando poco a poco y supone una ruptura de la continuidad que altera tanto al chico como al entorno. En esta especie de apuesta que el adolescente hace por la adquisición de su propia identidad, diferenciándose del adulto, la normalidad o la patología vendrán refrendadas por el éxito o el fracaso en esta conquista, estando ambos plenamente implicados.

Esta conquista es afrontada por el adolescente con sus propios recursos. Es lógico pensar que al principio de la adolescencia estarán presentes en mayor cantidad elementos infantiles, que dejarán paso a otros más maduros, según avance el proceso. Sin embargo, la excesiva persistencia de mecanismos infantiles actuará como freno para el desarrollo de otros más evolucionados. Tampoco será éste un buen comienzo desde el punto de vista adaptativo. Así, tanto el exceso de madurez en fases que no corresponden como la presencia generalizada de manifestaciones infantiles en edades avanzadas van a ser indicadores de

dificultad, que pueden ser emergentes de la presencia de patología. Sin embargo, en ambos casos, la observación de las interacciones será absolutamente necesaria para comprender esa concreta evolución y poder planificar una intervención que favorezca el adecuado crecimiento.

El conflicto emocional y sus vías de expresión

En el desarrollo humano, el conflicto emocional está presente a lo largo de la vida y es inherente al crecimiento.

No hay crecimiento sin conflicto y la adolescencia representa el paradigma de crisis vital necesaria para el avance. Quizá en este momento es cuando más evidente se hace su función como organizador del desarrollo.

En la adolescencia, el proceso comienza con el cuestionamiento del equilibrio precedente, pero no existe un guión sobre su desenlace y resolución.

Cada avance en el proceso de crecer y madurar supone experimentar inestabilidad, desequilibrio y pérdida de la adaptación previa. La ansiedad frente al cambio y la necesidad de una nueva reestructuración interna y externa plantea conflictos, de cuya resolución dependerá el propio proceso de maduración personal.

La necesidad de continuidad psíquica y de la propia identidad se manifiesta, entre otros aspectos, por la permanencia de antiguas modalidades de funcionamiento que se integran junto a las más novedosas. No se puede producir un cambio completo. Tampoco sería deseable, como no lo es subir una escalera dejando a la vez los dos pies en el aire. Se requiere una cierta cadencia para que la caída no se convierta en lo más previsible.

El conflicto conlleva confrontación, pero éste no es el único elemento. Podríamos decir que, aunque constituya el escenario de grandes problemas familiares, no es más que la parte visible de la propia relación que el adolescente establece consigo mismo y con el entorno.

La dificultad para la comprensión de los fenómenos psicológicos que se movilizan en la adolescencia proviene a menudo de hacer girar o de identificar, de una manera un tanto simple, cualquier acontecimiento

bajo el prisma de la confrontación, entendida exclusivamente como pelea. Se puede negar así el derecho a diferenciarse, bien bajo la apariencia de que el adolescente no se salga con la suya o la de evitar esa pugna.

No hay que perder de vista que los conflictos emocionales se expresan a través de otras vías, relacionadas con comportamientos y adquisiciones propias y habituales del actual momento del desarrollo.

Al igual que ocurre en otras etapas, la no aparición de determinadas conquistas pertinentes para la edad o su presencia alterada, junto a la permanencia de factores que ya no deberían estar presentes, pueden ser indicadores de conflictos emocionales, camuflados bajo diferentes apariencias. Sin embargo, cómo interpretar esos signos y qué valor dar a su presencia o ausencia nunca se debe realizar de forma aislada, sino en confluencia con otros datos, tanto individuales como relacionales, como iremos viendo en los siguientes capítulos.

A modo de ejemplo, podemos hacer un breve recorrido evolutivo:

Desde lo más infantil...

1. *Antes de la aparición del lenguaje*, aspectos como el llanto, la sonrisa, el sueño, la alimentación, la mirada, la salud y el aspecto general del niño adquieren funciones comunicativas y de diálogo con el entorno. Más adelante, también estos signos siguen ocupando un lugar significativo para expresar emociones, pero pueden ser complementados por palabras, con las que expresar diferentes sentimientos.
2. La observación cualitativa del *juego*, adecuado o no a su momento de desarrollo y, por supuesto, la ausencia o alteración significativa de éste, va a ser un indicador clave para detectar dificultades por las que atraviesan los niños.
3. Sabemos, por otra parte, que el lenguaje queda con gran frecuencia afectado ante la presencia de problemas de diversa índole. Si bien pequeños retrasos son bastante frecuentes y también los ritmos de adquisición varían ampliamente de unos niños a otros, cuando el lenguaje queda tan alterado que afecta la *función de simbolización*, estamos ante

un problema más grave. En estos casos, el desarrollo global del niño queda comprometido, al igual que una amplia gama de aprendizajes. Asimismo, la presencia de disarmonías evolutivas significativas nos puede ayudar en el diagnóstico diferencial entre diversos trastornos infantiles.

4. También la esfera de la *actividad*, tanto por exceso como por inhibición, se presenta alterada en chicos con escaso lenguaje o que lo utilizan poco para comunicarse o en casos en que los adultos con quienes se relacionan tampoco lo utilizan como principal elemento de comunicación. Debido a esto, se pierda la posibilidad de que el lenguaje sirva como fuente principal de regulación de la afectividad y del comportamiento.

Entre estos casos cabe apreciar un gradiente entre lo que podríamos denominar un niño temperamentalmente inquieto, hasta otro en el que la impulsividad y la conducta desorganizada dan la voz de alarma de mayor gravedad en sus problemas.

Por otro lado, un niño tranquilo puede manifestar bienestar, mientras que otro que habitualmente no reclama, que está con frecuencia tumbado e inactivo y no manifiesta interés por lo que le rodea, nos puede estar diciendo a su manera que algo no funciona.

Hasta lo más adolescente...

1. En la adolescencia, la *dimensión sexual* y la toma de conciencia de ese *cuerpo cambiante* confieren a éste abundantes posibilidades para representar, significar o expresar conflictos.

Al igual que ocurría en la etapa de recién nacido y durante la primera infancia, pero con otra dimensión bien diferente, el cuerpo se convierte en el mejor escenario donde representar lo que todavía no puede ser asimilado de otra manera: intranquilidades, desconciertos, malestares, etcétera.

El descubrimiento de ese cuerpo que se transforma lleva a la hiperobservación y a la vigilancia. Es el momento de las quejas, pero no sólo en cuanto a su imagen. El cuerpo empieza a ser depositario de todo tipo de temores, que se expresan a menudo a través de la sospecha de

graves enfermedades, ante cualquier pequeño signo, real o figurado. Esa tensión, causada por la percepción de diferentes riesgos vitales y que esconde el temor a lo desconocido, puede producir a su vez alteraciones funcionales de tipo psicosomático, como dolores de cabeza, problemas digestivos, alteraciones del sueño, molestias variadas, etc. La capacidad para entender la queja del adolescente en esta doble vertiente aportará al chico la posibilidad de indagación sobre sus propios aspectos psicológicos y sus conflictos, a la vez que evitará reiteradas intervenciones centradas en exploraciones físicas innecesarias. No hay que olvidar que esas exploraciones, realizadas sin control, a veces sirven para reforzar las sospechas infundadas del adolescente, produciéndole aún más angustia.

Junto a lo anterior, y seguramente como recurso compensatorio, aparece el deseo de adueñarse del propio cuerpo, utilizando la alimentación, tatuajes, *piercings*, etc., para este fin. Cuando estas actuaciones se llevan a límites extremos, con frecuencia expresan conflictos relativos a la identidad y a la relación que el adolescente mantiene consigo mismo.

2. También el *funcionamiento cognitivo* es sensible a los cambios de este proceso vital. Desde el punto de vista evolutivo, sabemos que se adquieren categorías de pensamiento que no estaban presentes anteriormente y que posibilitan la comprensión de la experiencia con mayor complejidad que en etapas anteriores. También por este motivo, la inhibición de este potencial forma parte de las manifestaciones de conflictos emocionales. Así, el desarrollo del pensamiento abstracto, con todo su poder para indagar, deducir conclusiones, generalizar aprendizajes y formular nuevas hipótesis y estrategias, aporta una privilegiada dimensión hasta entonces desconocida.

Es el momento de las grandes preguntas metafísicas, todas ellas encaminadas a responder a «¿Quién soy yo?», como si esto fuera posible así, de un plumazo.

Las funciones mentales, como decíamos antes, son sensibles a movimientos y alteraciones en otras áreas vitales. Por ejemplo, el deseo de aprender, no entendido sólo como rendimiento académico, se puede encontrar frenado o incluso inhibido frente al temor a descubrir y formar parte de una realidad de adultos a la que el chico o la chica temen, muchas veces inducidos por los propios adultos. Es el caso de algunos adolescentes a los que se pretende ocultar una realidad familiar trau-

mática, a través de explicaciones que no permiten comprender la tensión que se vive y se percibe o recurriendo a la ausencia total de explicación o incluso a la mentira.

También a veces lo que se mantiene oculto es algún aspecto significativo que tiene que ver con sus orígenes o los de la familia, entorpeciendo el acceso a su propia biografía y, por tanto, a una identidad que le pertenece. Se provoca así un «desconocimiento» de dicha situación y, junto a ella, una inhibición global de la curiosidad necesaria para los aprendizajes, incluido el de las relaciones sociales, como si se tratara de una especie de contagio que bloqueara todas las vías. En estos casos, el intento de protección, entendida de esta manera, en forma de secreto u ocultamiento, deja al chico verdaderamente desprotegido, ya que frena sus propias capacidades.

3. En otra vertiente, también es imprescindible contemplar la *conducta* como lugar propicio para la expresión de tensiones y conflictos. Así, cuando no se poseen los suficientes recursos personales que posibiliten la elaboración y expresión de los mismos, la conducta se convierte en una auténtica vía de escape. Muy ligado al momento social actual, con todo lo que conlleva de rapidez, premura en las satisfacciones y carencia de límites, es éste un campo donde se visualizan cada vez más todo tipo de conflictos emocionales.

Los trastornos de conducta aparecen como resultado de un proceso que a veces comienza en edades muy tempranas y que habrá que tener en cuenta desde el punto de vista preventivo.

Si nos fijamos en los parques infantiles, con toboganes, columpios, balancines, etc., donde juegan habitualmente niños no ya tan pequeños, aparece una imagen que nos llevaría a muchas reflexiones: tanto los padres como los niños están juntos en el espacio cercado, a veces con gran sensación de agobio. Los bancos dispuestos fuera del «corralito» para los padres están con frecuencia vacíos. Ellos empujan los columpios, permanecen junto a la escalera del tobogán o sujetan al niño cuando sube. También a veces esperan abajo, por si se escurren y se caen. Por supuesto, muchos de ellos intervienen de forma solícita, si se produce un pequeño roce con cualquier otro niño. La mirada se mantiene de forma permanente frente a ese niño que podría valerle más por sí mismo. Además de todo esto, algunos niños sólo tienen que limitarse a

abrir la boca para que los padres les metan los trocitos del bocado sin tan siquiera darse cuenta de que están comiendo. Se anticipa cualquier necesidad sin que el niño pida nada. Con estos precedentes, ¿cómo establecer límites?, ¿cómo encontrar el espacio de cada uno?, ¿cómo enseñar al hijo a tolerar frustraciones, a resolver problemas o a calibrar sus capacidades?

Desafortunadamente, nos estamos habituando también a escuchar el término «*conducta de riesgo*», ligado a la adolescencia. Son conductas en las que se vulneran normas básicas y cuya transgresión no va dirigida únicamente a otros, que pudieran representar la autoridad y ser entendido así como conflicto intergeneracional. Son conductas dirigidas contra uno mismo, que ponen en peligro la salud o la integridad física.

Es el caso de adolescentes que consumen tóxicos de forma habitual o desarrollan actividades o «juegos» donde son ellos mismos los que se «ponen en juego», a veces de forma irreversible y fatal. Nos referimos a comportamientos frecuentemente alejados del pensamiento y la reflexión, a veces hasta del sentido común, en los que aunque resulte extremadamente difícil su comprensión, también se juega la búsqueda de una identidad, casi siempre fallida y que impulsa a la repetición de este fracaso.

4. Existen otras formas de expresar problemáticas emocionales y que se reflejan en la presencia de determinados *estados de ánimo*: sentimientos de tristeza, temores, ansiedad, etcétera.

Podemos imaginar que las emociones que se desprenden entre el ser infantil y el ser adulto o, lo que es lo mismo, no ser ni una cosa ni otra, estén teñidas de grandes ambivalencias.

Se pueden reconocer los cambios físicos, pero sentirse aterrorizados porque los demás también los registren. Se desea ser independiente, salir del control paterno, cuestionar la protección, pero sin renunciar a ella. En muchas ocasiones, por características de personalidad y/o por efecto de una mala interacción con el entorno, el adolescente no puede bandearse con esas ambivalencias. Los conflictos irrumpen así en forma de miedos, ansiedad, inhibiciones o grandes sentimientos de desolación y pérdida, todos ellos de carácter depresivo.

A medida que el chico va desarrollando la capacidad de relacionar sus propios estados de ánimo con la presencia de determinados acontecimientos, recuerdos o pensamientos, le será más fácil poder asimilar ex-

periencias difíciles y elaborar estrategias de afrontamiento. La conquista de esta capacidad a veces no se lleva a cabo, ni siquiera en la etapa adulta, sin la presencia de alguien externo que intervenga y ayude en este proceso.

Sin embargo, no hay que olvidar que para que un chico pueda comunicarse, es necesaria la presencia de alguien dispuesto a ello, cosa que no siempre ocurre. Es necesario, por tanto, valorar este contexto interactivo para poder comprender y desarrollar una intervención posterior.

La capacidad de reflexión, que se adquiere a su vez en la interacción con otros que la favorezcan, es una buena premisa para que el adolescente pueda enfrentarse a ese cúmulo de nuevas experiencias que tantas veces le desconciertan. Hay que tener presente que también dicha capacidad va a permitir al chico comprenderse mejor a sí mismo y que le resulte más fácil ponerse en el lugar del otro, aspecto que se adquiere con un estrecho contacto comunicativo.

La crisis adolescente y otras crisis vitales

En la adolescencia confluyen diferentes crisis. No es infrecuente que la que aporta el propio adolescente se encuentre con otras situaciones vitales, también críticas, en su entorno familiar, escolar o social, de cuyo conjunto surgirán fenómenos muy diferentes en cada caso.

Variables de personalidad de hijos y padres, junto al particular momento personal de cada uno de ellos, desempeñarán un papel significativo en lo peculiar de cada crisis adolescente. Así, en el resultado, siempre habrá una correlación entre acontecimientos o situaciones traumáticas, capacidades propias de afrontamiento, madurez personal y red de apoyo emocional. También en función de esto, los grados de dificultad en el proceso serán diferentes y, por tanto, habrá que tenerlos en cuenta.

El chico llega a la adolescencia con un bagaje personal y en él integra los conflictos y oportunidades de este momento de su desarrollo. Nunca es un empezar de cero.

Existen *factores predictores* de una crisis fructífera, al servicio de la consolidación del propio proceso de independencia del adolescente, cuando éste llega a este momento de su vida con los siguientes elementos:

- Vivencia subjetiva de cierta conformidad consigo mismo.
- Percepción de bienestar con lo que hace y en las relaciones interpersonales.
- Representación y autoconcepto positivos de sí mismo.
- Adecuada autoestima, fruto de la armonía entre sus propias capacidades y las conquistas realizadas.
- Capacidad para establecer con otras personas relaciones de colaboración adecuadas a la edad.
- Posibilidad de ponerse en el lugar del otro.

La posibilidad de transformación que el adolescente percibe, el deseo de dirigir cada vez más su vida y de irse convirtiendo en el que quiere ser, junto a lo extraño que esto supone para él mismo y para los que le rodean, constituyen un primer nivel para comprender la crisis adolescente.

Los momentos de máxima crisis en las familias tienen que ver con procesos de separación-individuación de sus miembros. Las situaciones son variadas y cotidianas ya desde que el niño es pequeño. La incorporación de la madre al trabajo, las primeras veces que queda al cuidado de alguien o que duerme fuera de casa, el ingreso en la guardería o escuela infantil, el nacimiento de hermanos, son momentos que no se revisten de un carácter excepcional, pero sí precisan de un cierto cuidado, ya que representan una mayor vulnerabilidad. En un contexto más amplio, también cambios frecuentes de colegio, ausencias reiteradas de maestros, viajes, campamentos, etc., son situaciones que al niño le suponen separaciones y cambios en sus vínculos y que éste debe afrontar.

A lo largo de toda la vida se producen situaciones que remiten a ese proceso de separación, de individualidad y soledad frente a los otros, aunque se esté acompañado. Podemos tomar como ejemplo de esto la dificultad para tomar ciertas decisiones con las personas mayores. Ciertos ingresos hospitalarios o en residencias, por enfermedad o carencia de recursos de distinta índole para una vida autónoma, generan en los familiares frecuentes sentimientos de culpa, por más razones que haya para ello. La percepción de la indefensión y el desvalimiento se hace tan patente que el malestar frente a las decisiones es intenso.

La forma que las personas tienen de manifestar su necesidad de dependencia o sus deseos de autonomía a veces entran en franco

conflicto con el resto. Esto ocurre fundamentalmente cuando la capacidad para reconocer las necesidades ajenas es escasa y se invade, a distintos niveles, el espacio de los otros. Esta situación se puede observar tanto en los adultos como en los adolescentes, creando abundantes dificultades. También la intolerancia a las frustraciones acentúa y agudiza las crisis vitales, al igual que ocurre cuando se hace recaer en otros cualquier sentimiento negativo o intolerable de uno mismo.

La permanente búsqueda de independencia que el adolescente hace de lo familiar, con lo que conlleva de cuestionamiento, oposición y rechazo de valores y estilos de relación, hasta ese momento válidos, provoca también un importante desequilibrio en los padres y otros adultos que ostentan autoridad frente a él. Dicho desequilibrio se expresa en conductas y reacciones, a veces tan descontroladas como las que tendría cualquier adolescente, lejos de lo esperable para un adulto, quedando éste «descolocado». Con bastante frecuencia, el adulto es objeto de desvalorizaciones, lo que es difícil de soportar y genera rivalidades entre unos y otros. A través del adulto, el chico canaliza una importante cantidad de su propio malestar, transformándose en depositario de culpas y frustraciones. En este contexto, el desencuentro está servido.

El dolor del desencuentro con el hijo puede llevar en ocasiones a intentar evitar a toda costa diferenciarse de éste. La permisividad extrema o convertirse en colega, sin poder prestarse a ese rol de autoridad tan estructurante y necesario para el desarrollo del chico, pone realmente difíciles las condiciones de partida del adolescente. La aparente armonía entorpece el reconocimiento y búsqueda de la propia identidad y la conquista de lo genuino de cada uno, produciéndose relaciones confusionales en las que sólo se tolera y reconoce como bueno lo que es común para ambas partes.

La dificultad para admitir el proceso de diferenciarse se puede expresar también en todo lo contrario: intolerancia ante opiniones contrapuestas o modificación del estilo de vida, inadmisión de toma de decisiones que pueden ser llevadas a cabo por el chico, escaso respeto a su intimidad o intervención constante ante cualquier proyecto del adolescente. Esta situación actuaría inhibiendo su capacidad de iniciativa o, en otra vertiente, provocando un conflicto constante.

En ámbitos educativos pasaría algo similar. La adolescencia de los alumnos va a sacar a relucir todo tipo de carencias de funcionamiento

de los centros, no sólo porque éstos las provoquen, sino también porque las ponen de manifiesto.

La ausencia de normas o la presencia inadecuada de éstas, su imposición no consensuada a nivel grupal, la incoherencia en su aplicación por parte de los profesionales y la arbitrariedad en las consecuencias, no son condiciones que favorezcan el mantenimiento de un claro punto de referencia. Junto a lo anterior, la rigidez y escasa flexibilidad de unos y otros para negociar y llegar a acuerdos de funcionamiento generan en sí mismas efectos constituyentes de la crisis adolescente. Son inherentes, por tanto, al propio proceso sin poder separar éstas de dichos estilos de funcionamiento.

El adolescente es especialmente sensible a las incoherencias de los adultos, aprovechándose de ellas para intentar llevar a cabo su deseo de dominar e imponer sus propias reglas y no sentirse frustrado. Normalmente no son grandes acontecimientos, sino que es en pequeños aspectos cotidianos donde estas situaciones adquieren todo su esplendor. El roce constante por pequeñas cosas, muchas sin demasiada importancia, no deja de ser una frecuente fuente de malestar y tensión en el día a día.

Junto a lo cotidiano, también se producen a veces coincidencias con *situaciones más extraordinarias* que acentúan y dificultan la crisis adolescente. Podríamos nombrar, entre otras:

- Enfermedades o fallecimientos en el seno de la familia.
- Tensión emocional familiar significativa.
- Ausencia conflictiva y prolongada de algún miembro de la familia.
- Separaciones o divorcios.
- Embarazos.
- Abusos sexuales.
- Consumo de alcohol y/o drogas.
- Pérdidas económicas o de estatus familiar importante.
- Psicopatología personal del adolescente o de adultos significativos.

Estas situaciones extraordinarias obligan, tanto al adolescente como al entorno, a ubicarse de manera diferente. Algunas de ellas cambian literalmente la vida de la familia o la del propio chico. Otras modifican, en una especie de sacudida, los puntos de referencia y las seguri-

dades, ya debilitados por la propia adolescencia, poniendo a prueba de forma global cualquier tipo de recurso con el que cuenta el chico en esta etapa de su vida.

En este capítulo hemos presentado una visión global de la adolescencia que será desarrollada con amplitud a lo largo de este trabajo.

CAPÍTULO 2

IDENTIDAD, CUERPO E IMAGEN ¿ESTAMOS HABLANDO DE LO MISMO?

¿Quién soy yo? ¿Quién debería ser?

Hamlet

Definir los procesos psicológicos que tienen lugar en la adolescencia ha sido el objetivo de múltiples tratados, pero si hubiera que buscar los elementos comunes a todos ellos, nos encontraríamos, por un lado, con el concepto de *identidad* y, por otro, con la toma de *conciencia* de un *cuerpo en transformación*.

Es evidente que el adolescente ya reconocía su cuerpo como propio mucho antes, pero lo que le convierte en extraño de forma tan brusca es la emergencia de su carácter sexual. Resultando ser este avance decisivo para el desarrollo evolutivo.

Llevará su tiempo gestionar esa extrañeza, en aras de un sentimiento de identidad que, como veremos a continuación, excede a la percepción corporal, aunque van unidos indisolublemente.

No hay forma de imaginar quienes somos, ni siquiera nosotros mismos, sin una imagen corporal. Ni en las descripciones más espirituales es posible representar a alguien sin un cuerpo y un rostro.

Diferentes personas pueden tener distintas imágenes de una tercera, la cual a su vez no tiene por qué verse como los otros la ven. Por eso,

cuando hablamos del cuerpo, nos referimos a la *significación psicológica* que éste adquiere en esta etapa de la vida y no al organismo vivo, objeto de estudio de la biología.

Cuando los adolescentes se quejan de defectos físicos, y los padres intentan convencerles de que están fenomenal, o que no es para tanto, posiblemente no respondan así sólo para animarles. Seguramente, en muchísimas ocasiones, no verán lo mismo que sus hijos, o no le darán el mismo valor que aquéllos, en cuanto al cuerpo se refiere.

La imagen como equivalente al yo

La construcción de la propia imagen, de la visión global sobre quién es uno, es un proceso de carácter evolutivo complejo, que va intrínsecamente unido a la constitución de la identidad.

Tal como hemos venido repitiendo, no existe la simplicidad en ningún fenómeno humano, sobre todo si del que se trata no es ni más ni menos que el que provee de una construcción mental a la que el sujeto se refiere para decir «yo».

Esta construcción no resulta de un aprendizaje circunstancial, sino que conlleva todo un proceso de integración de factores cognitivos, emocionales y relacionales, que entrarán en juego mucho antes de lo que el adolescente sea capaz de recordar, aunque esto no significa que no continúen ahí, formando parte de su historia.

La conciencia acerca de uno mismo, poseer una identidad, requiere:

1. El sentido de *continuidad* que tiene la propia biografía.

A veces tienen lugar sucesos tan potentes que modifican sustancialmente la vida de las personas. Pueden ser experiencias trágicas y de pérdida, o por el contrario extremadamente favorecedoras, pero en ningún caso significarán la aparición de otra identidad.

La frase coloquial «ha vuelto a nacer» hace referencia precisamente a la situación por la que tras una experiencia de enorme magnitud y con riesgo de muerte, se tiene otra oportunidad para ser el mismo. Cuando se dice de alguien «ya no es el mismo, parece otro», se habla de grandes cambios, normalmente en el carácter de una persona, que le hacen aparecer sin continuidad con su estado anterior.

A pesar de esto, el hecho de que alguien no se reconociera en su propia historia constituiría un signo alarmante de desorganización psíquica.

2. La *diferenciación* con respecto a los demás.

Supone reconocer la individualidad propia, siendo diferente a la de los otros. También a los otros como diferentes entre sí. Esta diferenciación atañe necesariamente a la relación afectiva e implica identificar distintos tipos de vinculación, en función de los afectos que la componen (padres, hermanos, amigos, compañeros, etc.). De este modo y paralelamente se produciría la diferenciación de las propias emociones.

Para el adolescente, la discriminación de los afectos que le unen a las personas significativas vendrá facilitada en gran medida por la discriminación paterna. Por ejemplo, el tan oído «yo, como padre/madre soy el mejor amigo/a de mi hijo» y que saludablemente los chicos no suelen creerse, es una auténtica fuente de confusión. Tras la apariencia de disponibilidad absoluta, se esconde un verdadero obstáculo para el proceso de diferenciación, en el que se trata de asignar lugares diferentes a cada cual.

El adolescente a lo largo de su recorrido utilizará múltiples maniobras para sentirse diferente y único, buscando el lugar que a él le corresponde. Como veremos más adelante, requerirá de sus «iguales» para conseguir este objetivo.

3. La coherencia entre *quien habla* y *quien se es*.

Poseer un discurso propio, fruto del conocimiento sobre uno mismo, será una de las metas del desarrollo evolutivo. Por supuesto, en la adolescencia se comienzan a manejar las claves de ese proyecto que, iniciado en la infancia, seguramente nunca pueda darse como completamente acabado.

A este orden de cosas corresponden esas recomendaciones que hacen los adultos, que desde su experiencia, conocen bien lo que se cuece en esta etapa: «debes ser tú mismo y no dejarte llevar por lo que otros te digan... tienes que tener tu propia personalidad... saber decir no a lo que no sea bueno para ti...». El único problema *es* que hacer todo esto puede quedarse también en puro acto de obediencia a los padres, es decir, sin que pueda pasar por el tamiz de lo propio.

Hasta la adolescencia no se producen de forma tan categórica los cuestionamientos entre «lo que soy yo, y por tanto me pertenece» de «lo que eres tú y quieres que yo sea». Por supuesto, esos cuestionamientos no se dirimen sólo internamente, sobre todo al principio.

Serán necesarias para ello otras figuras que representen el pasado del que el adolescente se quiere desprender y ese papel, lógicamente, recae en los padres.

Desde los diferentes marcos teóricos, en Psicología se ha intentado explicar la estructuración psíquica o formación de las estructuras mentales que permiten al individuo reconocerse a sí mismo como un ser diferente a los otros, poseer el concepto de *identidad*. Por tanto, podemos decir que el desarrollo de la experiencia de identidad será la resultante de los logros adquiridos en el desarrollo evolutivo.

Saber quién es uno mismo no es un conocimiento teórico, sino *experiencial*, y eso significa que en él se articulan aspectos neurocognitivos y emocionales, siempre en el marco de la relación.

Si en alguna etapa el cuerpo cobra protagonismo, en lo que a constitución de la identidad se refiere, es en la adolescencia.

Sin embargo, antes de que el niño nazca ya cuenta con elementos que le van definiendo. El nombre, por ejemplo, condensará todo un proyecto existencial, aunque evidentemente, en ese momento, no sea el propio del adolescente, sino el que sus padres le otorgan.

La elección del nombre por parte de los padres también tiene que ver con su mundo emocional, su historia, deseos, expectativas...

Leovigildo

Ése es el nombre de un adolescente de 14 años. Ha sido siempre muy brillante en los estudios, aunque últimamente ha bajado bastante en sus calificaciones. Es un chico introvertido. Desde niño ha tenido serios problemas para relacionarse, pero en este momento se siente rechazado y objeto de bromas de forma continua, en relación con su nombre.

Dice que a él los demás no le importan, que si se ríen es que son unos ignorantes y que el día que se canse le va a partir la cara a uno y van a aprender todos.

Cuando se le pregunta acerca de lo que él piensa de su nombre, dice que le gusta porque así se llamaba su abuelo materno, que murió unos

meses antes de que él naciera. Cree que llamarse así ha sido bueno para su madre «porque cuando dice mi nombre, a lo mejor piensa en mi abuelo, como si no se hubiera ido, además dice que me parezco mucho a él...».

Seguramente su nombre no sea la única causa de las características de personalidad del chico y de sus síntomas. Aun así, nos llama la atención la cantidad de elementos relacionados con la identidad que se desprenden de ese nombre. También hay que señalar la emocionalidad de la madre ante la pérdida de su padre, como determinante para el chico. Parece que su dificultad para elaborar el duelo no le permitió elegir otro nombre menos comprometedor para él.

Además de todas las disyuntivas esperables en cualquier adolescente, Leovigildo se encuentra con la confusión de ocupar el lugar del abuelo para la madre. Por otra parte, tratándose de una persona muerta, hacerse presente para su madre a través del nombre del abuelo tiene, cuando menos, un tinte siniestro. Por si esto no fuera suficiente estigma, tampoco puede cuestionarlo, porque eso sería diferenciarse de los deseos de la madre, lo que le despierta un gran sentimiento de culpa.

Vemos como se han ido acumulando un gran número de ingredientes, dirigidos a negar la necesidad de relación fuera del ámbito materno. Se mantiene de esa forma aislado o confrontado, pero sin conseguir una interacción satisfactoria con sus iguales.

Resulta interesante comprobar el sentido que adquieren desde que el niño nace algunos aspectos relativos a su cuerpo, cargados de significación. Tras el nacimiento, se informa de su peso y de su talla. Éstos actúan de indicadores consensuados acerca de la salud y fortaleza del bebé, pero más allá de lo que aportan como magnitudes de medida, actúan a modo descriptivo, intentando definir cómo y quién es.

Más interesante todavía es el fenómeno de la búsqueda de parecidos, que también encierra, aunque más groseramente, la necesidad de dotar de identidad al recién nacido. Todos conocemos esas escenas en las que las familias se disputan el parecido del bebé con cada una de ellas, o cuando se realizan esos tremendos esfuerzos por conjugar a unos y a otros, con comentarios del tipo: «tiene la nariz de su padre, la boca de su madre...».

Es curioso, pero este fenómeno tan habitual de la búsqueda de parecidos, como rodeo para definir quién es uno, adquiere grandes dimensiones en la adolescencia.

Para el adolescente, los parecidos pueden actuar como referentes que proporcionan una autovaloración positiva o, por el contrario, ser vividos como un estigma, si la figura a la que otros o él mismo dicen que se parece no está cargada de esos afectos positivos. En estos casos, el parecido se torna en persecutorio y aprisionador, puesto que no permite ser uno mismo, sin referirse a otro a quien se rechaza.

Estas situaciones inciden en el proceso de construcción de la propia identidad, siendo muchas veces obstáculos para la misma.

Javier

Javier, un chico de 15 años, acudió a consulta con su madre. Ella contó que se mostraba rebelde, le contestaba mal, estaba abandonando los estudios y en el Instituto se habían quejado varias veces por su comportamiento. La madre insistía en sus temores a que consumiera alcohol y drogas y terminase siendo un delincuente.

Javier vivía con su madre. Cuando tenía dos años sus padres se separaron, estuvo viendo a su padre de forma esporádica, hasta que alrededor de los cuatro años desapareció completamente. El motivo de la separación fue el maltrato del padre hacia la madre, ligado al alcoholismo de éste.

Javier reconoce que últimamente está más alterado, que lleva mal el intento de control de su madre hacia él, «pero lo que me hace estallar es que me esté comparando continuamente con mi padre. Dice que me mira y cree que está viviendo todavía con ese sinvergüenza».

Más allá de lo que ambos explicitan como causa de su sufrimiento, y el tipo de vínculo que han podido mantener, resulta evidente la potencia que adquiere en este periodo la imagen que otros tienen de uno mismo y lo que manifiestan. Parecería que esos mensajes se constituyen en la brújula necesaria, que orienta ante las dudas de quién se es. En el caso de Javier, las afirmaciones de su madre en cuanto a quién se parece son vividas como agresión, porque lo que la imagen de su padre despierta en él es rechazo, seguramente también odio. Verse a sí mismo en ese lugar le resulta insoportable.

El niño inicia, alrededor de los dieciocho meses, el proceso de reconocimiento de su propia imagen, es decir, el camino por el que va

integrando las diferentes partes de su cuerpo en un todo. Esto le permitirá reconocerse en un espejo y elaborar una imagen mental de sí mismo.

En un principio, esa imagen tendrá valor de realidad, es decir, lo que verá en el espejo no será la imagen de sí mismo reflejada en una superficie, sino la de un niño. Después pasará a verse él mismo y finalmente a comprender que ésa es su imagen. Dicha imagen, que en principio parecería no ser más que una percepción visual, integra la complejidad de su organización psicológica. De hecho, en trastornos severos del desarrollo las disfunciones en este ámbito, el del reconocimiento en un espejo, constituyen uno de los indicadores claves para su diagnóstico.

La percepción de esa imagen como propia sólo es posible si se dan las condiciones madurativas necesarias en el marco de la relación.

El niño integra en esa imagen lo que ve, siendo capaz de situarse fuera de él para reconocerse.

En condiciones normales, la imagen se va configurando en el vínculo del niño con sus cuidadores, a través de los afectos y las valoraciones que éstos vehiculizan. Éstas contribuirán en gran medida a la calidad de su *autoestima*, entendida como concepto positivo de sí mismo. Esa valoración evolucionará desde el egocentrismo del bebé hasta un autoconcepto ajustado a la realidad, que será fruto del desarrollo.

Una de las características propias del adolescente es la de sentirse en el centro desde el que gravita todo lo que le rodea. De ahí la necesidad de dotarse de atributos que le confieran la aceptación deseada por parte de los otros. El concepto de *narcisismo*, del que se habla en la adolescencia, estará referido a esta cuestión.

Si el niño pequeño se creía el más guapo del mundo, porque su madre se lo decía, el adolescente va a necesitar que se lo digan, o por lo menos imaginar que lo piensa alguien más. Sobre todo porque al dudar de la veracidad de las palabras de su madre, o sea de la imagen infantil con la que se manejaba hasta ahora, necesitará de otros espejos que le ayuden a buscar otra. A ser posible, igual de incondicional e ideal.

Las contrariedades en este terreno, siendo necesarias, constituirán un foco de sufrimiento importante. En lo cotidiano, los adolescentes expresan este malestar en la intolerancia a las críticas, la dificultad para asumir diferencias, etc. Aceptar los defectos, las limitaciones, su realidad, no resultará fácil y llevará su tiempo.

El comienzo en la experiencia de «sí mismo» propiciará, de forma gradual y articulada con el resto de avatares del desarrollo, ir refiriendo las experiencias vividas al núcleo permanente del propio «yo». Este proceso permitirá reconocerse en cada momento, a pesar de las variaciones que se sucedan en el curso vital de cada individuo. Pues bien, ese «yo» estará ligado a una imagen física de forma indivisible.

Como hemos señalado anteriormente, la conciencia de *continuidad biográfica* para referirse a ese continuo, vendría a explicar la perspectiva temporal por la que un sujeto se sitúa en el presente, reconociéndose en su pasado, y también en una proyección futura.

Recordemos que la percepción y organización temporal son adquisiciones evolutivas tardías, siendo sin embargo fundamentales para que se produzca una integración ordenada de las experiencias. Solamente desde parámetros espaciales el niño no podrá construir secuencias de acontecimientos. Sin la configuración temporal, el niño no será capaz de diferenciar lo que sucede antes o después, organizar mentalmente hechos que le han ocurrido o anticipar de forma adecuada lo que está por suceder.

Esa construcción necesita de un buen soporte, que se adquiere a lo largo del desarrollo. Es lo que permite al sujeto *historizarse*, hacerse protagonista de su propia historia.

En la adolescencia se da un fenómeno curioso, en relación con esta dimensión histórica de la vida de cada uno. Es en este momento cuando se hace crucial saber quién es uno mismo. Se crea la ilusión de que la respuesta a esta pregunta pudiera obtenerse en un acto de descubrimiento o desvelamiento de algo que ha permanecido oculto. Lo más llamativo de esta búsqueda es que se actúa como si no tuviese nada que ver con los años previos, o en caso de tenerlo, para no reconocerse en ellos.

Esta fantasía de autodescubrimiento tiene otra cara, la del deseo de saber, de conocer un pasado que se imagina oculto. Este objetivo a veces se persigue a través de personajes familiares o cercanos más significativos, porque allí se supone que están las claves de resolución de este enigma relativo a uno mismo.

Es frecuente, en niños adoptados o criados fuera de su familia de origen, o incluso en casos en los que uno de los padres desapareció de la vida del chico a edades tempranas, que surja en la adolescencia un

deseo insistente de conocer o saber de estas figuras, buscando allí la respuesta a «¿quién soy yo?».

También en ocasiones, no tan cargadas emocionalmente, el adolescente busca saber de sí mismo en historias familiares a veces poco explícitas, o en hazañas de antepasados que no conoció. En esos relatos encuentra un protagonismo, podríamos decir «prestado», que le permite hablar de él como importante, a otros y a sí mismo.

El adolescente intentará caracterizar de forma precisa a los personajes principales de su historia, siendo ésta la vía elegida para que él, como protagonista de la misma, quede definido. En esa caracterización, la imagen física se convierte en definitiva.

Un chico de 15 años relataba con entusiasmo y orgullo, y por supuesto con el fin de impresionar a quien le escuchaba, las hazañas de su abuelo, que combatió en la guerra. Terminó explicando que siempre le habían dicho que se parecía a él. «Dicen que tengo los mismos ojos y hasta la misma forma de andar...».

Pensemos que en esta época se vive de forma especialmente placentera, contar aventuras, situaciones vividas, propias o ajenas. Porque en realidad, de lo que se trata, es de transmitir lo sucedido o que está por suceder, con una carga de emoción y excitación, que convierte en epopeya, drama o cómico, un relato que, seguramente para un observador adulto pudiera resultar bastante neutro.

Ese deseo de ser protagonista, directa o indirectamente, en la realidad o en la fantasía, expresa el deseo de *ser*, pero, sobre todo, de ser *significativo* para otros.

El papel de la imagen en ese reconocimiento es fundamental para el adolescente. Asegurarse de que lo que otros ven refleje fielmente no tanto lo que se es, sino cómo a uno le gustaría ser, se convierte en un objetivo principal.

Esta tarea, como es de prever, resulta de difícil y a veces imposible consecución. Debido a ello, esa brecha generará preocupaciones, agobios, y en el peor de los casos, un rechazo implacable hacia sí mismo.

Entre esas situaciones cargadas de sufrimiento, que describen los adolescentes en las consultas, o sus familias, encontramos, por ejemplo, las relacionadas con los trastornos de la alimentación. Al igual que en

tantos otros aspectos de su vida, el adolescente intenta imponer el control, no siempre con éxito, como mecanismo de dominio sobre lo que le angustia, al tiempo que se ve sobrepasado en muchas otras facetas por la sensación de descontrol interno.

La comida se convertirá en algo tangible que permite manipulación y que viene a representar lo que el adolescente querría controlar: su imagen como ideal. El fracaso es la consecuencia directa. El tema de los trastornos de la alimentación se tratará con más detalle en el capítulo 6 de este libro.

La importancia que se le da a la apariencia física, otorgándole un papel determinante en el mundo de las relaciones, permite reducir a una única dimensión quién se es.

Este planteamiento se conecta con un patrón profundamente instalado en nuestra sociedad, y que es característico de la adolescencia. Se trata de referirse, a través de adjetivos o atributos, a lo que todavía no puede sustentarse en el nombre propio. Decir cómo se es, no es responder a la pregunta sobre quién se es.

Imagen física e ideal

Volvamos a la idea de cómo la imagen corporal para el adolescente está indisolublemente ligada al concepto de identidad, hasta el punto de llegar a confundirse.

Andrea

Andrea acudió a una consulta psicológica por tener dificultades importantes en la relación con iguales. En el momento de presentarse dijo: «Me llamo Andrea, como verás, soy un labio leporino».

Andrea nació con esa malformación y sufrió diferentes operaciones a lo largo de su infancia. Estuvo muy protegida por su familia, hasta el punto de que se le evitaban situaciones en las que pudiera sentirse expuesta al rechazo de los demás, por lo cual apenas participaba de actividades de juego o relación fuera del ámbito escolar, en el que también mantenía cierto aislamiento. Al llegar al Instituto, Andrea sentía, pensaba, que su labio leporino, daba cuenta de quién era ella, o sea, ella era una malformación.

Son frecuentes en los adolescentes las quejas referidas a su propio cuerpo, lo que hemos llamado siempre complejos. Éstos son la expresión de ese malestar causado por no ser como uno quisiera o, mejor dicho, como le gustaría a uno que otros le vieran; es decir, sin resquicio de imperfección, ante el temor a ser descubiertos en alguna falta.

Los complejos a veces no pasan de esas quejas reiterativas, en muchas ocasiones lanzadas contra los padres, y que se disipan en otras situaciones. Pero también ocurre que para muchos adolescentes se convierten en motivo de un sufrimiento permanente e invasivo.

Señalábamos antes que el deseo de ser ideal, sin ninguna fisura por la que se puedan colar las imperfecciones, a veces magnificadas, es un componente presente en los trastornos de la alimentación, pero también en otros trastornos relacionados con la imagen.

El temor al rechazo de los otros queda bien reflejado en una frase que oímos a menudo en las consultas de adolescentes con estos problemas, y que da cuenta del sufrimiento y la angustia que les produce: «me miro al espejo y me doy asco». La rotundidad con la que se expresa es demoledora.

Como vemos, muchas de las preocupaciones acerca de la imagen, están profundamente ligadas a lo que otros pudieran pensar. De ahí que cree tanta inseguridad el juicio que los demás puedan realizar acerca de uno mismo.

Susana

Se trata de una chica de 15 años que fue diagnosticada de escoliosis en la columna vertebral, por lo que se le indicó la utilización de un corsé rígido durante dos años, que sólo podría quitarse dos horas al día. El especialista que la trataba advirtió de que la no utilización del corsé la llevaría irremediablemente al quirófano.

Susana se negó a salir a la calle y a ir al Instituto. Lloraba continuamente y tenía accesos de rabia contra su madre. Comenzó a romper objetos propios y a cortar algunas de sus ropas con tijeras. Su desesperación era evidente.

Pudo retomar las clases en el Instituto, después de perder un curso. Siempre se sentaba en la parte de atrás del aula y miraba continuamente al suelo, para no coincidir con la mirada de algún compañero.

Sólo salía con sus padres y estas salidas se convertían en un infierno para todos. El segundo año lo llevó algo mejor, porque esperaba ansiosamente que llegase la fecha en la que le pudieran quitar el corsé.

Explicaba sus sentimientos, con frases como «quién va a tomar en serio a alguien que camina como un robot..., ni me puedo sentar normal, soy patética..., mira qué ropa tengo que llevar para que no se me ajuste, es ropa de mi padre, yo quiero comprarme ropa como todas las chicas de mi edad, ¿por qué me ha tenido que pasar a mí?...», si ésta es mi adolescencia prefiero morirme... Mi madre no lo entiende porque a ella no le pasa...».

Para un adolescente, como es el caso de Susana, los ataques a la imagen física pueden producir un sentimiento de devastación interna que afecta a todas las dimensiones de su persona. Susana no ha podido asumir la conveniencia del corsé, ni ha podido darle un sentido beneficioso, ni siquiera terapéutico. Lo vive con el sentimiento de una agresión injustificada, de la que no se puede defender.

El cambio anímico que experimentó tras el alta médica fue espectacular. Bruscamente su imagen se transformó en positiva, se veía guapa y disfrutaba comprándose ropa, como cualquier chica de su edad. Vemos así la potencia con la que un acontecimiento de este tipo puede impactar sobre la imagen del adolescente. De ahí la necesidad de ayudarle para que no confunda aspectos parciales con su propia identidad. Pero, por otra parte y de forma simultánea, también será necesario que pueda integrar esos aspectos en el conjunto de su ser.

La imagen es siempre una *construcción imaginaria*. Es lo que el sujeto ve y cree que ven los otros. Nunca hasta la adolescencia había estado tan presente y tan consciente el mundo de las relaciones a la hora de pensar en uno mismo.

Concentrados en esa imagen aparecen ideales, temores y sobre todo la búsqueda de la autoafirmación, que necesita de la aceptación de otros, aunque éstos ya no sean los padres.

Curiosa paradoja, siendo ese el momento en el que, con la bandera de ser original y libre, el adolescente se somete a las imposiciones de determinadas modas, ciñéndose rigurosamente a las condiciones de un patrón en el que se asegura. Y es que lo que necesita continuamente son avales de diferente naturaleza, en los que deposita su seguridad, que le puedan dar una versión de sí mismo completa, sin faltas.

Como podemos ver, la paradoja, la contradicción, está tan presente en la vida del adolescente que, lógicamente, las percepciones opuestas que tiene de sí mismo le generan un enorme desconcierto. La existencia de dos corrientes en sentido contrario en múltiples facetas de la adolescencia puede hacernos entender cómo lo que aparentemente es opuesto tiene la virtud de coexistir en esta etapa de la vida; eso sí, a veces como si de un tornado se tratase. Los cambios bruscos de ánimo, la dependencia e independencia superpuestas, las necesidades infantiles, junto a tensiones sexuales, etc., son buen ejemplo de ello.

No es casual que ese deseo de imagen sin imperfecciones aparezca en el momento del descubrimiento consciente de la sexualidad y del cuestionamiento acerca de su identidad sexual. Lo que el adolescente cree jugarse ante los demás es esa imagen externa que intenta dominar, para que le devuelva una ilusión de sí mismo que le alivie frente al descontrol, la incertidumbre y el sentimiento de extrañeza, ante un cuerpo y una realidad cambiantes.

Resulta fácil ejemplificar lo anteriormente descrito, con situaciones cotidianas, en la vida de los adolescentes.

Las estrategias que se desarrollan en el intento de manejar y controlar la imagen no son sólo efecto de las modas. Determinados patrones, en cuanto a la apariencia física se refiere, proveen de una ilusión de identidad, por el reconocimiento que por parte de otros conllevan. La estética, sea cual fuere, en los adolescentes tiene esa función.

Tomemos el caso de la vestimenta. Más allá de su valor originario, el valor estético adquiere una categoría única en esta edad. Se convierte, por un lado, en signo de diferenciación. Un adolescente no viste como un adulto (aunque algunos adultos se empeñen en vestir como adolescentes) y no viste ya como un niño, o sea, como sus padres querrían que vistiese.

La ropa se convierte en una especie de bandera, que representa un «yo no soy un niño», «yo no soy como mis padres», «visto como yo quiero».

Comprobamos que la referencia al «yo» es permanente. Se busca su delimitación y para eso nada mejor que encontrar elementos que hagan de frontera, sobre todo cuando, internamente, lo que se siente es la amenaza de la indefinición.

Resulta curioso observar grupos de chicos y chicas adolescentes vestidos en ocasiones de forma casi idéntica. De hecho sabemos que en determinados grupos, la vestimenta o el corte de pelo se convierten en signos de identidad respecto a la pertenencia a ese grupo, y en signo de diferenciación con respecto a otros (no entramos en valoraciones acerca del tipo de actividad que desarrollan determinados grupos o tribus urbanas, y que se analizarán más adelante).

En cualquier caso, se busca la identidad en un grupo que la proporcione, y como resultado de nuevo la paradoja: ser uno mismo por la vía de ser idéntico a otros.

No es raro escuchar en los adolescentes argumentos del tipo «es mi cuerpo y me pongo lo que yo quiero», expresando un deseo de independencia y dominio sobre el propio cuerpo, alejándole del control paterno.

En esa línea podemos observar el efecto de provocación que se busca y que a muchos padres les hace vivir con intensa angustia estos acontecimientos.

Si pensamos en otro tipo de maniobras, como es el caso de los *piercings* o los tatuajes, resulta interesante su análisis, entendiendo de qué manera todo lo pulsional se moviliza en esta etapa.

Claro está que todo aquel que se agujerea la oreja para ponerse pendientes no es masoquista, pero cuando vemos a chicos y chicas con su cuerpo taladrado por multitud de sitios, o grabado, como sucede con los tatuajes, y eso forma parte de una tendencia estética llevada al límite, no queda más remedio que preguntarnos sobre cuál es la función simbólica de ese tipo de adornos, o qué pueden estar representando en esta etapa de la vida, que es cuando toman mayor auge.

Hemos venido ejemplificando el deseo de control y dominio sobre el cuerpo, cuando éste es vivido como indómito; es decir, de qué modo defenderse de lo que provoca sensaciones hasta ahora desconocidas.

No poseer la certeza de quién se es, y no poseer referentes sólidos sobre los que sostener las dudas, abocan al adolescente a buscar en otros lugares esa función de referencia, como mecanismo frente a la angustia de la despersonalización, sintiéndose desconocido o extraño ante sí mismo. Avanzar en el saber sobre quién es uno mismo, significa también reconocer lo que no se es o, dicho de otra manera, asumir límites, renunciando a la omnipotencia que suele caracterizar el pensamiento

infantil. Tomar conciencia de límites ineludibles como la muerte, sitúa al adolescente en una dimensión de la realidad, que frecuentemente pretende esquivar.

La omnipotencia de la que hacen gala algunos adolescentes con relación a su cuerpo es un buen ejemplo. Nos referimos a la práctica de conductas de riesgo, desde actividades «paradeportivas» hasta el consumo de tóxicos o al hecho de mantener relaciones sexuales sin protección, entre otras. La lectura inicial que se puede realizar de estos hechos, en cuanto a lo que ponen en juego, es la necesidad de comprobar el dominio sobre el miedo y el riesgo y, en definitiva, deducir una ilusión de inmortalidad.

Pero también es verdad que en nuestras consultas descubrimos chicos y chicas que ponen su integridad física a prueba, expresando así la necesidad de encontrar un límite a su angustia, aunque ese límite pueda resultar fatal.

Por otro lado, conociendo la significación que adquiere cualquier conducta en el plano de la relación, muchas veces la peligrosidad se convierte en un arma de amenaza hacia los padres. En casos extremos, la agresividad que vehiculizan estos comportamientos va dirigida hacia los padres a través del daño a uno mismo, lo que da cuenta de la indiferenciación que en estos casos todavía subyace. En más de una ocasión, y tras un intento de suicidio, oímos frases como «lo hice como venganza...».

Cuando hablábamos de la significación de hechos del tipo de agredirse o tatuarse, como decisiones «de por vida» nos aparece otra dimensión, la atemporalidad, expresión de dominio nuevamente, esta vez sobre la incertidumbre, garantizando que algo propio no estará sometido a cambio. No sólo se pretende estar por encima del daño físico, sino también del tiempo y sus leyes.

No todos los adolescentes muestran estos signos, tan claramente denotadores del momento en el que se encuentran, y que, por otro lado, vemos que actúan a modo de conjuro frente a lo que angustia. También estas maniobras son fuente de disfrute y diversión grupal y, como veremos más adelante, no existirían si, en este momento, no fuese tan importante la imagen y todo lo que de ella se desprende.

En toda la gama de posibilidades en las que puede emerger el descubrimiento del cuerpo como propio podríamos hablar, en un sentido

opuesto, de chicas y chicos que se ocultan en una apariencia que no abre la mínima brecha de conflicto, ni con la infancia ni con los padres. Chicas y chicos que intentan camuflar los cambios en su cuerpo negando su existencia. También en estos casos hablamos del ideal, quizás de un ideal previo a la diferenciación con las figuras parentales.

No son aislados los casos en los que las adolescentes se ocultan bajo vestimentas amplias, prendas deportivas «unisex», que intentan impedir que la mirada de los otros descubra la realidad de sus cambios corporales, cambios que van definiendo su cuerpo como sexuado.

Es tan potente la mirada de los otros, aspecto que retomaremos más adelante, que concede valor de realidad, «si otros no lo ven, es que no existe». Este pensamiento nos recuerda al niño pequeño que al taparse los ojos cree que no le ven.

Resulta interesante el manejo que algunos adolescentes hacen a la hora de comprar su ropa. Los hay que se organizan para ir acompañados por los amigos o amigas de quienes esperan ratificación, despreciando cualquier opinión que no provenga de éstos. Otros viven el hecho de ir a comprar su propia ropa o elegirla como una apropiación transgresora de algo que corresponde a los padres, sintiendo grandes dudas en el momento en el que hay que decidir qué comprar. Como podemos ver, todo lo que se refiere al cuerpo y, por tanto, a la imagen atañe, en algún grado, al proceso de consolidación de la identidad.

La mirada del otro

Hemos hablado anteriormente de la búsqueda que el adolescente hace de algo propio, en lo que supone que otros ven cuando le miran.

Es frecuente que entre amigos se demande explícitamente algún signo, o rasgo, cuando no una definición, acerca de cómo se es. El «¿tú cómo me ves?», resume ese intento de llegar al objetivo, quizás aunque sin saberlo, utilizando falsos atajos.

Decíamos antes también que lo que se busca es la aceptación, pero no de cualquiera. La aceptación tiene que provenir de otras figuras valoradas, y el grupo de iguales se constituye en el agente sancionador para conseguir esa aprobación. La inseguridad y las dudas sentidas íntimamente se diluyen en la relación con los amigos, a los que se atri-

buyen cualidades de las que uno participa en la medida en la que forma parte del grupo.

Antes decíamos que la mirada del otro otorgaba un valor de realidad a lo que constataba. El adolescente imagina lo que otro ve en él, y eso es lo que cuenta. Ese poder que se le supone al pensamiento de los otros es un signo denotador de la dependencia en la que aún se está instalado, y que, por otra parte, no es exclusivo de los adolescentes, puesto que también se observa en etapas posteriores.

La pertenencia al grupo, aunque en cierta forma represente independencia, se convierte en el puente hacia procesos más maduros, pero mientras tanto, aunque el adolescente no quiera reconocerlo así, mantiene muchos de los elementos que antes encontraba en el entorno familiar.

La importancia que el adolescente da a su imagen se manifiesta en múltiples formas de trato a su propio cuerpo.

Cuando hablamos del tratamiento que el adolescente da a su cuerpo, nos referimos a infinidad de maniobras que aparecen como novedosas, o que operan un cambio en este momento. Es el caso de los hábitos higiénicos, pero también de la vestimenta, el peinado o los adornos. Por lo general, el adolescente invierte mucho tiempo en este tipo de actividades, que expresan un interés inédito por el cuerpo, y que le lleva a la hipervigilancia y observación de todo lo que allí acontece.

Esto suele acompañarse de una frecuente desatención de otros espacios fuera de sí mismo, como son los lugares compartidos en la casa o su participación en las tareas domésticas. No es raro que ésta sea una de las causas de mayor conflicto en la familia.

La mirada de los otros siempre está presente cuando el adolescente intenta verse a sí mismo; incluso en los casos donde se recurre a ese «cuidado descuido», que también lleva su preparación, y en los que también se tiene en cuenta cómo conjugar todos los detalles, para que el resultado sea una imagen aparentemente despreocupada o abandonada. De cualquier modo, siempre serán los otros quienes terminen dando sentido a lo que se muestra.

Incluso en los casos de flagrante descuido y abandono de hábitos higiénicos, observamos (si estas conductas no obedecen a cuadros psicopatológicos, como depresiones o episodios psicóticos) una intencionalidad transgresora frente a las normas, o bien una muestra de

omnipotencia hacia las propias necesidades, en un intento de negar su existencia.

Si hay algo que resulta claramente irritante para los padres, aparte de la confrontación directa con los hijos, es la actitud pasiva de éstos, frente a lo que para ellos es importante. El «pasotismo» se convierte en resistencia pasiva, que frecuentemente revela conflictos agresivos, tal como demuestran las reacciones de hostilidad que desencadenan.

Conocemos adolescentes que desarrollan auténticos rituales, casi de forma obsesiva, a la hora de vestirse, asearse, peinarse. Dan lugar a esas situaciones frecuentes en los hogares en las que se les pregunta, entre la curiosidad y el enfado, qué hacen durante tanto tiempo en el baño, quizás temiendo que la respuesta pudiera ser otra que «nada».

Enfada que pierdan el tiempo de esa forma, en algo que no se comprende bien. Eso es lo que suelen decir los padres, pero lo que no suele decirse, aunque sí sospechar, es si éstos son los momentos de intimidad propicios para la actividad masturbatoria, y eso, más allá de las molestias, enoja y desconcierta porque deja a los padres «fuera».

Existe un intento de control sobre esa mirada paterna, que hasta poco antes el adolescente había creído infalible, y que en condiciones normales, el chico o la chica, había intentado burlar con algunas mentiras lo suficientemente intrascendentes como para no poner en juego la relación.

Salirse de la mirada paterna, que proveía de seguridad y protección, lleva a encontrarse con otras miradas en las que se busca también la garantía de la aceptación. Decíamos anteriormente que el grupo de iguales tenía, entre otras, esta función.

Nos encontramos con que el adolescente cuida su vestimenta, su pelo, pero cuando decimos que cuida, nos referimos a la relevancia que tienen para él y la atención que les presta, y que no necesariamente coincide con tratarlos adecuadamente. Incluso se propone controlar algunos gestos o movimientos, aunque conseguir naturalidad de algo tan estudiado, no suele resultar exitoso. Y todo esto, con el objetivo de obtener una imagen de sí mismo, que requerirá ser sancionada por otros como ideal.

Sin embargo, esa aprobación externa en ocasiones coexiste con una intencionalidad provocadora, respecto a los padres y a las figuras que representan autoridad o que personalizan «lo establecido».

Observamos que las diferencias y confrontaciones aparecen con múltiples formas y dimensiones, pero la imagen, por su desarrollo ligado al proceso de identidad, se convierte en un escenario privilegiado para la representación de la temática adolescente.

La utilización de la imagen del adolescente

Que los cánones de belleza física estén referidos a la juventud no es una particularidad de nuestra sociedad. Las aventuras novelescas o reales, tras el elixir de la eterna juventud o Dorian Gray, dan cuenta de ello. Sin embargo, la búsqueda insaciable de cualidades adolescentes en edades ya lejanas a ese periodo, y la extensión del «modelo adolescente» para múltiples facetas de la vida, sí que nos parece una característica del momento actual.

El alargamiento en el tiempo de la etapa adolescente modifica también la perspectiva social. Los modos de vida actuales contribuyen a dicho alargamiento y a que la adolescencia se solape en el tiempo con lo que en otras épocas se consideraba juventud. En una revista del corazón, bajo la foto de un personaje conocido, posando en biquini, aparecía el siguiente comentario: «aquí vemos a..., que a sus 35 años y después de tener dos hijos sigue teniendo un cuerpo que muchas adolescentes envidiarían».

Cuestiones como el éxito social e incluso la autoestima a menudo se muestran condicionadas a poseer, o no, esa imagen de adolescente o joven. De ella se desprenden atributos deseados referidos, por ejemplo, a fuerza, poder sexual o capacidad de seducción.

La adolescencia, como etapa ligada al despertar de la sexualidad, resulta ser un buen reclamo publicitario para comercializar multitud de productos. Se trata de asociar esa imagen adolescente, desde su dimensión de desear/ser deseado, a la posesión de aquello que promete tanto. «Siente que te desean...», se dice en un anuncio, como señuelo para la utilización de lo que en él se ofrece, todo ello relacionado con cualidades físicas propiamente adolescentes.

Como señalábamos anteriormente, y analizaremos con más detalle en el capítulo 6 de este libro, ese deseo de perfección en el cuerpo puede llegar a convertirse en vía de expresión de algunos cuadros psicopatológicos.

Recordemos los trastornos de la alimentación, o los rechazos hacia sí mismo, que puede presentar el adolescente que se percibe con «defectos» insoportables para él.

El deseo de acercarse lo más posible a ese modelo que se nos presenta como deslumbrante ha calado en nuestra vida cotidiana, realidad que no es para nada ajena al sistema comercial, que también contribuye a moldearla.

Los profesionales del mundo publicitario saben presentar artículos que satisfacen necesidades reales o creadas a la medida de determinado producto. Este planteamiento tiene su lógica en el conocimiento de las características del modelo social y especialmente cuando se dirige a la población adolescente.

En un anuncio publicitario, una chica de unos 15 o 16 años descubre, al mirarse al espejo, una espinilla. Se muestra a la adolescente en un estado de desesperación, ya que aquel hallazgo significaba tener que renunciar a salir con el chico que le gustaba. Entonces descubre un producto, ofrecido por otra adolescente (si hubiera sido un adulto, seguramente no se habría fiado demasiado), que se aplica y disimula completamente esa «imperfección», y vuelve a ser feliz.

En esta estructura tan simple, que bien podría ser una caricatura de múltiples situaciones, se ponen en juego:

- La percepción de un defecto «espinilla», que compromete a toda la imagen.
- El valor que adquiere dando lugar al rechazo hacia sí mismo y anticipando el rechazo de otros, que son significativos.
- La existencia de un producto que hace desaparecer ese defecto para los demás. Recordemos que para la chica del anuncio sigue existiendo su espinilla, pero si el chico no la ve, no hay de qué preocuparse.
- Se refuerza la intolerancia al «defecto» y se crea la necesidad de eliminarlo, consumiendo ese producto naturalmente.

Ese afán por satisfacer cualquier resquicio ante la necesidad de ser valorado, tal como aparece en la adolescencia, se traslada socialmente a

otros ámbitos de edad. No hay más que observar la larga lista de productos estéticos, dietéticos, vigorizantes..., así como la proliferación de gimnasios, aparatos, técnicas..., para conseguir moldear el cuerpo «que siempre ha deseado tener», hasta llegar al recurso de la cirugía para conseguir estos fines.

Observamos también como desde campañas publicitarias se recoge perfectamente ese anhelo del adolescente por ser único, diferenciarse, saber quién es. Escuchamos mensajes del tipo «sé tú mismo», «atrévete a ser diferente»..., dirigidos a un colectivo enorme y que aparecen en contigüidad con lo que uno debería comprar para sentirse así. El resultado, desde luego paradójico si se consigue tener éxito en la venta, es que todos los que llevan lo mismo puedan sentirse únicos.

Ese tipo de mensajes inciden sobre aspectos nucleares de la subjetividad adolescente, bien conocidos por los profesionales del marketing, aunque en unos chicos calarán más que en otros, evidentemente.

Fijémonos, por ejemplo, en el hecho de que grandes firmas de moda lancen gamas especiales dirigidas a estas edades. Ocurre que en el caso de la ropa se ofrece un número limitado de tallas, fuera de las cuales se supone que un o una adolescente debería encontrarse «fuera de lugar». El sentimiento con el que se vive la escena, en la que una dependienta de ropa le dice a una chica que no tienen su talla y que debería buscar en el departamento de señoras, sólo puede entenderse si se es adolescente o si uno se pone en su lugar.

Cuando los adultos se empeñan en formar parte de ese mundo adolescente insistentemente a través, por ejemplo, de la forma de vestir, se pueden producir situaciones en las que el chico le diga a su madre, «¿qué haces con eso puesto?». Ese golpe bajo, a veces, sitúa bastante bien las cosas.

Para el adolescente, el hecho de que en la imagen, o incluso en detalles de ésta, se juegue gran parte de su valoración personal, se debe a que necesita de una identidad imaginaria, inicialmente sin fisuras, que dé paso a un reconocimiento posterior evolutivamente más ajustado. Este concepto de sí mismo más evolucionado incluirá necesariamente un conocimiento más realista y menos sometido a lo ideal.

Ahora bien, el hecho de que el adulto recurra a medios similares a los antes mencionados en los adolescentes no obedece exactamente a las mismas motivaciones. En el adulto, la búsqueda permanente, y a veces

compulsiva, de mantener una imagen adolescente, tiene otro aspecto además del descrito, en cuanto a la inacabable persecución de un aspecto físico idealizado. Nos referimos a la existencia implícita en estas maniobras de una defensa contra la pérdida, la pérdida; de la adolescencia.

Si la adolescencia está marcada en gran parte por esta dimensión, respecto a lo infantil, la pérdida de la adolescencia o la adquisición de un estatuto de adulto también implica resolución de duelos, siendo el cuerpo adolescente uno de ellos. Si nos fijamos, esa necesidad de atrapar para sí un patrón que asegure el éxito ante los demás es un mecanismo propiamente adolescente.

Las imágenes de famosos, sometidos a múltiples arreglos quirúrgicos y con aspecto deforme, muestran cómo la no aceptación de los cambios vitales puede dar lugar a una imagen patética, alejada ya de cualquier modelo estético.

CAPÍTULO 3

EL ADOLESCENTE Y/CON/CONTRA SU FAMILIA

Vivir, desde el principio, es separarse.

P. Salinas

Las relaciones familiares representan, fundamentalmente en la adolescencia, un escenario idóneo para todo tipo de manifestaciones. Dichas relaciones, cruciales en la vida de cada individuo, adquieren en este momento un sentido particular: su posibilidad de transformación facilitará o no que el adolescente encuentre su propio camino. A lo largo de este capítulo nos acercaremos a distintas situaciones que permiten observar más detenidamente este proceso de cambio y las dificultades con las que nos podemos encontrar en la vida diaria.

El proceso de individuación y sus conflictos

El proceso de individuación comienza en los primeros años de vida. El niño y sus padres deben pasar desde una unión fusional, completa, fruto de la dependencia máxima de éste, a establecer límites y diferencias significativas entre unos y otros.

El sentido de pertenencia es el más profundo en las relaciones familiares y contribuye a sentar las bases emocionales de la familia como

unidad. Así, una de las mayores satisfacciones de las personas se encuentra en el establecimiento de relaciones con otras, a la vez que el mayor sufrimiento suele estar ligado a la pérdida o la posibilidad de pérdida de una relación significativa. El proceso de vinculación entre padres e hijos, así como el tránsito por el camino hacia la autonomía e individuación, está lleno de satisfacciones, temores, deseos, frustraciones, etcétera.

Al principio, la coexistencia diferenciada del hijo se observa en adquisiciones de autonomía personal en sus aspectos más físicos y funcionales, hasta lograr, con el paso del tiempo, una discriminación en los gustos, preferencias, criterios, responsabilidades, etc. Por su parte, los padres pasan de una permanente presencia en los cuidados y decisiones que recaen sobre el hijo, a irse retirando paulatinamente para que sea éste quien adopte las responsabilidades y elecciones que le conciernen.

Este entramado se teje y ajusta en la convivencia diaria. La forma en que hayan atravesado, tanto el niño como sus padres, las etapas infantiles va a tener su influencia en cómo transcurra la adolescencia y en la facilidad o dificultad para encarar esta etapa.

Cada familia mantiene un funcionamiento preciso y diferente de otras familias. Todos los miembros influyen en el establecimiento de costumbres, normas y reglas que mantienen un cierto equilibrio familiar y que suelen ser predecibles. El encuentro entre las manifestaciones de la personalidad y del estado emocional de unos y otros, siempre complejo, puede ser un proceso armónico o convertirse en un permanente choque, en el que todos se sientan amenazados o destruidos. El paso por la adolescencia de un chico implica tanto a los padres como al propio hijo, siendo todos protagonistas de cómo se realice el tránsito por esta etapa.

Al adolescente se le abre un mundo de nuevos descubrimientos, diferentes a lo representado por el medio familiar. Necesita entrar en un mundo adulto, con el gran atractivo y las nuevas expectativas que esto supone para él, y el conocido temor de los padres a que éste se «escape de sus manos» o se distancie de las creencias familiares y la educación recibida. Sin embargo, para poder entrar en el mundo adulto, se hace necesario que el hijo pueda atreverse a ir adquiriendo sentimientos y pensamientos propios, de forma diferenciada a la influencia o reacción

de sus padres. Lo contrario le mantendría en una posición dependiente, infantil y regresiva. Para lograr esta adquisición, con frecuencia y por un periodo de tiempo, se retira a su mundo interno, su cuarto, sus pensamientos, su música, sus amigos. Expresa un deseo de intimidad que le mantiene a él, sus opiniones, actividades y proyectos al margen de los adultos. Estos aspectos no siempre son entendidos por los padres y suelen ser generadores de conflictos, a la vez que sirven como marco para el establecimiento de un nuevo estilo en las relaciones familiares.

Por otra parte, es necesario caer en la cuenta de que las necesidades infantiles de protección, dependencia y seguridad coexisten con el deseo de autonomía y que, por lo general, los padres están más acostumbrados a reconocer y responder a esas primeras necesidades que a favorecer la independencia emocional de los hijos. Debido a esto, los padres que responden solícitos al primer supuesto e ignoran o rechazan el segundo pondrán difícil el crecimiento del hijo. En cualquier caso, a estas edades, el chico empieza a tener claro en qué no quiere parecerse al adulto cuando sea mayor, qué no desea ser como adulto.

Así, una chica de catorce años, muy unida a los padres y sobreprotegida por ellos, presentaba dificultades para dormir por la noche, requiriendo su presencia a diferentes horas para poder conciliar el sueño. Sus compañeros habían empezado a quedar para salir algunos ratos del fin de semana y a ir a sitios nuevos, presentando esto una preocupación para sus padres. Ella contaba: «No me siento bien cuando salgo, por si les pasa algo a mis padres, aunque, por otra parte, sí quiero. El día que me case ellos tendrán que hacer su vida, aunque mi madre me dice que no se va a hacer a la idea cuando me vaya... pero yo no quiero hacer como la abuela Lola, que se casó mi tía y siempre quería que estuviera allí, hasta que al final se fue a vivir con ella».

El adolescente desea entrar en un plano de igualdad con los adultos, aunque se ve lejos de estarlo. Esto provoca que juzgue con mucha dureza tanto a padres como a maestros, utilizando la desvalorización ajena como elemento para valorarse a sí mismo. Cuando se encuentra en un posición más madura, puede competir y hacer valer sus capacidades sin destruir al otro, coexistiendo los sentimientos de amor, agradecimiento y reconocimiento de aspectos positivos del otro.

Las frustraciones que los padres provocan en el adolescente y las que éste provoca en sus padres, por no responder ambos a lo que esperan del otro, favorece la pérdida de la imagen ideal que unos y otros mantienen en la infancia y que es absolutamente necesaria para la constitución de una identidad autónoma del chico. Se permitirá de esta forma que surjan nuevos ideales para él y que pueda empeñarse en conseguirlos.

Para poder encajar la pérdida de seguridad que para todos entraña este proceso, es necesario contar con buenos cimientos individuales y relacionales que permitan que el edificio se mantenga, aunque pueda tambalearse.

Peter Blos (1981) habla de la adolescencia como «segundo proceso de individuación», entendiendo éste como la tarea de lograr su independencia de las figuras paternas y retirarse de su influencia.

El esfuerzo por conseguir una madurez personal fuera de la influencia paterna¹ se traduce en actos o conductas dirigidas a demostrar que actúan por sí mismos y que la opinión de los padres queda en segundo plano. Muestra deseos de competir con otros y ser admirado por sus proezas, lo que en ocasiones le lleva a vivir «al límite» o transgredir momentáneamente las normas establecidas. Esta situación lleva aparejado con frecuencia sentimientos de culpa en el adolescente, por la sensación de ataque a sus padres y la percepción del sufrimiento de éstos. También con mucha frecuencia los padres provocan sentimientos de culpa en el adolescente como método para mantenerles bajo su influencia, pudiéndose apreciar estas circunstancias como dolorosas para unos y otros.

Tanto padres como adolescentes se hallan en un proceso en el que necesitan aprender a tolerar las diferencias de opinión y nuevas estrategias para solucionar los conflictos, manteniéndose unidos pero diferenciados. Las discusiones y desavenencias cotidianas, en un clima de seguridad afectiva, no suelen tener un gran impacto para los adolescentes, integrándolas como algo natural y que comparten con otros compañeros y amigos. Al contrario, son a veces los padres quienes se llevan importantes disgustos en aspectos cotidianos, sin que aprecien por ello grandes efectos sobre los hijos. Lo suelen expresar con co-

¹ Incluye tanto al padre como a la madre y se utilizará de esta forma en todo el texto.

mentarios del tipo «no me podía dormir del disgusto, mientras que él soñaba como un angelito», o «discutimos su madre y yo por su culpa, tuvimos una gran bronca y al momento él como si nada».

En la adolescencia, los mayores desacuerdos se suelen tener por aspectos relacionados con horarios de vuelta a casa y responsabilidades propias del adolescente, como sus estudios y la participación en el orden y tareas de la casa. La elección de amigos, relaciones con hermanos y familia extensa, junto con determinadas conductas perjudiciales, como beber, fumar, acercamiento a drogas, ciertos comportamientos sexuales, lenguaje utilizado, etc., son también motivo de frecuentes encontronazos entre el adolescente y sus padres. El adolescente necesita control y vigilancia de los padres, lo que significa que depende de ellos, a la vez que los rechaza por representar la parte más infantil de la que huye.

En esta etapa se produce un aumento de la intelectualización. El adolescente parece tener solución para todos los problemas del mundo a la vez que se queda parado, en ocasiones de forma muy llamativa, sin hacer nada que implique una postura activa para colaborar en la resolución de algún problema cercano o cotidiano, o ser solidario. Esta postura resulta en general desesperante y desconcertante para los padres. La inserción en el mundo social adulto, con lo que conlleva de modificaciones internas y de adaptación a la realidad exterior irá haciéndoles madurar, configurando definitivamente la personalidad del chico.

No hay más que mirar alrededor para darse cuenta de que no todos los chicos y sus familias afrontan la crisis de la adolescencia de la misma manera. Existen diferencias que van a condicionar una mayor o menor intensidad y gravedad en los conflictos. Entre ellas cabría resaltar:

- Aspectos temperamentales del chico, ya desde la infancia.
- La calidad del proceso de maduración de los primeros años.
- La estabilidad en los afectos.
- Exposición a frustraciones vitales adecuadas o inadecuadas para su edad.
- Calidad de las interacciones familiares.
- Modos de ejercer la paternidad.
- Exigencias acordes o no con sus posibilidades, que le permitan una adaptación al medio.

Parentalidad

El término parentalidad se refiere al estilo de funcionamiento de los padres con los hijos, es decir, a la forma en que éstos ejercen su función paterna. En un sentido amplio, podemos entender que las funciones paternas incluyen la posibilidad de identificar y dar respuesta a las necesidades afectivas de los hijos, la capacidad de ayudarles a comprender sus propias emociones y sentimientos, la enseñanza de unos ciertos límites que le permitan el acceso a la educación y la cultura, y la de dirigir las crisis evolutivas de la familia, para que éstas sean constructivas y la familia no se desorganice.

El funcionamiento de los padres es un eslabón ineludible de la maduración de los hijos. En una vertiente, dicho funcionamiento se fragua en interacción y complemento con las propias actuaciones del hijo, su personalidad, su forma de reclamar cuidado, de responder a los padres, de frustrar y gratificar; otra, remite a lo que el padre es, a lo que tiene que ver con él mismo, fruto de su propia historia y de sus circunstancias actuales, de sus particulares motivaciones y percepciones y de su capacidad de ejercer como padre.

El ejercicio de la parentalidad será positivo para el hijo, cuando favorezca su proceso de independencia, promueva su autonomía personal y le ayude en la adquisición de una identidad discriminada. Ser padre implica ocupar un lugar diferente y asimétrico en la jerarquía familiar y esta posición diferente debe estar clara para el chico. A su vez, la pareja de padres necesita de su propio espacio e intimidad para poderse mostrar en un escalón particular y diferenciado, que delimite las generaciones. Esta asimetría, que debe permanecer, tiene su especificidad y es cambiante en las distintas etapas de la vida del hijo y de la familia.

Si apenas se cuestiona por ambas partes cuando el niño es pequeño, se torna más difícil de delimitar en la medida que el chico crece, siendo más complejo su ejercicio. Así, entre padres e hijos se va construyendo un vínculo, cuya calidad y estilo puede ser saludable o, por el contrario, repercutir negativamente en el psiquismo de los hijos.

La educación que un niño recibe, permisiva, tolerante, autoritaria, capacitadora, protectora, participativa..., junto con el estilo de vinculación que le une con sus padres, van a tener una fuerte y permanente

repercusión en la formación de su personalidad y en los recursos con que va a contar para afrontar la vida.

En la adolescencia se pierde el equilibrio existente con anterioridad entre las capacidades de los padres y las necesidades subjetivas del adolescente. Entre ambos no suele haber acuerdo sobre lo que el adolescente necesita. Por lo general, el chico se muestra autosuficiente, mientras los padres comprenden que su hijo necesita aún mucha ayuda de ellos. Este desacuerdo se manifiesta de forma acusada en todo el sistema familiar, que se ve obligado a revisar y actualizar los vínculos de todos los miembros entre sí. Derivado de esta circunstancia, con frecuencia, aparecen fuertes tensiones en la familia, a la vez que el adolescente es vivido como un problema.

Durante la adolescencia se pasa de un tipo de interacción en la que el padre complementa constantemente al hijo, a otra en la que los padres le dan responsabilidades y, en la medida en que éste las asume y las lleva a cabo, alcanza mayor consideración y reconocimiento.

Una de las mayores quejas de los adolescentes hacia sus padres es la de que los siguen tratando como niños, y puede que en muchos casos sea cierto. También los padres se quejan muy a menudo de la falta de responsabilidad de los hijos. Estas dos situaciones se dan juntas habitualmente. Se produce una dinámica interactiva y circular en la que los padres les tratan como niños, los adolescentes se niegan a asumir sus responsabilidades, lo que provoca de nuevo que los padres no deleguen en ellos y se generen actitudes infantiles, y así sucesivamente. Se requiere el cambio de ambas partes para que el crecimiento sea satisfactorio, a la vez que el cambio de unos repercute en los otros. El padre tiene que arriesgarse a delegar, a dejar de ostentar el principal protagonismo para que los hijos vayan madurando. A su vez, los hijos tienen que enseñar a los padres que van siendo capaces de hacerse cargo de sus cosas, si bien contando con su apoyo. El chico y sus padres se modifican y condicionan recíprocamente.

El chico y la chica, al llegar a la adolescencia, ya no necesitan sólo un padre que les sirva como modelo, sino que requieren que éste les permita sentirle como un rival con quien confrontarse, discutir, medirse, ya que a través de esta confrontación irá conquistando esa independencia que tanto desean. Los mismos hijos que antes necesitaban la aprobación de sus padres y pedían sus cuidados, ahora solicitan su

apoyo ante conductas que les generan preocupación y confrontación, siendo esta tarea una de las más difíciles de realizar para los padres.

El adolescente necesita un lugar propio. Mientras que cuando el niño es pequeño todas sus actividades son conocidas por sus padres y él cuenta lo que le ocurre, en estas edades se vuelven más reservados o no cuentan sus acciones, bien por pudor o por temor a su reacción. Para acceder a ese lugar propio, necesita un padre discriminado, separado de él mismo, que le permita acceder al reconocimiento de su propia identidad. A su vez, para poder discriminarse del hijo, el padre necesita tener una vida propia, además de poder soportar los sentimientos hostiles y ambivalentes que, por parte de éste, y de forma inevitable, surgen ante los límites y frustraciones que como padre impone. Los padres que atraviesan por situaciones de crisis personal por diferentes motivos, o por dificultades serias en sus relaciones de pareja, son más vulnerables para el ejercicio apropiado de la parentalidad, llegando a veces a refugiarse en sus hijos.

El acceso del hijo a ese espacio que sólo de él es propio, es decir, el de su independencia, se pone en serio peligro ante la presencia de padres en exceso disponibles, que no toleran la sensación de falta en el hijo o el más mínimo sufrimiento de éste, que responden solícitos ante cualquier requerimiento y que renuncian a su propio espacio vital, haciendo girar todo en torno al hijo. Actitudes como las señaladas crean vínculos tan regresivos y confusos que dejan al hijo adherido a los padres sin posibilidad de independencia e incapaz de poder ir haciendo su vida.

En la adolescencia, padres e hijos sienten diferentes formas de angustia por el hecho de separarse. El adolescente, para poder crecer, debe tolerar enfrentarse con el desequilibrio y la pérdida que le supone revisar sus convicciones previas y establecidas, para formar sus propias opiniones, juicios y también un ideal de sí mismo. A su vez, los padres del adolescente ven reactivada en esta etapa su sensación de pérdida del niño que crece, a la par que afrontan su proceso de envejecimiento y atisban lo que ya «no ha sido» en su vida y posiblemente nunca podrán ya conseguir.

Si unos y otros han afrontado separaciones o pérdidas traumáticas en su vida, la crisis de la adolescencia se puede volver más difícil y turbulenta. Así, una madre que haya perdido de forma precoz a su madre o

que no haya recibido la atención necesaria por parte de ella y, por tanto, con sensación de carencia, puede desear prolongar la etapa infantil de su hija. Su propia vivencia de desprotección puede hacerle sobrevalorar su rol de madre de una «niña pequeña», reconfortándose con dicho cuidado y pudiendo tener dificultades para aceptar el emerger de la independencia de su hija.

La crítica que los hijos realizan de los padres en la adolescencia y la pérdida del lugar idealizado que ocupaban para ellos, procesos que podemos entender también como elementos de separación necesaria, a veces son percibidos por los padres como una pérdida total del control y el poder que hasta ese momento tenían sobre ellos, o en términos de fracaso como padres. Esto se produce, en parte, porque en ese proceso de desidealización, los hijos pueden ser muy críticos con los padres, mostrarse insolentes o con actitudes despreciativas hacia su forma de pensar y de cuidarles.

También puede ocurrir que algunos padres no sepan reaccionar con objetividad ante el «desorden» que la adolescencia supone, mostrándose más actuadores y retadores que sus hijos. Cuando esto sucede, es decir, cuando se entienden así las cosas, los padres pueden intentar ejercer una autoridad abusiva sobre los hijos, sin adaptarse a la situación evolutiva del chico. De esta manera entraríamos en un desafío de provocaciones y violencia entre ambos que entorpecería el proceso de individuación.

Una adolescente de 14 años relataba la expresión desafortunada de su padre, en la que le decía que si no estaba de acuerdo con sus normas se fuera de casa. La adolescente era una chica poco problemática que se rebelaba porque no la permitían empezar a salir, al igual que el resto de sus compañeros.

En situaciones extremas, podemos encontrar padres que pretenden transformar a los hijos en continuadores y apéndice de su propia persona, sin que lleguen a reconocer al hijo como portador de sus propios deseos y proyectos.

Otra situación compleja se da cuando los padres no pueden ejercer su función paterna debido a que se convierten en padres-amigos que no marcan la diferencia generacional, ni propician la necesaria rivalidad

que surge de la asimetría y que es necesaria para la adquisición del proceso de identidad personal.

Dependiendo de las distintas formas de ejercer la parentalidad y en relación con éstas, nos encontramos así con adolescentes que muestran incapacidad para confrontarse con sus padres y hermanos, otros que se manifiestan en constante enfrentamiento y provocación, quedándose instalados en una pelea sin fin y sin avance, y finalmente, otros que, en interacción con sus padres, consiguen una confrontación positiva que estructura su personalidad y ayuda en la adquisición de su propia identidad. Esta última suele ser la que aparece con mayor frecuencia y es indicadora de normalidad en el proceso.

Las características que ofrece el proceso de confrontación entre generaciones, desde el punto de vista paterno, depende de varios factores:

1. *Capacidad* de los padres para obtener gratificaciones personales a través de vías diferentes a las que aportan los hijos. Puede ocurrir que la principal satisfacción de los padres se encuentre en ver cómo sus hijos responden a las expectativas proyectadas sobre ellos, sintiéndose orgullosos cuando lo consiguen y frustrados cuando no lo logran. Para permitir la independencia de los hijos se necesitaría elaborar el duelo y renunciar a aspectos que hubieran deseado de ellos, entendiéndoles como personas diferentes a sí mismos.
2. *Madurez* que presentan los padres para poder desprenderse progresivamente de los hijos, dando paso para que éstos puedan empezar a «hacer su vida». Muchos padres que hasta ese momento han intentado educar a los hijos en valores de libertad y autonomía se asustan y echan el freno de forma brusca, justo cuando el hijo empieza a acelerar, y otros, sobreprotectores, acentúan aún más su actitud y su intento de control.
3. *Medida* en que favorecen de forma progresiva el lugar protagonista de los hijos, lo que exige flexibilidad para ir pasando a segundo término en muchos aspectos de la vida de éste. En estas edades, con frecuencia, los hijos empiezan a saber más de muchas cosas: nuevas tecnologías, música, propuestas educativas y culturales, etc., lo que a veces aprovechan para exhibirse por encima de los padres. También tienen, por lo general, mayores posibilidades de conocer personas nuevas y

abrir su círculo relacional. Ambos aspectos producen en los padres la sensación de pérdida de control sobre los hijos e incluso se pueden sentir devaluados en este obligado cambio de posición.

4. *Posibilidad* de aceptar y asimilar su lugar de padre «imperfecto», donde, aunque haya futuro, ya no hay marcha atrás en la historia vivida con el hijo. Cuando esto no ocurre, el padre puede quedar «pegado» al hijo, intentando conseguir o darle aquello que no pudo ser en su momento, sin favorecer el proceso de independencia de éste. Sería el caso de algunos padres que no han podido establecer con los hijos las relaciones de amor, confianza, comunicación, responsabilidad, autoridad..., que hubieran deseado y no cejan por conseguirlo, infantilizando a los hijos, aun en edades avanzadas. Primaría el restablecimiento de la autoestima paterna, a cambio de mantener a los hijos bajo una inadecuada tutela que no les permite ser adultos.

Por lo general, cuanto menos se facilite el proceso de independencia y diferenciación del hijo, si el chico es sano, mayor será su lucha por ellas. Tanto para padres como para hijos supone la pérdida gradual del hijo y el padre idealizados, dejando de ocupar ambos ese lugar que tenían en la infancia.

En otra vertiente, la ausencia de confrontación generacional proporciona un aparente bienestar por no rebelarse contra los padres, pero también produce otros efectos, como pueden ser las disfunciones en los vínculos sociales y laborales, o la dificultad para manejar la rivalidad y negociación cotidianas en la convivencia con otras personas. Se observa también que, ciertos adultos que no han podido realizar esa confrontación con sus padres, la impiden o toleran mal con sus hijos. Por tanto, los efectos de esta carencia de confrontación generacional se aprecian también en la edad adulta.

Véase, por ejemplo, el comentario de un varón universitario de 38 años, hijo único, que aún convive con sus padres, ha realizado de forma intermitente trabajos no cualificados para su formación y se encuentra muy aislado socialmente:

No se podría decir a mi edad, pero mis padres son mis mejores amigos. Con ellos lo tengo todo. Si se van al otro barrio, no tengo a nadie. Mi vida

ha sido fácil, siempre se han preocupado por mí y me han dado todo, aunque cuando lo pienso creo que hubiera sido mejor que me hubieran metido en vereda. Ahora, sólo con decir que necesito algo, mi madre me da el dinero para comprarlo, por lo que tampoco tengo tanta urgencia por trabajar, aunque me doy cuenta de que me hace falta.

Existen algunas situaciones que hacen más difícil el ejercicio de la parentalidad, como aquellas en las que se realiza de forma monoparental, ya que cuando ésta es compartida actúa como un sistema de control y apoyo de un padre sobre el otro que equilibra la función. Por otra parte, en el caso de niños que han sido criados por abuelos o en instituciones o que han estado separados en la infancia (como ocurre con frecuencia en los casos de emigración) también el encuentro entre generaciones se hace muy complejo, por el hecho de que la crisis padres-adolescente recae sobre unos padres que no han sido figuras de crianza, con todo lo que eso conlleva a nivel emocional para unos y otros. Estas variables concretas se analizarán más adelante.

Existen algunas formas claramente patógenas en la función paterna. Entre ellas encontramos:

- *Rol de autosacrificio* ejercido por alguno de los padres, con más frecuencia la madre, que deja a los hijos atrapados a la familia de origen, en una especie de chantaje en el que la independencia es vivida como desagradecimiento y deslealtad, donde el sentimiento de culpa no permite la emancipación. El chantaje no es un acto consciente y premeditado, sino fruto de una dinámica de expectativas que uno deposita y, en el peor de los casos, otro asume.
- Situación en la que se hace al *hijo responsable de alguna necesidad familiar concreta*, pasando las suyas a ocupar un lugar secundario: mantener unidos a unos padres con graves conflictos de pareja, gratificarlos frente a problemas que presentan otros hermanos o representar la esperanza de conseguir un estatus social no logrado por ellos mismos, serían algunos ejemplos.

Unos padres, cuyo hijo de 16 años tenía una enfermedad que le afectaba la movilidad, hablaban así de su hija de 14:

Mi hija es superresponsable y muy madura. Lleva siempre la mochila a su hermano y está pendiente de él en los recreos. Prefiere no tener amigos antes de dejarle solo. Tenemos suerte. Menos mal que la tenemos... sin ella estaríamos perdidos.

Tampoco es infrecuente escuchar frases del tipo «si no fuera por mi hijo, me separaría» o percibir situaciones en las que una pareja concibe un hijo con el ánimo de que éste actúe como eslabón de unión entre ellos. También más de un padre puede echarse a temblar si el hijo les dice que no quiere ser ingeniero², por poner un ejemplo.

La reflexión sobre el siguiente caso nos puede ayudar a comprender las dificultades en este complejo ejercicio de ser padres. En él se presentan elementos que tienen que ver tanto con la propia historia materna como con la dinámica de pareja y familiar. Asimismo, queda patente la capacidad de identificación del chico con las emociones maternas y el «uso» regresivo que hace de ellas, impidiendo su propio proceso de autonomía. La exposición del sufrimiento que se aprecia es también indicador, en este caso, de la patología de las interacciones y de la conciencia sobre que algo no marcha bien.

Manuela: una familia normal

Manuela es la madre de Andrés, un chico de 13 años. Solicita ayuda por la gran tensión que le suponen las constantes quejas de su hijo sobre la relación que los compañeros del Instituto establecen con él. Quejas solamente dirigidas a ella, en cualquier momento en que se quedan a solas. Manuela está a su vez constantemente a la espera de lo que le pueda contar cada día a la salida, queriendo saber todos los detalles. El chico refiere que todo el mundo se mete con él y le critica, sintiéndose marginado y manifestando un gran sufrimiento delante de la madre. Está totalmente apegado a ella y sale muy poco de casa, aunque la situación entre ambos no es nada relajada. En el Instituto, los profesores nunca han observado nada.

Manuela dice: «Lo llevo fatal, esta situación me deja por los suelos, todo es tensión, no hablamos más que de la crítica de sus compañeros y yo siento una gran amargura interior. Todo esto ocurre desde hace tiempo y ya no quiero verle ni aguantarle. Me ahogo y no controlo. Me condiciona hasta

² Por el prestigio social que esta profesión otorga en nuestro medio.

tal punto, que no veo más allá y no tengo ninguna ilusión por nada. Me resulta imposible escucharle a la vez que me siento culpable, como si hiciera algo mal, como si no compartiera con él lo que tengo que compartir y eso me tiene muy alterada».

Manuela tiene otra hija seis años menor. Su marido pasa gran parte del día fuera por motivos de trabajo y su familia de origen vive en otra provincia, siendo ella la mayor de cuatro hermanos. Nació cuando su madre tenía 17 años, y permaneció con la madre en casa de los abuelos paternos, a quienes llamaba padres. Su abuela materna había fallecido cuando su madre tenía cuatro años. Ella dice: «Yo nací por error. Si no hubiera nacido, mi madre no habría pasado por situaciones muy difíciles, marginación, vergüenza, dejó de ser una niña para tener mucha responsabilidad. Se marginó y se escondió. No sabía parir. Yo nací después de dos días, cuando mi madre ya no tenía dolores de parto». Cuando era más mayor, recuerda a su madre muchas veces llorando y que no la permitía salir con chicos. Su padre salía y su madre se quedaba en casa. Comenta: «Mi madre no fue madre porque no fue hija».

Manuela se ha sentido sola en la crianza de los hijos. Le ha costado salir adelante y le duele haber disfrutado poco de la infancia de ellos. Dice sentirse como huérfana, con sentimiento de mucha soledad y abandono. A la vez, mira al marido y a los hijos y cree que no tiene motivos, que no está sola, que piensa mucho en su infancia y se pregunta muchos «porqués». Se angustia imaginando que su hijo pudiera sentir por ella lo que ella por su madre; es decir, «que no tengo madre, por lo que necesito estar presente en todo, para que él no se sienta abandonado como me sentí yo». Transforma su angustia de no ser buena madre en un acto hacia Andrés, el estar ella presente en todo y en una actitud sobreprotectora para que no se sienta abandonado.

Como se ve, las posibilidades de regulación y tolerancia de la ansiedad en Manuela están muy alteradas, posiblemente por sus carencias infantiles, no pudiendo soportar ni la presencia ni la ausencia del hijo, ni escuchar sus problemas (reales o figurados) ni poder distanciarse de ellos para calmarle. Su propia angustia le impide contener al hijo; es decir, ayudarle a que pueda dar un significado tolerable a su experiencia, pudiéndola pensar y metabolizar (función *revérie* de la madre descrita por Bion). El dolor y la paradoja es que el gran deseo de ser buena madre se transforma en una gran dificultad para poder serlo en el día a día.

Es precisamente esto lo que se pretende en un trabajo inicial con Manuela, escucharla, contenerla, hacerse cargo de su sufrimiento. Se traduce en un cambio en la relación con el hijo. Manuela dice que «si no indagara tanto, no sufriría tanto». Empieza a involucrarse menos en sus problemas en la manera que lo hacía anteriormente, le escucha, pero no le hace comentarios. Ha dejado de ir a buscarle a la salida del Instituto. Ha observado que si ella va, no se relaciona con los compañeros. Comenta que está intentando que el hijo solucione sus problemas; para ello, manifiesta menos su opinión, ya que empieza a intuir que ella es muy exagerada y que el chico lo ve también bajo ese prisma. Con ciertos altibajos, empieza a poder tolerar un espacio algo diferenciado del hijo, con menor necesidad de saber con exactitud todo lo que le ocurre en cada momento, lo que también está modificando la interacción de Andrés con sus compañeros. Comenta: «Si mi hijo me dice que no tiene amigos, estoy perdida, me muero..., yo me siento muy mal porque siempre he buscado tener amigas».

Manuela oscila entre su preocupación por su rol de madre y su rol de hija, sin poderlos separar: «He sido lo contrario que mi madre, demasiado protectora, agobiante, siempre estando encima, miedosa de que salgan a la calle. Creo que me he pasado». Habla de la sensación de desprotección que le produce su hijo cuando ella no está presente.

Stern (1995) manifiesta que la identidad que la madre tiene como hija de sus padres resulta importante en la adopción del rol materno. Manuela fue «un error» y su preocupación es seguir siéndolo. Para que pueda adaptarse a las necesidades de Andrés, parece necesario que logre abandonar la idea de corregir o rehacer su propia infancia a través de la relación con éste. Es decir, se hace necesario que las decepciones de su edad infantil formen parte en tal medida del pasado que no invadan el momento presente. Si esto no ocurre, actuará igual que su madre o todo lo contrario, sin poder salir de esa referencia e interfiriendo en su propia función materna. Éste es el trabajo fundamental que se lleva a cabo en su tratamiento.

Manuela empieza a favorecer también la relación del chico con su padre, quedándose ella en segundo plano. Cuenta cómo un día que él repetía la situación de queja sobre los compañeros, «le puse al teléfono con su padre, negándome a sufrir, y se acabó todo. No volvió a hablarme del

tema». En la medida en que va tolerando sus propios sentimientos, es capaz también de ir poniendo límites a Andrés y permitiendo que el padre los ponga, en una relación directa y no mediatizada-controlada por ella.

Unos meses después comenta el gran cambio que se está produciendo en su hijo, en sus actitudes hacia ella, los compañeros, muy buen estudiante. Al hacerle caer en la cuenta de su propio cambio, comenta: «No había pensado que hubiera alguna relación, pero realmente estoy mucho más tranquila, no saco las cosas de quicio y parece que todo se coloca. Antes tenía tanta confusión que no sabía ni por dónde andaba, la actitud y el estado de ánimo de mi hijo eran también los míos. Hace unos años tuve que operarme de anginas porque estábamos continuamente malos. Me tuve que operar para romper el círculo, nos contagiábamos mutuamente. Yo no quiero depender de él ni que él dependa de mí, no quiero que estemos en un círculo cerrado, pidiéndonos opiniones para sentirnos bien, como la continuación uno de otro».

Podemos ir hablando, cada vez con más profundidad, de su deseo de no fallar, de evitar todo sufrimiento al hijo y de cómo va cayendo en la cuenta de sus propios límites. En ese tiempo el chico sale por primera vez de campamento pese a los temores de su madre a que lo pase mal. Vuelve contento, habiendo disfrutado y con deseo de repetir al año siguiente.

Comenta: «Me cuesta desengancharme de mi forma de ser. Todavía a veces no me doy cuenta de que mi hijo y yo somos personas diferentes, me creo que somos uno y si veo que se va a equivocar en algo me angustio como si fuera yo quien se equivoca, pero cuando lo pienso me doy cuenta y le pido perdón».

A lo largo del proceso, Manuela cuenta que ha empezado a salir con algunas amigas, cosa que hacía años que no hacía, que se siente más vital y se está planteando la posibilidad de un trabajo fuera de casa. Comenta que está empezando a existir ella.

Nuevas configuraciones familiares

La familia actual ha sufrido importantes modificaciones. Existen numerosos estudios que desde un punto de vista social y económico explican y justifican dichos cambios, que no son objeto de este apartado.

Sí queremos, sin embargo, nombrar algunas formas de presentación de esas «nuevas» familias, que coexisten con las familias «tradicionales»: monoparentales, ampliadas por nuevas parejas de los padres después de una separación o divorcio, con hijos no biológicos fruto de procesos de acogimiento familiar o adopción, coincidencia de la familia de origen y una nueva familia como efecto del embarazo de una hija adolescente, con o sin la pareja de ésta, etcétera.

Puesto que el adolescente está integrado en el grupo familiar, las características particulares de éste inciden, condicionan y particularizan el proceso de conquistas que tiene que realizar en este periodo.

Pertenecer a una familia «tradicional», formada por los padres y unos hijos biológicos, no es garantía de salud mental para el adolescente, ni formar parte de otra organización familiar supone, a priori, la aparición de ninguna patología. El tránsito adolescente será más complicado para el chico cuando el grupo familiar represente escasa estabilidad y sea, por tanto, difícil que pueda aportarle seguridad, límites adecuados y coherencia afectiva, desde cualquier estructura familiar.

No obstante, sí existe un funcionamiento particular y diferente en unos y otros casos que, sobre todo en la etapa adolescente, puede resultar delicado.

Como ya sabemos, la conquista de la independencia y de la identidad diferenciada, como pilares en los que se asienta la adolescencia, se puede ver interferida y complicada cuando alguna situación haga aún más difícil esta tarea. Así, los fenómenos de adopción o embarazo en la adolescencia pueden suponer una especie de «olla a presión», que requiere de un adecuado manejo para que el edificio de la propia identidad pueda resultar fortalecido y no se resquebraje. En otra vertiente, los procesos de confrontación y pertenencia sobre los que pivota la adquisición de la autonomía e individuación se hacen, por lo general, más complejos en las familias monoparentales y las ampliadas por nuevas parejas de los padres, con los posibles hijos comunes o de alguno de ellos.

Generalizar sobre las consecuencias sería un atrevimiento, al igual que lo sería negar las diferencias. Cualquier tipo de familia puede ser adecuada para el chico, siempre que verdaderamente lo sea; es decir, que cumpla las funciones básicas de una familia para cada uno de sus miembros. Sin embargo, estas nuevas estructuras familiares tienen a sus

espaldas procesos de rupturas, pérdidas, ambivalencias o un pasado no compartido que añaden dificultad, tanto a la propia búsqueda que el adolescente realiza sobre quién es él y a quién pertenece, como a su adaptación a las inevitables separaciones que debe afrontar.

A pesar de las dificultades, no hay que perder de vista que afecto, intimidad y límites pueden estar presentes en cualquier estructura familiar, por lo que sería necesario no caer en prejuicios interpretativos, fundamentalmente los profesionales, a la hora de comprender situaciones problemáticas. El menor estigma social que se está produciendo en la actualidad en nuestra cultura también resta tensión y aporta normalidad a estas nuevas configuraciones, lo que a su vez redundará en bienestar para sus miembros.

Por lo común que va siendo en nuestro entorno, y por su especial incidencia en la adolescencia, nos vamos a detener en algunas de estas situaciones.

Adopción y adolescencia

Ligado a la importancia que adquieren la sexualidad y el cuerpo para el adolescente, lo biológico adquiere también un significado especial, tanto para el chico adoptado como para sus padres. Desde la óptica del adolescente, esa vertiente biológica se convierte en fuente de curiosidad e interés para él. Desde los padres, va aparejada con frecuencia a temores, ligados a una posible herencia genética que pudiera hacer su aparición en este momento. Lo biológico representa en las familias así constituidas precisamente lo desconocido y no compartido.

Si el tema de «los parecidos» está presente en todos los nacimientos, como signo de pertenencia y orgullo, en las adopciones también lo está. Se buscan las similitudes e identificaciones con la forma de entender o pensar. Asimismo, la aparición de determinados gestos o expresiones, que se adquieren de forma natural en la relación, son vividas con satisfacción por los padres. Además, sirven como ratificación de la pertenencia a la familia. Pero puede ocurrir que se utilicen como elementos de negación de las diferencias, de lo que es distinto. Este hecho no es banal, justo en un momento en que el chico precisa de la diferencia

para sentirse él mismo, y los padres deben tolerarla para ayudarle en su crecimiento psíquico.

La crisis del adolescente adoptado, que comparte en su mayoría las características del resto de adolescentes, tiene como elemento particular la búsqueda de sus orígenes, como dato que le permita poder hacer su propia historia. Sin embargo, esa historia está también constituida por lo que ha vivido con su familia adoptiva, los acompañamientos en las distintas etapas evolutivas, los afectos, identificaciones, decepciones, etc. Precisamente por esto, sería un grave error intentar entender cualquier situación que presente el adolescente sólo desde la óptica de haber sido adoptado.

Muchas de las reacciones del adolescente adoptado podrían entenderse perfectamente desde la etapa por la que atraviesa y su relación familiar y no tanto en función de su origen. Un chico adoptado, en un momento de tensión familiar, podría decir «déjame, tú no eres mi padre», al igual que otros podrían expresar lo mismo, bajo otras formas, como «ojalá fueras como el padre de tal...», o «tú no mandas, etc.». La resonancia afectiva puede ser, por tanto, bien diferente si se entiende sólo desde la óptica de la adopción.

Los padres adoptivos³ tienen en torno al chico la tarea fundamental de dar al hijo un significado sobre sus propios orígenes, que difiere y va más allá del simple relato de acontecimientos. Con mucha frecuencia, los acontecimientos como tales no son conocidos por los padres, existiendo un vacío en torno a lo ocurrido. Para que ese vacío no lo sea también para el chico, ellos tienen la misión de otorgar una significación que pueda ser tolerada y asimilada por éste. Por otra parte, dicha tarea sólo puede ser cumplida desde una relación afectiva verdadera que acompañe, cuide y ofrezca una posibilidad de asimilar esa parte de su historia. La complejidad está en que esa historia ha tenido en sus orígenes, en cualquier caso, una ruptura y, en muchos, un abandono, e incluso otras formas de maltrato. Sería, y de hecho es, más fácil explicar una adopción en el supuesto de un fallecimiento real de los padres que en otras circunstancias, aunque lo traumático esté presente en los diferentes casos. Es importante no olvidar que la cesión en adopción también comporta buenos deseos hacia el hijo y hacia su fu-

³ Padres, a partir de ahora.

turo, siendo éste un aspecto que le debe ser transmitido por sus actuales padres.

Un ejemplo de esto sería el caso de una madre, adolescente a su vez, que contaba así su experiencia:

Cuando la trabajadora social me planteó en el hospital la posibilidad de darle en adopción, tomé la decisión. La tomé yo sola. Lo tuve claro, aunque lo tengo presente cada rato, sin poder olvidarlo. Pienso en si tendrá una familia o dónde estará. Yo quisiera que tuviera unos padres, una familia. Lo hice con esa vista. Que tuviera alguien que le pudiera cuidar mejor que yo.

En la actualidad, ya no es tan frecuente que el adolescente adoptado no sepa de su situación y son la mayoría de los padres los que han informado a sus hijos de su condición en otros momentos previos. Es ya sabido que mantener un silencio en torno a la adopción impide que tanto padres como hijos puedan elaborar su situación, además de no garantizar en ningún caso que el chico no tenga un conocimiento intuitivo de ella o una percepción de la misma. Sin embargo, en este periodo, el deseo de saber puede llevar al chico a la realización de preguntas concretas sobre su pasado, a las que en muchos casos no obtendrá una respuesta satisfactoria para él, o al menos la que desearía.

A veces, el afán de los padres por proteger a sus hijos fomenta el no hablar de recuerdos que éstos puedan tener de su familia biológica, por poner un ejemplo. Estas situaciones son difíciles para los padres, ya que, de forma generalizada, es duro para ellos manejarse con el desvalimiento y la desprotección de un hijo al que se ama y, a su vez, que éste pueda entrar en contacto con estas experiencias a nivel emocional.

Tanto padres como hijos se tienen que enfrentar a la elaboración de una situación traumática, que requiere mucha comprensión y madurez por parte de los padres y una buena dosis de tolerancia a las frustraciones y seguridad por parte de los hijos. Esto, como decíamos, sólo puede ser realizado en un marco afectivo actual que lo haga posible y ofrezca otro punto de la realidad, que también forma parte de su historia. Sin embargo, no hay que perder de vista que todo este proceso debe ser realizado en un momento en que las relaciones familiares se están modificando y las figuras paternas están perdiendo el lugar que antes tenían para el chico, lo que añade dificultad a dicho proceso.

La adopción adquiere otra dimensión en la etapa adolescente, produciéndose un nuevo proceso en el que el chico, simbólicamente, debe dejarse adoptar de nuevo y los padres también deben adoptarle. Así, la búsqueda de sus orígenes, como elemento fundamental de integración de su propia identidad, incluye no sólo sus inicios biológicos, sino también sus otros orígenes ligados a sus padres adoptivos, a su deseo de tenerlos a ellos. El chico necesita sentir que no está en esa familia únicamente porque sus padres no tuvieron un hijo biológico, lo que en ese momento resultaría intolerable para el adolescente. El adolescente sitúa así a los padres frente a preguntas difíciles de contestar, pero de las que en parte depende que él les siga sintiendo como padres.

Si la etapa adolescente, en general, está repleta de ambivalencias y confrontaciones entre padres e hijos, por supuesto no va a estar libre de éstas en los casos de adopción. Así, cuando los padres no hayan elaborado bien su función paterna, sin dar a los hijos un lugar diferenciado de ellos mismos, pueden tener aún una mayor resistencia a abandonar su lugar de padres ideales y tambalearse ante las dudas.

No sería estructurante para el adolescente que su deseo de saber —las preguntas sobre su país de origen, las circunstancias de su nacimiento, si tiene o no otros hermanos, los trámites de su adopción e integración en su nueva familia, etc.— fuera vivido por los padres como ataque o ausencia de reconocimiento hacia su identidad como padres. Esta circunstancia complicaría la posibilidad de preguntarse sobre sí mismo, en un marco de seguridad, ya que en este supuesto también él podría percibirse como destructivo con ellos.

Se hace necesario así que los padres tengan asimilada su situación en un grado suficiente, que les permita poder responder, manejar y, como decíamos con anterioridad, dar un significado tolerable a las experiencias vividas por el chico. Si este acompañamiento no se realiza de forma adecuada, nos podemos encontrar con chicos que realizan escapadas o abandonos del hogar familiar u otras fórmulas de huida, como conductas adictivas, trastornos conductuales severos, etcétera.

En ningún caso hay que perder de vista que las familias adoptivas tienen su propia dinámica, al igual que ocurre en cualquier familia, por lo que a la hora de observar la salud emocional de sus miembros, tendremos que tener presentes los avatares surgidos en el seno de esa particular familia.

Familias monoparentales

Son las formadas por un único progenitor junto a sus hijos. Pueden ser constituidas así por elección, como fruto del fallecimiento de uno de los padres o por divorcio de éstos. En el primer caso, el motivo para constituirse de este modo condiciona la identidad de esa familia, siendo diferentes también los duelos a los que se enfrentan sus miembros en uno u otro caso, como también es diferente la tolerancia o la aceptación social. Simbólicamente y en la realidad, tampoco es igual que exista un padre, aunque no conviva con el chico, que éste sea desconocido para él o que haya fallecido.

Normalmente son mujeres quienes eligen esta opción, aunque el número de varones que acceden a esta forma de paternidad mediante procesos de acogimiento o adopción va en aumento, siendo múltiples y variadas las motivaciones que llevan a esta decisión. Y cada vez son más los hombres que reclaman la custodia de los hijos después de un divorcio, sobre todo en el caso de varones adolescentes. La situación de madres adolescentes configura un grupo en el que se suele dar esta estructura familiar.

En el caso de la monoparentalidad como consecuencia de un divorcio habría que considerar además los efectos individuales que éste produce en los hijos adolescentes; efectos que se añaden y condicionan la dinámica familiar. Éstos pueden ser variados, en función tanto de las relaciones previas con ambos padres como del grado de conflicto e implicación personal. También es fundamental considerar la medida en que los padres consiguen resolver su divorcio, de manera que impida que ambos continúen unidos a través de peleas en las que los hijos puedan ser utilizados.

En cualquier caso, el divorcio de los padres representa un nuevo duelo a elaborar en esta etapa, junto a los ya inevitables que hemos visto hasta ahora. Un divorcio constituye una importante fuente de estrés para el adolescente, que expresará con los recursos propios con los que cuente en ese momento. Añadir más crisis a un momento ya crítico aporta dificultad a la frágil estabilidad personal del adolescente. Por otra parte, tampoco el padre se encuentra en una posición fuerte, ya que además de tener que resolver su propia situación afectiva, debe enfrentarse a un hijo menos gratificante que en otros momentos y más

crítico hacia sus actuaciones. Sin embargo, los padres divorciados pueden seguir ejerciendo sus funciones paternas de forma compartida, por lo que no se debe generalizar en cuanto a las consecuencias para los adolescentes.

El fallecimiento de alguno de los padres suele conllevar dificultades para elaborar el duelo por parte del adolescente. También plantea dificultades especiales al padre con quien convive, siendo éste con frecuencia depositario de todo el malestar del hijo y de ansiedades y sentimientos muy contradictorios. Por otra parte, la pérdida de un padre en este momento de la vida puede dejar sin resolver las inevitables ambivalencias frente a éste, con los consiguientes sentimientos de culpa. Sin embargo, la tolerancia y significación social que se ofrece en estos casos suele amortiguar, en alguna medida, el impacto sobre los miembros de la familia, dado lo inevitable de la situación y la ausencia de cuestionamiento que supone sobre las relaciones afectivas y los vínculos familiares.

A un nivel general, se podría decir que existe una diferencia, en el significado y la complejidad, si la monoparentalidad se inicia en la adolescencia del chico, o si es un hecho acontecido con anterioridad, con adaptación de los diferentes miembros a esta situación. Queremos insistir en que, cuando se añaden otras situaciones potencialmente estresantes para el adolescente, junto a las propias de su situación evolutiva que debe afrontar, la dificultad para la resolución de sus conflictos aumenta. Por otra parte, también en estas condiciones resulta aún más difícil ejercer en solitario el rol de ser padre.

Las mayores dificultades que se derivan del ejercicio monoparental de las funciones paternas tiene que ver con el manejo y el afrontamiento en solitario de las situaciones límite que a veces plantea el adolescente y que ponen a prueba la madurez del padre. El sentimiento de soledad, frente a estos acontecimientos, es de los más duros de tolerar y hace también vulnerable al padre frente a los conflictos que plantean los hijos. Incluso en padres separados que hablan e intentan llegar a acuerdos sobre los hijos, los intereses y percepciones son a veces tan diferentes que aumentan aún más el sentimiento personal de soledad. En estos casos, aunque se intente ser coherente con el hijo, aspecto que será muy beneficioso para él, dicha sensación de soledad estará muy presente y será una fuente de sufrimiento en el padre.

La sobrecarga que supone la monoparentalidad en cuanto a la educación de los hijos y a su cuidado, hace más difícil que se tolere el inicio de la independencia de ellos en la adolescencia. Por una parte, existe el riesgo de que el padre haya establecido una unión muy fusional y protectora con los hijos o con algún hijo en particular, que le lleve a resistirse con fuerza a modificar este equilibrio. En estas situaciones, aunque no sólo en ellas como hemos visto previamente, el hijo puede ocupar para el padre un lugar que oculta otras carencias personales y afectivas, por lo que la independencia de éste evidencia esa situación, haciendo especialmente doloroso para todos ese tránsito. Si el chico no es capaz de superarlo, la condena será el mantenimiento de una relación dependiente que le impedirá o dificultará la realización de sus propios proyectos vitales. Intentar posicionarse de otra manera también representa un proceso doloroso, como se ve en el siguiente caso.

Esther

Es una chica de 17 años cuyos padres están separados desde que ella tenía siete. Convive con la madre. Otro hermano mayor ya se ha independizado. La madre no ha vuelto a tener pareja desde entonces. Ha empezado a tener fuertes desavenencias con la madre desde que ha empezado a salir con un chico del Instituto. Comenta: «Mi madre no quiere que le hable de él y se niega a conocerle, a pesar de que siempre ha conocido a todos mis amigos. Me dice que le deje y que la haga caso... que para eso ella me cuidó cuando yo era pequeña, que también ella dejó de hacer muchas cosas por mí. He llegado a pensar que me tiene envidia y me siento fatal». Cuenta que se siente con mucha ansiedad, que parece a veces que se ahoga y que tose mucho. Cree que su tos es nerviosa. Continúa diciendo: «intento autoconvencerme de que yo no tengo la culpa de todo, pero a veces no lo consigo y me hundo en la miseria. Me siento cada vez con menos autoestima y me está yendo mal en los estudios. Mi madre me dice que así no voy a ninguna parte y que deje los estudios. Yo cada vez me siento más triste porque no quiero que mi madre sufra, pero también quiero hacer mi vida».

Por otra parte, el padre que permanece con el hijo, en lo cotidiano, deberá proveerle tanto de los cuidados que se derivan de la función materna, adaptados a su momento evolutivo, como de los provenientes de

la función paterna, que tienen que ver con la norma, la autoridad y los límites.

Hay que aclarar que función materna no es equivalente a madre, ni paterna a padre. Persona y función no son, por tanto, conceptos equivalentes. Las dos funciones pueden estar presentes en ambos padres, en diferente medida o también ser ejercidas por personas diferentes a los propios padres. Sin embargo, el desequilibrio entre ambas o la ausencia de alguna de ellas producen en el adolescente una importante desventaja en las adquisiciones que debe afrontar. Así, una madre en solitario puede cubrir, por ejemplo, necesidades infantiles del hijo y evitar la confrontación con éste a través de no marcar suficientes límites a su comportamiento, o un padre, por temor a perder al hijo, puede hacer lo mismo, o, por el contrario, poner el mayor énfasis en las normas sin proveer de otros cuidados afectivos necesarios, por poner un ejemplo.

Por otra parte, en las familias monoparentales, quizás más que en ninguna otra, se precisa de intereses y de otras relaciones significativas, para todos sus miembros, fuera del ámbito de la propia familia, como forma de compensar esa tendencia al aglutinamiento no diferenciado que impide el desarrollo de cada uno de ellos.

En cualquier caso, una tarea que debe afrontar el padre en la adolescencia del hijo se refiere a la explicación del porqué de su situación. Esto será más o menos difícil dependiendo de las circunstancias que han rodeado el inicio de su configuración familiar. En esta etapa, el chico está preparado a nivel cognitivo para poder diferenciar lo que ha sido un problema de los padres y las consecuencias derivadas de ello. Sin embargo, lo que tiene que ver con aspectos de la sexualidad de los padres no es tan fácilmente explicable ni comprensible, por lo que puede ser fuente de angustia para éste, aunque no por esto debe dejar de ser nombrado.

Al igual que ocurre con otros tipos de familia, cuanto mayor sea el equilibrio personal y la madurez del padre que conviva con el chico, mayor capacidad tendrá para ayudarlo y contenerle en su etapa adolescente, siendo éste un indicador de buen pronóstico en el funcionamiento familiar.

Familias ampliadas

Surgen como consecuencia de la formación de nuevas parejas por parte de uno de los padres o de ambos. Cada miembro de la nueva pareja, puede aportar sus propios hijos, a la vez que puede haber hijos comunes a ambos. La convivencia entre todos puede ser continua o discontinua, dependiendo de posibles acuerdos sobre visitas familiares o en función de la edad de los hijos. A su vez, los hijos pueden entablar relación o no con las familias de origen de esas nuevas parejas, siendo aceptados o rechazados por ellas. También los chicos pueden aceptar afectivamente a las nuevas parejas, sus hijos y sus familias como algo propio o no..., y a la inversa. Puede tratarse de una nueva estructura que se inicia en la adolescencia o que se ha constituido hace años. Todo lo anterior condiciona y hace particular esta situación para el adolescente.

Resulta curioso fijarse en la dificultad que entraña poner un nombre a este tipo de familias, por lo que se denominan de diferentes maneras: reconstituidas, ampliadas, ensambladas, recompuestas, segundas familias, etc. Tampoco es banal que tanto las nuevas parejas como sus hijos sean nombrados con el sufijo «astro», que en nuestra lengua califica lo no deseable o despectivo. Añadido al nombre de padre o madre, evoca numerosos cuentos infantiles en los que el padrastro o la madrastra representan la ausencia de amor, el deseo de apartar al hijo ajeno, el no desearle el bien, la desigualdad de trato entre los hermanastros, el desamparo frente a esos poderosos que pretenden tanto mal y no son frenados por nadie, etc. Parece un panorama desolador aplicado en una sociedad donde cada vez es más frecuente este tipo de familias y donde la convivencia, si no está agravada por otros problemas, puede ser satisfactoria y armoniosa.

Sin embargo, existen circunstancias que hacen especialmente difícil para el adolescente este tipo de organización y son aquellas en las que los hijos se hallan inmersos en un *conflicto de lealtades* entre los padres biológicos, que impiden el establecimiento sano de nuevos vínculos familiares. Este entorno, propiciado por padres que aún no han resuelto su separación o divorcio, puede situar al chico en un permanente conflicto, en el que si está a gusto, se comunica y comparte, con uno de los padres y la pareja de éste, siente que está traicionando al otro padre. Es como si el chico tuviera que pertenecer solamente a un padre y a su sis-

tema familiar y que esta pertenencia tuviese que ser en exclusiva. A veces son mensajes sutiles, de los que el adolescente apenas se da cuenta, o comunicados explícitos que provocan intenso malestar en el chico. Si ya el adolescente se siente desleal o desagradecido por distanciarse de los criterios e ideologías paternas, e incluso culpable, estas nuevas situaciones pueden enfrentarle a un conflicto insuperable.

Puede ocurrir también que las maniobras de uno de los padres, normalmente aquel con quien permanece el chico, en contra del otro, realizadas de forma continua y a través de mensajes, tanto francos como encubiertos, persigan el único objetivo de apartar al hijo de la vida del otro padre y de su familia. Este hecho es bien conocido en la actualidad, siendo considerado como una forma de maltrato y descrito como *Síndrome de Alienación Parental*. Detectar la presencia de dicho síndrome requiere experiencia por parte de los profesionales, ya que, el propio chico, al adoptar la opinión del padre que le manipula como propia, también puede confundir a los profesionales.

En la medida en que los adultos sean capaces de afrontar y resolver sus rivalidades, podrán liberar al adolescente de esas ataduras. El adolescente se sentirá atrapado si tiene que ser él quien cuide y tranquilice a los padres frente a esas ansiedades. Seguramente lo hará a base de ocultar su placer en sus nuevas relaciones, no pudiendo compartir así sus propios sentimientos o, en otra vertiente, aún más frustrante, no autorizándose él mismo a establecer vínculos satisfactorios, haciéndose así portador de la presión del padre o de los padres. Así, Jaime comentaba:

Cada vez que digo algo bueno de mi padre, mi madre me mira con cara de odio y me monta una discusión por cualquier cosa. No me atrevo a decirle que me lo paso bien con él. Nos decía que íbamos a estar ajenos a la separación y ahora nos mete de lleno (también a los hermanos). Desde que mi padre tiene novia es aún peor. Nos pregunta qué pensamos de ella o qué hemos hecho, pero se enfada si no la criticamos. Dice que todo lo hace para ganarse a mi padre y que cuando lo haya hecho, no querrá saber nada de nosotros porque no somos sus hijos. Cree que si estamos bien con mi padre es como si no la quisiéramos a ella... Que es muy bonito estar un rato con nosotros, pero que quien nos saca adelante y se sacrifica es ella. Al final no sabemos ni qué hacer.

Otro núcleo habitual de conflictos suele girar en torno a los límites, las normas y la disciplina. Como ya se conoce, en la adolescencia es habitual la confrontación con los padres a través de situaciones que requieren que los adultos establezcan límites coherentes a los hijos. Cuando el chico comparte más de un domicilio, es muy frecuente que manipule a unos padres que no se comunican, o que se escape a dicho límite solicitando a uno u otro, a su antojo y en su beneficio, determinados permisos o deseos. Seguramente no será algo premeditado por el chico, pero intuitivamente intentará ponerse las cosas «fáciles». Otras veces conseguirá una pelea de los padres, con él de protagonista, logrando aliarse con uno de ellos y enfrentándose al otro. Este fenómeno, que también se da en las familias más tradicionales, puede verse agudizado en estas nuevas configuraciones, ya que la discontinuidad en la convivencia lo propicia. En otros momentos puede ser uno de los padres el que se niegue a hacer cumplir las normas o contrariar al hijo, por el temor a que éste se incline por el otro progenitor y se sienta excluido.

Estas coaliciones también pueden producirse en el seno de la nueva familia. Por ejemplo, una madre puede dejar fuera de juego a un padrastro que intenta poner orden a una situación caótica planteada por el adolescente o un padre dudar de los sentimientos y la intención de su mujer cuando pone límites a una hijastra que la reta constantemente. En ambos casos, un miembro de la pareja se situaría fuera de su escalón correspondiente, uniéndose a uno de los hijos y excluyendo al otro miembro de la pareja. Frases dichas por adolescentes del tipo «tú cállate, no mandas en mí porque no eres nada mío», suelen provocar un gran impacto en el seno de una familia, dejando una dolorosa huella en todos sus miembros.

Sin embargo, fundamentalmente en el periodo adolescente, se deberían clarificar los roles que realizan los distintos adultos que representan figuras paternas. Los nuevos compañeros paternos no son sustitutos de los padres, aunque realicen funciones paternas. Esto debe tenerlo claro el adolescente. Si la nueva pareja del progenitor pretende sustituir o anular al padre o la madre, el chico lo sentirá posiblemente como una forma de agresión hacia él y, por tanto, surgirá un rechazo hacia quien lo intenta. La tarea de acompañamiento que las nuevas parejas pueden realizar con los respectivos padres es fundamental como

soporte y apoyo emocional, sobre todo en los momentos evolutivos que representan un cambio para sus miembros o para la familia como tal.

Resulta imprescindible en estas familias que se hayan elaborado adecuadamente por los padres y sus nuevas parejas, rivalidades y celos, a veces muy arraigados, que impiden el establecimiento de relaciones gratificantes. Si esto no se produce, los diferentes miembros se mantienen en una especie de comparación constante, que pretende conocer el lugar que ocupa cada uno en la nueva familia, quién es el más querido o el más valorado y para quién. En la medida en que los propios adultos hayan encajado estas situaciones, así el chico se sentirá más libre en sus afectos y con menor conflicto en sus relaciones, lo que se extenderá también al resto de hermanos.

Por último, no hay que olvidar que el principal objetivo del adolescente en este periodo no es precisamente mantenerse unido a su familia. Así, movimientos «hacia fuera» no pueden ser interpretados sólo desde la óptica del rechazo hacia la nueva familia o la huida de los problemas, sino que siempre hay que tener en cuenta la saludable opción que el adolescente ostenta desde esta postura. Sin embargo, dicho alejamiento, aunque sea normal, puede frustrar el deseo paterno de unión, si la nueva familia se está constituyendo en ese momento.

Paternidad y maternidad en la adolescencia

Aunque existen diferentes circunstancias, los siguientes casos pueden servir como introducción a las situaciones de paternidad y maternidad en la adolescencia y las familias que suelen generar. No es infrecuente que el embarazo sea reconocido de forma muy tardía, con lo que aparece de falta de control médico y soporte de un apoyo emocional tan necesario. Las endebles relaciones de la pareja, propias de la edad, con frecuencia se rompen, con su consiguiente ruptura de relación con el hijo, o queda manifiesta su dificultad para ejercer de padres. También los abuelos, soporte importante en estas situaciones, pueden rivalizar con los padres, haciéndose protagonistas principales, o tener dificultad para ayudar a los hijos a ser competentes en su tarea, por muy variados motivos.

Leticia

Leticia acaba de cumplir 18 años. Tiene un hijo de dos. Convive con su madre, el marido de ésta y su abuela materna. El padre del niño la dejó definitivamente a los pocos meses de nacer éste y apenas le ve alguna vez. Tampoco le ven los abuelos paternos, ni se interesan por él. Ella tiene otro novio, unos años mayor, con quien desea irse a vivir lo antes posible.

Cuenta que pasó el embarazo sola. El chico tenía también 16 años y se conocían desde hacía muy poco tiempo. Se iba todo el rato con amigos y discutían constantemente. Su madre no se enteró hasta los cinco meses de embarazo. Ella dejó sus estudios para hacerse cargo del niño, aunque enseguida se puso a trabajar para mantenerle, siendo la madre de Leticia quien le cuida. Leticia dice que «la historia se repite. Yo tuve a mi hijo muy joven y mi madre me tuvo a mí a la misma edad; mi padre dejó a mi madre y el padre de mi hijo me dejó a mí». Cuenta que el niño llama papá y mamá a los abuelos y que a ella la llama «tata». Se siente contrariada por esto, pero no se atreve a protestar, ya que sus padres la están ayudando mucho. Se queja de que parece la hermana del niño, no puede opinar sobre lo que come o la ropa que le ponen y es la abuela quien va a las reuniones a la guardería. Desearía actuar más como la madre del niño, pero teme que su madre se enfade.

Rosa

Tiene en la actualidad 19 años, una niña de tres y otra de seis meses. Convive por temporadas junto a su pareja, con los abuelos maternos o paternos y los hermanos de ambos, habiendo aparecido muchas dificultades en la relación con estos últimos. Rosa dejó de estudiar durante el embarazo de la primera hija, sin retomarlo más tarde. Su pareja no estudiaba desde antes. Ni Rosa ni el padre de las niñas trabajan, por lo que son los abuelos quienes se hacen cargo de las responsabilidades familiares. La madre de Rosa es quien fundamentalmente se ocupa de las niñas, se levanta de la cama si lloran y les prepara la comida, siendo su punto de referencia. Ella desea que esta situación cambie, considerando que su hija debe ser más responsable y que el padre de las niñas debe trabajar, para que toda la economía no recaiga sobre ellos. Sin embargo, ésta tiene serias dificultades para poner límites a su hija y a su pareja, quienes parecen no tener ningún interés especial en ejercer de padres. Cuando la nieta la llama mamá, la corrige y le dice que la mamá es Rosa, pero la niña parece no entenderlo. Rosa cree que esto da igual y que no tiene mayor importancia.

Marina

Tiene 17 años. Acude al Instituto y vive con sus padres y una hermana mayor. Notó que no le bajaba la regla y acudió a su médico, pero ocultó que había mantenido relaciones sexuales con un chico. Su doctora no le dio mayor importancia, atribuyéndolo a desarreglos de la edad. Comenta que ella se lo creyó. Tanto en casa como en el Instituto, le preguntaron en diferentes ocasiones sobre la posibilidad de un embarazo, dado que engordaba de forma significativa. Ella lo negaba y el tema se quedaba así, disimulando su cuerpo con ropas anchas y sin más preguntas. En ningún momento tuvo ningún síntoma o molestia relacionado con el embarazo. Por entonces, ya se había acabado la relación con el chico. Algún día antes del parto, la madre «se dio cuenta», haciéndose cargo de su hija en medio de un fuerte impacto familiar. El bebé fue dado en adopción. Marina siente a veces que le ha abandonado, aunque también cree que ha sido la mejor solución para el bebé, ya que consideraba que éste no era un juguete y ella no se veía preparada. Aunque en su vida ha habido un antes y un después, a los pocos días del parto, siguió yendo al Instituto.

El embarazo en la adolescencia representa siempre una dificultad, al tener que asumir y afrontar situaciones y responsabilidades para las que el adolescente es inmaduro.

Representa una ruptura aún mayor en la percepción de su identidad anterior, oscilando, a veces de forma extrema, entre sentirse padre o madre o sentirse hijo. Por lo general, representa una ruptura en las actividades cotidianas del adolescente, como sus estudios, y una ruptura con las relaciones sociales que mantenían hasta el momento, por la dificultad de compartir intereses y actividades cuando nace el bebé. Los procesos de autonomía en relación con los padres, conquista fundamental en la adolescencia, son con frecuencia muy condicionados, ya que el nacimiento del bebé obliga, en algunos casos, a una forma nueva de relación con los progenitores, que no permite la independencia por ninguna de las partes. En otras circunstancias, se puede producir una salida brusca del hogar, bien por convivencia independiente con la pareja o con la familia de ésta, sin que dicha salida del hogar familiar, sea el resultado de un proceso evolutivo deseado y sin que se pueda considerar, por tanto, una verdadera conquista en los procesos de autonomía e independencia.

Algunas adolescentes ocultan su embarazo por vergüenza o por sentimiento de culpa frente a sus padres, a la vez que a éstos les cuesta reconocer el estado de la hija, y niegan la situación hasta que es totalmente evidente. Ambos hechos, junto al escaso apoyo que, por lo general, reciben de su pareja, dejan a la adolescente en una situación de soledad y desamparo.

Dependiendo del soporte familiar, muchas familias monoparentales se fundan a partir de este acontecimiento, igual que los fenómenos de adopción que también se dan con frecuencia en este contexto. Esta decisión de dar al hijo en adopción, nunca fácil para la adolescente, implica por lo general una opción personal, en la que calibra sus posibilidades reales y en función de ellas toma dicha decisión, deseando también un futuro mejor para el bebé del que ella misma pueda ofrecerle.

Un fenómeno muy común es el de la cesión de los niños a las abuelas. Por una parte, la falta de madurez de las adolescentes provoca que éstas no puedan establecer un vínculo seguro con sus hijos. Suelen tener dificultad para interpretar el llanto del bebé, sus gestos y necesidades, por lo que delegan en sus madres. A su vez, las abuelas perciben la fragilidad de sus hijas y de sus nietos, por lo que comienzan a ejercer funciones maternas, en las que desplazan a sus propias hijas, aunque sea con la mejor intención. Finalmente, esta circunstancia siempre es una fuente de conflicto, ya que la autoridad y los roles familiares están desdibujados y son confusos.

Hablemos de una familia adolescente

Nos vamos a referir en este apartado a la situación de algunas familias con chicos adolescentes en las que los padres presentan características personales que les impiden una actitud de adultos con sus hijos. Cuando se escucha a estas familias, es a veces difícil distinguir quién es el que habla, si el padre o el hijo, un adulto o un niño.

Cuando los hijos llegan a la adolescencia, la mayoría de los padres han alcanzado un estado de cierta madurez y conformidad consigo mismos, en sus relaciones y en la consecución de sus metas personales, que les sitúan en un buen punto de partida para afrontar los nuevos cambios familiares y poder ejercer su función con los hijos.

Como ya dijimos con anterioridad, todas las personas presentan a lo largo de la vida aspectos infantiles y aspectos maduros en su personalidad, si bien en la etapa adulta suelen estar compensados, permitiendo vivir con una cierta armonía. La coexistencia de ambos aspectos condiciona la forma en que las personas se desenvuelven en el mundo y la manera en que se establecen las relaciones con otras y mantienen su equilibrio emocional. Así, el paso del tiempo en exclusiva no es sinónimo de madurez, sino que ésta está ligada a la conquista de diversas variables relacionadas con:

- La tolerancia a la frustración.
- La capacidad de empatizar y ponerse en el lugar del otro.
- La capacidad para diferenciar las necesidades propias de las de otras personas.
- La capacidad de pensar antes de actuar.
- La capacidad de demorar satisfacciones inmediatas en favor de otros proyectos o motivaciones.
- La capacidad de reflexionar sobre la propia experiencia y sacar conclusiones de ella.
- El mantenimiento de un cierto equilibrio personal ante vivencias personales o acontecimientos estresantes.

Hemos venido señalando cómo para conseguir lo anterior se requiere de unas condiciones de seguridad en los afectos y unos recursos de apoyo frente a las adversidades. Estas variables funcionan tanto desde la perspectiva de los hijos como de los padres.

Un adulto puede necesitar de la presencia de otro que le ayude a calmarse, le apoye y contenga en muchos momentos de su vida, fundamentalmente ante la presencia de acontecimientos vitales desorganizantes o dolorosos. Por otra parte, también realizará esta función hacia otros. Este intercambio se lleva a cabo de forma habitual en las relaciones humanas adultas. Sin embargo, el problema aparece cuando las necesidades infantiles de cuidado, ayuda, protección, dependencia, gratificación etc., predominan claramente sobre los aspectos maduros, llevando a la persona a una búsqueda constante e indiscriminada, en la que utiliza a otros, incluso a los hijos, para calmar dichas necesidades o carencias no elaboradas.

Al igual que ocurre con el chico adolescente, también la forma en que los adultos han elaborado o no sus propios conflictos infantiles condicionará la respuesta e implicación en el proceso de adolescencia del hijo. A veces, un padre puede sentir pavor ante manifestaciones o vivencias del hijo que le recuerden o pongan en contacto con experiencias propias que le resultaron especialmente dolorosas. En este caso, se produce una indiscriminación entre lo que pudo sentir el padre y lo que siente el hijo. El padre mira al hijo como si se estuviera mirando a sí mismo, proyectando en él todos sus temores y sin posibilidad, por tanto, de calmarle. En este contexto, el chico o la chica interioriza eso que les inculca el padre y lo vive como propio, sintiéndolo en la misma dimensión que éste, en una especie de herencia psicológica entre generaciones que perpetúa la historia emocional de las familias y a la que sólo un proceso de reflexión, discriminación y elaboración personal puede poner freno. Si en la transmisión biológica de ciertas enfermedades, el desconocimiento lleva a perpetuar la enfermedad y el saber proporciona la posibilidad de un remedio, también en esta «otra herencia», el conocimiento, el darse cuenta de lo que es propio, contribuye a la salud emocional de los hijos. Todo esto ha quedado muy patente en el caso de Manuela.

En el apartado anterior hemos señalado algunas formas inmaduras de ejercer la parentalidad, en las que el objetivo no está puesto en el crecimiento e independencia del hijo, sino que las necesidades de gratificación y cuidado paterno se anteponen. Por supuesto, esto no es un proceso premeditado, con el interés de perjudicar al hijo, salvo en casos poco frecuentes y muy extremos (incesto, utilización de hijos para la mendicidad, prostitución, delincuencia, etc.), sino que se deriva de ansiedades o necesidades no pensadas, que se actúan en la relación con el hijo y que condicionan las relaciones y la personalidad con éste.

Existen dos situaciones especialmente patógenas para los hijos, en las que los padres no se posicionan como adultos frente a ellos y que serían las siguientes:

1. *Padres que no actúan como tales*, a veces bajo la *apariencia de permisividad y tolerancia*, dejando por tanto de ejercer sus funciones paternas y pretendiendo que los hijos actúen como adultos o ignorando sus necesidades. Encontraríamos aquí algunos de esos padres-amigos de los

que hemos hablado anteriormente. También estarían padres alejados de los hijos por distintos motivos, «entretenidos» con sus propios problemas, sin llevar a cabo su cometido como padres. Ambas situaciones dejan a los hijos sin el apoyo, modelo y posibilidad de rivalidad paterna, si bien en cada caso, las consecuencias serán diferentes en función del soporte afectivo que capte el adolescente.

Un chico de 17 años que cuenta

Mis padres no me regañan como otros padres y no se meten en mis cosas, pero son unos cabeza hueca, piensan en el hoy y nada más. Alguna vez me he metido en algún lío y no me han dicho nada. Parece que todo lo comprenden y a mí me hubiera gustado que me hubieran advertido.

La necesidad de sentirse un padre ideal, sin conflictos con el hijo y ocupando un lugar especial por comprender todo y no poner límite a los deseos de éste, se puede actuar en el día a día con una insuficiencia en la tarea de ser padre. Así, el chico puede tener otro amigo más, pero no un padre. Esta dificultad para la confrontación y la diferenciación puede llevar incluso a algunos padres, a vestirse como los hijos adolescentes o a invadir sus espacios de amigos, alardeando de conocimientos sobre sus gustos, su música, etc., lo que a veces se acompaña de sentimientos de vergüenza en los hijos. No pocas veces esta postura esconde también la dificultad de los padres para tolerar su propio envejecimiento, compitiendo así como un igual con el chico.

2. *Padres que solicitan de sus propios hijos funciones paternas (parentalización). Los roles aparecen invertidos.* El padre asigna al hijo roles de cuidado y protección o deposita en él responsabilidades de las que él mismo sería responsable. Este estilo de funcionamiento provoca una hipermadurez en los hijos que les impide estar pendientes de aspectos que les corresponderían por su edad y que son necesarios para su maduración. A cambio de esto, pasarían a ocuparse de las necesidades del medio familiar. Por otra parte, esto genera una importante fragilidad en aspectos emocionales. Con frecuencia, en estos casos, la cohesión entre los hermanos y la dependencia mutua entre ellos compensa el daño por la conducta infantil de los padres.

Una adolescente refería así su situación:

Mi madre cree que soy yo la madre de la niña (hermana), me obliga a estar con ella y si salgo me regaña. Yo deseo hacer mi vida y todo esto me agobia. Si salgo, la niña va conmigo a todas partes.

Otra chica decía

Yo soy su madre, me siento así. Mi vida ha sido por ella. Siempre quiere que la acompañe a todas partes y escuche sus problemas, pero no al revés.

La parentalización de los hijos, o de algún hijo en particular, altera el proceso normal del adolescente, a veces de forma permanente. Encontraríamos muchos efectos de estas situaciones en adultos que no son capaces de tenerse en cuenta a ellos mismos y sólo se sienten gratificados siendo cuidadores de alguien o satisfaciendo los deseos de terceras personas.

Por otra parte, la percepción de la debilidad de los padres que depositan la satisfacción o la contención de sus necesidades en los hijos provoca, además de angustia y sentimientos muy ambivalentes, una gran culpa cuando el chico no actúa como proveedor para sus padres, quedando relegado él mismo a segundo plano. Desde esta posición, la angustia se convierte en un callejón sin salida, sin escapatoria para el chico. Es decir, si él no puede hacer una vida normal para su edad, se angustiará, y si la hace, tendrá la sensación de abandonar a los padres, por lo que esa sensación no será mejor que la anterior.

En estos casos, la posibilidad de contar con otras personas que ayuden al adolescente a sentirse con derecho a diferenciarse del rol en que los padres le ubican, será fundamental para la salud emocional del chico. Junto a esto, la búsqueda de una red de apoyo para los padres con otros iguales a ellos, también será un elemento fundamental para un cambio.

Existen circunstancias que favorecen la provocación de roles paternos en los hijos, como pueden ser la existencia de conflictos significativos en la pareja de padres, el ejercicio monoparental de la paternidad o las situaciones de carencia emocional, tanto pasadas como presentes.

La situación familiar se puede volver muy compleja y problemática, por tanto, cuando un chico adolescente se encuentra con padres también inmaduros, que se ubican más en un lugar fraterno o que tienen

serias dificultades para captar sus necesidades, poderle poner límites y apoyarle en sus proyectos.

Por otra parte, como ya hemos dicho y hemos visto en algunos ejemplos, la adolescencia de los hijos provoca actualizaciones en los padres de su conflictiva infantil y adolescente. Por este motivo, también en ocasiones, ellos mismos requieren apoyo y cuidado para que puedan actuar de forma madura, sin proyectar sobre los hijos aspectos propios no elaborados ni resueltos, que añadirían dificultad al complejo proceso del adolescente y a las relaciones mutuas.

CAPÍTULO 4

LA FUNCIÓN DEL GRUPO EN EL PROCESO ADOLESCENTE

Si alguna vez te oigo
Hablar de padre, madre, hermanos,
Mi imaginar no vence a la extrañeza
De que sea tu existir originado en otros.

Luis CERNUDA

Cualquier reflexión o análisis sobre la adolescencia debe incluir el papel que desempeña el grupo como constituyente en el proceso de crecimiento. Sabemos de la importancia de la participación en grupos desde la infancia y de lo empobrecido, cuando no anómalo, que resulta el desarrollo en situaciones de aislamiento social.

En este capítulo queremos abordar el funcionamiento grupal en los adolescentes desde una perspectiva evolutiva, es decir, desde la peculiaridad que adopta la dimensión social en esta etapa de la vida. Olvidar que el grupo es el lugar por excelencia donde se expresa la capacidad de disfrutar y divertirse es desproveer a la adolescencia de una de sus características indiscutibles. Resultan impresionantes aquellos testimonios en los que en condiciones extremas para la supervivencia, en guerras o tras otros desastres, los niños pueden jugar y los adolescentes encontrar un espacio subjetivo que permita el regocijo. Sorprende, cuando menos, observar cómo estos elementos de normalidad coexisten con circunstancias devastadoras anímicamente, quizás por la necesidad de recrear la realidad, aunque a veces ésta resulte difícilmente soportable.

Corremos el riesgo de hacer valoraciones tan lógicas y sensatas sobre la adolescencia, que podemos perder, en el camino de las sesudas construcciones teóricas, no sólo su sentido, en cuanto a significación, sino también el poder vital que conllevan.

Desde el momento en el que nos colocamos en una perspectiva de observación o análisis e intentamos que teóricamente todo cuadre, el producto es un derivado de lo que inicialmente deseábamos explicar. Sólo desde la vivencia adolescente hay cosas que pueden tener sentido, y fuera de ese marco resultan, por así decirlo, tan desvitalizadas que dejan de ser adolescentes.

Algo así como si quisiéramos explicar un espectáculo de fuegos artificiales a través de la composición química de las sustancias explosivas. Sabemos que sin ellas no hay espectáculo, al igual que sin el concurso hormonal no se darían los vaivenes anímicos, pero no existe otro momento existencial más alejado de la simplicidad y de las leyes generales como la adolescencia.

Desde que nace, el niño se encuentra inserto en un grupo: su familia. Irá formando parte después de otros grupos a medida que vaya creciendo, serán grupos institucionalizados, como la escuela, o para la realización de actividades de aprendizaje, deporte u ocio. Estos grupos por regla general son propuestos por los padres. Incluso el grupo de iguales para jugar en la infancia, de carácter aparentemente espontáneo, viene determinado en tiempo y lugar, y de forma más o menos rigurosa, por los padres o responsables del niño en ese momento.

En situaciones normales, a medida que el niño crece, casi toda su actividad social está controlada por los padres y su supervisión parece necesaria como función de cuidado. Pero ya desde la infancia se entiende también la necesidad de juego de esparcimiento y creatividad sin la presencia directa y continua de aquéllos. Esta presencia, cada vez menos requerida, llegará a ser vivida de forma molesta y en ocasiones invasiva por el adolescente, aunque esa percepción no corresponda con la intencionalidad real de los padres. Resultará también difícil para ellos calibrar cuándo se puede pasar de ser respetuoso a ser abandonico. Será porque el adolescente necesita tanto un espacio propio, sin injerencias, como evita sentirse solo, y eso le desconcierta tanto a él como a su familia. El grupo de amigos se convierte justamente en eso que busca:

algo propio que no comparte con su familia, pero donde no se encuentra solo.

En la adolescencia, el chico y la chica podrán seguir formando parte de grupos compuestos en torno a una actividad determinada, deportiva, lúdica, etc., pero es en este momento cuando se cuenta por primera vez con una nueva forma de estar en relación, diferente a la de los grupos de la infancia y fuera de lo que supone el marcaje de los adultos.

No se trata sólo de un deseo de alejarse de lo normativo, asociado a la autoridad parental. Dentro del grupo también existen normas, pudiendo ser más o menos explícitas, pero la diferencia es que provienen del mismo grupo y eso les confiere un valor antagónico respecto a lo impuesto desde fuera de él.

Esa diferenciación entre el adentro y el afuera del grupo, el «nosotros», «lo nuestro», frente a lo ajeno, evoca procesos anteriores ya vividos y resueltos con más o menos fortuna y que ya estaban presentes en los comienzos de la diferenciación subjetiva. Recordemos que el recién nacido no conoce los límites de su cuerpo, «su frontera» con el mundo exterior. Un desarrollo adecuado le proporcionará ese conocimiento.

La función estructurante del grupo en el adolescente vuelve a situarnos en el eje del desarrollo evolutivo: la identidad, y en este momento se propone como una nueva fórmula, para afrontar ese reto. Insistimos en que se presenta como un fenómeno novedoso para el adolescente, porque es vivido con la emoción de descubrimiento, sin embargo, todo el bagaje previo con el que cuenta, y del que no será muy consciente, actuará facilitando o dificultando el proceso, pero de ninguna manera resultará indiferente.

En términos generales, *el grupo adolescente* se caracteriza porque:

- Ofrece un *marco de contención* que posibilita el cambio hacia la conquista y aceptación de las diferencias individuales, convirtiéndose en facilitador de la maduración.
- Exige un *proceso adaptativo individual*, que se traduce en el desarrollo de nuevas estrategias y habilidades para la relación.
- Incide sobre el entorno inmediato, fundamentalmente la familia, *comprometiendo* en alguna medida *su equilibrio anterior*.

Sin embargo, lo que diferencia al grupo adolescente respecto a los de la infancia, y posteriormente a los de los adultos, es el hecho de constituirse como *espacio de transición*, con la función de ser puente entre ambos (E. Torrás, 2002), con una configuración y una dinámica interna específicas de ese periodo de la vida.

El adolescente pierde en su camino, modos de satisfacción infantiles que deberá ir sustituyendo por otros más evolucionados, y esto no resulta ser un proceso sencillo ni automático. Implica una pérdida y como tal una resistencia para aceptarla. Quizás por ello muchos adultos se quedan atrapados en esta etapa sin poder dar el salto a la otra orilla, permaneciendo en un funcionamiento adolescente, como veíamos en el capítulo anterior.

El grupo confiere al adolescente un marco revelador de nuevas fórmulas, donde canalizar y compartir los conflictos con su cuerpo, con su familia, con sus miedos a lo desconocido, tanto de sí mismo como del futuro.

El adolescente se mueve y actúa en esos grupos ensayando su autonomía, su independencia. Les reconoce aliviadamente como lugar en el que situar lo que ya no cabe en la relación niño-padres, porque ahí ya no puede expresar todo lo que le ocurre, con la fuerza con la que emerge para él.

En el grupo se actúa una ilusión de soberanía sobre sí mismo, que en ocasiones se traduce en conductas transgresoras, a modo de autoafirmación, que cuestionan la función de autoridad o normativa, y no tienen por qué tener un carácter delictivo aunque sean transgresiones. Son bastante frecuentes entre adolescentes algunas conductas que, no pudiendo ser ya calificadas de travesuras, pueden pasar a la categoría de gamberrada. Dedicaremos el capítulo 9 de este libro a las conductas que entendemos pueden exponer a los adolescentes tanto a situaciones de riesgo físico y social como al de una evolución personal empobrecida.

Si bien en nuestra sociedad encontramos con frecuencia casos de niños y púberes con graves problemas de conducta dentro y fuera del ámbito familiar, no podemos confundir este fenómeno con precocidad en cuanto a adquisiciones evolutivas. La ausencia de control en estos niños no es indicador de una adolescencia precoz, sino que, al contrario de lo que pudiera parecer, se trata del fracaso en los mecanismos internos y

externos, reguladores de su conducta. Por lo general, y como consecuencia, esta alteración conlleva la detención de aspectos fundamentales del desarrollo. Un niño de diez años que fuma, bebe alcohol, va con mayores conflictivos y actúa sin control paterno no es un adolescente, es un niño con graves problemas de conducta.

La frontera que el adolescente normal prueba a cruzar es la que cree que le separa del mundo adulto, y la traspasará con deseo y culpa. El grupo de amigos le tranquilizará, acompañándole por esos vericuetos.

Ana

Es una adolescente de 15 años. Cuenta que no se integró en ningún grupo de compañeros desde que pasó al Instituto, era muy buena estudiante pero se mantenía alejada del resto, temía la hora del recreo o los cambios de clase, porque nadie se dirigía a ella para hablar y, cuando lo hacían, les rehuía.

Pensaba que no la aceptaban porque ella era diferente, «sólo hablan de chicos, de ligues y de cosas guarras, a mí no me gusta oír esas cosas, son cosas de mayores y ahora lo que tenemos que hacer es estudiar para el día de mañana...».

La dificultad de Ana para comunicarse con sus compañeros y su aislamiento provienen fundamentalmente de su miedo a desprenderse de una imagen infantil, en la que se siente segura, sintonizando completamente con un mandato propio de obediencia a sus padres. Para Ana «las cosas guarras» son significadas como transgresión, porque son referidas a una sexualidad que percibe ajena, dañina y que atenta, sobre todo, contra un estatuto de niña que la mantiene ligada a sus padres y en el que se siente segura.

Pertenencia e identidad

Se nace inserto en un grupo, la familia, entre cuyos miembros se teje una constelación de relaciones, que permite a cada uno saber qué lugar ocupa en ese sistema, quién se es en relación con los demás miembros. Es la *referencia inicial de pertenencia* a un grupo.

El niño aprende pronto a identificar a sus padres y hermanos y a conocer quién es él para ellos. Poco a poco ubicará a la familia extensa. El lenguaje permite nombrar a cada uno, según su lugar en relación con los demás. La misma persona es padre, hermano, tío, etc., según se sitúe con relación a otro miembro de la familia.

No es posible pensarse a uno mismo, tener conciencia de quién se es, sin esa referencia que habilita un lugar y un tiempo en relación con otros a los que se encuentra ligado.

La amnesia que se produce en estados de shock, o la pérdida de memoria, como consecuencia de enfermedades neurológicas, que conllevan el no reconocimiento de las personas cercanas y los vínculos que les unen a ellas, dejan al individuo en un estado de desasimiento y desorientación, sin coordenadas de tiempo ni espacio en las que poder situarse.

Como vemos, la referencia inicial a otros, padres y hermanos en principio, es imprescindible en el camino de la individuación, y no nos referimos exclusivamente a los lazos biológicos, sino a la ligazón afectiva. Esa referencia pasará desde la expresión de máxima dependencia en el bebé, hasta la diferenciación respecto a esas figuras en el adulto, pero de un modo u otro permanecerán interiorizadas a lo largo de la vida.

Podríamos hablar de la herencia genética, siendo el engarce inexcusable a generaciones anteriores, y que abre en la actualidad una interesante veta al conocimiento científico. Pero sabemos también que los vínculos son estructuras complejas y multicausales, sobre las que se asienta el devenir psicológico del individuo, y que igualmente nos permiten hablar de *herencia psicológica* como legado que se transfiere de una generación a la siguiente, y que puede resultar tan determinante para la existencia del individuo como la genética, si fuera posible hablar de ellas por separado.

Todas las culturas, de una forma o de otra, han utilizado las relaciones de pertenencia a familia, clase, tribu, clan, etc., para definir no sólo al conjunto, sino también aportando valor identitario a sus miembros. Existen multitud de recursos que socialmente son utilizados para nombrar esas relaciones, y que, al tiempo que hacen referencia al grupo del que se proviene, definen al individuo que forma parte de él.

Si nos quedamos en la familia, en su función de grupo primario, encontramos, por ejemplo, que los apellidos sellan desde el nacimiento esa

relación de pertenencia. El apellido simboliza el primer lugar social donde el individuo se inserta, actúa como provisión inicial para la identidad futura, sirviendo de soporte para la consecución de ésta. Este logro se alcanzará si se puede diferenciar, con el tiempo, la pertenencia afectiva a la familia como sujeto de la pertenencia como objeto, es decir, reconocer el hecho de pertenecer a un grupo, sintiendo la propia particularidad dentro de él. Si no es así, la persona quedará atrapada en la uniformidad y en la indiscriminación respecto a su grupo de pertenencia, renunciando a su individualidad.

Como vemos, el apellido, lejos de ser un elemento formal para designar a los miembros de la familia, tiene un valor simbólico enorme y perdurable a lo largo de la vida. Pensemos en las adopciones por ejemplo: el valor que en estos casos adquiere el cambio de apellidos tanto para el niño como para los padres adoptivos es el de ratificar legalmente la pertenencia a la misma familia. Es comprensible desde ahí la preocupación, y en ocasiones angustia, que experimentan muchos padres cuando, por cuestiones burocráticas, se producen retrasos en esos trámites.

Algunos adultos optan por cambiar sus apellidos como forma de renegar de sus orígenes. Vendría a ser algo así como desprenderse de lo que se ha recibido de otros, formando parte de uno mismo y que en un momento dado se repudia.

Hasta más de la mitad del siglo pasado se mantuvo la costumbre de dar a los niños de orfanatos el mismo apellido. Esta tradición, aunque designaba una referencia necesaria, imponía también un tinte segregador, ya que ese apellido sellaba, para el niño y para los demás, las circunstancias de carencia familiar en la que se encontraba.

En todas las culturas, el concepto de pertenencia o referencia a otros que preceden o coexisten en la vida de los individuos ha constituido una fórmula básica para la organización social. En nuestros pueblos era frecuente designar a familias enteras por un apodo o alias, del que no se libraban las generaciones posteriores, manteniéndolo incluso después de haberse perdido el significado inicial de ese sobrenombre.

El «¿y tú de quién eres?», es un ejemplo que pudiera resultar cómico, pero es de lo más ilustrativo acerca de cómo es alguien en la medida en la que se está referido a otros. Esta expresión, tan directa y es-

pontánea, articula magistralmente la relación entre identidad y pertenencia.

Se conoce como *socialización* el proceso por el que el niño va ampliando su campo relacional. Son movimientos que van contribuyendo de manera decisiva a un desarrollo normal. Partiendo de ese grupo primitivo que es la familia, el niño pasará a la escuela, siendo ésta el segundo agente fundamental de socialización. A lo largo de su infancia irá formando parte de otros grupos, algunos de ellos pueden mantenerse en la adolescencia, aunque, desde luego, se producirán importantes cambios en los modos de relación al llegar a esta etapa.

El adolescente formará parte de grupos diferentes, que pueden o no provenir de otros anteriores, por ejemplo del Instituto, asociaciones deportivas, del barrio, del pueblo..., y no tienen por qué coincidir sus miembros en los diferentes lugares. Existen incluso amigos de fin de semana, si la familia tiene como hábito salir de la ciudad. Esto da una idea de lo caleidoscópico de su mundo relacional, porque, entre todo esto, también puede ocurrir que se mantenga una relación amorosa con otra persona, relación que a su vez se superpone a todas las demás.

Existen diferencias entre los grupos de 13 a 16 años, que podríamos llamar grupos de inicio, mucho más impregnados de la dependencia familiar que los que les suceden. La dinámica propia del grupo adolescente vendrá determinada por los cambios que individualmente experimenta cada uno de sus miembros.

La dependencia del grupo es mayor en esos primeros momentos de la adolescencia, porque la dimensión de dependencia en general permanece acentuada. Que ésta se pueda ir diluyendo en aras de la propia autonomía e individualidad llevará su tiempo. En esos grupos es probable que se vayan reafirmando relaciones más selectivas que den paso a vínculos de una amistad duradera en el futuro.

El objetivo del grupo no lo constituye una actividad determinada, como podría ser el deporte, el aprendizaje o la realización de otras tareas, aunque, en ocasiones, éstas puedan solaparse, ya que el grupo adquirirá su dimensión esencial fuera del ámbito de lo institucionalizado. Lo que realmente cohesiona al grupo es el valor afectivo de éste, el contacto entre los miembros.

Las afinidades y elementos de cohesión pasan fundamentalmente por componentes afectivos, de empatía, que transmiten la sensación

placentera de «estar en la misma» o «estar en la onda», buena metáfora para expresar el hecho de compartir el mismo código o frecuencia.

Une mucho, casi es algo fundamental, la coincidencia en cuanto a formas de diversión. Por supuesto, dentro del mismo grupo pueden existir diferencias, pero es posible que éstas lleguen a ser interpretadas como deserciones si el grupo no es lo suficientemente respetuoso.

El juego infantil no se abandona completamente, va cediendo paso a otro tipo de actividad lúdica, más relacionada con la palabra, pero a veces coexiste durante un tiempo junto a otras formas nuevas de diversión, aunque claramente con transformaciones. Los juegos de contacto físico adquieren otra dimensión, teñida por la sexualización del cuerpo. No es lo mismo un «pilla-pilla» a los ocho años que a los catorce. Seguramente a esta edad no se trate sólo de quién corre más, sino de lo que pasa entre el que pilla y el pillado. Cualquier excusa es buena, y el juego se presta fácilmente para vehiculizar deseos y temores propios de la emergencia de lo sexual, apasionamientos que harán acto de presencia inevitablemente, y que podrán ser mediatizados en la vida del grupo, por los juegos, los chistes y otros recursos compartidos, que muestran la cara más gozosa del crecimiento.

Isabel

Isabel es una adolescente de 15 años, de rasgos obsesivos y que hasta ese momento había presentado serias dificultades para separarse de los padres. Contaba cómo en unas vacaciones al pueblo donde iban habitualmente, no sabe cómo, comenzó a salir con sus amigas y unos amigos de éstas.

El relato que hace es de descubrimiento fascinante del grupo, «me lo pasaba genial, es que no paraba de reírme, sólo decíamos chorradas..., convencí a mis padres para poder llegar más tarde por la noche y empezaron a mosquearse, antes me decían que saliera y ahora que a ver lo que me voy a creer yo, no hay quién los entienda»... «El día que me vine a Madrid, vine llorando todo el camino, estoy deseando que lleguen las próximas vacaciones, porque ya hemos hecho planes, incluso vamos a intentar vernos todos aquí, si los padres les dejan a los demás. «Juramos que mantendríamos nuestra amistad»... «Nada más llegar, me conecté al Messenger¹ para seguir hablando con ellos, no lo podía resistir...».

¹ Programa informático por el que, de forma simultánea, pueden comunicarse varias personas.

Al igual que hablábamos de la pertenencia a un medio familiar, siendo éste el referente necesario de identidad, el adolescente va a encontrar en su grupo de amigos una solución a su deseo de separarse, que además de proporcionarle grandes dosis de diversión, le aportará continuamente pistas sobre quién es y lo que le está pasando. Lástima que estos mensajes no sean concluyentes, porque ser uno mismo, pasando por ser idéntico a otros, resulta una ilusión necesaria pero pasajera y de nuevo se verá confrontado, antes o después, a la necesidad de separarse e ir reconociendo lo propio de lo que no lo es. Sin embargo, en este trayecto, el grupo habrá sido un aliado de confianza.

La relación de dependencia de la que venimos hablando respecto al grupo supone adoptar, en muchas ocasiones, formas y modos característicos de éste, y como miembro aún no diferenciado, uno sentirá que le caracterizan también a él. Puede parecer algo lioso, pero el grupo permite pensar en uno mismo, en la medida en la que se pertenece a él. Incluso por oposición, el grupo se sitúa como referencia. Es el caso de chicos que al no integrarse o rechazar determinados grupos, les resulta más fácil describir características de éstos, que de ellos mismos.

Un adolescente que cambió de Instituto y no conocía a nadie allí, explicaba así su malestar por no integrarse en ningún grupo de la clase: «Son todos unos pijos, a mí eso no me va, llevan el pelo pegado, la ropa de marca, es que no coincido en nada con ellos... van a sitios que a mí no me gustan (nombra alguna discoteca)...». En ningún momento este chico habló de él o de lo que a él le gustaba. Era evidente que le resultaba mucho más viable describir a los demás que a sí mismo.

Las aportaciones originales del grupo, su dinámica, sus formas de expresión y la calidad de los vínculos, en condiciones normales, resultarán de un enriquecimiento personal perdurable. La elección del grupo por parte del adolescente no se produce habitualmente como toma de decisión, viene dado por múltiples circunstancias, pero las características individuales del chico o la chica también predispondrán a empatizar con unos y no con otros, o a desempeñar determinados roles provenientes total o parcialmente de su historia de relaciones anteriores.

Chicos con dificultades en cuanto a su autovaloración, inseguros y confusos, pueden resultar proclives a desempeñar papeles de sumisión y dependencia de otros miembros del grupo, a diferencia de chicos que cuenten con un soporte personal más consistente. Los grupos tienen su

identidad y sus reglas, pudiendo ser éstas más o menos explícitas. Observamos cómo se utilizan señas de identidad, siendo la imagen física una de las modalidades más comunes para la consecución de ese objetivo. Determinadas prendas de ropa, peinados, hasta marcas comerciales, sirven en un momento dado para demostrar quién se es, y el grupo se encarga de ratificarlo. Al tiempo, algo tan tangible, tan evidente, pretende dejar claro a los ojos de cualquiera lo que no se es. Es como llevar un cartel en el que se expongan, a modo de declaración universal, quién es uno, por si alguien no se hubiera enterado.

Una adolescente de 15 años, que vestía con una chaqueta tipo militar, con una cruz gamada en la manga, ante la pregunta de qué significaba para ella aquel símbolo, respondió que todos los de su grupo de la «disco» lo llevaban porque eran fascistas. Al intentar saber qué ideas, para ella, estaban representadas en esa afirmación, se sorprendió, no lo había pensado antes, «pues gente a la que le gusta llevar esta ropa».

Existe, desde luego, un amplio espectro en cuanto a la utilización de la imagen, a través de esa función de seña de identidad. Se puede pretender convertirla en elemento definitorio de quién es uno mismo. De ella pueden deducirse, por ejemplo, los gustos en cuanto a formas de diversión, lugares que se frecuentan, tipo de música y, en ocasiones, ideología. O puede ocurrir también, como veíamos en el ejemplo anterior, que el significado que acompaña al símbolo está ausente o completamente alejado de lo que se esperaría, causando cierta perplejidad a quien pretenda entenderlo.

Habitualmente, los miembros del grupo comparten gustos parecidos. La música, por ejemplo, también se constituye como signo de identidad. No hablamos de corrientes musicales o determinados estilos, sino que a veces un cantante, un grupo, son tomados como insignia.

Eva, de 15 años, casi en tono de confesión cuenta que a ella además de «el bacalao» le gustan algunos cantantes que también gustan a su madre y que los escucha sólo en casa. «¿Te imaginas qué corte si se enteran éstos? (refiriéndose a sus amigos)».

La dependencia de Eva respecto al grupo es bastante evidente, hasta el punto de sentirse en ese terreno fangoso de las inseguridades, en una

encrucijada. Si determinado tipo de música le hace sentirse parte de su grupo, otra elección la confrontaría con ser diferente, sensación bastante intolerable cuando se depende tanto del grupo. El movimiento es calcado de otros parámetros que se juegan en la relación con los padres. En ese momento, ser diferente al grupo expone a la exclusión, y, frente a eso, se recurre a estrategias que oculten, o por lo menos saquen de su campo de visión, «lo inconfesable».

Cuanto más rígido y dominante sea el grupo en el mantenimiento de estas reglas, mayor coacción y sumisión producirá en sus miembros, quienes sin ser muy conscientes de ello se encontrarán atrapados entre ser como el grupo dice, o ser rechazados o expulsados; es decir, *no ser nadie*.

El adolescente que se encuentra totalmente sometido a un patrón impuesto que le robotiza, probablemente ya albergaba dificultades previas a la adolescencia y la sintonía con este tipo de grupos, habitualmente, da continuidad a disfunciones personales anteriores.

El grupo frente a la soledad

Si en los primeros momentos de la vida, el niño necesita de un vínculo sobre el que desarrollar y organizar su mundo psíquico, la llegada de la adolescencia y su efervescencia pulsional requerirán de nuevos soportes, que ayuden a reorganizar su subjetividad. Deberá articular toda su historia anterior, con los descubrimientos que aporta lo novedoso de su cuerpo. Las modificaciones en los vínculos serán, por así decir, causa y efecto de los cambios internos. La construcción psíquica evoluciona al tiempo que lo hacen las relaciones, porque éstas a su vez están sometidas a cambio.

Aunque, en el mejor de los casos, el adolescente vaya provisto de una cimentación emocional consistente, fruto de un desarrollo armonioso, la estructura se verá sometida a ciertas sacudidas, ya que deberá desprenderse de parte de esa construcción psíquica, por inservible o porque la reconocerá como propiedad de otros. Entonces, será necesario devolverla a su lugar, para dar forma a su propia arquitectura.

Esta metáfora nos sirve para explicar cómo, en ese proceso de pérdida y derrumbamiento de lo que antes formaba parte de uno mismo,

surge la necesidad de encontrar otros asideros que ayuden a sujetarse, a ser posible evitando la sensación de soledad y miedo. Es ahí cuando el grupo de amigos se propone como parte del andamio que sostendrá una parte importante de la estructura mientras duren las obras.

El adolescente necesita a los amigos para no sentir el vacío ante la pérdida de los referentes infantiles. La pertenencia a un grupo proporciona al adolescente un escenario donde mirarse y reconocerse en otras figuras diferentes a las que sitúa en su infancia. Ésta va a ser una de las funciones básicas del grupo, un espacio nuevo donde encontrar ecos de sí mismo en los otros.

Los procesos subjetivos que corresponden a estos cambios en los modos de relación social recuerdan en parte a los ya vividos en las relaciones primarias. Un ejemplo de ello es la certeza de ser plenamente entendido por los amigos y sólo por ellos. Esta convicción nos recuerda algunas características del vínculo, poco discriminado y fusional, como el experimentado por el bebé en la relación materna, donde la satisfacción de las necesidades provenía de ese único lugar.

La idealización del grupo y la omnipotencia que se le supone, también nos recuerdan a recursos ya experimentados en las primeras épocas de la vida, en esas primitivas relaciones, en las cuales, la angustia que primaba era la de la ruptura y el abandono, ante la percepción de desvalimiento.

La soledad del adolescente frente al fracaso en la relación con iguales, o el temor a ser expulsado o rechazado por los demás, en muchas ocasiones es vivido con el dramatismo del abandono esencial. Situaciones como que el mejor amigo o amiga tenga novio/a provocan en algunos adolescentes una enorme tristeza, similar a cualquier cuadro depresivo que en otra época de la vida consideraríamos digno de tratamiento. Se vive la pérdida, equivalente a la de una parte de sí mismo irrecuperable y que aboca al aislamiento y a la miseria de la soledad. Afortunadamente, como los acontecimientos emocionales en esta época de la vida tienen unos ritmos y velocidades peculiares, es muy posible que sucedan otras cosas, más pronto que tarde, a las que tiña de nuevo, con pasión.

Patricia

Es una adolescente de 16 años que acudió a la consulta acompañada por sus padres. Ella explicitó su deseo de entrar sola. Quería hablar de lo que le

había ocurrido, sin ellos, «porque se creen que son tonterías, no lo entienden, serán tonterías para ellos, pero para mí es muy importante, a mi edad los amigos son lo más importante y ellos creen que puedo estar sin amigos o buscarme otros, si quiero». Esto lo contaba de forma entrecortada y llorando, transmitía tristeza y desolación.

Patricia salía de forma habitual con tres amigas, que se conocían desde hacía tiempo, las cuatro iban o solas, o «se les acoplaban» en ocasiones, otros chicos del barrio a los que consideraba también buenos amigos, pero no tanto.

Le parecía que a sus amigas les gustaba cada vez más estar con esos chicos, y menos ir solas. A ella le sucedía lo contrario, ponía pegas cuando planeaban salir todos juntos, pero al final iba «por no quedarme sola».

Decía sentirse bastante incómoda cuando ellos llegaban, pero luego se le olvidaba, y podía divertirse también. Las cosas se pusieron un poco más difíciles cuando comenzó a percibir que se establecían alianzas entre sus amigas porque a dos de ellas les gustaban dos de los chicos. «Estaban todo el rato hablando de ellos, íbamos donde ellos querían, ya no era como antes». Todos los sábados quedaban. Un sábado la llamaron para decirle que no salían porque tenían que estudiar. Ella se extrañó, porque se lo podían haber dicho la noche anterior, ya que habían estado hablando por teléfono. Se enteró poco después de que habían salido sin ella.

«Me entraron unas ganas de llorar horribles, no podía entender por qué me habían hecho eso, yo jamás lo hubiera hecho con ellas. Si no querían ir conmigo me lo podían haber dicho, pero no así, fue un palo, me veo sola, me siento como una mierda, creo que nunca más confiaré en nadie...».

Ya que no se trata de exponer el caso de Patricia desde un punto de vista clínico, se obviarán otros elementos de su historia, pero parece relevante esta viñeta, por lo que refleja en cuanto al valor del grupo de iguales como soporte de reconocimiento personal. Se espera del grupo un compromiso de exclusividad, al tiempo que se depende de él. Su pérdida inicialmente es vivida como la pérdida de lo más valorado de uno mismo, porque justamente eso es lo que estaba proyectado en el grupo y legitimado por él.

Resultó interesante conocer lo que los padres de Patricia contaban acerca de lo que a ésta le ocurría. No era tan cierto que ellos no entendieran nada de lo que le pasaba, pero sí que lo hacían de otra manera, y ya sabemos que las diferencias en la adolescencia pueden ser vividas como brecha insalvable.

Lo que a los padres les preocupaba de su hija era que últimamente se mostraba irritable con ellos. Se la veía amargada, les contestaba de mala gana y, sobre todo, notaban que había perdido interés por los estudios. Se metía en su habitación a escuchar música y no compartía con ellos apenas ningún momento en familia.

Patricia les había contado que sus amigas «la habían dejado tirada», y ellos entendían que eso le hiciera sentirse mal, pero no para abandonar todo por ello. Le habían instado a que aclarase la situación con ellas o que llamase a otras chicas con las que también tenía buena relación, pero ante estas propuestas Patricia mostraba enfado y les acusaba de no entender nada.

La madre había procurado animarla yendo de compras con ella e intentando agradarla con cosas que sabía que le gustaban, «al principio, vale, se pone contenta, pero al rato ya está quejándose por cualquier tontería».

Los intentos de los padres giran en torno a su deseo de aliviar el malestar de su hija, pero se proponen como padres de una niña, con la intención de resolver lo que ya no está en su mano y comprobar, con gran frustración, que esto irrita todavía más a Patricia.

Por otro lado, la incitan a que resuelva la situación por una vía lógica, pero resulta que esta vía presupone unas condiciones afectivas y una serenidad que no cuadran fácilmente en el mundo de las emociones adolescentes. Algo que nos parece crucial en relación con lo que estamos intentando exponer, es el intento fallido de los padres por mostrarle que su mundo no se reduce a la relación con este grupo de amigas y que está abandonando todo lo demás.

Patricia vive el distanciamiento como un drama personal, se siente abandonada y traicionada. Este sentimiento se adueña de ella de tal manera, que todo deja de tener interés, así, de un plumazo. Ese grupo le ofrecía la posibilidad de ocupar un espacio donde reconocerse fuera del marco familiar. Sin él, no sólo pierde a sus amigas, sino también un lugar donde ubicarse para no sentirse sola.

Básicamente, la cohesión del grupo viene dada por la sintonía de las necesidades individuales y su articulación en diferentes redes. Se producirán, entonces, una estructura y una dinámica determinadas, que otorgarán al grupo su carácter singular. Ahora bien, está claro que el adolescente no ve nada de esto cuando está deseando encontrarse con sus amigos y que llegue la hora a la que han quedado.

La necesidad y el deseo de la relación vienen explicitadas por formas más accesibles para la representación mental en ese momento. Por ejemplo, una máxima que preside la relación entre los amigos de un grupo es la lealtad, no es que siempre sea real, pero necesita sentirse así y todos los miembros se consideran defensores de ese tipo de valores. Lo más aborrecido internamente en el grupo es la traición o la deslealtad. Utilizando estos términos parecería que nos referimos a grupos en los cuales se juegan ideales sublimes, pero no, lo que ocurre es que en los adolescentes las emociones van siempre con mayúscula.

Parece obvio que este tipo de valores actúen como mecanismos preservadores de la vida grupal, pero los adolescentes son especialmente sensibles a todo lo relativo a unir/separar, mantener/perder, y se muestran especialmente susceptibles ante actitudes, conductas o gestos que hacen peligrar su confianza.

A veces la deslealtad, en grupos excesivamente controladores, puede consistir en que uno de los miembros se haya visto con alguien a quien el resto rechaza, o haya buscado pareja fuera del grupo, etc. Pero las deslealtades que no se perdonan tienen que ver con contar secretos fuera del grupo o, lo que es peor, actuar como informadores de los adultos.

El grupo proporciona la tranquilidad de presentarse como algo invariable, que permanece, frente al contrapunto del temor a la pérdida. Pero en ocasiones, éste es tan intenso, que se traslada al espacio grupal en forma de intolerancia a las diferencias. El grupo será entonces rígido, intransigente y uniformador.

También existen conflictos internos en el grupo, no podría ser de otra forma en una estructura humana, pero parecen diluirse o resolverse por el compromiso de la amistad, si no se llega a la ruptura o división en otros más pequeños, que a su vez buscarán nuevas formas de supervivencia con otras alianzas.

Cuanto más homogeneidad se necesita y se genera por el grupo, mayor necesidad de alimentar la ilusión de identidad proveniente de él frente al vacío individual. De esa manera, mientras se siente parte del grupo, el adolescente mantiene una especie de pseudoidentidad, en la que se ampara de sus propias carencias.

En ocasiones, el adolescente realiza proyecciones de aspectos internos intolerables para él y que colocados fuera, en un ente como el grupo, puede no sólo soportar, sino también hace que se sienta aceptado por ello.

Nos referimos a las situaciones por las que atraviesan algunos adolescentes, casi siempre de corte depresivo, y frente a las que actúan buscando alianzas para evitar la confrontación con la realidad, identificándose con otros a los que también percibe dañados, de forma que estar con ellos le convierte en uno más dentro del grupo. El adolescente que teme ser tachado de diferente, en desventaja, o imaginar que por sus circunstancias personales pueda ser visto de esa manera, puede integrarse en grupos que le permitan disfrazar esos temores.

Alex

Alex es un chico de 16 años que vive con su padre. Su madre murió hace un año. Coincidiendo con el cambio de curso en el Instituto, comenzó a ir con chicos con los que no había ido antes. Según su padre, eran repetidores, mayores que él y conocidos por los conflictos que creaban en el Instituto y en el barrio.

Hasta este momento, Alex no había dado excesivos problemas a sus padres, aunque tampoco había sido un chico especialmente sumiso. Llevó muy mal la enfermedad de la madre, tanto, que dice: «Cuando murió fue un alivio, yo ya no lo soportaba, no quería ir a casa y me sentía muy culpable por ello, creo que a lo mejor podía haber hecho algo más de lo que hice».

«Creo que no he llorado después, porque no me siento tan mal. Mi padre quiere controlar todo lo que yo hago, me dice hasta que no es normal que no esté triste, como si él tuviera que dirigir también mis sentimientos, como si yo me tuviera que sentir como él dice».

Alex describe a los chicos con los que va ahora diciendo que son «buena gente, han tenido mala suerte en la vida, uno vive con su abuela porque su padre está en la cárcel y la madre era drogadicta, y otro tiene muchos problemas porque su padre es de estos que maltratan a las mujeres y vuelve borracho a veces a su casa...»

En ningún momento del relato, Alex se reconoce entre los «que han tenido mala suerte en la vida». Justifica su decisión de ir con ellos, porque «la gente sólo ve lo de fuera, y critica sin conocer a las personas, y éstos son tíos superlegales con los amigos, te respetan, te ayudan si lo necesitas».

Lo que Alex no puede contar, porque tampoco se lo puede decir a sí mismo, es que en ese grupo, se considera fuerte, porque las pérdidas no están registradas como sufrimiento, y eso es justo lo que él está intentando evitar: no sentirse solo frente a las suyas.

¿De qué hablan tanto tiempo?

En la infancia, los niños y niñas se reúnen para jugar. Lo placentero está en la actividad en sí y en la estimulación que los demás procuran, aspecto que lo convierte en más atractivo todavía, ya que durante la primera infancia también los otros con los que se juega desempeñan una función de juguete. Después, se van abriendo paso los juegos de rivalidades y de reglas, afianzándose la función simbólica del juego en cuanto a recreación imaginaria de la realidad, lo que constituye a lo largo de la infancia un potente recurso de exploración y organización psíquica.

El grupo de amigos adolescente no lo es porque se imponga un objetivo o el desarrollo de una actividad. Lo que radicalmente define al grupo de amigos es el deseo de estar juntos.

Decimos que el grupo de amigos es *estructurante y organizador*, en la medida en la que dispone de los medios necesarios para la exploración y comprensión de la realidad. De una realidad que se imagina de los adultos y propia sin saberlo. Se comparten las inseguridades, los miedos, la ignorancia, protegiéndose al tiempo de la culpa que se desprende de la propia sexualidad.

El desarrollo cognitivo provee al adolescente de medios más complejos de comunicación. El juego, sobre todo de contacto físico, permanecerá con algunos cambios, pero sin ser abandonado nunca completamente. Lo que serán acercamientos más o menos sutiles y roces, darán el salto en su momento a la relación sexual, porque no olvidemos que el cuerpo fue el primer lugar en el que se instauró la presencia de otro, a través de los cuidados maternos.

Los adolescentes hablan mucho, y más a medida que avanzan en edad. En ocasiones desarrollarán auténticas tertulias entre ellos, sobre temas que les interesan y que forman parte de su mundo. El momento social determinará qué asuntos impregnan más sus vidas y de qué manera. Estudios recientes concluían con datos como, por ejemplo, que a los jóvenes españoles les interesaba poco la política y apenas mostraban interés por conocer nombres de políticos de sus ciudades o comunidades. Quizás sea desde el mundo de los adultos, desde el que haya que preguntarse acerca de esta desimplicación sobre asuntos que, por el contrario, fueron tan relevantes en generaciones anteriores.

Sobre todo en los primeros momentos de la adolescencia, lo que prima es uno mismo, pero sin que haya una clara delimitación respecto al espacio de los otros. Aunque racionalmente el adolescente pueda reconocer la importancia de las cosas que ocurren, emocionalmente el pivote de sus preocupaciones será él mismo, mostrándose bastante miope en cuanto a las necesidades y deseos de los demás. Este hecho causará más de un conflicto en el ámbito familiar, desde donde se podrá interpretar lógicamente ese egocentrismo, como egoísmo o desinterés por el resto de la familia.

Los adolescentes hablan de las cosas que les conciernen directamente, y no tienen por qué ser nimiedades, ya que igual que hablan y mucho sobre enamoramientos, también lo hacen sobre otros temas de su realidad y, desde luego, de las familias.

Las chicas son más proclives a expresar verbalmente sus inquietudes, sus emociones, sus estados de ánimo. Los chicos, a pesar de que ha habido cambios significativos entre nuestros jóvenes en los últimos años, recurren más a tácticas preverbales y pueden resultar más evitativos a la hora de expresar estados íntimos. Quizás tenga que ver con la persistencia de roles diferenciados e instaurados aún socialmente.

Ahora bien, sería difícil establecer qué parte del tiempo que los adolescentes utilizan para hablar corresponde a «asuntos serios», a «cosas banales» y a bromas y otras ocurrencias. Quizás la dificultad provenga de que está todo mezclado, y se puede pasar de un registro a otro sin solución de continuidad.

Una adolescente contaba a unos amigos cómo se sentía el día del entierro de su abuela. A lo largo del relato, a la vez que insistía, mostrándose muy afectada, en lo unida que había estado siempre a ella, intercalaba expresiones como: «pensaba que se iba a levantar, y me cagaba de miedo, como en la peli esa de terror que vimos, me acoplé como pude a mi padre y ahí los dos con el moco colgando...».

La adquisición de un nivel de abstracción cognitivo superior descubre unas posibilidades en el lenguaje inéditas hasta ese momento, a través de juegos de palabras, la ironía, el doble sentido, etc. Recursos que sirven para vehicular lo que no puede ser sostenido internamente, fundamentalmente el descubrimiento de la sexualidad y de la inexorabilidad de la muerte.

Una parte importante de los chistes, bromas, juegos, girarán en torno a cómo negociar con estas realidades para ser controladas e ilusoriamente dominadas. El lenguaje y sus posibilidades resultarán una herramienta bastante efectiva, no sólo por su inherente naturaleza simbólica, sino también por ser el medio por excelencia utilizado para recrear lo vivenciado. El cine, la literatura y el arte en general también formarán parte de esas posibles vías de expresión y recreación, cuando el adolescente puede descubrirlas.

Al igual que resulta imposible que el cuerpo no delate sus cambios, el lenguaje también queda impregnado de todo lo que internamente se «está cociendo» en esta etapa, y de lo que el grupo participa solidariamente. La palabra permite el acceso a lo más temido, y además con disfrute. Regocijo que queda circunscrito a los amigos y que se evita parcial o totalmente con los padres u otros adultos, porque o no sería muy lícito, o con ellos perdería bastante la gracia.

Es un campo abonado para la proliferación de chistes. En general, los chistes esconden casi siempre una maniobra dirigida al control sobre lo que angustia, la transformación en chiste de algo amenazante, actúa como antídoto que protege de lo temido, aportando la sensación de dominio sobre ello.

Los adolescentes pueden hacer chistes de todo, pero tienen especial aceptación, no podría ser de otra manera, los referidos al sexo y al cuerpo. Las referencias escatológicas son bastante frecuentes. Sabemos que esa habilidad para interpretar la realidad en ese registro festivo y ocurrente está ampliada al máximo, porque máxima es también la necesidad de dominar lo desconocido, que, como tal, resulta amenazante.

Cualquier situación puede ser proclive a la risa, no hay más que sentirse en comunión con otro que «haya pillado» lo mismo, al mismo tiempo. Sólo en el ámbito de la complicidad, y ésta resulta vital para el adolescente, la risa adquiere su valor más gratificante. A veces se habla para reír, la risa se busca y se provoca, es reconfortante, acorta distancias en la relación y es la vía más espontánea de descarga en el grupo.

Todos conocemos los ataques de risa, la incontinencia que dejan entrever y el efecto contagioso que producen. Cualquier momento o excusa es buena para reírse, pero, sobre todo, como señalábamos antes, lo que puede suponer en mayor o menor medida conflicto, desde la

experiencia de sexualidad que decíamos, hasta el trato que se da en los chistes a las figuras que representan autoridad.

Los adolescentes hablan mucho de sus profesores, que pueden estar idealizados o ser objeto de burlas y chanzas. Por muy respetuosos que sean, se deslizan fácilmente hacia apreciaciones con cierta guasa de los adultos, que se convierten en el blanco perfecto, por representar el límite ante su avidez.

Es el momento de aparición de jergas que representan una identidad: quienes participan de ellas y se entienden, frente a los que quedan fuera. Es muy frecuente entre los adolescentes la utilización de términos que reflejan bien el mundo de las ambivalencias en el que se mueven, desarrollando una auténtica e ingeniosa habilidad para la polisemia. Expresiones del tipo: «me da palo», sirven para expresar la vergüenza y la timidez, y, además, suponen reconocer «lo que no me atrevo a mostrar, porque hacerlo me dañaría». Esto entraría de lleno en la temática de que «los demás pueden ver de mí y que me comprometo al descubrirme». «Irse de marcha» designa tanto el salir de casa como el movimiento y la juerga. El «estoy por...» que sustituye a otras fórmulas en desuso, como el «me gusta...», condensa también en la preposición el sentido de causa y efecto de la relación, la otra persona es el origen de lo que yo siento y me impulsa hacia ella.

Sea como fuere, el lenguaje y todas sus posibilidades se prestan para permanecer en conexión. El desarrollo de la tecnología, sobre todo en lo que a comunicación se refiere, ha encontrado entre los adolescentes una fuente inmensa de demanda y los gestores comerciales lo saben y lo explotan con facilidad.

Antes, los padres limitaban el tiempo que los hijos permanecían en la calle con sus amigos. No en todos los hogares había teléfono. Ahora, además, tienen que limitar el uso del móvil y de Internet, y no sólo por motivos económicos, aunque éstos a veces provoquen verdaderos estragos a la economía familiar.

Ofrecer a un adolescente la posibilidad de estar en comunicación permanente con sus amigos es colocar los avances tecnológicos a mano, para resolver de un plumazo una de sus grandes angustias: no estar solo, para no sentirse solo consigo mismo.

Los castigos sin salir se han ampliado ahora, aunque no diversificado, porque en el fondo son exactamente lo mismo, a quedarse sin

móvil o sin ordenador, o sea, sin comunicación con los amigos. El deseo de comunicarse es tan potente como para adaptar el medio al mensaje. De hecho, la práctica habitual de los mensajes de texto por teléfono ha llegado a modificar de tal forma la sintaxis de la lengua, por no decir las reglas básicas de ortografía, que casi resulta irreconocible, causando desconcierto, cuando no estupor, a los adultos que intentan descifrar el sentido de varias consonantes juntas. Desde luego, requiere gran habilidad traducir, por ejemplo, de «TKM», su significado: «te quiero mucho».

El uso de las llamadas perdidas tiene también su interés, a veces su objetivo es decir «estoy», para que el otro con otra «perdida» conteste de la misma forma. A esta señal desde la distancia física, curiosamente se la conoce como «dar un toque». No habría mejor forma de nombrar la cercanía, aunque se esté lejos.

La utilización de programas de Internet, como el Messenger, a través del cual se mantiene la comunicación, trasciende al uso que el adolescente pueda hacer de ello. De hecho, se habla de un verdadero fenómeno adictivo en muchas personas, no adolescentes precisamente, pero que quizás sí manifiestan necesidades similares no resueltas en su momento.

Un fenómeno curioso, y que viene al hilo del tema que intentamos desarrollar, es el de los *Nicks*. Son las diferentes fórmulas con las que se identifican los que participan en una conversación a través de Internet. Lo llamamos conversación aunque la palabra escrita sustituya a la hablada, porque adquiere la forma de diálogo, en el que pueden intervenir varios comunicantes a la vez.

El *Nick* es el nombre, o en ocasiones una expresión compleja hasta llegar a una especie de relato, que utiliza el que habla, para identificarse ante los demás. Es una táctica habitual entre los adolescentes, que recurren a esta clase de seudónimos a modo de juego o para ocultar su propia identidad. Resulta de lo más revelador el tipo de elección que se realiza para «nombrarse», porque rápidamente nos sitúa de nuevo frente a lo que se encuentra movilizado internamente.

Sea a través del medio que sea, de lo que se trata es de estar conectados cuando no es posible estar juntos. Es decir, sentir la compañía y la proximidad del otro para llenar ese espacio que se percibe entre ser niño y ser adulto. Espacio que se vivirá como cambiante y, por tanto, desconcertante.

Valgan como ejemplo algunas muestras de esas estrategias que con ingenio y creatividad manejan los adolescentes y lo paradójico en cuanto al contenido del mensaje como tal. Está tomado de una pantalla de Messenger con el permiso de los tres adolescentes involucrados. Cada uno de ellos se representa con la frase escrita en negrita, y lo que se dicen está entrecomillado.

— **Falo andante y combatiente en busca de marcha:** «Estoy muueeeerto, menuda paliza hoy».

— **Salí a caballo me encontré con la muerte y pasé por encima:** «Pues yo creo que me voy a dormir ya. Me piro».

— **El amor duele, abrasa, desgarras, líbrate de él si puedes:** «No seáis muermos».

No se podría reflejar mejor, que en esas formas con las que se refieren a ellos mismos, lo que subyace en la organización psíquica del adolescente: el sexo, el dolor, la muerte y la necesaria búsqueda de mecanismos que defiendan de ello, es, sobre todo, poder compartirlo con otros.

Resulta fascinante la capacidad que desarrolla el adolescente para interpretar esa realidad, desde una óptica tan festiva como lúdica.

¿Es el grupo enemigo de la familia?

Escuchamos con frecuencia, en programas de prevención de riesgos adolescentes, lo importante de propiciar la comunicación entre padres e hijos. Las instituciones sanitarias y educativas hacen especial hincapié en la importancia que para la prevención de situaciones peligrosas adquiere la familia y, también, que la existencia de una buena comunicación familiar dota al adolescente de los recursos de protección más eficaces frente a esos riesgos.

No es que los padres de generaciones anteriores no se comunicasen con sus hijos, pero la palabra participaba de un orden social donde las estructuras jerárquicas quedaban delimitadas de forma más rígida, incluyendo los modos de comunicación familiar. No hace tanto, seguramente no más de dos generaciones, era habitual que los hijos se diri-

gieran a los padres con el «usted» como signo de respeto y reconocimiento jerárquico en la diferencia generacional.

Actualmente no existen tantas barreras para la comunicación, que no sólo eran formales. Se conocen bien las bondades de la escucha y el intercambio para la solidez de los vínculos. Sin embargo, los cambios sociales también han repercutido en la organización familiar, bastante homogeneizada antes y ahora partícipe de la diversidad que ofrece el desarrollo social. Puede ser cierto, como contrapartida, que en este momento la comunicación intrafamiliar se vea seriamente subyugada a otros intereses o requerimientos impuestos por la forma y los ritmos de la vida actual.

Siempre será deseable la existencia de una buena relación familiar, una predisposición favorable a la comunicación y la búsqueda de ésta como encuentro satisfactorio. Sin embargo, en la adolescencia comenzarán a aparecer, casi siempre de forma brusca o poco suave, brechas que dan pistas a los padres antes que al propio hijo de los cambios que se están produciendo en él. No digamos cuando el campo para lo que está abonado es para resolver los conflictos por medios que no pasan por la palabra. Como, por ejemplo, en el caso de las familias donde el recurso a la violencia aparece como única opción para dejar claro quién manda.

El adolescente se percibe en una frecuencia diferente y puede hacer equivalente el escuchar a sus padres con un deseo de éstos de mantenerle en una posición de control, que él asociará con dependencia y sumisión. Salirse de ese registro le procura sensación de independencia y la creación de un lugar donde dar verosimilitud a lo que todavía no puede plantear de él como diferente. Le reconforta, como veíamos, ese espacio que le procura el grupo de amigos. La expresión «me dieron la charla» equivale a dar sentido de riña, lo que en principio no tendría por qué serlo, ya que charlar no es reñir.

Como hemos visto en el capítulo anterior, para los padres también resultará difícil, y a menudo frustrante, ubicarse y mostrar una actitud coherente frente a ese registro cambiante. No es sencillo ni instantáneo reconocer los deseos de autonomía de alguien que todavía está instalado en la dependencia. Por eso, también éste será un momento de cambios para la familia, que requerirán a su vez de reajustes y acomodamientos a las nuevas situaciones que se plantean. La plasticidad o la

rigidez con la que se afronten, la consistencia de los límites como factor de realidad o su inoperancia, serán decisivos para proveer al adolescente de recursos más o menos eficaces para la resolución de sus conflictos.

La relación con los iguales se irá transformando en función de la edad, pero hasta la adolescencia será lo suficientemente blindada, como para ser vivida bajo el control paterno o de otras figuras, de las que se desprende la doble función: por un lado, de *autoridad*, entendida como representación del límite necesario, y, por otro, de *protección*. Veremos más adelante que ambas funciones son puestas en cuestión por el adolescente, quien en el camino ya iniciado desde la infancia necesitará poder internalizarlas en él mismo, a lo largo de su desarrollo. Sin embargo, hasta que esto ocurra, límite y protección se vivirán en ocasiones como incompatibles o innecesarios y, frecuentemente, serán fuente de conflicto frente a quienes los desempeñan.

La situación en la que un padre le dice a su hijo, por ejemplo, que no le permite beber alcohol porque es perjudicial, puede ser fácilmente interpretada por muchos adolescentes sólo desde la prohibición o la incomprensión, sin el componente de cuidado hacia él.

El problema de la identidad cuestionará también a los padres, quienes, en virtud del efecto dominó que tienen los cambios en el mundo de las relaciones, se considerarán desplazados del lugar que ocupaban y también tendrán que ingeniárselas para mantenerse orientados, sin perder el norte, aunque sea necesario algún cambio en el rumbo.

En ocasiones, a los padres les resulta difícil sentir que son despojados del afecto y el reconocimiento que antes recibían de los hijos, aunque la mayor parte de las veces esta destitución sólo sea una apariencia. Parecería que el adolescente traslada todo su interés hacia los amigos, vaciando, en mayor o menor medida, de apego, la relación con la familia. Esta realidad tan frecuente hace entrar en colisión afectos que se deberán ir discriminando y que forman parte del mismo sujeto. En principio, parece plantearse un conflicto que se sitúa en el plano de la exclusividad afectiva. Compatibilizar amigos y familia puede resultar a menudo complicado. Es el momento en el que los adolescentes no quieren salir ya con sus padres, dicen que se aburren con ellos y protestan ante la más mínima insinuación de hacer planes juntos.

De forma espontánea, los amigos vienen a cubrir necesidades que no encuentran acomodo en la relación con los padres, por la dimensión de dependencia de la que el adolescente pretende huir. No es una decisión meditada ni mucho menos, pero, en un principio, la forma de liberarse de esa dependencia es pasar a otra, a modo de ensayo de independencia sin riesgos.

Los padres a menudo se esfuerzan insistiendo a los chicos sobre la importancia que tienen ellos en su vida, como si no lo supieran; que los amigos pueden cambiar pero la familia no..., que ellos van a estar siempre cuando les necesite, en cambio los amigos ya se verá..., que es de ellos de quienes se deben fiar, que jamás le traicionarán, etcétera.

Estos argumentos, que el adolescente conoce experiencialmente mejor que nadie, chocan contra los que se imponen en su mundo presente, en el que siente que «la verdad», el «para siempre» está del lado de sus amigos, porque sin saberlo es de ellos de quienes en este momento depende.

Si los padres no son capaces de hacer una lectura de esos movimientos desde la óptica del adolescente, es decir, ponerse en su lugar, quizás presenten serias dificultades para comprender lo que ocurre, y favorecerán, sin quererlo, un conflicto más duradero de lo necesario.

Por ejemplo, son frecuentes las quejas que hacen referencia al distanciamiento afectivo del adolescente en relación con su familia, casi expresado en términos de infidelidad. Este tipo de fórmulas, bastante utilizadas por algunos padres, no son efectivas como clarificación ni ayuda, ya que, en muchas ocasiones, se traducen en un intento de control a través de la culpa. En ocasiones es el pudor y hasta la vergüenza que el chico o la chica pueden sentir con relación al despertar sexual, lo que les lleva a mantener actitudes evitativas hacia sus padres, en un intento de no dejarse ver.

Escuchamos a muchos padres expresar quejas del tipo:

No quiere estar con nosotros, pasa todo el tiempo en su habitación, pero hay que cortarle el teléfono, porque con nosotros no habla, pero con sus amigos...

Fuera debe ser un encanto, porque no paran de llamarle, pero en casa tiene un humor, que no hay quien le aguante...

Es que no cuenta nada, como si no se fiase de nosotros, como si fuéramos extraños y su familia fuesen los amigos...

Habitualmente, lo normal es que el adolescente cree sus grupos, manteniendo cierta continuidad respecto al entorno social en el que se mueve la familia. En el comienzo de la adolescencia, los amigos suelen ser todavía conocidos por los padres. Sin embargo, la mayor autonomía que reporta la edad y las posibilidades de moverse cada vez más lejos de su casa, propician la interacción y el establecimiento de nuevas relaciones, cada vez más apartadas, no sólo del control, sino del conocimiento paterno.

Los cambios a la Universidad, a otros centros formativos o la incorporación al trabajo, abren a su vez posibilidades de ampliación y modificación de la vida de relación, que contribuirán al enriquecimiento personal del adolescente. Las dificultades de los padres para la aceptación de esta expansión en el mundo de relación del adolescente, como dificultad propia para separarse de la imagen de niño con la que siguen viendo al hijo, puede llevar a situaciones verdaderamente coercitivas y empobrecedoras para el chico o la chica.

Los miedos ante lo desconocido no son sólo del adolescente. También para los padres el crecimiento del hijo les confronta con lo desconocido de éste, ante la emergencia de su propia identidad. Los temores proyectados en el hijo pueden obedecer a las dificultades de los padres para desprenderse de esa imagen de niño necesitado y frágil que para ellos sigue representando, y frente a la cual ellos se sitúan en un papel que, a la vez, o bajo la excusa de la necesidad de protección, les convierte también en protagonistas de la vida del hijo. La sobreprotección entendida de esta manera limita al chico en cuanto que, bajo la premisa de la necesidad de cuidado que los padres hipersolícitos perciben (no se sabe muy bien para quién resulta más vital), se elimina cualquier posibilidad de elegir, decidir, ensayar, sobre lo propio.

Si bien es normal la preocupación de los padres cuando los adolescentes comienzan a salirse de su campo de cuidado, la percepción de peligro indiscriminado, la transformación en amenazante y peligroso de todo lo desconocido, también obedece en muchas ocasiones a dificultades personales que se proyectan en resistencias al crecimiento de los hijos. Si estos temores actúan sobre el hijo sin filtros que los cuestionen mínimamente, el resultado será tanto la supresión de la facultad para poder diferenciarse de lo que otros desean de él, como de la capacidad para discriminar lo peligroso de lo que no tiene por qué serlo.

En otros casos, también encontramos justo el efecto opuesto, la inclusión del chico en grupos completamente contrarios al deseo familiar, desde los que se reafirma como fuerte y diferente, pero con el riesgo de arrastrar sentimientos de odio e impotencia, que no serán el mejor pasaporte para llegar a sentirse adulto. Estos conflictos se hacen especialmente intensos y desencadenan auténticas rupturas en algunas familias, cuando son relativos a creencias religiosas o modos de vida catalogados por ellas de inmorales, sin que necesariamente sean delictivos.

La búsqueda de otros referentes, fuera de los padres, y el deseo de diferenciación, puede llevar al hijo a idealizar e identificarse con otras figuras, que no tienen por qué atentar contra la relación paterna, ni suponer desprecio o desvalorización hacia los padres, aunque éstos en algún momento puedan interpretarlo así. Pensemos, por ejemplo, en el caso de una familia que desea que su hijo sea abogado, como lo es su padre y lo fue su abuelo. Se pueden encontrar con que este hijo, lo que quiere es ser actor de teatro. Las reacciones pueden ir, según el tipo de relaciones y estructura familiar de la que se trate, desde amenazar al hijo con desheredarle, si llega a cometer ese agravio, hasta ayudarle a potenciar las facultades que posea, para desarrollar una actividad satisfactoria *para él*.

Rasgos de personalidad acusados de tipo deficitario, como la inseguridad, la excesiva dependencia de los otros, la baja autoestima y configuraciones psicopatológicas presentes antes de la adolescencia, pueden desembocar en la búsqueda de falsas salidas en la consecución de la identidad, sustituyendo el ámbito familiar de forma radical, sin elaboración del proceso de separación. Es, en casos extremos, lo que ocurre cuando algunos adolescentes se incluyen en determinados grupos, como pueden ser las sectas, donde se les manipula y se les crea la ilusión de que participan de una gran identidad, permaneciendo atrapados bajo esa falsedad.

Trastornos en la relación. Inhibiciones y fobias sociales

Conocemos las dificultades que entraña para el chico o la chica el acceso a una nueva forma de pensarse y reformular lo que le rodea. Para que este proceso sea exitoso, contará a su favor, con las aportaciones que

le proporcionan sus propias experiencias, siempre que éstas contribuyan a su crecimiento. Desde luego, una buena calidad en sus vinculaciones previas, allanará ese terreno que se presentará escarpado en muchas ocasiones.

Aun contando con este activo se confrontará con situaciones de conflicto interno y externo, que provocarán crisis necesarias para el desarrollo. Imaginemos, por tanto, las dificultades que para muchos adolescentes sin ese bagaje o con déficits importantes en su personalidad, supone enfrentarse a ciertas exigencias, propias de su momento evolutivo. Entre ellas, y primordialmente, las que derivan de los cambios en su cuerpo y la necesidad de darles un espacio mental y un sentido. Pero además se sentirán expuestos a las demandas, también diferentes, que provienen del entorno.

Para estos adolescentes este estado se tornará caótico, y reforzarán de esa manera vínculos de carácter regresivo, que les mantienen a salvo, eso sí, a costa del empobrecimiento personal. Pueden llegar a confundirse con otras figuras, mimetizándose con ellas para que no haya ningún tipo de fisura por la que poder ser absorbido. Estos adolescentes pueden tener dificultades incluso para pensar a qué tienen miedo. Simplemente actúan como si no fuera posible el conflicto ni la discrepancia. Atribuyen tanto poder aniquilador a la diferencia, que podría representarse ésta como un agujero negro capaz de hacer desaparecer a uno mismo. En el mejor de los casos, la angustia tomará forma de síntomas que podrán ser escuchados como señal de alarma y de sufrimiento.

Álvaro

Se trata de un adolescente de 19 años, que tras terminar un módulo de Formación Profesional, se le propuso un trabajo en aquello para lo que se había preparado. A los pocos días de comenzar a trabajar, empezó a sentirse triste, apático, sin ningún interés por lo que estaba haciendo y decidió abandonarlo.

Él no sabía explicar esta reacción. Aunque decía que lo que peor llevaba era el trayecto que debía hacer todos los días desde su casa al trabajo. No le ocurría lo mismo al volver. Era evidente que la idea de alejarse de su casa a él le angustiaba, pero no la reconocía como tal. Sentía miedo, tristeza, angustia, pero decía no entender por qué.

Álvaro ha mantenido siempre una relación de hiperdependencia con su madre. Siempre ha vivido en un ambiente familiar de conflicto perma-

nente entre los padres. La madre se refugiaba en él, haciéndole partícipe de su sufrimiento en la relación con el padre. Álvaro ha dormido con su madre hasta los 14 años. Según ella, porque no quería dormir solo y además «de esa forma evitaba a mi marido». Nunca ha tenido amigos, ni ha salido con nadie que no fuese su madre. En el colegio se relacionaba poco, y cuando lo hacía era exclusivamente con niñas.

Seguramente ese primer trabajo de Álvaro representó para él un cambio rotundo. Ya no podía seguir viéndose en esa imagen de niño dedicado a complacer a su madre. Las exigencias que provienen de la realidad, a veces desenmascaran con brusquedad, disfunciones anteriores respecto al proceso de diferenciación y vínculos que obstaculizan dicho proceso.

María

María tiene 16 años, acude con su madre a la consulta porque no estudia. Se muestra apática. Parece no interesarle nada. Se pasa el día frente a la televisión y come en exceso. En ocasiones tiene estallidos de rabia contra su madre cuando ésta la obliga a colaborar en las tareas domésticas o le recuerda que está engordando preocupantemente. Después se siente muy culpable y llora, pidiéndole perdón. No sale apenas, nunca ha mantenido amistades por mucho tiempo y el tipo de relaciones que establecía siempre han sido bastante superficiales, nunca ha tenido una amiga íntima.

María vive con su madre y su abuela. El padre desapareció cuando tenía pocos meses de vida. Siempre le han hablado mal de él, sobre todo su abuela. Ella ha cogido a escondidas una fotografía de su bautizo, que su madre tenía guardada en un cajón. En ella estaba en brazos de su padre. Cree que si se enterasen de que la tiene, se la quitarían, «mi abuela es capaz de romperla».

Parece que éste ha sido el único acto transgresor hacia su madre y su abuela, a quienes percibe como unidad. Porque los estallidos de rabia, más que transgresiones, obedecen a estados de descontrol, en los que no se trata tanto de oponerse a lo que la madre dice, sino a lo que vive como dañado sin saber por qué y frente a lo que carece de estrategias.

Resulta llamativo en el discurso de María la total sintonía con lo que le rodea. Todo parece irle bien, ahora y antes, lo que en sí mismo resulta sospechoso. Cree que su abuela y su madre la han sobreprotegido por lo que ocurrió con su padre, «yo en su lugar hubiera hecho lo mismo, es que abandonar a su mujer y a una criatura así, no tiene perdón». «Como era lo único que tenían, pues me han tenido en una burbuja, con razón», «después de lo que le pasó a mi madre, como para fiarse de nadie», etc. Nunca ha pre-

guntado por qué se fue su padre, ni existe en ella ninguna referencia a la relación de pareja entre sus padres «es que sólo era decir algo de él y se ponían a insultarle. Hace años que no se nombra, nunca le han llamado por su nombre, ni yo digo papá, no sé, como no ha vivido conmigo no le echo de menos, es que no siento nada, nunca me ha faltado nada».

Cuando se la confronta con sus síntomas, en el mismo tono responde, «es que a lo mejor cuando tengo la regla estoy más nerviosa, pero no creo que vuelva a pasar, además voy a empezar una dieta para adelgazar». Si se le pregunta, utiliza frases coloquiales propias de adultos. Tiene un aspecto peculiar, poco arreglada y con ropa que bien podría ser la de su madre. No hay ningún detalle en su aspecto físico ni en su forma de expresarse que delate su adolescencia. Parece envejecida.

María utiliza las palabras como la comida, para cubrir engañosamente un vacío en su ser, y mantener la ilusión, cada vez de forma más forzada e ineficaz de su indiferenciación respecto al mundo en el que ve unidas a su madre y a su abuela y del que ella no puede separarse. La posibilidad de recurrir a la relación con iguales, en cuanto a poder facilitar este tránsito está anegada de antemano. Abandonó el tratamiento.

Varios años después acudió de nuevo la madre a la consulta, para expresar su preocupación por María, no la veía capaz de cuidar de sí misma y la inquietaba su actual relación con un hombre casado, veinticinco años mayor que ella.

El caso de María, su dificultad para vivir su adolescencia, que pasó sin ser nombrada ni por ella ni por su familia, del mismo modo que ocurrió con su historia, nos resulta especialmente ilustrativo acerca de cómo las fallas primitivas en la configuración psicológica, se sobredimensionan en la etapa adolescente, resultando determinantes para el futuro y con un poder impensable hasta ese momento.

Raúl

Raúl es un adolescente de 14 años, que tiene aspecto aniñado. Desde que pasó al Instituto, va mal en los estudios. Suspende todas las asignaturas y creen que tendrá que repetir curso. Antes iba aprobando, pero siempre ha requerido la presencia de su madre con él para hacer los deberes, si no era así, se distraía y no llegaba a terminarlos.

Su padre dice de él que ha estado muy enmadrado, que su madre le consentía todo porque le daba pena que lo pasara mal, que estaba siempre

pendiente de él. Hasta los 10 años la madre se iba a su cama, porque él tenía miedo por las noches. Hasta esa edad parecía sociable, le gustaba estar con los demás niños. Ahora creen que no congenia con los de su edad. Prefiere jugar con chicos menores, a los que intenta dominar, no tiene ningún amigo de su edad y apenas habla con los compañeros de clase.

Raúl no transmite ninguna preocupación acerca de su situación académica, tampoco se siente afectado por estar prácticamente aislado en su clase. Parece como si estos hechos fueran ajenos a él o que delega en sus padres las preocupaciones que le corresponderían a él. La inhibición respecto al aprendizaje no es ajena, en este caso, a todo un patrón de retraimiento de funciones madurativas, cuyo objetivo sería evitar la separación.

La pasividad y dependencia de Raúl, en este momento envueltas en una protección ficticia, le dejan completamente desprotegido para afrontar las exigencias propias del proceso de cambio adolescente.

Alberto

Alberto tiene 16 años, es tres años mayor que su hermano. Ha sido siempre estudioso, obteniendo resultados excelentes en sus calificaciones. Según sus padres, ha sido muy bueno siempre, muy responsable, «siempre nos han dicho que era muy maduro para su edad, nunca ha dado problemas, al contrario que su hermano, que no para». Los padres alaban el carácter de Alberto, «nunca ha exigido nada, jamás ha tenido una rabieta, desde pequeño lo entendía todo perfectamente, lo contrario de su hermano».

Dicen de él que es sobre todo trabajador y muy constante, hasta el punto de obsesionarse, duda continuamente de si se sabe bien lo que ha estudiado y pide repetidamente a sus padres que le pregunten los temas, que recita después a la perfección. Se pone un despertador todas las mañanas, antes de que se levanten los demás, para repasar lo que ha estudiado el día anterior.

Las cosas empeoraron a raíz del curso pasado. Los resultados académicos habían bajado, porque le costaba concentrarse, y cada vez sentía más miedo ante los exámenes. Los padres no entendían la razón de ese sufrimiento, si ellos nunca le habían presionado para que sacara sobresalientes, «es él mismo el que se exige».

Tiene un amigo desde que era pequeño, con el que ha ido alguna vez al cine, pero sale sobre todo con sus padres. Dice sentirse muy incómodo con

los compañeros, «no es que me hagan nada, pero no me gusta cómo son, yo me veo diferente a ellos, es que yo creo que no les importan las cosas». Critica a los compañeros, su actitud, su conducta, sus chistes... «Es que yo me corto cuando me hablan, no sé qué decir..., a mí no me sale nada..., será por si digo algo raro, no sé, algo que crean que es una chorrada... ellos se ríen de todo... como ellos salen, hablan de más cosas..., yo no sé de lo que hablar, me pongo nervioso, a veces hasta noto que sudo, a veces digo que estoy malo para subirme a la clase antes, no sé por qué, pero prefiero escuchar música o jugar con el ordenador en mi casa, estoy más a gusto».

Alberto ha hecho equivalentes los resultados académicos consigo mismo. Los sobresalientes eran la prueba de su valía y, por tanto, de su aceptación, en principio referida ésta a las figuras parentales. Su objetivo era cubrir un deseo de los padres, que aunque no explícito, en él actuaba a modo de mandato que hacía propio. Se mantenía en el lugar de ser permanentemente objeto de satisfacción para ellos, con miedo a defraudar a sus padres, a los profesores, a quienes le ratificaban en esa función. Sin embargo, fracasa en la relación con iguales, la teme. Es en ese espacio, en el que los chicos ensayan cosas nuevas, donde él se siente amenazado. Quizás la amenaza provenga de saber que el armazón con el que se ha defendido siempre de sus propios impulsos ahora corre más peligro que nunca.

Las bandas de adolescentes: un ejemplo de patología grupal

Las bandas son un fenómeno infrecuente, pero típico de la adolescencia. A pesar de sustentarse en un funcionamiento grupal, no son encuadrables dentro de lo que se considera una actividad social adecuada. Podríamos llegar a decir que es una forma patológica de formación grupal. Si la función primordial del grupo es la de convertirse en el espacio de transición entre el mundo infantil y el adulto, en las bandas juveniles se pone de manifiesto la confrontación total, a través de la conducta provocadora y con frecuencia delictiva.

Una de las características de estos grupos y de la cual hacen gala, es la del uso de la violencia para conseguir sus fines. No es la finalidad del acto delictivo lo que une, como sería el caso de las bandas de delinquentes organizadas. La transgresión delictiva, más que ser el objetivo

del grupo, se convierte en elemento de cohesión grupal y sustentador de una identidad colectiva de la que se participa.

Hablar de bandas de adolescentes es hablar casi siempre de violencia. Existe una finalidad destructora emparejada a la supervivencia de la banda. Es decir, el propio reconocimiento se da, en la medida en la que se está confrontado con otros a los que hay que atacar o destruir. Esos otros pueden representar la sociedad en general, sus valores y normas, determinados grupos de la población o puede que, en otras ocasiones, el enemigo se materialice en otras bandas consideradas rivales.

Las bandas se constituyen como organización, en la medida en la que cuentan con:

- Un *discurso* propio sobre el que argumentar sus actividades. Aunque éstas puedan resultar auténticas conductas descontroladas, siempre estarán justificadas sobre la base de determinados objetivos que se consideran legitimados en sí mismos. En el caso de un grupo neonazi, por ejemplo, se considerará justificadísima la agresión hacia personas consideradas «inferiores», y ése será un principio irrefutable que regirá la conducta de sus miembros. Eso sí, siempre en grupo, porque sólo así y de forma tan patológica, quedará oculta la precariedad en cuanto a la identidad individual se refiere.
- Una *estructura jerárquica* definida y adoptada sin vacilaciones por todos los miembros. Puede haber uno o más líderes, aunque normalmente uno destaca en cuanto a su capacidad de mando sobre los otros. El resto de los integrantes pueden desempeñar diferentes roles, siempre asumiendo como leyes las normas del grupo.
- Indicaciones más o menos precisas, provenientes del jefe, en cuanto a las *actuaciones*.

El mayor número de candidatos a estas bandas proviene de chicos de clases sociales desfavorecidas, en los que se ha repetido la experiencia de exclusión, a nivel social, escolar y familiar. Habitualmente, el origen de las bandas se liga a condiciones vitales de desventaja socioeconómica y a la marginalidad de algunos grupos de población, aunque también determinados grupos ideológicos, no necesariamente procedentes de

estratos sociales carenciados, pueden tomar estas formas entre los adolescentes, siendo normalmente liderados por adultos.

La pertenencia a esta clase de grupos, en muchas ocasiones se manifiesta externamente a través de símbolos o señas, que pretenden ser de identidad. A veces las jergas, la forma de vestir, el pelo, accesorios como algunos tipos de gorras, o la utilización de marcas determinadas, incluso el uso de ciertos colores, se convierten en distintivos de grupo.

Para entender qué características individuales pueden llegar a precipitar al chico o chica a integrarse en estos grupos, debemos pensar en cuáles son las dificultades, carencias y desórdenes emocionales con los que estos chicos afrontan su adolescencia. Básicamente, la función que las bandas desempeñan es la de proveer de una *identidad* basada en la *superioridad*, que se manifiesta normalmente por medio de *actuaciones violentas*, desde las que se trata de conseguir el respeto de otros, a través de una imagen atemorizante. Suelen ser adolescentes violentos, con serias dificultades para el control de impulsos agresivos, que son canalizados por las actividades de la banda, siendo ésta quien les dota de sentido. «Tengo que ir a por ése...; a mí no me ha hecho nada ¿y qué?, va con los de abajo, antes de que venga a por mí o a por alguno de mis colegas vamos a por él...».

En estas frases un adolescente perteneciente a una banda de barrio justificaba su decisión de agredir a otro chico de un grupo rival. En esta pequeña viñeta aparece también otro elemento fundamental en cuanto a la pertenencia y es que, si en los grupos convencionales de adolescentes, la alianza afectiva entre los miembros es un factor de cohesión, en las bandas se eleva a sentimiento de fraternidad. Es habitual emplear el término «hermano» para designar el vínculo que les une.

No olvidemos la potencia que cobra en el adolescente el temor ligado a la soledad y al abandono, para entender también estas maniobras grupales como conjuro frente a esos fantasmas. No es de extrañar tampoco, que chicos con dificultades en cuanto a la expresión agresiva, aparentemente sumisos hasta la adolescencia y criados en dinámicas familiares, en las que los vínculos se han movido entre el dominio y la sumisión, y el autoritarismo extremo, encuentren en estas bandas un lugar desde el que ejercer el poder sobre otro; invirtiendo la posición familiar, en la que previamente había vivido.

Actualmente conocemos algunas de estas bandas que operan casi a nivel internacional. La policía acumula en sus archivos bastante información acerca de estos grupos o «tribus», que cuentan con una organización e infraestructuras nada despreciables. Lo mismo ocurre con los grupos violentos que buscan cobertura como «seguidores deportivos», y que, inadmisiblemente, cuentan con el beneplácito de las instituciones que los acogen.

La misma dinámica a otra escala también la observamos en pandillas de barrio o de Instituto, en sus actuaciones de extorsión y amenazas hacia otros chicos y en agresiones reales «si resultara necesario». Venimos escuchando con bastante frecuencia la existencia de casos de «acoso escolar». Este fenómeno, identificado hace tiempo en los países anglosajones como *bullying*, debe dejar de ser justificado como «cosas de niños». El abuso desde la superioridad física o numérica, sobre otros a los que se considera más débiles o incapaces para defenderse, es un ejercicio de violencia. Como tal, implica un goce enfermizo en quien lo ejerce y, por tanto, un sufrimiento gratuito en quien lo padece.

Comprobamos que el componente violento se encuentra en diferentes versiones en la biografía de estos chicos y es por ello que merece cierta reflexión. El acto violento es un acto de defensa y no necesariamente frente a una agresión externa. Desde luego, algo hay que lo provoca y que resulta amenazante, pero en ocasiones el origen no está identificado por el propio adolescente, porque forma parte de su subjetividad.

El sentimiento de vulnerabilidad, de debilidad de los vínculos sobre los que se asienta la infancia y la dificultad para reconocer los estados emocionales que de todo ello se desprende convierten en amenazante una realidad interna que a duras penas puede diferenciarse de la externa.

La pertenencia a la banda proporcionará al adolescente, a través de mecanismos claramente patológicos y disfuncionantes:

- Una *identidad* que será aportada por el *grupo*. Este «yo» prestado sólo subsiste en la medida en la que se pertenece al grupo. Podemos imaginar, por tanto, lo terrible que puede resultar verse rechazado por él.
- La *diferenciación* necesaria entre lo propio y lo ajeno, el establecimiento de un límite diferenciador, representado por la frontera entre la banda y el resto.

- El sentimiento de *aceptación* que calmará el miedo al abandono.
- La *expresión violenta*, ejerciendo sobre otros lo que es amenazante para uno mismo y que será ratificada y justificada en el discurso grupal.

Vemos por tanto que, los grupos de estas características proporcionan una *pseudoidentidad*, siempre que se pertenezca a él, que como tal cumple su función, aunque irremediablemente alejada de lo que se espera como resultado de un desarrollo sano.

Coral

Coral, tiene 19 años, trabaja «en lo que sale». Abandonó los estudios a los 15. Desaparece de su casa por temporadas, «mis padres ya pasan de mí... Ya me han dicho que cualquier día me encuentran tirada por ahí, muerta... Antes me echaban más la charla, ya pasan, están deseando que me largue del todo y olvidarse de mí...».

Habla de sus colegas como su auténtica familia, «yo sé que están ahí, me conocen y yo a ellos, formamos un solo cuerpo...».

Desde los 14 años consume alcohol en grandes cantidades y diferentes drogas, sobre todo cocaína y éxtasis. Pertenece a una banda que sale a «cazar» los fines de semana. «Vamos a por esos guarros, que van por ahí como si la calle fuese suya». Se refiere a chicos con un estilo diferente, pero tampoco sabe muy bien identificar a quién y por qué.

Normalmente lleva una navaja en un bolsillo. Una vez la cachearon tras una pelea y le quitaron un puño americano.

Cuando Coral dice estas cosas, despierta en quien la escucha, por un lado, espanto, y por otro, provoca agresividad. Tanto uno como otra están presentes en ella misma, en sus vivencias. Las alteraciones de personalidad, tan severas como en el caso de Coral, conllevan una imposibilidad de introspección y de incapacidad para tomar conciencia de lo que a ella, internamente, le ocurre.

Coral no puede desprenderse de su propio espanto ante la violencia, de la que teme ser objeto, pero tampoco lo puede pensar, simplemente lo actúa sobre otros. Quiénes y por qué tienen que ser esos otros, siempre será la excusa. Cambiando los personajes, el guión ya estaba escrito en ella misma.

CAPÍTULO 5

TRASTORNOS EMOCIONALES

Al destino le agradan la repeticiones,
las variantes, las simetrías...

Jorge Luis BORGES

La adolescencia representa un momento evolutivo con especiales características de cambio, búsqueda y ruptura de equilibrios previos. Esto propicia la aparición de diferentes manifestaciones, cuyo valor psicopatológico es a veces difícil de delimitar. Se hace necesario disponer de un sólido conocimiento del discurrir «normal» adolescente, con todos sus avatares, como óptica desde la que se pueda detectar la presencia de determinadas señales de alerta. Dichas señales o indicadores abrirían la puerta a pensar en dificultades estables por las que atraviesan determinados chicos que no sólo no están al servicio del crecimiento, sino que están obstruyendo el mismo.

Los trastornos de la adolescencia sólo pueden ser interpretados en su propio contexto. Su detección requiere prudencia, pero no pasividad. La descripción aislada de cualquier comportamiento o manifestación, fuera de la comprensión más global del proceso adolescente, se puede prestar a grandes equivocaciones. Por otra parte, también la tolerancia y conformidad con importantes síntomas, al amparo de la supuesta adolescencia, pueden dejar al chico en una situación de soledad e incluso abandono.

Los trastornos emocionales en la adolescencia se juegan en ese fundamental proceso de adquisición de una identidad diferenciada, apareciendo como motivo y consecuencia de dificultades a lo largo de dicho proceso. Representan, por tanto, un signo inequívoco de estancamientos, retrocesos o enlentecimientos en esa compleja conquista. Estados de ánimo fluctuantes, alternancias entre miedos infantiles y asunción de riesgos desproporcionados, llamadas de atención del adulto junto a rechazo de cuidados necesarios, son características habituales en la adolescencia. Sin embargo, es fundamental diferenciar entre *momentos* de tristeza, ansiedad o dificultades sociales, por poner un ejemplo, de otros *estilos más permanentes* de relacionarse con el entorno, o de sentirse a sí mismos y percibir la realidad exterior como fuente constante de sufrimiento y obstáculo en el vivir cotidiano del adolescente.

Por otra parte, no siempre lo más visible o molesto representa, como hemos visto en capítulos anteriores, una mayor gravedad para el chico. Trastornos serios que toman su forma como hiperadaptación, inhibiciones de distinta índole o timidez y apegamiento excesivos, constituyen con frecuencia, elementos que hay que contemplar necesariamente para poder evaluar la situación ante la que nos encontramos.

¿Por qué se deprimen los adolescentes?

Cualquier chico que esté recorriendo su adolescencia se convierte en vulnerable por el hecho de intentar alejarse de lo que hasta ese momento ha constituido su principal fuente de seguridad; es decir, las figuras parentales. El «alejamiento» de los padres constituye una especie de terremoto en su psiquismo, que, con su onda expansiva, modifica también la imagen que éste tiene tanto de ellos como de sí mismo. Ambos fenómenos interrelacionan entre sí produciendo una fisura en la conocida continuidad y, por tanto, cambios inevitables en su sentimiento de seguridad básica.

El adolescente se desconoce a sí mismo y desconoce a sus padres, como lo venía haciendo hasta entonces. Si todo va bien, se desploman para el chico, tanto la imagen idealizada y poderosa de ellos como la que le transmitían precisamente por ser su hijo. Es así como, justo el fe-

nómeno que permitió el crecimiento armonioso, necesita deshacerse para seguir permitiéndolo.

Hasta ese momento son los padres quienes transmiten al hijo un proyecto, un camino a seguir, en el que se va fraguando una forma de pensar, de interpretar la realidad, de comunicarse, de interiorizar las normas sobre cómo deben ser las cosas y ellos mismos, etc. A la vez que todo esto se construye, también los padres intervienen activamente en la autoestima de los hijos, dándoles mensajes de aprobación y haciéndoles sentir fuertes por llevar a cabo dicho proyecto.

Durante un periodo de la vida, hijos y padres comparten esa satisfacción genuina que da el participar de una realidad en la que el padre transmite sus valores, entendiendo éstos en sentido amplio, los reconoce en el hijo y éste se siente con la perfección que eso mismo le otorga. Si no es difícil imaginarse esa gratificación mutua, tampoco lo es la posible amargura que produce la ruptura de ese encanto. Es en todo este entramado donde aparecen con frecuencia las depresiones en la adolescencia.

El proceso de desencuentro descrito no es algo pensado racionalmente por unos y otros. Ningún adolescente tiene presente en su cabeza lo que su padre ha sido para él y lo que es, ni le servirá como explicación para sus males. Es más, posiblemente sentiría vergüenza si se reconociera dependiente de él en sus emociones. Tampoco relacionará seguramente su confusión, apatía, vacío, desgana, molestias o miedos con este proceso. Sin embargo, sí será consciente de lo mal que le sienta el control que antes permitía, el mal humor que le genera a veces la simple presencia solícita de sus padres, las pocas ganas de salir en familia o de permanecer en el mismo cuarto donde están todos. Con mayor o menor intensidad, también se suele dar cuenta de la frustración que él produce en sus padres y de la intención de éstos por acercarse a él y satisfacerle. Cuanto más presente tenga lo anterior, posiblemente más culpable se sienta. Esta sensación de culpa, en contacto con los padres, seguramente también le generará irritabilidad, deseo de alejarse, lo que seguirá aumentando su sentimiento de culpa.

El adolescente que, bien por sus características previas o porque su entorno se lo pone especialmente difícil, se siente incapaz de encajar esta mezcla de sentimientos, puede quedar replegado sobre sí mismo, en un estado en que se encontraría sin fuerzas para buscar en otros ám-

bitos figuras nuevas en las que «reconocerse», a la vez que inevitablemente lo anterior ya no le sirve. La dificultad para lograr un cambio en ese estilo infantil de relación del hijo y los padres, puede dar lugar a la aparición de diferente patología. Mientras que los padres sigan ocupando para el hijo el lugar «de siempre», no habrá hueco para que ese hijo lo pueda llenar con otras figuras duraderas con quien vincularse. Es decir, se hace necesario un punto de vacío, de insatisfacción para que pueda haber búsqueda.

Por otra parte, tanto la comparación con las conquistas de otros adolescentes, en este sentido, como la sensación interna proveniente de su situación de aislamiento, pueden quebrar su propia autoestima, siendo este hecho un elemento habitual en los trastornos depresivos.

Nos podríamos encontrar, por tanto, con dos tipos de situaciones: la de adolescentes que inician una «ruptura» con sus padres y que, movidos por el sentimiento de culpa, se sienten incapaces de llevarla progresivamente a cabo y aquellos en los que se retrasa ese momento, quedando ligados a las figuras parentales por vínculos infantiles. Como venimos señalando, en ambos procesos queda comprometida la iniciativa del chico para conquistar otras relaciones o llevar a cabo proyectos personales, no pudiendo, por tanto, utilizar éstos como fuente de autoestima.

Un chico, de 17 años, hijo único, muy cuidadoso con sus padres algo mayores y con mucha necesidad de no plantearles ningún problema decía:

En mí todo se queda en proyectos. Digo que voy a hacer esto o lo otro y no hago nada. Me siento distinto a todos. No tengo nada que contar. Tengo la sensación de no saber estar con mis compañeros. Cuando quedan, digo que tengo otros planes y en realidad no hago nada. Si salgo, tengo la sensación de dejar solos a mis padres, de que se quedan tristes. Me quedo y me aburro. No sé por qué, pero tengo una gran sensación de fracaso, derrota... Creo que no valgo para nada.

El proceso de conquista de la autonomía que se debe realizar en la adolescencia, pone a prueba la resistencia del chico para seguir valorándose en ese caos de identificaciones que debe dejar de lado y aquellas nue-

vas que debe conseguir. Si bien en los adolescentes alternan habitualmente sentimientos contradictorios, que oscilan entre la tristeza por la pérdida y la alegría por la nuevas adquisiciones, entendidas ambas en un sentido amplio, cuando la balanza se inclina ampliamente y de forma constante hacia el primer lado, estaremos sin duda ante la presencia de trastornos emocionales.

No todas las *depresiones* toman las formas de presentación que describen los manuales en el caso de los adultos, aunque tampoco se descartan, siendo en esos casos evaluables los mismos síntomas e indicadores. Sin embargo, se podría decir que, con mucha frecuencia, la depresión se esconde bajo el disfraz de otras manifestaciones, como pueden ser la queja somática, la falta de apetencia por el entorno, diferentes formas de inhibición o alteraciones de la conducta (P. Jeammet, 1995). Es, por tanto, fundamental poder «mirar» estos signos que nos muestra el chico como expresión de otros conflictos emocionales subyacentes, siempre que se haya descartado cualquier otro elemento que lo justifique en primer término (enfermedades somáticas, cualidad del entorno, etcétera).

La *inhibición* puede alcanzar al proceso de pensamiento del adolescente, a las relaciones sociales o manifestarse a través de otras conductas de retirada. Así, nos podemos encontrar con chicos que pierden el interés por actividades intelectuales realizadas hasta el momento, lectura, estudios, etc. También se puede producir una restricción de contactos o actividades sociales, o una progresiva interrupción de las actividades habituales del adolescente, incluyendo una pérdida a nivel general que sólo es detectada cuando alcanza niveles considerables o cuando abarca actividades fundamentales para el entorno, como pueden ser los estudios. Esta lentitud para percibir estas inhibiciones se relaciona con la tolerancia que suele haber frente a ellas, ya que molestan poco, estando en el polo opuesto a los trastornos de la conducta.

Cuando la *queja somática* se convierte en una manifestación sistemática en la relación del adolescente, a veces se responde a ella desde un ángulo exclusivamente físico, con reiteradas visitas a médicos y otras intervenciones o pruebas diagnósticas a este nivel. No se percibe así la sensación de fragilidad y riesgo que transmite el adolescente y, por tanto, tampoco se le puede calmar, cayendo en un círculo vicioso que transmite al chico una inseguridad aún mayor.

Todo lo anterior conforma para el adolescente un referente de lo que él es, pudiéndose sentir más o menos valioso y siendo este sentimiento fuente de bienestar o rechazo de sí mismo. A través de lo que hace, de cómo se ve a sí mismo y de lo que piensa de sí, el adolescente se siente más o menos confortado consigo mismo.

La *baja autoestima* es una variable presente en la mayoría de las personas deprimidas. Esto quiere decir que éstas tienen un peor concepto de sí mismas, se sienten con pocas o nulas capacidades, se ven físicamente desagradables y en general se sienten inseguras, por lo que se produce una escasa confianza en sí mismas y suelen ser muy dependientes de la aprobación de otros. Todo lo anterior retroalimenta el escaso deseo de búsqueda, de nuevos proyectos o relaciones. Por otra parte, también una adecuada autoestima protege de la sensación de fracaso ante acontecimientos que producen frustración o ante los propios errores. Al igual que una autoestima positiva es un factor modulador de la depresión, también la baja autoestima previa repercute en un peor pronóstico y es un elemento a considerar en futuras recaídas.

Durante la adolescencia, los niveles de autoestima, son uno de los indicadores más sensibles en la construcción de la identidad personal (Fierro, 1997), de ahí la importancia de valorar este factor en chicos con síntomas depresivos. André y Lelord (1999) señalan que para mejorar la autoestima se deben contemplar fundamentalmente tres vertientes: la relación consigo mismo, que incluye el conocerse, aceptarse y ser sincero con uno mismo, la relación con los demás y la relación con la propia actividad que realiza, es decir, su nivel de actividad o pasividad, la tolerancia ante las dificultades y el fracaso, etc. Por otra parte, Andrews y Brown (1995) señalaron la existencia de una gran correlación entre aumento de autoestima e incremento de relaciones interpersonales.

Es importante destacar que en los trastornos depresivos se hallan alteradas de una u otra manera casi la totalidad de dichas vertientes, por lo que desde cualquier óptica de tratamiento, se debería incidir sobre esos elementos, siendo el objetivo final que el chico se pueda aceptar, con sus propios límites y pueda también tolerar relaciones imperfectas o acontecimientos dolorosos, encontrando su propio lugar.

Aunque parezca obvio, no debemos dejar de señalar que la propia personalidad del sujeto, construida y modulada desde el nacimiento,

toma también un especial peso en la aparición de trastornos emocionales. La facilidad o no para adaptarse en momentos de crisis cotidianas, el sentimiento interno de seguridad, la tendencia a la alegría o tristeza, la inquietud o tranquilidad temperamental, la tolerancia o sobreexigencia, etc., son elementos sobre los que se inscriben con mayor o menor dificultad los trastornos emocionales.

La depresión compartida

La emocionalidad de las personas impacta en el estado emocional de los allegados, produciendo modificaciones, mimetismos y contagios. Encontramos con cierta frecuencia casos de adolescentes en los que el estado de tristeza, de apatía o pasividad resulta de la identificación con el ánimo apagado o triste de las personas de su entorno más inmediato o más queridas. Aunque pudiera parecer sencillo, al adolescente no le resulta fácil discriminar aquello que corresponde a sus propias vivencias de lo que pertenece a la vida de otros. Tampoco esto resulta fácil en la vida adulta entre personas unidas íntimamente.

Puesto que en la adolescencia el proceso de independencia no está completo, es en esta etapa, junto con la de la niñez, donde es más fácil contaminarse de las emociones de personas cercanas, convirtiéndose éstas en un camino de ida y vuelta. Aunque entremezcladas, podemos encontrarnos con algunas situaciones diferenciadas en las que pensar:

1. *Derivadas del propio proceso de crecimiento.* Padres que se deprimen ante la pérdida del niño que crece, sintiéndose vacíos y sin tarea fundamental a realizar en la vida. La pérdida del niño pequeño produce un cambio obligatorio en la imagen que los padres se habían forjado de sí como totalmente necesarios. También se transforma la sensación de poder y protagonismo que conseguían en su función de protectores, por lo que habitualmente y sin ser conscientes de ello, obtienen algún beneficio haciendo sentir al hijo que ellos siguen siendo imprescindibles. Es posible que en ese proceso menoscaben la autoestima del adolescente, poniendo especial atención en los errores o inseguridades de éste.

La adolescencia obliga a modificar la propia identidad de los padres. Se producen fenómenos de ambivalencia parecidos a los del hijo, pero

cuyo objetivo final es la aceptación de la vida autónoma de éste y conseguir una nueva estabilidad propia, que permita perder la sensación de completud conseguida hasta entonces a través de ellos. Ese hijo, que había estado presente de forma constante hasta entonces, con su normal alejamiento, deja de encubrir aspectos de la vida de los padres que ponen de manifiesto sus problemas personales y carencias. No es infrecuente que los padres se dirijan a sus hijos llamándoles «mi vida», «mi tesoro», lo que indica el valor que representan y la intensidad de los sentimientos, pero también lo valiosos que ellos mismos se representan por poseer ese «tesoro».

En la adolescencia de los hijos, a veces se pierden cosas tan cotidianas como conversaciones a las horas de la cena, aportadas por ellos y cuya ausencia hace patente la incomunicación de la pareja o evidente la angustia de un tiempo vacío cuando los hijos ya pasan menos horas en casa. Sin embargo, el sufrimiento mayor tiene que ver con la sensación de desgarrar que produce el dejar de poseer a quien hasta ese momento no se ha planteado más que ser parte de uno.

La adolescencia de los hijos suele también coincidir con la etapa media de la vida de los padres, que desencadena en ellos otras inestabilidades que requieren de reajustes a veces no fáciles de conseguir. Con frecuencia se hallan contrapuestas la sensación de potencia física del adolescente y el inicio del «declive» también físico de los padres, la necesidad de apertura hacia el exterior de adolescente y la obligatoriedad de los padres de cuidar a sus propios padres y sentirse solos frente a las responsabilidades, lo que crea no pocos sentimientos de rivalidad y ambivalencia. Aceptar esta transformación de forma constructiva requiere madurez y ser capaz de crecer también en la propia individualidad o adaptarse a la nueva situación de la pareja, lo que no siempre es fácil. Cuando se instala un estado depresivo en los padres o en alguno de ellos, por la dificultad de asumir la nueva situación, es frecuente que emerjan en los hijos sentimientos de tristeza, culpabilidad e impotencia.

Para que el hijo pueda «soltarse», es necesario que el padre no le provoque la sensación de que o él o ellos van a caer al vacío. A veces los mensajes son sutiles y contradictorios, siendo diferente lo que se dice con palabras y lo que se hace sentir al hijo, quedando éste atrapado en las emociones de los padres.

Carmen, una chica de 17 años, hablaba así de la situación en que se encontraba:

A mi madre la descolocó que empezara a salir. Ve peligros por todas partes y se pone agresiva conmigo. Me encuentro muy mal y me está repercutiendo en todo, en los estudios, ya que no me concentro. También me hacen sentir culpable por eso. Para ellos si suspendo una, es como que ya no valgo nada... Si hago algo que no corresponde con lo que esperan me desprecian, a pesar de que soy de lo más normal. Dicen que confían en mí y que me quieren ver bien, pero parece que es todo lo contrario. Lo que me hace más ilusión siempre es un problema. Cada vez tengo menos ganas de estar en casa. Me encuentro triste y sin ganas de nada.

2. *Derivadas de situaciones emocionales que tienen que ver con actuales acontecimientos familiares conflictivos.* Hablamos de la presencia de circunstancias en las que se ve envuelto el adolescente, en cuya ausencia no cabría esperar en él sintomatología depresiva. En estos casos, el trastorno depresivo se produciría, por tanto, como reacción a acontecimientos presentes que el chico no puede afrontar con su bagaje de recursos. Nos referimos a conflictos familiares actuales, que producen en la pareja de padres diversa sintomatología emocional de la que participa el adolescente. Encontraríamos, por ejemplo, desavenencias entre la pareja, consumo de tóxicos o patología mental en alguno de los padres, dificultades económicas, etc.. Podemos hallar abundantes ejemplos en este sentido, que ilustran de una realidad en la que el adolescente no puede iniciar o continuar un proyecto personal propio, consumiendo su atención y energía en problemáticas paralizantes para él.

Las relaciones familiares saludables liberan al adolescente para que éste pueda invertir su energía en adquisiciones, vivencias y proyectos acordes con su edad y momento. De la misma manera, el dolor o la infelicidad de los padres o problemas serios, que incluso producen vergüenza en los chicos, influyen de forma importante en su emocionalidad.

Tomás

Es un chico de 13 años que se encuentra en una situación de importante aislamiento. Teresa, su madre, le encuentra infantil para su edad, como si

se hubiera hecho más pequeño, llora con mucha facilidad y le cuesta separarse de ella. También tiene dificultad diaria para conciliar el sueño y durante el último curso se pone con frecuencia enfermo, por lo que falta a menudo al Instituto. No relata ninguna situación especialmente problemática en la infancia de Tomás. En la actualidad hay que destacar que el padre es consumidor habitual de cocaína desde hace un año aproximadamente. Hasta ese momento jugaba con él y estaba pendiente de sus intereses, produciéndose un cambio significativo en la relación. Cuando consume, llega tarde, incluso no aparece en toda la noche. Si está en casa, pasa horas frente al ordenador, sin sentarse a la mesa con la familia. Teresa está muy deprimida, intentando llevar la vida lo mejor que puede, sobre todo por su hijo, aunque se siente con muy poca vitalidad. Nadie ha hablado de la situación con Tomás, aunque éste pregunta constantemente qué hace el padre, dónde está, por qué no cena o a qué hora llegará. En una ocasión en la que el padre no le acompañó ni visitó en una consulta a un servicio de urgencias hospitalaria, que requirió su ingreso durante 24 horas, Tomás le dijo que le había decepcionado.

3. *Derivadas de la historia familiar.* En otras situaciones, la clave de comprensión se sitúa en la propia historia familiar y el lugar que el adolescente ocupa en dicha historia. También en la función que le han adjudicado, sin que, por supuesto, suponga un hecho intencionado. El engranaje es tan potente, que ni el adolescente ni la propia familia pueden deshacerse de él a no ser que se realicen ejercicios voluntarios y conscientes en ese sentido, que frenen dicha inercia y modifiquen un acontecer de otra manera inevitable.

Al igual que nadie pondría en duda que los movimientos sociales de un país engarzan con los movimientos precedentes, ni que el momento político o económico se comprende con una perspectiva histórica sin la cual el análisis sería superficial, así el psiquismo individual no puede ser comprendido ni elaborado sin la comprensión de ese entramado histórico familiar, en el que el adolescente puede verse envuelto.

Nos referimos, como ya describimos en el capítulo 3, a una especie de herencia entre generaciones en la que los padres legan e imponen a sus hijos aspectos psíquicos de su propia identidad y de sus propios deseos y frustraciones, y que éstos asumen sin advertirlo. Responder sobre los motivos de depresión de algunos adolescentes requiere la comprensión de esa vertiente, que está presente, aunque su relación con ella sea

en ese momento desconocida para los propios participantes. Es decir, el desconocimiento no evita sus consecuencias para la emocionalidad del adolescente.

El adolescente se identificaría así con un rol asignado para él, no elegido, que le colocaría sin saberlo al servicio de una misión encomendada y que sirve como equilibrio del sistema familiar. Puede ser asignado como el hijo que debe dar valor social a la familia, teniendo que cumplir la misión de llegar a ser «alguien», en lo económico o laboral; o como la hija que tiene la misión de cuidar a su madre, sin dejarla sola, invirtiéndose los papeles evolutivos lógicos, o de satisfacer en todas las aspiraciones a un padre que deseó fuera varón en su nacimiento. Representan en todos los casos la imposibilidad de elegir sobre uno mismo, quedándose atrapado de muy diferentes maneras, en lo que se podría considerar «la historia de otro». Estas situaciones enlazan con procesos traumáticos y acontecimientos vitales anteriores, no pensados, que implican también a la generación anterior.

Irene... y Javier

Irene es una chica de 14 años que vive con sus padres y su hermano Javier, de 10 años. La abuela materna vive en el piso de arriba de ellos, manteniendo una relación muy estrecha. El abuelo materno murió cuando la madre tenía 12 años. Los abuelos paternos tuvieron que afrontar dificultades económicas serias cuando el padre de Irene era pequeño, lo que les hizo estar poco pendientes de los hijos. Un año antes que ella nació otra hermana, que falleció de muerte súbita cuando tenía un mes. Este hecho produjo un gran dolor en la familia, pero intentaron «mirar para adelante». La madre se quedó embarazada de nuevo muy rápidamente. Al nacer ella le pusieron el mismo nombre de la niña fallecida, quedando el indeseable acontecimiento como algo para no recordar, hablando de él sólo en contadas ocasiones. A pesar de ello, ambos padres han pasado por etapas depresivas, sin que lo relacionaran especialmente con nada.

Irene ha sido siempre la alegría de la casa, gratificando mucho a los padres. Ha destacado por su carácter simpático y abierto, adaptándose muy bien ante diversas situaciones, siendo además buena estudiante. Los padres dicen que siempre se ha dado cuenta de todo, sobre todo en los momentos en que ellos han estado de bajón, y nunca ha planteado problemas. Tienen depositadas en ella muchas expectativas.

Javier es también un chico simpático, pero que da bastantes quebraderos de cabeza a los padres, debido a que ha sido muy inquieto desde siempre y hacen poca carrera de él. En el colegio se mete en algunos líos que, aunque no graves, hacen que los padres tengan que ir a hablar con cierta frecuencia con los profesores. Es bastante impetuoso e irreflexivo. Pasa los cursos escolares «por los pelos» y siempre tienen que estar tras él para que cumpla sus obligaciones. También en casa hace trastadas que requieren la atención constante de ellos. Contrasta que por la noche les llama con frecuencia y que desde pequeño ha tenido miedo a la oscuridad y nunca le han podido dejar con nadie. En esto último también ha coincidido con Irene, por lo que prácticamente nunca se han quedado a dormir fuera de casa, ni tampoco los padres han salido sin ellos a ningún sitio. Recuerdan una noche en la que Irene se quedó con la abuela paterna, junto con otra prima, y tuvieron que ir a buscarla, ya que se pasó la noche vomitando. Durante varios años, ni uno ni otro han acudido a las salidas organizadas por el colegio cuando había que quedarse a dormir, manifestando los chicos que no querían ir, y los padres, que no les iban a obligar a eso.

Se produce un momento crítico en la familia cuando Irene pasa al Instituto. Resultó muy difícil decidir a cuál iría, ya que los padres encontraban pegas a todos, siendo Irene partícipe de todos los comentarios. Cuando inicia las clases, recibe todo tipo de consideraciones sobre cómo comportarse en caso de que le vayan mal las cosas o que algún compañero la trate mal. Se empieza a sentir insegura, cuestionando todo lo que hace y siendo excesivamente crítica consigo misma. También manifiesta dificultad para entablar nuevas amistades. No logra superar dichos aspectos según avanza el curso. Sus profesores la ven cada vez más aislada y también el rendimiento escolar está descendiendo. A veces hace algún intento por quedar con alguien, diciendo entonces los padres que se alegran, pero dando a la vez muestras de gran inquietud, con comentarios del tipo «pero llama en cuanto llegues» o «si tienes el más mínimo problema, llama y te vamos a buscar». La ven triste y han notado un cambio importante en su carácter, aunque siempre intenta que ellos no se preocupen.

Podríamos hacer algunas hipótesis comprensivas de este caso. Parece que la madre de Irene tuvo dificultad para separarse de su madre, viviendo prácticamente juntas a pesar de haberse casado, siendo esta circunstancia aceptada por su marido. El fallecimiento de su padre en la adolescencia la hace temerosa frente a la adolescencia de su hija, pro-

yectando en ella parte de sus propios sentimientos en dicho periodo. Por otra parte, su propio proceso de independencia quedó interferido por este hecho, quedando muy apegada a la madre. El padre de Irene se mostró proclive a aceptar también él tanta cercanía, debido a carencias afectivas en su propia infancia que le hacen sentir cómodo cuando obtiene compensaciones maternas por parte de su suegra. Es decir, para estos padres, independizarse de las figuras parentales no es una situación naturalmente asumida, sino que está presente una dificultad para ellos, aun cuando ya son padres. El fallecimiento de su primera hija añade un elemento trágico que hace aún más difíciles las separaciones; es decir, el temor a que en su ausencia pueda pasar algo malo. Aún más, se podría decir que esa forma que adoptaron de mirar hacia delante no ha permitido elaborar ni asimilar dicha pérdida, haciendo como si ésta no hubiera existido, siendo sustituida por Irene, quien colma todo. Parece también que Javier se hace cargo de la intranquilidad, de lo que no se puede pensar, haciéndose él mismo irreflexivo y descargando sus tensiones a través de diversos problemas de comportamiento, con los que logra atraer la atención de los padres.

Unos y otros consiguen mantenerse unidos y alerta. Irene como cuidadora de los padres, quien «al darse cuenta de todo», ocupa el lugar de la hija ideal que perdieron. Ellos, pendientes de Javier y a la vez dependientes de la satisfacción que les produce Irene. Todos calman sus temores estando juntos, sin poderse separar ni hacer cada uno una vida más independiente.

En este contexto, la adolescencia de Irene junto al cambio al Instituto, que anuncia un desequilibrio en ese funcionamiento, es vivido como una gran amenaza de la que no pueden sustraerse. Irene comienza a manifestar síntomas, en la línea de la inhibición de sus relaciones, estudios, etc. Javier los venía manifestando desde hacía tiempo. No se podría entender la sintomatología depresiva de Irene sin intentar comprender lo ocurrido en esta familia; es decir, su historia.

En situaciones similares, cualquier intervención dirigida a cuidar «la depresión» de Irene debería tener en cuenta y atender también las necesidades del resto de los miembros de la familia.

Pérdidas reales e imaginarias

A lo largo de la adolescencia, el chico debe afrontar diferentes pérdidas, variando éstas en función del momento en que se encuentre: comienzo (11-13 años), mitad (14-16) o etapas finales de la misma (17-19).

La salud emocional del chico gozará de mejor estado si éste se encuentra en disposición de encajar dichas pérdidas, pudiendo pasar a otras situaciones ilusionantes para él. Como hemos señalado en capítulos anteriores, también en este caso las inevitables pérdidas que debe afrontar el adolescente tienen su correlato en las principales conquistas que tiene que llevar a cabo. Son inevitables por el hecho de que deben dejar lugar a nuevas adquisiciones para que éstas puedan ser asumidas por él.

Siguiendo el esquema de Micucci (1998), señalaríamos, entre otras, las siguientes conquistas evolutivas, siempre entendidas como un continuo:

- *Adaptación* a los cambios de la pubertad hasta llegar al manejo de la sexualidad y experimentación de la intimidad.
- *Aprendizaje* de nuevas capacidades cognitivas, hasta poder alcanzar el pensamiento formal, que permite pensar en posibilidades futuras, desarrollar el pensamiento abstracto y pensar el propio pensamiento (metacognición).
- *Desarrollo* de nuevas relaciones con sus iguales, consolidando un lugar propio dentro del grupo y pudiendo manejar expectativas relacionadas con el género.
- *Capacidad* para la toma de decisiones éticas, adquiriendo progresivamente un equilibrio entre la autonomía personal y la responsabilidad frente a los demás.
- Desarrollo de una *identidad* personal diferenciada que le permita en su momento emanciparse de la casa paterna.

Como en cualquier otra conquista, el adolescente se enfrenta a errores en su forma de actuar y a inseguridades en cuanto a cómo conseguirlo que le hacen vulnerable en ese momento. A la par de las adquisiciones, el adolescente debe estar en disposición de poder perder la estabilidad que había conseguido previamente a través de su conocido

cuerpo infantil, su forma de pensar y sus relaciones con los demás. Debe afrontar, por tanto, la elaboración de determinados duelos, ya que, en caso de no hacerlo, éstos dejarían comprometidos aspectos emocionales que podrían dar lugar a diferentes síntomas.

El cuerpo de la infancia

El adolescente debe estar en disposición de asumir el cuerpo que se anuncia con la pubertad para que puedan emerger y ser reconocidas otras necesidades, fundamentalmente relacionadas con la sexualidad. El desarrollo corporal marca un inicio y promueve un cambio en las relaciones familiares, sustituyéndose habitualmente los mimos y caricias infantiles por otras formas de relación basadas en otros intercambios, como conversaciones, actividades compartidas, etc., que representan la posibilidad de otro lenguaje diferente. Sin embargo, a veces no es tan fácil realizar este cambio. La poderosa fuerza de las primeras experiencias en relación con el cuerpo hacen que éste quede tan unido a la madre, que cuando existen dificultades en el proceso de autonomía de éste, se reflejen en negativa a aceptar ese nuevo cuerpo y todo lo que representa. Junto a esto, también puede ocurrir que el chico exprese el malestar e inseguridad a través de su cuerpo.

Desarrollos muy lentos o excesivamente precoces, estaturas descompensadas, aspectos relacionados con el peso e imagen, etc., se convierten con frecuencia en fuente de malestar o al menos inquietud, ante el posible juicio de compañeros o amigos. Por otra parte, el cuerpo que fue cuidado en la infancia de forma privilegiada por la madre, también se convierte en escenario a través del que seguirá llamando la atención de ésta, ya que el adolescente a veces se avergüenza de realizar esos reclamos de cuidado y dependencia de otra manera. Aún se produciría más esta circunstancia si la madre está a su vez anclada en un cuidado infantil del hijo, sin haberse adaptado todavía a formas de relación más acordes a la edad.

La mirada de la madre sobre el cuerpo del bebé está presente desde el nacimiento y es necesaria para la constitución del psiquismo y el bienestar de éste, pero, como es obvio, esto debe ir cambiando. Sin embargo, en la adolescencia es la mirada del grupo de iguales, como

hemos visto en el capítulo 4, la que cobra gran importancia para la valoración de la imagen corporal, sustituyendo a la aportada anteriormente por la familia, constituyendo a su vez un elemento fundamental de autoconcepto y autoestima. El caso siguiente nos ilustra en este sentido.

Elena

Es una joven de 27 años que acude a consulta por sus dificultades para realizar una vida social acorde a su edad, sintiéndose muy dependiente de su madre a nivel emocional. Cuenta que hasta los 14 años era muy lanzada para todo y un poco «cabra loca». Tenía mucha relación con chicos y chicas de su edad, considerándose entre las más atrevidas de su pandilla. A partir de ese momento se produjo un cambio importante en su carácter. Se volvió tímida, con tendencia a aislarse y temerosa en las relaciones, sin que hubiera ningún acontecimiento que lo justificara. Sin embargo, relata: «Lo único es que no crecía. Tenía 13 o 14 años, pero un cuerpo de 9. Tuve la primera menstruación a los 18 años. Hasta casi los 17 no me empezaron a crecer las mamas ni el vello. Me empecé a cerrar a todo y a refugiarme en mí. No quería salir porque lo pasaba muy mal. Me llamaban “huesi”¹. Cuando salía con las amigas, como era tan menuda, alguna decía a los chicos que yo era su prima y sentía mucha vergüenza. Me centré totalmente en los estudios. También iba con mi familia a todas partes, sobre todo con mi madre. Me llevaron a distintos médicos, pero nunca estuve en tratamiento. A partir de los 17 me cambió totalmente el cuerpo, la estatura, las formas..., pero yo ya no era la misma». Habla con pena de no haber podido vivir una vida típica adolescente por este motivo, por estar encerrada. Cree que este problema lo ha seguido arrastrando, puesto que se ha sentido muy insegura en las relaciones, sobre todo con chicos, sin atreverse a una relación de pareja, aunque ha tenido oportunidades. Desea superar esto, ya que le está impidiendo, también ahora, tener las mismas experiencias que otras mujeres de su edad.

Como hemos visto, enfrentarse a la transformación del cuerpo es necesario y supone un paso adelante en el proceso de crecimiento, quedando éste desacompañado cuando el cuerpo no acompaña.

¹ huesos.

Los padres ideales y el hijo ideal

También el adolescente debe perder la imagen idealizada de sus padres, es decir, los padres de la infancia, renunciando con ello a su protección y dependencia, lo que le permitirá adquirir su propio sentido moral y también hacerse su hueco y desarrollarse en el grupo de amigos. Junto a lo anterior y totalmente ligado a ello, tiene que afrontar la pérdida de su identidad infantil, también idealizada, lo que le va a permitir tolerar sus frustraciones y errores, adquirir responsabilidades en primera persona y necesitar proyectos propios a distintos niveles para sentirse pleno.

Dejar de ser la princesa o el rey de la casa es una de las mayores renunciaciones que debe afrontar el adolescente. Para que este duelo pueda realizarse sin excesivas dificultades es necesario que los padres se dejen a su vez desidealizar, procurando no desbordarse en ese proceso que necesariamente exige confrontación.

Las oscilaciones entre el control y libertad excesivos dificultan esta elaboración al no ayudar en el proceso de estructuración del adolescente. La resistencia de los padres a perder el lugar que ocupaban para el hijo es similar a la de muchos hijos que tampoco quieren perder ese lugar para sus padres. En estos casos, la adolescencia también reactivaría o pondría de manifiesto aspectos adolescentes de sus propios padres, que en ningún caso favorecen el proceso.

La estrategia de algunos padres que, para no perder ese ideal, se hacen pasar ellos mismos por adolescentes, vistiéndose o hablando como ellos, aparte de provocar el rechazo de los hijos, no ayuda precisamente en la elaboración de este duelo. La resistencia a ejercer papeles estructurantes de autoridad deja al adolescente solo frente a la exigencia de entrar en un mundo adulto.

La elaboración de estas pérdidas se hace también difícil por el hecho de que se debe realizar en presencia de los implicados, por lo que la tendencia a seguir actuando como se venía haciendo hasta el momento es muy fuerte.

Las pérdidas anteriores desencadenan vivencias depresivas estructurantes, no patológicas, para el adolescente. Sin embargo, estas pérdidas pueden quebrar su psiquismo cuando éste es tan débil que no le permite afrontar las crisis que suponen o cuando el entorno se lo pone especialmente difícil, como hemos señalado en el apartado anterior.

El sufrimiento por las pérdidas anteriores, con frecuencia, no es mentalizado o pensado por el adolescente sin poder relacionar estados emocionales con vivencias concretas. Cuando el adolescente se encuentra mal y dice «no sé qué me pasa o por qué estoy así», expresa una realidad de su funcionamiento. Puede incluso describir acontecimientos o situaciones muy evidentes de su estado, sin que parezca relacionarlo con sus propias vivencias a nivel emocional. Otras veces son los padres o profesores quienes le ven mal, a la vez que él se resiste a darse cuenta de ello, por lo que resulta difícil que pidan ayuda. La propia petición de ayuda les hace sentir disminuidos, ya que entra en pugna con el sentimiento de omnipotencia y con su lucha por huir de la dependencia, que también opera en estos momentos.

Otras pérdidas

Las circunstancias de la vida llevan en ocasiones al chico a tener que afrontar otro tipo de pérdidas, cuyos duelos también tiene que elaborar en un momento vital en el que las vivencias depresivas están ya presentes en mayor o menor grado y el adolescente es vulnerable. Esta situación añade dificultad, aportando aún mayor sensación de desequilibrio, soledad e incertidumbre.

La presencia de otras situaciones de pérdida puede hacer que se complique el propio proceso de desarrollo adolescente. Si habíamos considerado estructurantes, y al servicio del progreso del adolescente, las pérdidas mencionadas con anterioridad, la presencia de otras añadidas requiere de un mayor equilibrio, estabilidad y esfuerzo del chico o la chica para poder ser elaboradas, así como de un mayor soporte por parte de su entorno.

1. *Fallecimientos*. Cuando ocurren éstos, se producen en un momento en el que el adolescente está haciendo el esfuerzo de modificar la relación con sus primeras figuras. Intenta adaptarse a su nueva etapa vital y poner su principal interés en la conquista del mundo exterior. También busca el establecimiento de una relación prioritaria con otras figuras sustitutas.

Las pérdidas en la adolescencia, fundamentalmente las de los padres, suponen un riesgo al añadir mayor presión a la que de por sí y

de manera inevitable vive el adolescente en ese momento. Por otra parte, puede que vivencie las pérdidas de forma regresiva, aflorando de nuevo su parte más infantil y sintiéndose incompleto. Lógicamente, el impacto será mayor cuanto más importante sea la persona para él o mayores cambios produzca la ausencia en su propio estilo de vida. También añade gravedad al impacto, si la pérdida se produce en un momento en que el chico se encuentra enfadado o distanciado, ya que provocaría sentimientos de culpa que complicarían todo el proceso.

R. Urribarri (1991) señala que la pérdida de una persona muy significativa para el adolescente desencadena un proceso de duelo que necesita de un sobreesfuerzo a nivel psíquico para que éste pueda tolerar y aceptar esa pérdida. Son inevitables las vivencias de dolor, abandono y desamparo, aunque pueda resistirse a manifestarlas claramente, por lo que el chico debe realizar diferentes cambios internos para adaptarse a ella. Para elaborar el duelo, y que éste no se quede enquistado, debe poder resignarse, dejar de pensar en la persona que se fue para poderse ilusionar en proyectos que ya no incluyan la presencia de ésta y poder identificarse con otras figuras.

Sin embargo, en el adolescente existe una resistencia a mostrar su propio dolor. No es habitual verle llorar, ya que se suele sentir inmaduro frente a este hecho y lo rechaza, al igual que le sucede con otras necesidades infantiles. Ocurre con cierta frecuencia que, ante una pérdida significativa, los adolescentes no muestren un estado afectivo como lo haría un adulto, predominando más la rabia o la ira que la muestra de su pena, como si se desconectaran de ésta. Dicha rabia puede ser dirigida hacia el padre que queda, inoculándole así su propia impotencia, pero atreviéndose a ello si se siente seguro en la relación con él. También en ocasiones los sentimientos de desaliento y desprotección se sustituyen por actuaciones que no tienen nada que ver con su comportamiento previo, pareciendo autosuficientes y dando la impresión de estar al margen.

No se puede creer por esto que el adolescente sea indiferente o insensible, sino que es de tal calibre lo que le ocurre que se defiende de esa manera. Junto a lo anterior, son frecuentes las quejas frente a asuntos que no revisten ninguna importancia objetiva, sirviendo éstas simbólicamente para dar salida a la queja fundamental por la pérdida vivi-

da. También pueden aparecer dificultades en las relaciones sociales, con cierto temor a vincularse, por el miedo a que dichas personas puedan fallar o, por el contrario, quedarse apegados a otras personas de forma muy masiva.

Las quejas psicósomáticas que, como hemos venido diciendo, son un exponente privilegiado del malestar del adolescente, pueden tomar un relieve importante en estas situaciones, por lo que se les debe dar valor como indicadores del afecto interno. Es importante no perder de vista que la autoestima del chico se puede ver menoscabada ante la pérdida de una persona significativa para él, sintiéndose desvalorizado, inseguro, incapaz o sin recursos, y necesitando de un apoyo importante de otras personas para su propia valoración personal. Esta vivencia desvalorizada de sí mismo puede influir en decisiones que debe tomar el adolescente, como la elección de continuar o no sus estudios, ya que puede sentirse incapaz para afrontar los mismos, enmascarándolo con otras justificaciones que se podrían resolver de otra manera.

Manifestaciones del chico, que vistas desde fuera son tranquilizantes para el entorno, como el no querer recordar nada de la persona que ya no está, no hablar de ella o hacerlo de forma absolutamente idealizada, contribuyen a hacer más dificultoso o imposible el duelo por la pérdida. En estos casos, el sufrimiento interno actúa como elemento que mantiene junto a uno, presente como si estuviera, a quien ya no está.

2. *Rupturas de pareja.* Son frecuentes en todo este periodo y también tienen su impacto en el psiquismo del adolescente. A menudo no es sólo la ausencia lo que hace sufrir al adolescente, sino el sentirse dejado por otro, ya que supone una herida en su propia valía personal, haciendo abrigar todo tipo de dudas sobre sí mismo.

Una característica también bastante común, y que dificulta el proceso de asimilación ante la ruptura, es la idealización de la otra persona, sintiéndola como única e irremplazable, aunque a la vez pueda verbalizar facetas indeseables o condiciones muy negativas de ella, lo que conlleva que el chico se quede adherido a la condición anterior, sin permitirse superar la situación y dar pasos adelante. Los efectos de estas rupturas son mayores cuantos menos recursos personales y sociales presente el adolescente y, por tanto, mayor sea la dependencia de la pareja.

Luz

Es una chica que a pesar de tener sólo 16 años mantenía una relación desde hacía un año con un chico de 18. De forma inesperada para ella, él le comenta que necesita tiempo y que no quiere que se vean de momento, dejando entrever algo definitivo en la ruptura. Este hecho la ha sumido en una gran tristeza, sin dejarse consolar en casa y abandonando sus responsabilidades habituales.

Aunque Luz nunca se había planteado dejarle y se niega a aceptar los hechos, refiere que con él ha sufrido mucho, ya que nunca le ha permitido que salga con sus amigas, por lo que ya sólo se relacionaba en el Instituto. A su vez, el hecho de que él bebiera más de la cuenta los fines de semana, impedía con frecuencia que pudieran hacer planes interesantes para ella y tenían bastantes discusiones. Por otra parte, también habían aumentado las discusiones con sus padres, quienes se negaban a que saliera con él por no considerarle adecuado para ella. Frente a lo anterior, en un discurso desconectado, comenta que cree que nunca va a encontrar otro chico como ése y se pregunta insistentemente en qué habrá fallado ella para que la deje.

3. *Divorcio de los padres.* Aunque existe cada vez mayor tolerancia a nivel social, para el adolescente representa la pérdida de un modelo ideal de familia. Las consecuencias para el chico serán diferentes, dependiendo en gran parte de la calidad de la relación que mantenga con cada uno de los padres y de la posibilidad de sentirse seguro y querido por ambos. También constituirán un elemento diferenciador las nuevas características familiares y el apoyo que reciba en este proceso.

Cuanto menor sea la presencia del padre que deja el hogar en la vida del adolescente, mayor será la pérdida afectiva. También se complica la situación cuando el chico ha estado totalmente inmiscuido en la problemática de la pareja y comprueba que el alejamiento entre sus padres lo es también para él mismo. Si además ha tomado partido o ha hecho frente común con alguno de sus progenitores, se puede sentir culpable en primera persona por conflictos que no le corresponden.

Por otra parte, es frecuente que la dificultad de elaboración del divorcio de los padres se transforme en sentimientos de hostilidad hacia el padre con quien permanece, poniendo así a prueba y desconcertando a aquel con quien se siente habitualmente más seguro.

Otro fenómeno frecuente es la idealización del padre con quien no convive habitualmente, sobre todo si aparecen problemas con el otro progenitor. A su vez, algunos padres se muestran conformes y satisfechos, ocupando ese lugar que el chico le asigna. Incluso puede favorecerlo a través de regalos o caprichos, pero es dañino fundamentalmente cuando no ocupa el lugar de autoridad que le corresponde. Si ambos padres no pueden dejar de lado sus propias diferencias para adoptar un modelo coherente con el hijo, la situación representará un caldo de cultivo desestructurante para el chico.

La relación con nuevas parejas de los padres, iniciadas en la adolescencia de los hijos, tampoco son fáciles para éstos. Puede ocurrir que establezcan relaciones cordiales y superficiales, sintiéndose al margen. Si son más intensas, a veces el chico se siente desilusionado ante hechos que no revisten mayor importancia, depositando en esa nueva pareja sentimientos de rivalidad o abandono que no ha canalizado de otra manera.

4. *Cambios de domicilio o centro escolar.* Suponen una pérdida significativa para el adolescente cuando implican una ruptura de su grupo social habitual. A veces estos cambios no son considerados significativos por los padres, por lo que no les dan la magnitud que entrañan para el chico.

Es importante caer en la cuenta de la importancia del grupo de iguales y la función que ocupa éste, como ya hemos señalado, en la conquista de la nueva identidad adolescente. La pérdida de referencias en este sentido supone, a su vez, una ruptura en la continuidad interna que las relaciones grupales y de amistad sostienen. La sensación de no ser conocido por nadie le hace caer inicialmente en el anonimato, en el no ser nada para alguien. Esto comporta desorganización en quien está tan necesitado de ser a través de cómo le ve el grupo y lo que él proyecta en el mismo.

El chico puede sentirse perdido, confuso e inhibido. Se pueden hacer patentes todas las inseguridades y temores que ya estaban calmadas ante la presencia de un grupo conocido, necesitando también en este caso de un mayor apoyo externo.

Sebastián

La familia de Sebastián ha cambiado de ciudad por motivos laborales del padre, suponiendo una importante mejora profesional y económica. Un hermano mayor, de 19 años, se ha quedado en la ciudad de origen, debido a que realiza estudios universitarios y lo han valorado como la mejor decisión. Los padres están contentos con el cambio, ya que supone una importante promoción. Sebastián estaba muy integrado con sus compañeros, con quienes compartía curso desde primaria. También se sentía muy bien en su equipo de baloncesto, realizando partidos con otros colegios y haciendo un buen juego.

Delante de él, los padres han mostrado siempre las ventajas del cambio, para motivarle positivamente y que lo aceptara lo mejor posible. El chico, a quien consideran muy buen hijo, no ha expresado en ningún momento nada en contra. Sin embargo, desde que empezó en el nuevo Instituto, se agobia mucho cuando hay exámenes y se concentra poco, aunque luego saca buenas notas. Le está costando relacionarse con los compañeros más de lo que los padres esperaban, puesto que siempre ha sido muy abierto y muy considerado por todos. En la actualidad, reclama a los padres más de lo habitual. Lo que más les preocupa es que se le está cayendo el pelo, apreciándose ya tres pequeñas calvas en la cabeza. Su pediatra les ha aconsejado que realicen una consulta, ya que piensa que puede estar deprimido, a pesar de que él nunca se queja.

Ansiedad y miedo

La ansiedad está presente en las personas a lo largo de la vida y un cierto grado de ella es necesaria para afrontar y adaptarnos a distintas situaciones, tanto positivas o placenteras como negativas. El nerviosismo que anticipa un examen, un viaje, la primera cita con un chico, el llegar tarde a casa y la espera de la reprimenda pueden ser ejemplos cotidianos. También lo son la inquietud o un cierto temor ante conocer gente nueva, ir por primera vez solo a algún sitio, hacerse cargo de responsabilidades, ver enfermo a alguien significativo, tomar una decisión importante, etc. Tampoco se extrañaría nadie si después de un susto serio o un acontecimiento grave, uno no pudiera dormir o le sentara mal la comida y le viniera constantemente a la cabeza el acontecimiento. Igual de extraño sería que alguien se mantuviera impasible

ante relaciones o hechos traumáticos. Dentro de estos márgenes, hay quien parece no inmutarse por nada y quien enseguida «se sale de sus casillas». Interviene aquí la personalidad de cada uno, su propio carácter.

Al igual que ocurre en otras manifestaciones de la adolescencia, es difícil valorar hasta qué punto la ansiedad es normal o patológica. Si la adolescencia expone a constantes situaciones de cambio, tanto a nivel interno como en las relaciones con los demás, es normal que síntomas de ansiedad estén presentes con frecuencia y que se manifiesten de diferentes formas.

A nivel general, la ansiedad representa un estado emocional de tensión necesario para el funcionamiento, que conlleva satisfacción y es estructurante para el chico cuando ésta no le desborda, permitiéndole encarar las situaciones que la provocan. En contrapartida, nos encontraríamos ante una ansiedad patológica cuando el estado emocional es tan desproporcionado a los fenómenos que lo producen, que impide el afrontamiento de los mismos. El chico puede experimentar tal grado de desazón, temor, inseguridad, opresión, malestar, etc., que se sienta incapacitado para superar la situación que tiene delante.

Como hemos comentado en otros casos, no podemos considerar la ansiedad deslindada del momento evolutivo en que se presenta, con su abanico de particularidades y conquistas. Así, en la adolescencia, las experiencias relacionadas con la sexualidad y con las relaciones sociales son emergentes y desencadenantes de vivencias ansiógenas. Estas vivencias representan, más que ninguna otra, el abismo entre él mismo y su propia infancia, lo que inevitablemente es sentido con ansiedad. Por tanto, dado el particular y específico peso que ambas conquistas tienen en este periodo de la vida, es aún más difícil establecer la línea divisoria entre lo normal y lo patológico, necesitando con frecuencia recurrir a otros indicadores añadidos. Los síntomas de ansiedad pueden ser muy fuertes y, sin embargo, resultar acordes con la experiencia que se presenta ante el adolescente. Podríamos compararlo, a modo de ejemplo, con la ansiedad que en un niño muy pequeño produce el encontrarse entre extraños, manifestada a través de un desconsolado llanto. Salvo la constatación de otras variables, no pensaríamos en nada raro en dicho comportamiento, ya que a esa edad eso es «lo normal».

La ansiedad patológica se presenta con mucha frecuencia unida a sintomatología depresiva, no sólo en la adolescencia, sino también en la niñez y en la edad adulta, compartiendo a su vez algunas de sus manifestaciones e interactuando entre ambas.

Eva

Tiene 15 años y es la menor de tres hermanos. Realiza un curso de educación compensatoria. Nunca ha sido buena estudiante, manifestándose también tímida e inhibida en las relaciones sociales, aunque sin llegar a nada parecido a la situación actual. De siempre ha estado muy apegada a la madre. Cada vez va manifestando mayor rechazo para acudir al Instituto. No quiere levantarse por la mañana y pasa la mitad de la noche en vela. A veces vomita antes de ir a clase. También con frecuencia tiene que volver a media mañana por encontrarse mal. Se queja de abundantes situaciones escolares, sobre todo de que los compañeros se meten con ella, sin que ningún profesor haya constatado esta situación, a pesar de haber indagado. Siente también vergüenza por no llevar hechos sus trabajos, aunque no es a la única que le ocurre. Cada vez que falta a clase, es aún más difícil que acuda al día siguiente. Cuando se razona con ella, se da cuenta de que sus ausencias no son beneficiosas para ella y que cada vez está más aislada, pero no puede evitarlo. Sólo se tranquiliza estando en casa, pero, a la vez, se siente diferente a los compañeros y cada vez está más insegura.

Rodríguez Sacristán (1995) describe la variabilidad de síntomas que expresan ansiedad, tanto a nivel somático como a nivel psíquico y que son fácilmente observados en la clínica. Para la aparición de unos u otros, intervienen factores como la personalidad del chico, su educación, el clima afectivo y cultural de la familia y el medio sociocultural en el que vive.

Los síntomas somáticos involucran diferentes aparatos y sistemas:

- *Cardiovascular*: taquicardia, arritmias.
- *Respiratorio*: disnea, hiperventilación, apnea, suspiros.
- *Digestivo*: vómitos, dolores de tripa e intestinales, diarreas, náuseas.
- *Nervioso central*: mareos, temblores, parestesias, vértigos, cefaleas.
- *Osteoarticular*: distonías, hipertonías.
- *Piel*: palidez, enrojecimiento, sudoración.

Los síntomas psíquicos agrupan, entre otras y en distintas intensidades, las siguientes manifestaciones:

- Sentimientos de culpa, ideas obsesivas, sentimiento de vergüenza, de soledad, quejas hipocondríacas, y problemas a nivel de lenguaje, como tartamudez, mutismo o locuacidad.
- Miedos, fobias, cólera, dependencia, conducta de timidez y huida.
- Inseguridad, sentimiento de inferioridad, hipersensibilidad, inquietud, agresividad, hiperactividad, rituales, etcétera.

La forma en que se resuelvan los sentimientos de soledad, vergüenza y culpa son decisivos, ya que marcan el futuro emocional del adolescente. Las vivencias de miedo tienen una clara *dimensión evolutiva*, dándose algunos de ellos habitualmente en determinadas edades. En este momento, cuerpo, grupo y proyectos hacia el exterior son receptáculo de temores. Toman la dimensión de fobias cuando se produce un miedo irracional e incontrolable, que no se deriva de situaciones que objetivamente sean tan peligrosas como las percibe el chico, generando numerosos mecanismos evitativos.

En el capítulo 6 hablaremos de las *dismorfofobias*, como alteraciones de la representación de una determinada parte del cuerpo, situando en ésta el conjunto de todas las inseguridades. Se ubica así, en el estimado y novedoso cuerpo del adolescente, y de forma totalmente acorde con la importancia que representa para éste, un sinnúmero de conflictos para él inmanejables.

Una típica expresión de conflicto en las relaciones sociales es la *fobia escolar*, con inhibición y evitación de la situación escolar que en casos extremos conduce al abandono de los estudios y a permanecer en casa, como hemos visto en el caso de Eva. También suelen comenzar en la adolescencia las *agorafobias*, como continuación o variante de la ansiedad de separación de la infancia. Conducen a no afrontar situaciones cotidianas que precisan realizarse fuera del hogar o sin la compañía de alguien significativo. Una exhaustiva descripción de los diferentes síntomas clínicos puede verse en los diferentes manuales de clasificación de los trastornos mentales (CIE-10, DSM IV-R).

En un sentido amplio, podríamos decir que las fobias en la adolescencia se relacionan con las ansiedades básicas que tiene que afrontar el

chico en relación con su cuerpo, a la separación de sus padres y la conquista de la autonomía personal y a las relaciones con sus iguales. La aparición de una fobia desborda y deja al adolescente sin posibilidad de hacerse cargo de estas facetas, a la vez que compromete importantes aspectos de sus relaciones futuras. En este sentido, cualquier tratamiento debe incluir, además de estrategias particulares de afrontamiento, la revisión y reflexión sobre los temores fundamentales que están subyaciendo y el reforzamiento de los recursos personales del chico para poder superarlos.

Un caso de ideación autolítica

En la actualidad se considera el suicidio como la segunda o tercera causa de mortalidad en la adolescencia y juventud en los países desarrollados, a la vez que aumentan los intentos. La proporción de tentativas se acerca en esta franja de edad a la de los adultos y son mayores en las chicas que en los varones, aunque se igualan en la edad adulta. Suelen ser escasas hasta el comienzo de la pubertad y aumentan entre los 15-19 años, alcanzando una mayor frecuencia a partir de los 17. La tasa de adolescentes que llegan a causarse la muerte es también mayor en los chicos que en las chicas.

En nuestra sociedad, la forma más frecuente de intento es con sobredosis de medicamentos. También a veces, conductas de riesgo significativas, como pueden ser la conducción temeraria o el abuso de alcohol o drogas, pueden esconder gestos suicidas. Estos abusos también preceden con frecuencia a los propios intentos de suicidio. Asociados a los intentos autolíticos, suelen hallarse factores externos causantes de estrés que el adolescente no sabe encajar o afrontar y que se unen a factores de riesgo previo, provocando una situación en la que el chico no encuentra salida.

M. Laufer (1995) señala que el intento de suicidio, por lo general, no es fruto de un impulso puntual e impredecible, sino que pone punto final a una cadena de acontecimientos vitales. Por otra parte, define algunos factores que predisponen a dicha conducta y otros que actúan como precipitantes.

Predisponentes

- Inseguridad en relación con la sexualidad, experimentando la posibilidad de relaciones como algo que le produce gran temor o vergüenza.
- Miedo a sentirse invadido en las experiencias de intimidad, por más deseadas que sean, y sentimientos de rechazo y abandono en las de separación. Estos temores suelen ser continuación de un proceso dificultoso de autonomía y diferenciación en relación con las figuras parentales.
- Intolerancia al dolor.

Precipitantes

- Posibilidad de una mayor independencia de los padres propiciada por alguna situación en ese momento.
- Emergencia de impulsos hostiles y sensación de pérdida de control frente a ellos, por algún acontecimiento desencadenante.

El caso de David, por la posibilidad de haberle conocido en diferentes momentos de su vida, nos puede ilustrar en la comprensión del funcionamiento mental del adolescente suicida. Vamos a comentar en primer término su último motivo de consulta, para seguidamente realizar un relato cronológico de los momentos en que fue atendido.

David

En la actualidad, es derivado al Centro de Salud Mental desde Atención Primaria por presentar síntomas depresivos y abandono de sus estudios, a petición de la madre. Se le cita para valorar la situación, y es visto de forma individual en algunos momentos y en otros de forma conjunta con su madre. En medio de este proceso realiza un intento de suicidio, remitiendo informe desde la Urgencia del Hospital, haciendo constar un consumo impulsivo de medicamentos que requieren lavado gástrico y 24 horas de observación. Tiene 17 años.

Relaciona su conducta con un cúmulo de situaciones estresantes para él: ruptura sentimental, dificultades en el Bachillerato y diversa problemática familiar. Manifiesta altos niveles de ansiedad, gran desorden en sus horarios de forma habitual e ideas de muerte de forma recurrente, pero sin planifi-

cación suicida. Expresa diversos sentimientos de desvalorización personal, ligados a la situación de hacer continuos planes y propósitos que nunca lleva a cabo. Va dejando todo para luego, mañana o más tarde, no afrontando sus responsabilidades y evitando hacerse cargo de sus obligaciones. Reconoce también consumos esporádicos de cocaína y frecuentes de cannabis.

Pasado ese primer momento, critica su conducta autolítica.

David a los 7 años

Le trae su madre a consulta. Refiere preocupación porque en el colegio le ven lento y ensimismado. No interrumpe la clase, pero «no está», no se dirige a la profesora para nada y es muy tímido. No realiza sus tareas, requiriendo una supervisión constante, sin que detecten falta de capacidad para llevarlas a cabo. En casa desordena mucho. Él piensa que viene a la consulta porque hace mal la letra.

La madre comenta bajito, pero delante de él, que su padre y ella se han separado hace un mes, pero que David no lo sabe. Le ha dicho que su padre está de viaje. Tanto la madre como el padre tienen hijos de anteriores matrimonios, dos la madre, de 24 y 20 años, y uno el padre, de 18, a quien David no conoce. En ese momento, el de 24 ya vive independiente, conviviendo David con su madre y el hermano de 20. David y su padre apenas se ven entre semana. Los fines de semana suele venir algún rato a casa o le saca de paseo junto con la madre. Ella no se atreve a preguntar a David si echa de menos al padre, evitando conversaciones en torno a él.

La familia se instaló en Madrid, procedente de Extremadura, cuando él tenía siete meses. La pareja ha tenido importantes desavenencias. La madre ha sido la sustentadora fundamental de la casa, ya que el padre perdía los trabajos por un problema de alcoholismo.

Desde hace aproximadamente un año, coincidiendo además con el paso a Primaria y el cambio a un nuevo colegio, David pasa bastante tiempo solo en casa. Los padres llegan a media tarde, abriendo él con su llave al llegar del colegio. De vez en cuando está en casa el hermano.

Como antecedentes somáticos, hay que destacar que es alérgico, presentando diversas crisis asmáticas que han requerido ingreso en varias ocasiones siendo bebé. También a los cuatro años tuvo otro ingreso por neumonía y erupción inespecífica. De siempre ha tenido un sueño muy ligero y, aún ahora, se despierta por cualquier cosa. Tiene pesadillas frecuentes. En esos días tuvo una fuerte pesadilla, en la que soñaba que su papá se tiraba por la ventana.

Se alimentó con lactancia materna hasta los ocho meses, comiendo posteriormente pocas cantidades. Algo tardío para andar y con el lenguaje, pero no llamativamente.

Fue a tres guarderías distintas desde los dos años por cambios de domicilio de la familia y faltaba con frecuencia a consecuencia del asma.

Sobre la forma de ser de David, su madre comenta que, de más pequeño, tenía un carácter terrible, como ataques de ira y se tiraba del pelo cuando no conseguía lo que quería. Ahora, dice que es como un niño único, muy exigente, que dice que todo es suyo. También es muy cariñoso y da muchos besos, sobre todo a ella. Cuando se enfada, se va a su habitación y patalea. La madre reconoce que ellos han tenido problemas para ponerle límites, que le ven tan pequeño que le quieren complacer en todo.

Empezó con problemas escolares en el cambio de colegio, por lo que se queda frecuentemente sin recreo, medida que desaprueba la madre.

Cuando el niño se encuentra sin la presencia de ésta, comenta espontáneamente que su papá vive en otra casa, que él la ha visto. Dice cómo es, aunque después lo niega.

Cuenta que tiene miedo por la noche y que «una vez estaba muy asustado», sin acordarse de qué pasó para ello. Desde que el padre no está, duerme con la madre en la cama grande. También antes dormían juntos en la cama pequeña.

Cuando se le pide que dibuje una familia como él quiera, inventada, se queda bloqueado, tarda mucho en empezar, repite «qué difícil», mientras intenta hacer algo, tacha y borra a la vez que va repitiendo «me sale muy mal, qué mal...». Representa finalmente dos niños que «están esperando a sus padres». Dice también que es muy difícil pensar qué familia es la que ha dibujado. Repite «es muy difícil pensar en la familia». Parece describir, casi literalmente, su propia dificultad.

Al hablar con la madre, ésta manifiesta temor a que David pierda a su padre debido a la separación, como ya le ocurrió al otro hijo del primer matrimonio de él, y esto hace que se aferre al chico. Intenta darle todo para que no le falte de nada.

Cuando la madre se da cuenta de la imposibilidad de David para asimilar y pensar lo que no se habla y también sobre lo difícil que debe ser para él sobrellevarlo solo, habla con el niño. Comprende también que quizá él tenía necesidad de «ensimismarse» para no darse cuenta de lo que ocurría a su alrededor.

Cuando ocurre eso, David comenta que su papá ya no vive en casa y que él le echa de menos, pero que están más tranquilos porque discutían mucho, que se lo ha dicho su madre.

Después de varios meses de seguimiento, tanto de la madre como de David, se observa una mejora en su actitud escolar, en sus aprendizajes y en su salud, sin tener más crisis asmáticas. La relación con los compañeros es más abierta. Ve con frecuencia al padre y pasa algún fin de semana en casa de él. Se sigue observando gran sobreprotección de la madre hacia él y continúan durmiendo juntos, existiendo mucha resistencia para decidir algunos cambios con relación a esto. La madre da por finalizado el tratamiento sin poderse modificar dichos aspectos. No acude a las últimas citas previstas.

David a los 14 años

Acude a consulta acompañado de su madre. Refiere diferentes complejos en relación con su cuerpo y con sus capacidades intelectuales. Está cursando la ESO con algún suspenso. No sale apenas con amigos. Come muy mal. La madre, quien se ha casado recientemente, confirma el estado depresivo del chico. Dice estar muy preocupada por él. David ve a su padre los fines de semana. Cuando está con él, vuelve triste. Dice que están mucho tiempo callados. Pasa bastante tiempo solo en la casa, sobre todo en las horas de las comidas y hasta media tarde.

A la siguiente cita no acude.

David a los 17 años

Antes de ser visto en consulta, la madre hace llegar de forma camuflada una carta de David, de la que se hablará posteriormente, para pedir un adelanto de la cita prevista, dada la urgencia de la situación. El chico no sabe que la madre tiene dicha carta ni que la haya traído. Tampoco la terapeuta al leerla sabe que se le ha ocultado este hecho. Cuando se descubre este entramado, se le adelanta la cita, pero pidiendo a la madre que antes de venir le comunique a David las circunstancias anteriores, ya que en caso contrario supondría también un asalto a su intimidad, un engaño y una información secreta, con la que no se podría trabajar con él. Ella lo acepta. Sin embargo, cuando acude David, la madre no ha hablado con él. Se le recibe, indicando la necesidad de que hablen del porqué del adelanto de su cita, dándole otra muy seguida.

Cuando acude a la segunda cita, tampoco la madre le ha explicado nada que coincida con la realidad. Se produce un momento de cierto desconcierto y se realiza una entrevista inicial, para evitar que David pueda sentirse poco acogido, sin poder indagar sobre esa información aportada. Él

dice de sí, que no levanta cabeza y que todo le sale mal. Se pasa el tiempo tirado en la cama, sintiéndose poco afortunado con lo que tiene. Ha pasado un mal verano, ocioso, dando vueltas a cosas, muy intranquilo y apenas duerme. Ronda por la casa hasta altas horas y luego pasa muchas mañanas en la cama. Dice haberse llevado chascos con los amigos, sobre todo con el que consideraba el mejor. También desilusión porque su novia le ha dejado y, según él, ella ha pensado que él era lo peor. Se ha sentido muy solo. También habla de cosas acumuladas de su familia que le han hecho sentir mal. Dice no tener un concepto de familia, que para él son personas como otras de la calle y que no se ve apegado a los hermanos.

Sobre el padre comenta, «me dolió reconocerlo, pero no quiero ser como él, aunque le respeto. Desde pequeño le he visto solo, desde que se separó de mi madre. No querría acabar tan solo como él. A veces venía de casa de mi padre llorando, me inspiraba tristeza, incluso ahora. Ante él, nunca me he quejado de estar solo, aunque lo piense, por no hacerle sentir mal». El padre no ha rehecho su vida desde la separación de la madre y ha pasado por importantes problemas económicos, como consecuencia de su discontinuidad con el trabajo.

Del marido de la madre habla con desprecio. Dice que le interesa tan poco, que no sabe de él ni la edad, aunque también discuten con frecuencia.

Con la madre dice no entenderse desde hace un año. Se da cuenta de cosas de ella que no le gustan. Le saca de quicio encontrar a la madre mirando sus cosas, sus papeles del cuarto, que le invada su espacio. En cuanto se descuida, le abre las cartas. Se enfada cuando ella lo justifica diciendo que él cuenta muy poco lo que le ocurre y que ella se preocupa por él.

En una tercera entrevista, conjunta con los dos, se solicita que la madre le aclare lo ocurrido previamente. La reacción de David es contenida ante su relato, pausada pero dura, haciéndole ver que se siente poco respetado por ella. La madre llora. Dice que pensó que no tenía importancia. A su vez, David reconoce que su madre tiene buena intención, que le quiere ayudar, pero que él no lo soporta. Esta aclaración permite empezar a hablar de otras cosas.

Ella expresa su gran preocupación al oírle decir tantas veces que todo le va mal y que va a terminar con todo. Le ve derrotado. Observa que el tema de sus dibujos es casi siempre algo relacionado con la muerte. También él, delante de la madre, manifiesta estar triste, angustiado, decepcionado consigo mismo y sin ganas de luchar. Siente que la familia le critica, que esperaban grandes cosas de él y en cambio él es un «tirado», incapaz de hacer nada. Le recrimina con fuerza atentar contra su privacidad y dice estar harto de que ella vigile y mire todo.

Sin embargo, David también observa constantemente a la madre, inmiscuyéndose en la relación de ella con su pareja y expresando, a modo de ataque, que está sometida a su marido. Critica todas sus actitudes y espera a que haga cualquier cosa para manifestar su desacuerdo. A su vez, le exige constantemente cosas que podría hacer por él mismo. Se podría decir que de ella le molesta casi hasta su presencia.

Habla nuevamente de su decepción de los amigos, que sabe no van a estar ahí si él toca fondo. Tiene muy poca vida social. Cree que ellos encuentran a otros mejores que él y no le llaman. Se le viene a la cabeza las veces en que la madre le dice que va a acabar como su padre, interpretando él, «como un fracasado». Él también se ve así, cada vez más solo. Siente pena por el padre.

Ante la situación depresiva que se aprecia en David se ve la necesidad de que también sea valorada la posibilidad de tratamiento farmacológico, pero no acude a la cita.

Acude nuevamente sola la madre para traer el informe de la urgencia, del que hablamos al inicio, pidiendo se le vea cuanto antes. Se muestra muy afectada y preocupada. Se atiende su petición, pero David no acude. Se dejan pasar tres días y se llama a la casa. La madre comenta que David ha vuelto al Instituto. Se le hace ver la incoherencia por la situación que se plantea. Dice que lo siente, que se olvidó de avisar. Que llamará cuando sepa el horario definitivo de David. No se vuelve a saber nada.

Unos meses antes del intento autolítico, él había escrito una carta en la que anunciaba los motivos que le habían hecho decidir abandonar la vida, formulada en un doble mensaje en el que manifestaba no querer culpar a nadie, pero cuya lectura lo conseguiría inevitablemente. Era una carta para ser leída después de su muerte. Solicitaba a quien la encontrara, se la hiciera llegar a sus padres, a la novia que le dejó y a los amigos que le defraudaron. La carta fue descubierta meses antes por su madre, quien a pesar de eso no pudo impedir que se intoxicara con los medicamentos, aunque fue ella quien le encontró «dormido».

De múltiples maneras, las ausencias, las desapariciones, el no poder despedirse están presentes en la vida de David. Refleja claramente la vivencia de los acontecimientos externos como un peso muy difícil de llevar para él. Parece que activan fuertes sentimientos de abandono y de fragilidad ante las separaciones que, precisamente para él, con su historia, adquieren un especial significado que no puede digerir. Aparecen

fuertes sentimientos depresivos, en sustitución de otros mecanismos de afrontamiento de sus pérdidas, carencias y conflictos.

Se convierte aún en más débil por las representaciones internas negativas que tiene en ese momento de sus padres. Parece que se queda con la parte más rechazada de ellos, viendo también reflejados aspectos propios de los que no se siente nada orgulloso.

Cuando llega a una situación límite, su capacidad para hacer manejable y tolerable mentalmente su realidad, a través de poder pensarla, falla. Esto le lleva a una situación de escape que se plasma en el acto suicida. Realiza un ataque sobre su cuerpo, pero que también parece ir dirigido a los padres y a los que considera que también le han fallado. En esto coincide con una gran parte de los adolescentes que realizan dichos intentos autolíticos. En muchos de ellos se encuentran desencadenantes recientes que implican una ruptura con su medio sociocultural a consecuencia de cambios de domicilio, discontinuidad con sus compañeros, partida del hogar de algún miembro de la familia, ruptura de pareja, etcétera.

Podemos encontrar también en él una alteración emocional muy prolongada, debido a una serie de acontecimientos acaecidos en su vida que afectan profundamente su propio equilibrio personal y social. El intento de suicidio representa siempre una patología seria, aunque el resultado final no lo sea.

Diwo (1999) plantea que el riesgo máximo de ideación suicida se daría ante la presencia conjunta de dos variables: vulnerabilidad psíquica y realidad traumática externa. En David encontramos la confluencia de ambos.

Diversos autores —Diwo (1999), Jammet y Birot (1994), Millet, Halfon y Barri (1994)— coinciden en describir los siguientes factores de riesgo:

Médico-psiquiátricos

- Intentos de suicidio previos.
- Trastornos del humor, fundamentalmente el Trastorno Depresivo Mayor.
- Trastornos de la personalidad límite y antisocial.
- Abuso o dependencia de alcohol y drogas.

- Abundantes quejas somáticas, junto a frecuentes consultas médicas.
- Cierta predisposición genética y factores biológicos.

Familiares

- Pérdidas parentales por fallecimiento, separación o abandono.
- Antecedentes familiares de enfermedad mental, abuso de alcohol y conductas suicidas.
- Interacciones familiares conflictivas, tanto entre los propios padres como con el adolescente.
- Dinámicas familiares en las que, ante los conflictos, se priorizan los actos a las palabras.
- Violencia o frustración excesiva en el seno de la familia.
- Antecedentes de abuso sexual.

Socioculturales

- Problemas escolares o de integración laboral.
- Escasa integración en grupos y actividades de ocio.

Es lógico pensar, que cuanto mayor número de factores de riesgo se hallen presentes, mayor fragilidad presentará el adolescente. Suele ocurrir también en estos casos que la propia familia haya atravesado por situaciones traumáticas importantes, por lo que será más difícil la posibilidad de dar un apoyo adecuado al chico.

Se sabe que un porcentaje amplio de adolescentes que realizan un intento, lo repiten. Por este motivo, el factor preventivo será fundamental, ya que una vez realizado, constituyen un grupo de riesgo de evolución desfavorable, tanto en mortalidad como en enfermedad somática o psiquiátrica.

No parece influir en la evolución posterior la gravedad del intento o su capacidad letal, por lo que se hace necesario considerar cualquier gesto, incluidos los que no presentan un riesgo vital inmediato. Se ha constatado también que menos de la mitad de los que realizan un gesto autolítico, acuden a la primera cita de control.

Ladame (1981) señala algunos factores que favorecen esto. En primer término, el propio funcionamiento de los adolescentes no

propicia en gran medida la posibilidad de tratamiento. No es infrecuente que el adolescente sienta su intento de suicidio como un acto heroico, como algo que le añade valor y, por tanto, no vea la necesidad de tratarse. Por otra parte, es también frecuente que la dinámica familiar impida reconocer los problemas del adolescente, tendiendo a minimizar el acto suicida, pasado el primer impacto. No es nada raro que se reste importancia al hecho, sobre todo cuando éste se relaciona con alguna pelea familiar, problemas con las notas o algún otro motivo considerado de rango de menor importancia. Junto a esto, el deseo de que el adolescente vuelva a su vida normal rápidamente, como señal de que todo pasó, también provoca que los padres no favorezcan en exceso los tratamientos, de ahí la gran importancia de las entrevistas iniciales, tanto con el adolescente como con sus padres. Estos primeros momentos, generalmente en los ámbitos hospitalarios, pueden favorecer o dificultar la posterior adhesión a un tratamiento, dependiendo del trato y atención recibidos y del significado que se le otorgue.

Tampoco la relación con el terapeuta suele ser fácil, dadas las vivencias destructivas y hostiles que el adolescente experimenta y en las que incluirá a éste. Las *principales metas* a conseguir en un primer momento serían las de aliviar el sufrimiento del chico y de la familia, construir apoyos realistas y verdaderos y ayudar a que el adolescente genere otros mecanismos que sirvan como alternativa al gesto suicida. Para lo anterior es imprescindible que se puedan realizar cambios internos en el psiquismo del adolescente, reconociendo su propia responsabilidad e implicación en los hechos, y también, cambios en el entorno que faciliten el proceso, evitando, en cualquier caso, la culpabilización de unos u otros. Un requisito fundamental es que tanto el adolescente como su familia capten la intención de ser ayudados, y que, en ningún caso, el chico interprete como penalización por su comportamiento las acciones que se deriven de éste.

Por estrategia, y dada la gran cantidad de abandono de los tratamientos, es positivo llegar a pequeños compromisos que actúen a modo de metas y que sirvan, a su vez, como corroboración de que algo puede modificarse.

Independientemente de los tratamientos psicológicos, otros profesionales también tienen un importante papel a desarrollar. Tanto la pre-

vención como la detección de adolescentes en riesgo constituyen las mejores armas de lucha contra el intento de suicidio.

Tampoco hay que olvidar el trabajo preventivo en contextos donde se ha producido un intento, por ejemplo, en el grupo de compañeros del Instituto. Paradójicamente, el adolescente suicida genera una cierta admiración entre los compañeros, aumentando también el riesgo de éstos. De ahí la necesidad de poder promover actividades que faciliten la discusión grupal, las competencias sociales y la cohesión y apoyo entre los propios adolescentes. Tampoco sobra el facilitar la información de los recursos comunitarios que pueden estar a su disposición en momentos de crisis, como pueden ser organismos específicos para jóvenes, teléfonos de apoyo, etc.

A un nivel general, se podría decir que los factores de protección en que cada profesional pueda incidir serán sin duda una importante baza en contra de este tipo de actuaciones destructivas.

CAPÍTULO 6

EXPRESIÓN DE CONFLICTOS A TRAVÉS DEL CUERPO

Lo que se silencia en la infancia,
suele manifestarse a gritos en la adolescencia.

Luis KANCYPER

Hemos hablado del cuerpo en la etapa adolescente desde su dimensión constituyente de la imagen de sí mismo, del lugar donde se verifican los cambios que acompañan al desarrollo sexual y, en definitiva, de su trascendencia en el proceso de configuración de la identidad.

Sabemos que la experiencia de continuidad a través del tiempo y de los cambios vitales es un elemento clave para el establecimiento y reconocimiento de ese núcleo, al que nos referimos como «yo» a lo largo de la vida, y que el cuerpo se constituye en aval de su permanencia.

Desde luego, es en la adolescencia donde se pone más a prueba la solidez de los recursos propios y del entorno, para afrontar este reto: mantener la continuidad, frente a lo disruptivo y cambiante. El concepto de crisis contiene ambos elementos: por un lado, la *inestabilidad*, que pone en juego el equilibrio anterior y, por otro, su *fortalecimiento posterior*. La adolescencia no es el único periodo de la vida donde se producen grandes cambios físicos. Cambios que necesariamente conllevan un correlato psicológico y el consiguiente proceso de puesta en marcha de mecanismos de ajuste y adaptación. El cuerpo está sometido

a modificación imparale, evidentemente por el mismo acontecer del organismo vivo, pero como venimos insistiendo, no sólo por eso.

El desarrollo evolutivo no es equiparable al desarrollo biológico. Ambos están condicionados por otros factores en una compleja relación de interdependencia. Desde el desarrollo embrionario hasta la vejez, el cuerpo está sometido a un proceso inevitable de transformación, al que habría que añadir en el activo experiencial, las enfermedades y otras situaciones de «ataque», por ejemplo, las intervenciones quirúrgicas y otros daños derivados de nuestra fragilidad física, como pudieran ser los causados por accidentes.

Sabemos que cambios de carácter traumático en el cuerpo pueden desestabilizar el equilibrio psíquico, hasta el punto de dar lugar a fenómenos de *despersonalización*. Entendemos como tal, la *percepción* de cambios inexplicables en una parte o el total del cuerpo, con la consiguiente angustia que de ello se desprende, así como sensaciones no objetivadas de extrañeza o no reconocimiento de quién es uno mismo.

A veces, a los accidentes o enfermedades graves, les suceden secuelas prolongadas o irreversibles físicas y psicológicas, pudiendo resultar invalidantes, tanto unas como otras. Incluso puede ocurrir que la experiencia de enfermedad revierta en una percepción diferente respecto a uno mismo, no referida sólo al daño corporal, sino también en cuanto al planteamiento existencial.

La experiencia de despersonalización de la que hablábamos antes puede aparecer como reacción a un acontecimiento traumático, pero también puede ocurrir que se produzca ante cambios imaginados, no reales, que podríamos encuadrar entre los síntomas de cuadros psicopatológicos severos.

Por otra parte, también hablamos de ciertas percepciones del adolescente en relación con su cuerpo, que, por su carácter cambiante, van cargadas de sensaciones de extrañeza, sin que puedan catalogarse como despersonalización en sentido patológico.

De esta forma se puede entender el comentario de un chico de 16 años, que muestra su perplejidad y desorientación ante los cambios en su cuerpo: «Me miro las manos y no me parecen más, son demasiado grandes, como si de repente se hubieran puesto así... Cuando las miro, espero encontrar mis manos de niño y ya no están, hay otras que no me parece que sean las más... Es una sensación extraña».

Objetivamente, los cambios físicos de carácter evolutivo más rápidos y numerosos se producen en los primeros años. Poco tiene que ver un recién nacido con un niño de tres o cuatro años, las adquisiciones y progresos evolutivos son inmensos en un periodo así, y nada comparables con otros periodos de la vida.

Quizás la adolescencia, por la riqueza de sus manifestaciones a la conciencia de los cambios ligados a la identidad, adquiere un atractivo especial en su análisis. No olvidemos que todo lo que ocurre en el individuo, en su ser, y ahí incluimos su cuerpo, adquiere significación psicológica. Por tanto, es imposible hablar de la adolescencia, de los cambios que en ella se producen, refiriendo esos cambios únicamente al ámbito biológico.

Es bien conocida, la existencia de retrasos, alteraciones o disfunciones en el desarrollo físico de los niños, derivados de factores emocionales o de carencias en la atención adecuada a sus necesidades.

Los pediatras poseen una rica casuística con la que ilustrar estos fenómenos. Una parte importantísima de su trabajo, así como el de las enfermeras pediátricas, gira en torno a potenciar habilidades en las madres que permitan transmitir seguridad y confianza al bebé. Ellos saben, y así lo explican, cómo, por ejemplo, estados de ansiedad de las madres, asociados a la alimentación o al sueño del bebé, generan en muchas ocasiones disfunciones en esas áreas, tan comprometidas con la salud física.

¿Existe un trasvase entre lo físico y lo psíquico? Quizás esta pregunta así realizada, de forma tan simple y reductora, nos sirva para ubicar el tema que desde el comienzo de este capítulo ronda a toda la exposición. Recordemos que es necesaria la existencia de un vínculo con otra persona, para desarrollar la función que permita construir y sostener ese «yo» incipiente, cuando todavía el niño no es capaz de hacerlo. El bebé no tiene ninguna posibilidad de representarse a sí mismo ni a los demás, si no es a través de un vínculo que le permita ir integrando lo que percibe externa o internamente.

Sabemos que el equilibrio somático depende en gran medida del soporte psicoafectivo, y que los déficits en éste se encuentran en la base de multitud de alteraciones, no sólo en el desarrollo psicológico, sino en el origen de patologías y disfunciones somáticas. Es verdad que en los primeros estadios del desarrollo el niño realiza lo que podríamos llamar

una transcripción en el cuerpo de su experiencia. En principio, no podrá diferenciar estados internos (malestar, hambre, dolor...) ni identificará la causa que los provoca. Simplemente se sentirá mal y llorará. Es decir, el cuerpo, cuando aún no se han configurado otras estructuras mentales más evolucionadas, es un lugar de manifestación y, por tanto, de comunicación. A través de él se expresará, tanto el bienestar, entendido como equilibrio armónico, como el sufrimiento. Cuando éste se cronifica y el desarrollo de recursos mentales para la integración exitosa de la experiencia queda obstaculizado, hablamos de los desórdenes psicosomáticos.

Como señalábamos antes, en los bebés las alteraciones funcionales relativas, por ejemplo, al sueño y a la alimentación se convierten en indicadores privilegiados de desequilibrios en el ámbito de la relación. También las enfermedades de la piel y la fragilidad excesiva del sistema respiratorio se han asociado, en algunos casos, a la presencia de factores ansiógenos en los vínculos.

Al ser este un libro dedicado a la adolescencia, no podemos evitar las referencias continuas a las primeras etapas del desarrollo, sobre todo cuando hablamos del cuerpo. El niño que en condiciones normales será objeto de mimos, caricias, arrullos y cuidados no resulta tan pasivo como antes se pensaba. También interacciona y va descifrando y emitiendo mensajes, eso sí, en principio sólo a través de un único canal: su cuerpo. El proceso de construcción psíquica a partir de ahí seguirá unos u otros derroteros, más o menos exitosos, pero se reactivará en la adolescencia manteniendo algunas claves invariables.

No resulta extraño encontrar entre los datos anamnésicos (datos biográficos y evolutivos que se recogen en las historias clínicas) de algunos adolescentes con trastornos de la alimentación antecedentes de anorexia o vómitos cuando eran bebés. Es importante remarcar la idea de que no es posible separar, más que en un artificio inconsistente, lo *físico*, de lo *psicológico* y de lo *vincular*.

Cuando hablamos del cuerpo, no lo hacemos como antítesis de la mente, como si de una dualidad se tratase: lo físico frente a lo psíquico, o lo orgánico frente a lo psicológico. Vale la pena subrayar esto, porque cuando se habla del cuerpo pudiera parecer que establecemos una relación antagonica entre mente-cuerpo con identidades diferentes e independientes entre sí, que pudieran coexistir en el individuo.

Es importante insistir en que partimos de un concepto de *unidad psicobiológica* (X. Zubiri, 1980)¹, que sólo se configura como tal en el ámbito de la relación.

En la adolescencia, cuando de forma un tanto súbita se reactivan las representaciones sobre el propio cuerpo, éste se propone, a su vez, como espacio privilegiado donde registrar la angustia. A veces, la que se desprende de los avatares del propio momento evolutivo, pero también en ocasiones, la que obedece al fracaso de mecanismos adaptativos y a la vulnerabilidad adquirida en la constitución de las primeras interacciones.

En este capítulo pretendemos hacer una reflexión sobre el cuerpo considerado éste como escenario para la representación de conflictos y, con frecuencia, lugar de manifestación de trastornos psicopatológicos.

Trastornos psicósomáticos y somatizaciones

El saber popular o la literatura han sabido expresar lo que tan difícil resulta explicar en términos «desafectivos». Es fácil encontrar en esas fuentes cómo las emociones, por ejemplo, el dolor, la tristeza o la pérdida, pueden ser detonadores en la irrupción de enfermedades físicas. El «morir de pena» que aparece en multitud de expresiones de la literatura, no lo hace sólo en sentido metafórico, a veces resulta ser el desenlace inevitable y lógico del sufrimiento del protagonista o de personajes relevantes en la obra.

En el lenguaje cotidiano, la muerte aparece asociada metafóricamente a un buen número de expresiones ligadas a la emoción, por ejemplo: «te mueres de risa», «si me pasara a mí, me moriría», «le dio un disgusto de muerte», «casi se muere del susto», etc. También el lenguaje se presta a confirmar esas relaciones de causalidad entre vivencias de terror o emocionalmente no soportables y las enfermedades, referidas curiosamente al corazón «casi me da un infarto...», al cerebro, «aquello era para enloquecer...», o a otros órganos, «era para vomitar», «me dejó sin respiración», «me pone malo», etcétera.

¹ Citado por Luis Barraquer en «Unidad Psicobiológica Humana y su estructuración desde la Primera Infancia», *Revista de Psicopatología y Salud Mental del Niño y del Adolescente*, 1, pp. 71-80.

Sabemos ya, de forma más aséptica y contrastada por la aportación científica, que situaciones cargadas de sufrimiento o no tolerables para el individuo por el peso emocional que conllevan, pueden resultar lo suficientemente potentes como para desestabilizar el equilibrio inmunológico.

Cuando hablamos de *trastornos psicosomáticos*, nos referimos a *alteraciones somáticas*, constatables a través de pruebas diagnósticas médicas, en cuya etiología o desarrollo intervienen *determinantes psicológicos*. Siguiendo a Ajuriaguerra (1979):

Las enfermedades psicosomáticas se caracterizan por una desorganización somática, pasajera o permanente, cuya génesis o desarrollo comporta un determinismo de tipo psicológico actual o de tipo regresivo, que pone en evidencia organizaciones psicobiológicas precoces.

En esta definición se señalan los aspectos fundamentales del enfermar psicosomático:

- Se objetiva *la existencia de enfermedad* o alteración en el cuerpo.
- El *componente psicológico* está en el origen o se convierte en coadyuvante en el mantenimiento de la enfermedad.
- La vía psicosomática de la enfermedad viene predeterminada por *estructuras vinculares*.

Siendo la adolescencia un momento de reedición de experiencias tempranas en cuanto a la organización emocional se refiere, parece que los trastornos psicosomáticos remitirían a disfunciones, ya presentes antes de ese periodo, y que colocarían al niño en un lugar de vulnerabilidad para afrontar los cambios que esta etapa conlleva.

Javier

Javier tiene 15 años, es un chico inteligente, destaca en cuanto al rendimiento académico. Es poco agraciado físicamente, alto y extremadamente delgado, lleva gafas desde niño y pronto tendrá tratamiento de ortodoncia por irregularidad dentaria muy llamativa. Hasta ahora nunca le habían llevado a un dentista, a pesar de la insistencia de los pediatras.

Se siente rechazado por los chicos de su edad, cree que siempre se han burlado de él desde que era pequeño, no sabe muy bien por qué. Curiosamente, y a pesar de ser un chico despierto y muy pendiente de lo que ocurre a su alrededor (resulta incluso excesivamente suspicaz), dice que nunca se lo ha preguntado. Ha tendido al aislamiento, «me gustaba leer historias fantásticas, sólo leía, no me gustaba jugar, lo hacía desde muy pequeño y me lo pasaba de miedo, la realidad era una mierda, pero yo pasaba».

Actualmente está siendo tratado en las consultas de dermatología por un acné severo. Su rostro está prácticamente cubierto de lesiones dolorosas, con frecuencia infectadas, que forman quistes y fístulas. Dice que seguramente da asco a los demás y «comprende» que no quieran acercarse a él.

Hizo un intento de suicidio con pastillas, se asustó y pidió auxilio antes de acabar con las que tenía preparadas. Cree que lo hizo porque él también se odia.

Javier es el mayor de dos hermanos. El menor, de 12 años, presenta bastantes problemas relacionados con la conducta. Entre ellos apenas hablan, se ignoran o se insultan. Piensa que su hermano es poco inteligente, «un cavernícola».

El padre de Javier es alcohólico, estuvo en tratamiento de deshabitación y se mantiene abstinente desde hace más de un año. Javier le recuerda extremadamente violento con su madre y, en ocasiones con él, no cree que actuase así con su hermano. No recuerda ninguna escena con su padre, más que cuando aparecía bebido y sentía «primero mucho miedo, luego mucha rabia, aprendí a pasar de ello, para que no me afectase». Nunca se ha preguntado por qué sus padres se mantenían juntos, a pesar de la frecuencia de las peleas y disculpa a su madre de no intervenir cuando él era objeto de la violencia del padre, cuando llegaba bebido, «porque bastante tenía ella».

Nunca pidió ayuda por los problemas que tenía con los compañeros. De nuevo creyó que su sufrimiento no debía ser denunciado, sólo soporoso, para convertirlo mágicamente en inexistente.

Probablemente siempre mantuvo la certeza de que el único lugar que podía ocupar para otro era, o ninguno, o el de convertirse en objeto de su agresión. Sin entrar a analizar el cuadro psicopatológico, resulta evidente la severidad del trastorno y el papel que en él cumple la enfermedad dermatológica. Allí, en su piel, en lo que le separa y le pone en relación con el exterior, parece alojarse el sufrimiento referido al fracaso en la relación y a la violencia con la que ésta es vivida. La agresividad que despiertan en él estas sensaciones, parece que en este mo-

mento no pueda ser dirigida en otra dirección que no sea hacia sí mismo.

Dada la experiencia de agresión vivida en su propia familia y la pasividad que la acompañaba, Javier trasladó la misma posición que allí ocupaba, al resto de las relaciones. El tratamiento psicoterapéutico permitió cuestionar y modificar este lugar, abriendo otras posibilidades menos destructivas en su funcionamiento.

Distinguimos las enfermedades psicosomáticas, de lo que habitualmente llamamos *somatizaciones*. Consisten éstas en *alteraciones funcionales* que responden a determinadas situaciones que, por la carga emocional que suponen, no pueden ser metabolizadas o elaboradas a través de mecanismos psicológicos y se manifiestan en malestares corporales diversos. Es el tipo de queja que habitualmente no encuentra un correlato objetivable a través de la exploración médica.

Todos hemos oído alguna vez: «le han dicho que no tiene nada, que todo es psicológico», haciendo equivalente lo «psicológico» a lo «irreal» y restando valor de verdad al sufrimiento, tome la forma que tome. Y es que, mantenemos la tendencia de minusvalorar el dolor psíquico o equipararlo sistemáticamente a signo de debilidad.

Paradójicamente, el sufrimiento psíquico de los hijos representa para los padres una angustia importante, difícil de tolerar. Es por esto que muchas veces se niega su realidad, o se minusvalora.

El hecho de no reconocer su presencia y mantener mensajes desde los adultos en ese sentido puede, más que ayudar, dificultar en el adolescente la posibilidad de comprender lo que le ocurre para poder interpretarse a sí mismo. En la adolescencia, cuando el cuerpo se hace omnipresente, las quejas somáticas son tan variadas como frecuentes, y no siempre presentan un carácter psicopatológico. Otras veces sí y se convierten en síntomas que vehiculizan la angustia.

Marta

Es una adolescente de 16 años, que consultó en Salud Mental, tras haber pasado por diferentes especialistas.

Todo empezó, según cuenta ella misma, en las fiestas de su pueblo, en un momento de aglomeración. «Me lo estaba pasando muy bien, pero sentí que me mareaba, intenté aguantar pero me desplomé, al principio me

mandaron a diferentes médicos, tenía miedo de estar enferma del corazón, me hicieron pruebas hasta de mi cerebro, pero al final me dijeron que no tenía nada».

A raíz de este suceso, Marta ha dejado de ir al Instituto, por miedo a que le vuelva a ocurrir. Se pone nerviosa cuando le hablan de salir y sólo se siente segura si va a los sitios con su madre. Describe sus síntomas como «miedo a perder el conocimiento, el corazón se me acelera, empiezo a marearme y creo que me voy a quedar tirada por ahí, sin que nadie me ayude».

Marta tiene un hermano de 24 años que «hace su vida, sólo va a casa a comer y a dormir y no todos los días. Mi madre sufre mucho por eso». Vive además con sus padres y la abuela materna, que siempre ha estado con ellos. El abuelo murió hace muchos años. Ni Marta ni su hermano le conocieron.

Cuenta que lo pasó muy mal al llegar al Instituto. Tenía sólo una amiga pero no salían apenas, «porque yo prefería quedarme en casa, a mí no me gustaba lo que hacían otras chicas, sólo hablaban de chicos y de tonterías».

Según Marta, su madre es muy nerviosa, siempre ha tenido miedo a que a ella le pasase algo malo, «pero es que mi abuela es igual, siempre viendo todo negativo», «mi padre es muy bueno, pero ni pincha ni corta».

A lo largo de las primeras entrevistas va construyendo una historia familiar, en la que ella comienza a pensar que quizás se encuentre destinada a repetir el papel de su madre, como cuidadora de su propia madre, experimentando lo externo al grupo familiar como amenazante para ese vínculo que obliga a la exclusividad. Cree que es impensable que ella pueda mantener algún secreto, sin contárselo a su madre, «porque ella es mi mejor amiga, y nadie me va a comprender mejor».

Marta sale alguna vez con una vecina dos años menor, o mejor dicho, se sienta en un banco en el parque contiguo a su vivienda, desde donde puede ver y oír a su madre si la llama. Evita de esa forma confrontarse con lo que las chicas de su edad representan y que es tan temido por ella: un modelo femenino que perturba lo que imagina que su familia y ella, al unísono, esperan de sí misma.

Pensamos que los síntomas somáticos de Marta ponen en evidencia un conflicto respecto a la separación y al afrontamiento de su propio proceso de individuación. La negación de este conflicto, es decir, hacer como si no existiera, revierte en una acentuación de la dependencia. Se-

guramente necesitará perder algo de dicha dependencia, para poder imaginarse a sí misma sin el control y cuidado permanente de su madre. Resulta algo extraño que una adolescente justifique como necesario ese control, si no fuera porque sin él se siente completamente desvalida y en peligro.

Más verdad que mentira: hipocondría

El sinfín de sensaciones novedosas que provienen del cuerpo hacen que éste se convierta en una especie de observatorio de todo lo que va bien o mal. No olvidemos que en la adolescencia, no prima el término medio precisamente.

Recordemos algunas magnitudes en las que el cuerpo, en esta etapa, se hace presente:

- *La toma de conciencia*, sobre lo que en él ocurre. A veces son fenómenos inexplicables, mal recibidos o rechazados por su brusquedad o por lo que representan.
- *La trascendencia de los cambios* y de la nueva apariencia, tanto para la propia existencia como para los de alrededor.
- *Las irrupciones pulsionales*, desconcertantes cuando menos, para el propio adolescente y movilizadoras para el entorno.

Cuando hablamos de hipocondría, nos referimos al miedo a padecer una enfermedad física grave, interpretando determinados signos o percepciones sobre el propio cuerpo, como pruebas irrefutables de estar enfermo. Es tal el miedo y el convencimiento de padecer la enfermedad, que sensaciones físicas normales son interpretadas como síntomas de ella.

El título de la obra de Molière, *El enfermo imaginario*, refleja fielmente las características de este cuadro, en el que la enfermedad adquiere categoría de realidad. La representación mental que el protagonista hace de su propio cuerpo, es la única y verdadera versión... para él, sin que pueda ser modificada por razonamientos o pruebas empíricas, por contundentes que éstas sean.

En ese amplio espectro de manifestaciones que se mueven entre lo normal y lo patológico, encontramos en la adolescencia que el temor a

que el cuerpo se haga presente en forma de enfermedad es relativamente frecuente. A veces son quejas poco duraderas en el tiempo e inconsistentes, pero otras veces la angustia con la que se percibe la «enfermedad» desemboca en cuadros complejos con síntomas de ansiedad y depresión.

En esos cuadros severos se produce un peregrinaje del enfermo por las consultas de diferentes especialistas, sometiéndose a multitud de exploraciones médicas, sin que el diagnóstico sea aquel que tanto teme y que espera al mismo tiempo. Si en circunstancias normales que a una persona le comuniquen que no está enferma se convierte en motivo de alivio, en el hipocondríaco ese alivio es sumamente fugaz, quedando anulado inmediatamente por la certeza de saberse enfermo.

Aunque este tipo de trastorno pueda darse a cualquier edad, no es frecuente en la infancia, y como señalábamos antes, en la adolescencia puede aparecer, a modo de *quejas*, que llamaremos *hipocondríacas*, sin que necesariamente se constituyan en cuadro psicopatológico. La extrañeza, la desconfianza hacia el propio cuerpo, hacen proyectar sobre él un poder amenazante, que se relaciona con temores primitivos asociados a la percepción y configuración de la imagen corporal.

En diferente escala, pero en la misma línea, lo que se juega, tanto en la queja hipocondríaca como en el trastorno hipocondríaco, no es el deseo de salud frente a la enfermedad. La amenaza proviene de la imposibilidad de encontrar un estado que reporte una seguridad total frente a los riesgos de la propia existencia, un seguro frente a la incertidumbre. En ese sentido, uno o varios órganos del cuerpo serán designados como representantes de esa amenaza.

Si pensamos en la emergencia del cuerpo, como desconocido en la adolescencia, es fácil deducir que ésta sea un momento propicio para que aparezcan el tipo de quejas de las que estamos hablando. Desde luego, no es nada extraño en esta época, la hiperobservación del propio cuerpo, y la interpretación de algunos signos en esa clave de temor, que despierta lo desconocido.

A veces, la queja somática forma parte de un modo de relación. Es la vía mediante la cual se busca el alivio frente a lo que angustia, solicitando el cuidado y la protección maternal. Se transforma en una demanda de seguridad dirigida a los padres.

En familias en las que las enfermedades o el miedo a padecerlas han marcado la forma de relación, este tipo de manifestaciones resulta bastante frecuente.

Cuando un niño enferma, su cuidado se acompaña de mimos, que podríamos considerar normales, si no inciden en una sobrevaloración del hecho de enfermar. Si esto fuese así, se podría llegar a confundir la enfermedad con necesidad de afecto. A veces, la enfermedad se convierte en el soporte de la relación, en el elemento que, *per se*, mantiene el vínculo y asegura la permanencia de éste. Uno de los miembros necesita estar o mostrarse enfermo, para asegurarse el amor del otro, que desempeñaría la función de cuidador, como muestra a su vez del amor hacia el primero.

Si estos roles se cronifican, conforman un equilibrio patógeno, en el que ambos, cuidador y enfermo, se encuentran atrapados. Son funcionamientos que mantienen al más débil en situación de dependencia frente al que se supone más fuerte, pero donde éste a su vez, necesita del enfermo para reconocerse valioso, eso sí, siempre en una relación de desigualdad.

De forma esporádica los adolescentes provocan este tipo de dinámicas. Son actuaciones impregnadas de un valor regresivo, es decir, ante la angustia y el miedo, se recurre a quien se supone que sabe cuidar, tomando una posición de dependencia. Precisamente esa posición puede quedar inesperadamente neutralizada por un alarde de autosuficiencia, o coexistir ambas inexplicablemente, generando gran desconcierto, sobre todo a los padres.

En algunos adolescentes, la queja hipocondríaca aparece tras haber vivido una experiencia de enfermedad o muerte de alguien cercano. Sucesos así colocan de forma brusca al chico o a la chica frente a lo inexorable de la realidad. Al dolor que se desprende de la pérdida, se adhiere, haciéndose más relevante, el temor ante el reconocimiento de la vulnerabilidad propia.

Descubrir que pueden pasar cosas malas y nadie está exento de riesgos, puede ser un hallazgo más o menos dificultoso para los adolescentes, pero necesario. Lo que ocurre en el caso de los trastornos hipocondríacos es que ese descubrimiento deja al adolescente completamente expuesto al peligro y la amenaza, sin defensa posible, porque sitúa a ambos en él mismo: en su propio cuerpo. En cada caso particular, las ca-

racterísticas de personalidad y el tipo de vínculo que une al adolescente con el enfermo o el fallecido, determinarán los mecanismos que se utilizan para afrontar la situación, aunque en el tema que nos ocupa no es necesario una ligazón afectiva especial para que aparezcan esos miedos a la enfermedad.

Pensemos, por ejemplo, que solamente el hecho de recibir información relativa a noticias sobre enfermedades desde un medio de comunicación, o escuchadas a través de otros, se convierte para algunos adolescentes en el desencadenante de temores hipocondríacos. No podríamos explicar esta aparente relación, entre hechos ajenos y la vivencia de peligro que desencadenan, sin tener en cuenta con qué claves subjetivas interpreta el adolescente esa información. Si esas claves no contienen las garantías suficientes para afrontar el desvelamiento de la realidad que en la adolescencia se produce, aparecerá el temor, o mejor dicho el pánico, a lo que se puede imaginar como muerte inminente.

Por eso, en el caso de trastornos severos, lo que el adolescente espera que apacigüe el miedo y su convencimiento de estar enfermo, no es la ayuda médica por mucho que la busque, sino sentirse inmunizado frente al riesgo y la vulnerabilidad.

Beatriz

Beatriz tiene 15 años, hace unos meses falleció una tía materna por un ictus cerebral. Desde hace un tiempo ella se nota «cosas raras en la cabeza, una presión que va en aumento, a veces lo noto menos si estoy distraída, pero es constante». Se le realizaron diferentes pruebas médicas, sin que se confirmase la existencia de patología orgánica.

Se observa continuamente. Describe un listado de sensaciones focalizadas en la cabeza, que para ella son síntomas claros de «su enfermedad»: «me pesa la frente, noto los ojos como si se me saliesen de las órbitas, oigo los ruidos aumentados...». No puede dormir por la noche, porque cuando se queda sola se agudizan todos estos signos. Lleva más de un mes durmiendo con su madre.

En casa se muestra quejosa, triste, llora. Se enfurece con sus padres, a veces con reacciones agresivas contra ellos, sobre todo, cuando intentan convencerla de que no le ocurre nada importante y ellos no saben cómo ayudarla. Desconfía de los profesionales que la han atendido, piensa que

no la toman en serio, porque es menor y «me han tomado por loca, pero yo sé que a mí me pasa algo malo». Tiene razón, su sufrimiento no es gratuito.

Beatriz es la única hija, en una familia que ellos mismos definen como muy unida. La madre tardó en quedarse embarazada. Tuvo dos abortos y después nació Beatriz. Estuvo en tratamiento por ansiedad, en diferentes periodos, hasta el tercer embarazo.

Beatriz siempre ha demandado la presencia de los padres, le ha costado superar todas las separaciones: dormir sola, la entrada al colegio, etc. Comenzó a ir a excursiones escolares a los 10 años, anteriormente no quiso hacerlo, porque le daba miedo perderse.

Nunca ha ido a dormir a otra casa. Los padres justifican este punto, ya que ellos no han necesitado dejarla con ningún familiar salvo en alguna ocasión muy esporádica. Tampoco se sentirían a gusto si Beatriz durmiese en otra casa.

El padre perdió a su padre cuando tenía 12 años. Cree que lo superó, gracias a su madre y a sus hermanos mayores. Lloro cuando habla de la relación que tenían ambos, en la que él se sentía su preferido. Es muy posible que el impacto que la muerte de la tía tuvo sobre Beatriz (y lógicamente sobre toda la familia) no sea ajeno a esta historia de pérdidas familiares. Parece que esa muerte es el detonante de una angustia, que ya había aparecido anteriormente bajo otras formas, y que había sido parcialmente aliviada por la protección de los padres. En la adolescencia, cuando también el poder de éstos se cuestiona, se debilitan los soportes frente a las experiencias dolorosas.

En el caso de Beatriz, ya vulnerable por su propio funcionamiento personal, una experiencia de pérdida tan brusca como la que vivió, hace emerger la angustia, sin poder ser contenida, como angustia de muerte.

El espejo de lo insoportable: dismorfobias

Hablamos de *trastorno dismorfofóbico* para referirnos a una percepción sobre el propio cuerpo, o una parte de él, cargada negativamente, de forma que da lugar a una preocupación excesiva y objetivamente desproporcionada. Desde lo que comúnmente llamamos complejos, más o

menos molestos, pero que no invaden la vida cotidiana, hasta la configuración de un cuadro psicopatológico como la *dismorfofobia*, evidentemente hay mucho trecho.

Pensemos, desde esa perspectiva psicopatológica, que una percepción errónea o desproporcionada sobre uno mismo puede moverse en un gradiente hasta llegar a adquirir un valor delirante, es decir, que lo que se perciba pueda ser absolutamente irreal, síntoma de un cuadro psicopatológico complejo como ocurre en la psicosis. Son estas enfermedades mentales graves, caracterizadas por distorsiones perceptivas, alteraciones del pensamiento y las emociones, que afectan y perturban el funcionamiento global del individuo.

En otros cuadros también encontramos la potencia destructiva de síntomas dismorfofóbicos, como ocurre en la anorexia. En ellas, la percepción corporal puede convertirse, para quien la sufre, en el eje esclavizante de su existencia. Tanto en uno como en otro, desde luego, el síntoma dismorfofóbico no sería independiente de un funcionamiento mental gravemente alterado, en el que quedaría enmarcado.

Visto el extremo del espectro en el que estos signos pueden manifestarse, es interesante el análisis sobre la presencia de percepciones, que sin llegar a adquirir ese tinte de enfermedad, encontramos en el adolescente. El hecho de que no lleguen en muchas ocasiones a constituir un cuadro clínico, no significa que no vayan acompañadas de importante preocupación y angustia, para el chico o la chica que las sufre.

Recordemos la importancia que adquiere en este periodo la imagen, en el sentido de lo que otros ven de uno mismo, juzgándole al mismo tiempo. De ahí, la necesidad que surge de recurrir a mecanismos para que esa imagen pueda ser valorada positivamente. La nariz grande, los muslos gordos, ser bajito, el pelo demasiado liso o demasiado rizado, y un sin fin de aspectos parciales, adquieren de repente un valor condensador de lo que uno es.

Es verdad que lo que habitualmente llamamos complejos, no aparecen exclusivamente en la adolescencia, pero sí que están mucho más definidos y adquieren una categoría especial. Antes de la adolescencia, los complejos vienen asociados a situaciones en las que el niño o la niña se sienten distintos al resto por alguna característica que les diferencia y que les sitúa en inferioridad, convirtiéndoles en el blanco de burlas o rechazo.

Como vemos, la no aceptación de la diferencia es un arma que provee al que rechaza a otro, de una superioridad fantaseada, más allá de la limitación que pudiera suponer el hecho en sí mismo, y coloca a quien lo sufre en una situación de desventaja generalizada. Por ejemplo, imaginemos el caso de un niño con gafas, que se convierte en objeto de burla para sus compañeros, con los típicos y manidos «gafotas, cuatro ojos...». Desde luego, lo que puede limitar de forma real la vida el hecho de llevar gafas, no guarda ninguna relación con la significación que en un tipo de relación así adquiere el hecho de utilizarlas: ser inferior, devaluado, sin posibilidades de éxito, etcétera.

Posiblemente en el ejemplo utilizado, si ocurriese en un niño de siete u ocho años, podría dar lugar a que se negara a ponerse las gafas cuando va al colegio, o a protestar por ello, pero seguramente en el medio familiar o en otros contextos, donde se sintiera bien aceptado no tendría tan presente el tema como lo haría un adolescente.

Así, lo que en la adolescencia adquiere otra relevancia es que ya no se necesita la presencia de los otros, que dicen si se es o no de tal forma, sino que uno mismo anticipa lo que los otros van a pensar. Evidentemente, este anticipo tiene una proporción mayoritariamente subjetiva.

El adolescente que se ve un defecto físico, del que se desprende una preocupación excesiva, no necesita estar en presencia de nadie para sentirse rechazado. Para eso tiene el espejo, con el que puede pasar largos ratos, intentando ver más allá de lo que éste le ofrece, como si le pidiese explicaciones. También puede intentar ocultar permanentemente esa parte o partes que a él le parece que le delatan.

Este aspecto nos parece interesante, porque lo que representa «el defecto» es justo lo que no hay que dejar ver. Al «defecto», queda referida la sensación de fragilidad y la temida exposición a lo desconocido y no controlable. La vergüenza que siente el adolescente ante situaciones muy dispares, está en relación también con esta imagen que hay que preservar a modo de cubierta ignífuga.

Se puede sentir vergüenza por valoraciones como las referidas anteriormente, sobre partes del cuerpo, por no entrar o salirse de un molde de medidas que garantizan el éxito, etc. Pero no olvidemos que el sentimiento de vergüenza, tan típicamente adolescente, se extiende a todo lo que pueda poner en peligro esa imagen sin falta, de la que espera reconocimiento.

Oímos a algunos adolescentes sentirse avergonzados en situaciones muy dispares, y no siempre ligadas a su cuerpo. La vergüenza a hacer el ridículo ante los demás, si dicen o hacen algo que pueda ser catalogado de esa manera, les hace resultar en ocasiones excesivamente suspicaces. Ser objeto de burla y menosprecio es de lo peor que le puede pasar a un adolescente.

Todo lo relacionado con ello resulta tan temido, que todos los intentos son insuficientes para controlar una imagen que debe reunir una serie de condiciones, más que rigurosas, implacables, para su tranquilidad. En este sentido, resulta curiosa la vergüenza que sienten algunos adolescentes si les ven en compañía de sus padres, por si esto pudiera ser interpretado como signo de infantilismo por los demás. Es el mismo valor que puede tomar, por ejemplo, el rechazo expreso a no ser besados por los padres delante de otros chicos. En ocasiones ocultan circunstancias familiares que les parecen poco aceptables, o incluso algunos llegan a sentirse avergonzados por la forma de vestir o la apariencia física de los padres, considerándola anticuada y fuera de lo conveniente. Todo ello vivido como amenaza a ese ideal que tanto se necesita. Se avergüenzan, en definitiva, por aquello que les compromete en su propia fragilidad. Tantos son los temores en relación con la imagen, como maniobras se ponen en marcha para contrarrestarlos.

Observamos en la actualidad un auge desmesurado de lo que se denominan intervenciones correctoras a través de técnicas quirúrgicas. Sopesar cuándo un defecto físico adquiere categoría como tal y no es una variación sin más, de las múltiples e infinitas formas que se dan en la apariencia física de las personas, no es nada sencillo.

Se aduce a favor de la cirugía no indicada como terapéutica, es decir estética, que si una persona sufre por su apariencia física, someterse a ese tipo de intervención le libraría de ese sufrimiento. Eso no es siempre así, y los mismos cirujanos se sorprenden de demandas que se realizan con expectativas sobre los cambios nada ajustadas a lo que realmente éstos pueden proporcionar. Por otro lado, la respuesta inmediata a este tipo de peticiones impide alternativas de pensamiento. Se responde desde la urgencia a una necesidad subjetiva, siguiendo un patrón de actuación típicamente adolescente.

En la adolescencia, cuando el valor de todo lo relativo a la imagen está sometido a los avatares de la identidad, se hace necesaria una acti-

tud prudente por parte del adulto, que no contribuya a magnificar el problema, aliándose con la inseguridad del adolescente. El otro extremo, también perjudicial, sería tomar una actitud despreciativa y nada comprensiva hacia ese malestar.

Juan

Juan tiene 15 años, acude a la consulta de Salud Mental, derivado por el Servicio de Cirugía plástica del hospital, para valorar el estado psicológico del chico frente a una intervención. Tiene los pabellones auriculares de gran tamaño, estiman que estaría en el límite entre la normalidad y la desviación.

Según él, siempre ha sido objeto de chistes y burlas por parte de los compañeros. Ahora puede disimularlo un poco más, porque se deja el pelo largo, pero evita situaciones en las que el pelo pueda moverse y dejar al descubierto las orejas. Llega hasta el punto de controlar, por ejemplo, si hay o no mucho viento. En caso de que sí, no sale. Va y vuelve del Instituto pegado lo más posible a paredes que le protegen del aire.

No hace deporte aunque le gustaría, porque se le movería el pelo, y tampoco ha podido ir a un campamento o incluso con amigos a la piscina por miedo a que se burlasen de él. Su grupo de amigos es reducido, porque cuando hay más gente «tengo miedo de no poder controlar el pelo todo el tiempo, y que se me vean (no nombra la palabra orejas)», apenas se relaciona con chicas.

Cuando tenía ocho años, sus padres realizaron la demanda de operación, pero en aquel momento no se valoró como necesaria por parte de los especialistas.

Es evidente, en este caso, que el sufrimiento que a Juan le ocasiona el tamaño de sus orejas pudiera resultar claramente aliviado tras la operación, ya que toda su vida aparece invadida por esa idea que le martillea. Ahora bien, por qué otro chico con una situación parecida lo hubiera podido resolver de otra forma entraría dentro de la propia subjetividad, y de los mecanismos a través de los cuales el cuerpo se hace depositario de angustias y conflictos.

En el caso de Juan se ponen en evidencia aspectos importantes, señalados anteriormente, como el valor que adquiere la imagen en el ámbito de la relación y lo que puede llegar a condicionar y a limitar un desarrollo saludable. En la preocupación obsesiva de Juan por sus orejas

están condensados otros aspectos de su ser. Cuando habla de que otros puedan verle con ese temor, parece que apunta a sentirse al descubierto frente a una mirada que enjuiciará, no a sus orejas, sino a todo él; no a su cuerpo, sino a su persona, relegándole a la categoría de «anormal, enorme, monstruoso...», adjetivos que él dirige hacia sus orejas, confundíendolas consigo mismo.

Quizás por eso, lo que puede esperar de la operación y resultará necesario clarificar con él, es que lo que va a modificarse es esa parte de su cuerpo y que todo lo demás seguirá estando, incluyendo sus inseguridades y sus temores.

Es muy posible que Juan respire aliviado por el peso que se quitará de encima. Pero no se deberán perder de vista las características de un funcionamiento que han propiciado esa manifestación y el momento evolutivo en el que se encuentra. Todo ello seguirá presente tras la intervención.

Trastornos de la alimentación

Se ha escrito tanto últimamente sobre estos trastornos, y ha aumentado de tal manera el diagnóstico de casos, que podríamos llegar a preguntarnos si obedecen a una epidemia o a una moda diagnóstica. Es cierto que la presión social sobre el ideal físico asociado a la felicidad se hace presente de múltiples formas, unas más soterradas que otras, pero tampoco podemos pensar que es el patrón de belleza dominante, la única causa de tanto estrago entre la población adolescente.

Nuestra opinión es que las tendencias estéticas en boga no pueden explicar por sí mismas este tipo de fenómenos, pero sí ser el vehículo de expresión de la patología, en un momento y un tipo de sociedad determinados.

Quizás la expansión de estos trastornos tenga que ver con la facilidad y rapidez con la que se propaga la información actualmente, y la engañosa accesibilidad a la felicidad, que se propone continuamente desde el ámbito comercial.

Hemos visto diferentes vericuetos por los que se manifiestan los conflictos, verdaderas luchas entre lo deseado y lo temido, lo que se adquiere y lo que se pierde, la seguridad de la infancia frente a la incerti-

dumbre de lo desconocido, etc. Pero quizás los trastornos de la alimentación y la atención social e institucional que han recibido les convierte en paradigmáticos, tanto en cuanto al modo de enfermar psíquico adolescente como al comportamiento del entorno frente a ello. Decíamos antes que existe un factor social evidente en el aumento del número de casos. Los mensajes publicitarios que ofrecen satisfacción y bienestar suelen ir asociados a imágenes que provocan admiración y también deseo. Se trata de incitar al consumo o, como dicen los expertos del marketing, de «crear la necesidad». En torno a la necesidad, no de alimento, sino de lo que éste representa, se articulan los cuadros de los trastornos de la alimentación.

En las *anorexias*, que denominamos restrictivas, las adolescentes intentan desterrar la necesidad, no sentirla, negarla para liberarse de ella. En las *bulimias*, la necesidad es tan imperiosa, que resulta insaciable y nunca encuentra límite. Se busca la comida con ansia, para comprobar después con desolación que no era eso lo que se deseaba.

El sentimiento de un vacío que hay que llenar, y la utilización de la comida para este fin, nunca reporta la satisfacción buscada. Por el contrario, se hace necesario después recurrir al vómito, para expulsar aquello que prometía una ilusión engañosa y que luego, dentro del cuerpo, amenaza con hacerle explotar. Vemos, por tanto, que la comida está cargada de significaciones y valoraciones afectivas en la relación con uno mismo y necesariamente con los otros. El hecho de que la mayoría de las anorexias aparezcan en la edad adolescente nos hace pensar que existen puntos de anclaje entre este trastorno, desde el punto de vista clínico, y las características del momento evolutivo que lo propician.

No todas las conductas dirigidas al control de la comida cristalizan en anorexias. Conocemos muchos adolescentes que, en algún momento, realizan alguna maniobra de restricción de comida, comienzan dietas que no mantienen o se quejan de estar gordos y expresan su deseo de adelgazar, y no desarrollan una anorexia nerviosa en el sentido estricto del término. Si bien es cierto que el número de casos de verdaderas anorexias ha aumentado, es innegable el efecto propagador que se ha producido tras una avalancha de información, a veces poco discriminada. Tras el interés por alcanzar un objetivo loable, como la prevención y el diagnóstico precoz, también se ha perseguido, en ocasiones, la publicidad a toda costa. Este tratamiento de la información ha podido contri-

buir a generar en algunas familias una angustia innecesaria, y en los profesionales, no pocas veces, cierta precipitación en el diagnóstico.

Tengamos en cuenta que tanta cobertura mediática, cuando carece del rigor necesario, no es aséptica, ni ajena a los efectos que entre determinados adolescentes puede producir. Desde luego, sin proponérselo, ofrece también una propuesta de identidad: la anoréxica. Para adolescentes con determinadas características personales, esa equivalencia brindará garantía de atención y éxito en determinadas esferas, sólo alcanzable con la delgadez. Ese modelo es el que desde los medios de comunicación, al igual que desde el ámbito comercial y publicitario, se refuerza.

Nos parece de especial importancia tener en cuenta el poder que un diagnóstico clínico, como la anorexia, puede ejercer para resolver de forma engañosa las dificultades propias del proceso de identidad. La trascendencia de esos mensajes tiene que hacer pensar a los profesionales sanitarios y educativos estrategias de acercamiento a estos problemas, que no contribuyan a esta salida en falso para los adolescentes que manifiestan síntomas en ese sentido. Resulta claramente perjudicial tratar como anoréxica a una chica que no lo sea, tanto como compartir con ella un supuesto diagnóstico que requiere ser objetivado, descartando otras posibilidades.

Cuando hablamos de trastornos de la alimentación, nos referimos básicamente a la anorexia y la bulimia. Existen en las nosografías de las clasificaciones de las enfermedades mentales otras variedades, pero que básicamente provienen de formas mixtas o puras de ambas. Una descripción más exhaustiva de la sintomatología clínica, tanto de la anorexia nerviosa como de la bulimia, puede encontrarse en las clasificaciones de los trastornos mentales, CIE 10 o DSM IV.

En el caso de la anorexia nerviosa se hace referencia a:

- La pérdida significativa de peso. Se utiliza como indicador el índice de masa corporal².
- La utilización de diferentes maniobras encaminadas a adelgazar. Entre ellas estarían: la restricción de la comida, la provocación del vómito, el uso de laxantes y diuréticos, etcétera.

² Índice de masa corporal de Quetelet: peso (kg)/altura ² (m).

- La permanente distorsión de la imagen corporal, manteniendo una percepción irreal sobre el cuerpo.
- El pánico con el que se vive la idea de ganar peso.
- La aparición de alteraciones endocrinas y metabólicas, así como funcionales, consecuentes a la desnutrición.

Para el diagnóstico de la bulimia nerviosa se fijan como pautas:

- La existencia de una preocupación permanente por la comida. El enfermo siente una necesidad implacable de comer. No controla ni la cantidad que ingiere, ni el tipo de alimentos, siendo habitual que éstos sean hipercalóricos y, en ocasiones, los atracones se suceden en cortos espacios de tiempo.
- Se intenta contrarrestar el aumento de peso recurriendo a las mismas maniobras que se mencionaban en la anorexia nerviosa.
- El miedo a engordar está tan presente como en la anorexia.
- Con frecuencia, la bulimia aparece en personas con antecedentes de anorexia nerviosa.

Quizás el término de «trastorno de la alimentación» induce a cierto error, al poner el acento explícitamente en la comida. En realidad, el trastorno no es un problema de comida, es un problema con el propio cuerpo, entendido éste bajo su significación psicológica.

- Se rechaza la comida, porque es el elemento tangible y manipulable que permite mantener la ilusión de control sobre el propio cuerpo.
- No se rechaza la comida, porque tenga un sabor u otro, ni porque no sea tolerada por el organismo, como en el caso de las alergias alimentarias. La no tolerancia no va dirigida hacia la comida en sí misma, sino a lo que ésta representa dentro del cuerpo.
- Aclaremos que tampoco se trata de la relación con la comida, entendiéndola como alimento. La función originaria de éste, como «lo que permite vivir», queda desvirtuada en la anorexia, y pasa a convertirse en «lo que impide sentirse digno».

La dignidad va unida en estos trastornos a la negación de la necesidad, al control sobre lo que entra en el cuerpo, aun bajo el riesgo, en el

peor de los casos, de la muerte. Es importante constatar la paradoja en la que se encuentra el adolescente anoréxico. Por un lado, está el deseo de un cuerpo ideal (en estadios avanzados de la enfermedad, ese ideal lo constituye un cuerpo cada vez más desvitalizado, prácticamente esque-lético), que al tiempo se convierte en depositario de un impulso auto-destrutivo. Parecería que «cuida» su cuerpo, cuando lo está agrediendo.

Vemos que son verdaderos ataques al cuerpo, que nos llevan a pre-guntarnos, qué hace que en un momento dado prevalezca una percep-ción sobre el cuerpo, generadora de un sufrimiento físico autoinfligido, y que pasa a ser irrelevante, por temor al sufrimiento psicológico de sentirse indigno o despreciado no se sabe por quién.

Hemos oído con frecuencia a chicas anoréxicas o bulímicas que describen la percepción que tienen de sí mismas tras haber comido, lo hacen bajo expresiones como «me siento como una cerda... me doy asco..., soy repugnante...», que dan cuenta de un sufrimiento vivido como vejatorio y que parte del propio cuerpo. El control sobre la co-mida se traduce en la consecución del dominio sobre el cuerpo, el lugar donde se alojan los impulsos y también la imagen que otros ven, y tal como venimos repitiendo, especialmente en la adolescencia, esa repre-sentación se encuentra en conexión directa con el sentimiento de iden-tidad.

Todavía se conserva en nuestro idioma la expresión «pasar necesi-dad», referida a momentos de penuria y carencia importantes, pero ha-ciéndola equivalente sobre todo al hecho de pasar hambre. Resulta ilustrativa en el tema que nos ocupa, esta asociación hambre-necesidad, y su finalidad: ser saciadas. Siendo un hecho biológico en sí mismo, im-prescindible para la supervivencia, en los trastornos que estamos des-cubriendo se transforma en pura experiencia psicológica.

Nos encontramos con que, por un lado, el control absoluto sobre la comida o sobre lo que entra en el cuerpo, genera una fantasía de do-minio y poder sobre él, hasta el punto de negar su necesidad más bási-ca, el alimento. Al mismo tiempo, se desprovee a la comida de la ver-tiente hedónica que siempre la ha acompañado, se renuncia al placer que proporciona y, como veremos, no sólo a éste, sino al placer en ge-neral.

Bajo los síntomas de la restricción alimentaria o de las diferentes ma-niobras para que la comida no sea asimilada por el organismo (provo-

cación del vómito), que no se mantenga dentro (uso de laxantes) o se desgaste hasta su último resquicio (ejercicio físico implacable), se esconde el verdadero sustrato de la patología. Lo que se persigue con ello y el beneficio que proporciona pueden resultar contrarios a la salud.

Hemos hablado del control sobre la comida, que revierte en una sensación de dominio sobre el cuerpo y lo que a él se asocia: por un lado, aspectos relativos a la sexualidad y, por otro, a la búsqueda de un ideal siempre inalcanzable.

En los trastornos de la alimentación se ponen en juego aspectos nucleares de la configuración de la identidad, que en la adolescencia irrumpen de forma inusitada: la sexualidad, la pulsión agresiva (expresada como autodestructiva) y la imagen. Todos ellos se muestran al tiempo, dando cuenta de un conflicto irresoluble que confronta al adolescente con una situación de pérdida.

Vemos en muchas chicas anoréxicas un rechazo frontal a un cuerpo de mujer en el que no se reconocen y que representa algo amenazante, seguramente su carácter sexual. Se vuelven especialmente incómodas zonas del cuerpo como el vientre, los muslos, los glúteos y, desde luego, el pecho. Recordemos que una de las consecuencias de la carencia nutricional es la amenorrea, y que no es vivida con malestar, ni mucho menos. Por el contrario, parece la señal de haber alcanzado un objetivo: «no permitir al cuerpo crecer», condenándole a un estado infantil donde nada cambie, donde no haya nada nuevo, así no se perderá nada.

Si nos remitimos al carácter vincular de la alimentación, como función básica para la organización psicológica, nos vamos forzosamente a los primeros estadios del desarrollo, en los que la comida representaba el elemento primordial de la relación entre el bebé y la madre. La alimentación es el acto que les une, una vez separados sus cuerpos tras el nacimiento. A partir de ahí, se irá definiendo un perfil en la interacción, en la forma de comunicarse, donde la comida se convertirá en vehículo de deseos, gratificaciones y frustraciones, al tiempo que en un elemento que permitirá la diferenciación.

El acto de alimentar y ser alimentado representa el carácter de dependencia máxima: el niño necesita ser alimentado para sobrevivir. Desde el polo materno, la madre necesita saber que alimenta bien a su bebé para que éste sobreviva. No se trata de una cuestión puramente de supervivencia. Al igual que en otros cuidados, alimentar al bebé se

convierte en comunicación, en expresión de amor a la que se responde con la satisfacción.

Al ser ya dos individuos (aunque uno de ellos no lo sepa y hacérselo saber será la función que la madre tiene encomendada de ahí en adelante), la inclusión de otros elementos en la díada, no siempre se traduce en un acto de armonía. Una ansiedad excesiva por parte de la madre a la hora de alimentar al bebé, dificultades en el manejo de situaciones, como el rechazo a la comida por parte de éste, dificultades en su digestión, vómitos, llantos..., en definitiva, manifestaciones de malestar, pueden mantener ligadas la frustración y la hostilidad al acto de alimentarse. Si estas dificultades no son encauzadas de forma idónea, es probable que se instauren más tiempo de lo debido o que lleguen a cronificarse.

En el hecho de que un bebé coma se mezclan la satisfacción propia de ser saciado y la que se produce en la madre, al convertirse también en fuente de satisfacción para ella. De hecho, el aumento de peso de los bebés se convierte en signo no sólo de salud, sino también en índice de «buen cuidado».

Vemos en muchas madres con dificultades para alimentar a sus hijos autorreproches y temores en relación con ser o no una buena madre. La ansiedad con la que se afronta la alimentación del bebé genera, a su vez, desasosiego e intranquilidad en el niño, para quien en el acto de alimentarse queda desdibujado, o a veces excluido, el carácter placentero, no sólo del alimento en sí, que como decimos nunca se encuentra en estado «puro», sino de la cohorte de factores relacionales que lo sostienen.

El rechazo, la frustración o la ausencia de sensaciones placenteras asociadas a la alimentación en etapas iniciales del desarrollo, trascienden a otras áreas de éste, configurándose en un modo de relación, con la madre y con el propio cuerpo. Las descripciones angustiosas que hacen las madres de niños con problemas en la alimentación cuando llega la hora de comer, manifiestan el grado de sufrimiento al que se puede llegar en estos casos. Los recursos que se desplieguen dependerán de las características personales de la madre y de sus propios soportes emocionales.

En casos extremos, el alimentar al niño puede convertirse en un acto puramente de poder, situando al niño en el polo pasivo, a modo de conflicto que se equilibra ocupando los lugares de dominante-sumiso.

Este tipo de dinámicas llegan a desarrollar auténticos rituales sádicos, con actos de violencia sobre el niño, a veces enmascarados por la preocupación por su subsistencia, y con consecuencias importantes en el engranaje psicológico experiencial.

Encontramos con frecuencia entre los adolescentes que acuden a las consultas por problemas de alimentación, cierto paralelismo entre lo anteriormente descrito y las ansiedades que se ponen en juego frente al trastorno. La preocupación o el temor por parte de los padres ante comportamientos de corte anoréxico hace que se dispare en ocasiones una actitud de hipercontrol sobre lo que el adolescente come o no come, que, bajo la forma de sobreprotección, suele ser interpretado como afán de dominio y agresión de los padres sobre su propio cuerpo. La reacción frente a ese control suele ser un reforzamiento del suyo, haciendo recaer en la comida de forma beligerante la bandera de su autonomía. Si eso es bueno o no para su salud, resulta secundario.

También vemos que muchos de estos adolescentes no se ocultan totalmente frente a ese control. Pudiera parecer, en ocasiones, que lo provocan, «como lo que yo quiero, y eso es justo lo que sé, que te hace estar pendiente de mí», de nuevo nos encontramos en la paradoja adolescente de la dependencia-independencia expresadas simultáneamente.

No podemos pasar por alto la presencia del sentimiento de culpa, presente de forma confusa, a veces disfrazada, en el transcurso de la adolescencia normal, ligada al proceso de separación, y su manifestación peculiar en las adolescentes anoréxicas.

El sentimiento de culpa aparece ligado a la comida, como si de una traición se tratase, ¿pero hacia quién?, seguramente hacia uno mismo y su compromiso enfermizo con un cuerpo ideal, casi incorpóreo, podríamos decir. De esta forma, se elimina cualquier expresión de deseo, negando la irrupción irreversible de los impulsos sexuales.

El control que se ejerce sobre los alimentos actuará a modo de conjuro sobre el temido descontrol de impulsos, y cuando esto ocurre y se producen los accesos bulímicos, el sentimiento es de enorme culpabilidad y fracaso.

En el intento de identificar los factores que puedan explicar la aparición de los trastornos de la alimentación, resulta interesante la diferenciación entre:

1. *Factores predisponentes*

Se han asociado los trastornos de la alimentación a factores predisponentes, como las características de personalidad. En muchos casos encontramos chicas hiperexigentes, con un concepto muy elevado de responsabilidad y exitosas en el ámbito escolar y del rendimiento en general. No suele ser tan gozosa la relación con iguales. Se trata muchas veces de chicas o chicos que han crecido en torno a un ideal de satisfacción «*para sus padres*».

Se habla de determinados grupos de riesgo, tales como deportistas, bailarinas, modelos..., pero no parece que la expectativa de éxito profesional sea un factor determinante si no va acompañado de otros factores más potentes que faciliten el deslizamiento hacia esa forma de enfermar. También se han descrito posibles antecedentes psicopatológicos, como pudieran ser trastornos afectivos, narcisistas o de tipo obsesivo.

Pero uno de los aspectos que más literatura ha producido es el relativo a las dinámicas familiares. Sin entrar en cuestionadas tipologías en cuanto a las familias a las que pertenecen los chicos o chicas con trastornos de la alimentación, sí se han identificado algunos elementos que parecen estar presentes de forma más o menos regular en cuanto al tipo de relación familiar existente. Entre ellos, parece que las familias que hacen depender de ideales la cohesión entre sus miembros, o aquellas en las que de alguna forma se impide la propia individualidad, presentan a menudo serias dificultades para la resolución de conflictos propios de la adolescencia. Parece que éste es un campo abonado para la emergencia de diferentes cuadros psicopatológicos en esta etapa, siendo los trastornos de alimentación uno de ellos.

Cuando hablamos de *dinámicas familiares*, nos referimos a las diferentes formas de relación que se dan entre los miembros, que se mantienen a través de patrones estables en el funcionamiento del grupo familiar y donde cada uno ocupa un lugar en relación con todos los demás. No se trata en ningún caso de culpabilizar a los padres, puesto que ellos también están inmersos en esa dinámica. Desde el punto de vista psicoterapéutico se trataría de identificar qué elementos de las interacciones se asocian al trastorno, de forma que pudieran ser modificados.

Quizás ligado a la función de la alimentación entendida como típicamente materna, ha existido cierta tendencia, injusta desde luego, a culpabilizar a las madres de la enfermedad de las hijas, sin tener en

cuenta la complejidad de los elementos implicados y haciendo aún más difícil la resolución del problema.

2. *Factores precipitantes*

Los precipitantes de la enfermedad suelen estar relacionados con los propios cambios corporales adolescentes. A veces, los síntomas aparecen tras el efecto rebote de una dieta hipocalórica, o tras otro acontecimiento de índole corporal, como enfermedad o traumatismo, o después de sufrir separaciones, pérdidas afectivas u otros acontecimientos vitales desestabilizadores.

Es frecuente que entre los antecedentes personales aparezcan datos relativos a familiares obesos, sobre todo el padre o la madre, y de sobrepeso en la infancia de los propios adolescentes. En ocasiones, el trastorno se inicia precisamente como forma de diferenciarse de una madre obesa, o con tendencia a iniciar dietas y abandonarlas repetidamente.

Merece la pena recordar que es una enfermedad propia de países ricos, y entre las características sociales de la mayor parte de los casos, encontramos un nivel socioeconómico medio-alto. Si bien se confirma que cada vez van incluyéndose más adolescentes de capas sociales desfavorecidas, aunque siguen siendo una proporción menor sobre el total. Lo mismo sucede con el número de chicos, que, a pesar de haber aumentado, no llega al 10 % del de las chicas.

Un dato que nos parece cuando menos sorprendente es que en la casuística publicada acerca de las anorexias, es insignificante el número de casos de chicas anoréxicas huérfanas de madre, lo que nos lleva a insistir en el carácter relacional de la enfermedad, y su imbricación con formas vinculares precoces, tal como venimos describiendo en el conjunto de las enfermedades psicosomáticas.

María

María es una adolescente de 17 años. Acudió a consulta con su madre, entraron juntas, pero María «no abrió la boca» limitándose a apuntar cuando la madre contaba lo que veía en su hija «si tú lo dices...».

En aquel momento, pesaba 42 kilos, con una estatura de 1,65 m. Llevaba más de un año manteniendo una restricción cada vez más implacable

sobre los alimentos. Al principio fueron los dulces y el pan, después comenzó a saltarse alguna comida, a rechazar la carne y todo lo que ella suponía que engordaba. Ahora come una o dos piezas de fruta al día y una ensalada con lechuga y tomate exclusivamente, sin aliños. Ha adelgazado 20 kilos desde el año pasado, continúa perdiendo peso. Su madre cree que antes vomitaba después de cada comida, ahora ya no. Se somete a largas sesiones de ejercicio físico, después de las cuales se mide los muslos y las caderas repetidamente.

Presenta amenorrea desde hace seis meses y se queja a veces de mareos y caída de cabello. Está más irritable, apenas habla con el resto de la familia y ha dejado de salir. Los síntomas comenzaron después de una dieta a la que se sometió antes del verano, logrando perder unos kilos. A partir de ahí, el proceso de adelgazamiento resultó imparable. Ella dice que ha sido siempre gorda y que eso a su madre le gustaba, a pesar de que sabía que los chicos se metían con ella. Niega que esté restringiendo alimentos, o que haya recurrido a maniobras como vómitos o laxantes, afirma que come lo que su cuerpo necesita.

María es la hija menor de una familia con tres hijas, de seis y tres años mayores que ella respectivamente. Según el relato familiar, ha sido siempre una niña modelo. Ha ido muy bien en el colegio y en el Instituto hasta ahora. No ha dado ningún problema y se ha adaptado siempre muy bien a todas las situaciones.

El padre trabaja como administrativo en un banco, y la madre, en la casa. Siempre ha estado dedicada al cuidado de las hijas.

Se ha valorado mucho en la familia la actividad intelectual, y pese a que económicamente han vivido ajustados, las hermanas han podido seguir estudios universitarios, y la mayor acabar la carrera en el Conservatorio, además de su licenciatura en Derecho. Ambas hermanas tienen novio, que las dos han conocido en la Facultad y los padres no refieren dificultades importantes en su crianza, ni tampoco en su adolescencia, «quizás la mediana era un poco más rebelde, un año llegó a suspender, pero lo recuperó todo en septiembre».

En la misma tónica del «todo en orden», realizan el relato de la historia de María, desde que nació. «Era una niña glotona, dormía bien, siempre ha comido todo lo que se le daba, se ha criado muy sana, hemos educado a nuestras hijas para que no fueran caprichosas, ni tontas».

María dice tener una relación de mayor confianza con su madre, porque su padre es más serio y más exigente. Pero últimamente también la relación con su madre se ha vuelto hostil, al sentir que la controla permanentemente. Amenaza con llevarla al hospital, donde la obligarán a comer,

atándola y metiéndole la comida a la fuerza. Su padre se enfada con ella, la acusa de ser la ruina para una familia que era feliz, hasta que ella comenzó con las tonterías.

Resulta llamativa la dificultad de los padres para entender los síntomas y el curso de los acontecimientos en términos de enfermedad. Aunque lo pueden verbalizar, emocionalmente es vivido como una traición hacia ellos que despierta una enorme agresividad. Por su lado, María afirma encontrarse bien así, no se percibe como enferma, y cree que desaparecerían por su parte las actitudes hostiles hacia su familia si la dejasen en paz con el tema de la comida.

Afirma no tener problemas de relación, aunque la realidad es que ha dejado de salir, «al final siempre querían ir a comer una hamburguesa o un bollo, yo siempre decía que no me apetecía pero seguían insistiendo, yo creo que lo hacían ya por fastidiar». En ocasiones, la llaman por teléfono, pero pone excusas, o directamente ni contesta.

En el Instituto mantiene una relación prácticamente formal con los compañeros, dice que habla con todos los que la hablan pero «sin entrar en nada más».

Lo que ella espera de su delgadez es «sentirse bien» con ella misma, como si ella supiera claramente quién es, y su identidad no estuviera sostenida en este momento únicamente por su capacidad de control sobre su cuerpo. Afirma que lo que busca es «conseguir una especie de paz para siempre», siendo un objetivo más parecido a la muerte que a la vida, y eso sólo lo puede lograr de esa forma. Se sigue viendo gorda, porque para ella ser gorda es lo mismo que ser imperfecta y ésta es la versión insoportable que tiene de sí misma.

Los síntomas de María aparecen en un principio, solapados por el deseo de verse más atractiva y evitar que los demás se burlen o la critiquen por sus defectos, pero rápidamente se deslizan al terreno del control sobre el cuerpo, negando a éste su carácter sexual. De hecho, deja de salir y estar delgada no le ha procurado ningún acercamiento a los chicos. Éste es un dato interesante, que se repite en las chicas anoréxicas. Parecería que se persigue resultar más atractiva, pero la realidad corrobora la negación del acercamiento sexual.

Entendemos que los síntomas de María emergen en un momento que propicia la inestabilidad respecto a sí misma, el conflicto en rela-

ción con las figuras parentales y la necesidad de buscar nuevos referentes desde los que reorganizarse. Sin embargo, la complejidad de estas exigencias vitales queda barrida al simplificar desde la enfermedad, en un único cauce, todas sus expectativas: el control sobre la comida y, en consecuencia, sobre su cuerpo.

No nos parece casual que María haya adoptado esta forma de enfermar, si tenemos en cuenta el tipo de vínculos que han dominado las relaciones familiares, aparentemente sin fisuras, ni conflictos, y en los que sólo su anorexia ha logrado poner en cuestión un sistema que se creía compacto a costa de someter a sus miembros a un ideal que justificaría por sí mismo su existencia.

Relacionada con los trastornos de la alimentación encontramos la *obesidad*. Es un tema de actualidad por el número creciente de casos, que parecen estar en relación, entre otras causas, con hábitos alimentarios y estilo de vida poco saludables.

El ser obeso, como contrapunto al patrón de moda, supone una valoración social cargada de rechazo. Si esto ya es vivido así en la infancia, no digamos en la adolescencia. Las repercusiones psicológicas que puede tener para un adolescente la obesidad son variadas, puede convertirse en blanco de insultos, con la degradación en cuanto a autoestima que esto supone. Puede llegar a un completo aislamiento social, o negar esa realidad y proseguir el aumento de peso de forma alarmante. Es raro encontrar un adolescente que se sienta complacido con treinta kilos o más, de lo que sería lo esperable para su edad y estatura. Para la mayor parte de los adolescentes, el peso representa un problema que les compromete en la relación con los demás, de hecho se convierte en algo temido. Si aun sin esos problemas no es fácil reconocerse sin la aceptación externa, posiblemente un chico o chica obesos lo tengan mucho más difícil.

El valor negativo que nuestro entorno social da a esa característica física se convierte a veces en desencadenante para la aparición de anorexias y bulimias.

El adelgazamiento después de una dieta estricta puede ser vivido como liberación de tanta desvalorización personal, que la sola idea de volver a engordar se vive con terror.

En ocasiones, la obesidad está ligada a trastornos metabólicos, pero habitualmente se presenta como efecto de una ingestión excesiva o

inadecuada de alimentos. La presencia de estados de ansiedad suele ser relativamente frecuente. Sin dudar de la predisposición genética, el componente psicológico en su aparición y mantenimiento parece indudable, y desde luego en la repercusión emocional que para el adolescente tiene su imagen corporal.

En la literatura sobre el tema se habla de la obesidad evolutiva, como trastorno psicosomático. Es el caso de bebés gorditos, siempre con sobrepeso, y que se lo comen todo, sin que se haya producido ninguna inflexión en este sentido a lo largo de su desarrollo. Suelen ser niños pasivos, que representan en su «voracidad» cierta satisfacción para sus madres.

Hemos encontrado adolescentes con estas características. Chicas y chicos con dificultades para separarse de una imagen de «bebé gordito», tras la que se refugian, a pesar de las dificultades que esto supone fuera del ámbito familiar. De esa forma se evita la confrontación y se bloquea la posibilidad de decir «no» a los deseos maternos, tal como los imagina el adolescente.

Aitana

Aitana es una adolescente de 16 años. Fue derivada a Salud Mental por su médico, tras realizar un estudio metabólico y descartar causas orgánicas en su obesidad. Es hija única de una familia inmigrante. Llegó a España hace dos años, unos meses antes había venido su madre, y dos años antes, su padre.

Siempre había sido «rellenita», «con cuerpo de niña, un poco redondita, pero no gorda, estaba muy graciosa, todo el mundo me lo decía». Empezó a engordar tras separarse de su madre, cuando ésta se vino a trabajar. Desde entonces, hace menos de tres años, ha engordado cuarenta kilos.

Ha intentado varias dietas sin éxito, comienza bien, pero se desanima enseguida y lo deja. Dice no comer grandes cantidades de comida, pero sí muchos dulces y chucherías.

Respecto a su historia, refiere echar de menos a su abuela, pero busca razones de todo tipo para justificar un estado afectivo bastante neutro y su pasividad ante los diferentes cambios. «Ya me dijeron que mis padres se venían a trabajar, por qué me iba a preocupar... Aquí no conocía a nadie, pero ya me haría amigos con el tiempo..., en el Instituto fatal, intentaré que me vaya mejor el curso que viene..., a mí me da igual que me llamen gorda, hay gente que no sabe respetar a los demás...».

Resulta llamativa la pasividad con la que Aitana ha vivido diferentes situaciones, potencialmente desestabilizadoras para una adolescente. Podríamos decir que «se lo come todo, sin soltar nada», refiriéndonos en ese todo, a lo que le ha hecho y le hace sufrir, sin poder confrontarse con ello. Casi podemos hablar de un aparato defensivo que la aleja de una realidad que uniformiza en un solo tono, convirtiéndola en una sucesión de experiencias neutras afectivamente.

Nuria

Nuria tiene 15 años, tuvo siempre un peso normal hasta los 11 años. Desde entonces comenzó a engordar progresivamente. Mide 1,65 cm y pesa 90 kilos.

Siempre ha estado muy apegada a su madre, se relacionaba bien con otros niños, pero siempre que su madre estuviese cerca. A medida que ha ido creciendo se ha aislado más. Tiene una compañera en el Instituto con la que habla, pero amigas no. Los fines de semana sale con la madre a pasear y porque ésta la obliga, el resto del tiempo lo pasa viendo la televisión. «Mi padre nunca viene con nosotras porque madruga mucho entre semana y los fines de semana sólo quiere dormir y ver la tele».

La madre dice sentirse ya agobiada por su hija, «no se mueve por sí misma, tengo que hacérselo todo yo, hasta pensar por ella, de ella no sale nada...».

Nuria come excesivamente, alguna vez ha dicho que quiere seguir alguna dieta, pero no la mantiene ni un solo día entero. Dice tener hambre a todas horas, y sobre todo come alimentos hipercalóricos: bollería, chocolate...

La madre de Nuria ha padecido de obesidad mórbida y curiosamente, cuando la niña tenía once años, fue operada para realizarle una reducción de estómago. Perdió 35 kilos.

Nuria ahora utiliza ropa que su madre llevaba antes de operarse.

Podemos ver en Nuria síntomas que nos podrían poner en alerta de un cuadro de tipo depresivo. La falta de vitalidad, la pasividad, el abandono hacia uno mismo forman parte de un sentir de tipo depresivo. Nuria no se reconoce triste ni apagada. Dice que no le pasa nada, que ella se ve normal, que no le importa estar gorda, y que no desea que cambie nada en su vida porque todo está bien.

Es evidente que la adolescencia de Nuria no es una adolescencia normal. La relación de apego excesivo, sin otros elementos diferenciadores, empobrece y deja fijado al adolescente a un estado de dependencia regresivo y limitador.

Creemos que para Nuria la comida se convierte en aquello que puntualmente llena un vacío que corresponde a un estado de angustia, que no puede identificar. No puede reconocer lo que le falta, lo que no tiene o lo que desea. Todo ello, y a través de mecanismos regresivos y patológicos, lo cubre con su madre o en su defecto con la comida.

Será necesario que Nuria pueda descubrir algo fuera de ella, que le permita experimentar algún deseo, porque la comida no es algo deseado, corresponde a un estado de ansiedad que intenta calmar, llenándose. De esa forma, cierra sistemáticamente la posibilidad de reconocer cómo se siente y qué podría hacer para cambiarlo.

Desafortunadamente, muchos de estos casos no llegan a realizar ninguna consulta, o ésta se produce de forma más o menos anecdótica, sin consecuencias. Si bien resulta totalmente necesaria la intervención dirigida específicamente al sobrepeso en los casos de obesidad, también lo es identificar el resto de variables comprometidas, de forma que se puedan atender los factores emocionales y relacionales que lo sustentan.

Teniendo en cuenta la complejidad del funcionamiento adolescente, la comprensión de patologías tan íntimamente ligadas a la imagen exige mantener una perspectiva global de ese funcionamiento en el que el síntoma se incluye.

CAPÍTULO 7

TRASTORNOS DE CONDUCTA

Donde existe el desafío de un joven en crecimiento,
que haya un adulto para encararlo.

Donald W. WINNICOT

Este capítulo representa la dificultad añadida de abordar una temática caracterizada por la falta de límites. Desde esta premisa, resultan difíciles de acotar los ámbitos, las variables y los sistemas implicados. También lo individual y lo grupal. El desarrollo más exhaustivo que se hace de aspectos relativos al entorno educativo pretende exponer una guía de reflexión y actuación que, excepto en los aspectos más particulares, podría ser aplicable a otros ámbitos y otras patologías. Así, las condiciones individuales de todos los participantes y las dinámicas grupales que se crean entre ellos podrían ser fácilmente reconocidas en otros espacios, aunque con diferentes personajes. Sirvan, por tanto, «lo escolar» y la «conducta» a modo de ejemplificación que facilite la generalización hacia otras vertientes.

¿Quién tiene la culpa?

Desde ámbitos muy diferentes, se escucha hablar de chicos que presentan trastornos en su conducta. El tema va mucho más allá de un

«portarse mal», que puede molestar, pero vuelve a su cauce. Se está transformando en una especie de moda, que se aprecia sobre todo en lugares donde coinciden habitualmente los adolescentes: institutos, discotecas, parques, etcétera.

Provocación, amenaza, intolerancia y desafío suelen estar presentes en su repertorio de actuaciones..., temor, rechazo, desconcierto e impotencia en quienes le rodean. En cualquier caso, un chico con trastornos de conducta, nunca deja indiferente.

Aunque no de forma exclusiva, la adolescencia es un momento evolutivo privilegiado para la aparición de este tipo de trastornos. Unas veces, la aparición es brusca, y otras, claramente anunciada por la trayectoria en que se han ido desarrollando las cosas: frases coloquiales que anticipan los acontecimientos, ese «se veía venir» que escuchamos con tanta frecuencia, ante la presencia de un chico desbocado y un entorno que ha hecho o ha podido hacer poco por evitarlo.

Sin embargo, es importante constatar que algunos de los actuales cambios sociales están contribuyendo a una aparición cada vez más precoz de trastornos conductuales y precisamente esa precocidad es un indicador de gravedad que hace aún más complicado el pronóstico. Por resaltar algunos de estos cambios, podríamos señalar a nivel general las disfunciones familiares, con su dificultad para ejercer funciones educativas, en un sentido amplio, y movimientos como las migraciones o el desempleo juvenil, que ofrecen al chico, ya desde su adolescencia, una imagen incierta y desesperanzadora sobre su futuro.

Al igual que hemos visto con otro tipo de trastornos, las manifestaciones de un trastorno conductual están relacionadas con el momento evolutivo de los chicos. Así, en los más pequeños, los comportamientos suelen tener que ver con distintos abusos en la relación con iguales y con retos a los adultos cercanos y a su autoridad, mientras que, en la adolescencia, junto a los anteriores, aparecen otros que trascienden a un nivel social más amplio. Propiciado por la importancia que adquiere el grupo de iguales en este periodo y por su propia capacidad para organizarse, junto a las menores posibilidades de control de los adultos que le rodean, algunos de estos chicos pueden avanzar peligrosamente hacia la delincuencia.

Sin embargo, sería superficial pensar que un trastorno de este tipo tiene su principio y fin en el chico que lo presenta. Es obvio que existen

diferentes variables implicadas. Unas pertenecientes al propio chico y otras a sus diferentes entornos. Aparecen como forma de expresión y son emergentes de conflictos individuales, familiares y sociales. Sería, por tanto, necesario considerar un punto inicial de partida en el que hay muchos implicados. Así, características de desbordamiento, ausencia de límites y descontrol suelen estar presentes tanto en el chico con problemas conductuales como en quienes le rodean, aunque los motivos sean diferentes. De la interacción de ambos surge una especie de terrible espiral que aleja a unos y otros de la posibilidad de cambio.

Sin embargo, podemos observar un gradiente con diferencias significativas entre unos casos y otros. Tampoco podemos hablar de trastornos de conducta para referirnos a una situación puntual, por muy disruptiva que sea. En este término incluiríamos distintas manifestaciones extremas, de una particular y constante forma de relación, en la que el adolescente intenta dominar y someter a otras personas cercanas a través de su conducta. Por este motivo, también la inadaptación social y la marginalidad suelen estar añadidas con mucha frecuencia. La carencia de límite por conseguir la consecución de los deseos más inmediatos y la ausencia de norma interiorizada, que tenga en cuenta los derechos del otro, también contribuye en este sentido.

En los adolescentes no se trata, por lo general, de falta de discernimiento sobre lo que está bien o está mal, sino que tiene que ver con la dificultad para ponerse en el lugar del otro, aceptar sus límites y demorar las gratificaciones más inmediatas. La búsqueda de valoración personal a través de la transgresión de la norma o de realizar hazañas, de las que pocos son capaces, también está presente en muchos de estos casos.

Si observamos con detenimiento, escondido detrás de esa conducta extrema que se manifiesta, encontramos con frecuencia un adolescente asustado por sus experiencias y que huye de forma desesperada de sus sentimientos, dejando en su camino una estela de rechazos que confirman aún más su conducta. Podríamos decir casi literalmente que «pierden la cabeza», ya que no es la razón, la reflexión o el pensamiento, lo que guía sus actuaciones. Aparecen comportamientos impulsivos, descontrolados e irreflexivos, en los que la acción prevalece sobre el pensamiento, como instrumento para resolver tanto conflictos cotidianos como otros más graves. Todo valdría por conseguir ser el primero o

quedar por encima. Cualquier situación problemática, malestar o frustración produciría actuaciones inmediatas, sin anticipar las consecuencias relativas a sus actos.

Lo apabullante de estas conductas impide con frecuencia ver lo que pasa por dentro, quién es la persona que porta esos comportamientos, sus necesidades, carencias y motivaciones. Este desconocimiento se suele dar tanto en el chico problemático como en los que le rodean. La mirada queda puesta con gran frecuencia en lo manifiesto, sin caer en la cuenta de que la conducta va dirigida a alguien en una especie de mensaje en código, en el que una parte de la interpretación tendría que ver con el propio sujeto y otra con las personas que le rodean. Así, observando distintas situaciones en las que están presentes algunas de las manifestaciones descritas con anterioridad, casi la única respuesta posible, al menos durante un tiempo, sería la alteración del comportamiento por parte del chico. Sería algo parecido a lo que podría ocurrirle a un adulto «normal», que desesperado ante un acontecimiento inabordable, grita, rompe cosas o sale corriendo. Podríamos hallar un ejemplo de todo esto en el siguiente caso.

Carlos

Carlos es un chico de 17 años con una enfermedad degenerativa, que hace prever un desenlace en pocos años. El padre abandonó el hogar al poco de conocerse la enfermedad, manteniendo en la actualidad una relación ocasional con él. Desde hace dos años, Carlos dejó de estudiar y se puso a realizar un trabajo que le requería gran esfuerzo físico, en contra de la opinión de su madre, los médicos que le tratan y fundamentalmente de sus propias necesidades. El ambiente de casa se fue transformando en un suplicio de gritos, esperas, expulsiones y decepciones mutuas. Después de un periodo de aislamiento en el domicilio, empezó a irse con «mala gente», a trapichear en compraventa de diferentes objetos y a gastar el dinero que conseguía de esta forma en cualquier cosa. En un robo en su barrio fue detenido por la policía. Ante las consideraciones desesperadas de la madre, su respuesta es «para lo que voy a vivir pienso hacer lo que quiera». El chantaje emocional al que está sometida la madre y su soledad frente a Carlos, la hacen difícil adoptar con él límites coherentes, haciendo girar su vida alrededor de este hijo. Desde que ocurren estos acontecimientos, el padre está aún más distante.

En el caso de Carlos, la agresión está presente de muchas maneras. Contra él mismo, contra la madre, contra la sociedad. También está, en forma de abandono, desde el padre. Esta variable de *agresividad* suele estar presente, bajo diferentes formas, en la mayoría de los trastornos de conducta. Asimismo, suelen estar ausentes la comunicación verbal y la reflexión, siendo sustituidas por conductas de huida o por el empleo de la fuerza. La conducta ocupa así el lugar de las frustraciones, los sentimientos de tristeza o desesperación, la sensación de desprotección o desvalimiento ante determinadas situaciones, impidiendo que todo ello pueda ser elaborado y convirtiendo al chico en «carne de cañón» a nivel social.

La dificultad para entrar en contacto con los propios sentimientos, también tiene su correlato en las relaciones con los demás. Así, la carencia de empatía para ponerse en el lugar del otro y hacerse cargo de sus necesidades suele estar muy patente. Esta carencia se puede manifestar tanto en acciones como en omisiones. En el día a día encontraríamos tanto actos de avasallamiento hacia los otros como actitudes de no implicación en proyectos comunes, falta de solidaridad, ausencia de explicaciones sobre sus proyectos, etc. Un ejemplo no infrecuente es el de chicos que acuden a casa a altas horas de la noche o que, en casos extremos, directamente no regresan en uno o varios días sin dar noticia de su paradero. Este tipo de situaciones provocan una intensa angustia en las familias y un sufrimiento del que ellos mismos no se hacen cargo, aunque inevitablemente les revierte.

Otra característica que aparece de forma generalizada en los chicos con trastornos de conducta es la *justificación de sus comportamientos*. Dicha justificación, para ellos muy consistente, explica y da razón a sus actuaciones y reacciones. Siempre parecen encontrar un motivo que les justifica y a través del que dejan ver su incapacidad para interpretar las intenciones de los demás. La culpa de su conducta recaería en otro que le ha provocado, en el grupo que le ha convencido para hacer algo, en la familia que no le trata bien y que discute constantemente, en las injusticias sociales, etcétera.

Es importante caer en la cuenta de que de la comprensión y el estilo de respuesta del otro también depende, en una parte no poco significativa, que determinada conducta se instaure o no como un patrón de funcionamiento permanente. Sin embargo, comprender no significa

justificar en ningún caso, sino abrir el campo de variables que están condicionando un particular funcionamiento. Con el mismo argumento, la *respuesta del medio* puede facilitar o dificultar una posibilidad de cambio, en la medida en que contemple la actuación sobre dichas variables.

Al igual que las buenas o malas experiencias por las que atraviesa la persona desde el nacimiento contribuyen o no a un desarrollo emocional adecuado, también la aparición o mantenimiento de un trastorno de conducta se produce, por tanto, en un proceso interrelacional y en el marco de una historia, donde no hay un único implicado.

Como decíamos con anterioridad, la agresividad está presente en la mayoría de los trastornos de conducta, por lo que nos vamos a detener sobre este aspecto.

La agresividad, como mecanismo de funcionamiento, puede ser activada desde variados supuestos previos. Es decir, si bien el resultado de ellos es la agresividad, el proceso a partir del cual se llega y la problemática que subyace pueden ser bien diferentes. Esto es fácil de entender observando diferentes comportamientos de niños, de adolescentes y de los adultos que les rodean, como los que vamos a describir a continuación.

1. *La necesidad de diferenciarse*

Los padres de Nerea contaban con perplejidad, las manifestaciones francamente agresivas de su hija de 17 años. Había abandonado los estudios y los gritos, insultos e incluso empujones hacia ellos eran frecuentes. El asombro surgía, sobre todo, de la buena relación existente hasta hacía dos años. Como ejemplificaciones de esa unión idealizada aportaban el hecho de que madre e hija compartían todo, no tenían secretos e incluso dormían juntas. Hasta ese momento, la madre elegía la ropa, actividades y amigos de Nerea. Coincidiendo con un cambio escolar y nuevos compañeros, empezó a ser más reservada y dar menos explicaciones. Esta situación fue evolucionando hacia frecuentes enfrentamientos que llegaron a su punto álgido cuando Nerea descubrió que su madre leía su diario sin su consentimiento y que, en diversas ocasiones, ambos padres la seguían a escondidas para ver con quién iba o dónde estaba.

En este contexto extremo, la necesidad de separarse y rescatar su parcela de intimidad, en situaciones tan invasivas, puede generar comporta-

mientos agresivos. Sin necesidad de llegar a estos límites, el proceso de individuación se sirve, a veces, de mecanismos agresivos, ya que es más fácil separarse desde el enfado y la rabia que desde una unión gratificante e indiscriminada. En la adolescencia, el paso de una relación infantil a otra donde los límites personales estén más perfilados, se acompaña con frecuencia de actuaciones en las que la agresividad está presente en mayor o menor medida.

2. *El rechazo*

En otros casos, la agresividad aparece ante situaciones en que la persona se siente marginada o rechazada, desvalorizada o directamente maltratada. Dichos sentimientos pueden ser provocados tanto por el impacto de carencias afectivas precoces, aunque no sean intencionadas, como por la presencia de acontecimientos reales. Un ejemplo actual y no infrecuente lo encontraríamos en casos de inmigrantes a los que no se facilita su integración social y se les excluye por su cultura diferente. En la sociedad francesa se ha producido recientemente un movimiento de inmigrantes de segunda generación, nacidos en Francia, cuya señal de protesta por su falta de lugar en la sociedad, ha consistido en quemar indiscriminadamente coches e inmuebles. Uno de estos jóvenes, en declaraciones efectuadas en la prensa decía: «Quiero quemar la discoteca donde no me dejan entrar y el colegio donde se reían de mí». Estos comentarios dejan traspasar el dolor que supone vivir en determinadas condiciones y la ausencia de recursos más evolucionados para afrontarlo.

El adolescente tiene un proyecto de vida, que a veces puede ser interferido abusivamente por el entorno, incluidos padres e instituciones.

3. *La baja autoestima*

Nos podemos encontrar con chicos cuya autoestima personal y el sentimiento de valor de sí mismos es muy escaso al no haber contado con condiciones personales, emocionales o sociales que permitan un estado suficiente de satisfacción y conformidad con uno mismo.

A veces son padres, ellos mismos desvalorizados, quienes infunden esa identidad a los hijos. De todos es conocido, por ejemplo, cómo la existencia de malos tratos en la infancia es uno de los principales riesgos para convertirse en maltratadores. También dicha desvalorización la pueden otorgar maestros que ante la avalancha de problemas en las aulas, dan por perdidas las capacidades de integración o aprendizaje de determinados alumnos, o que, ante su propia incapacidad como docentes, hacen sentirse incapaces a sus alumnos, sin cuestionarse ellos mismos.

Situaciones sociales desfavorecidas, carencia de apoyos emocionales, exigencias inadecuadas o soledad frente a los acontecimientos de la vida provocan con frecuencia, carencias en la autoestima personal y fuerte inseguridad. No es infrecuente que, para sobrellevar el malestar interno que supone esta situación, el adolescente lo transforme en mecanismos agresivos y de abuso hacia el entorno que, de una manera ficticia, le aportan la sensación de estar por encima de los demás, tener más poder o incluso ser admirado por otros.

No hay que perder de vista que en la adolescencia, quizá más que en ningún otro momento, el adolescente necesita sentir que tiene una valía personal con la que hacerse un hueco en la sociedad y con la que poder seducir y conquistar nuevas relaciones, por lo que utilizará los medios, a veces escasos, que tenga a su alcance.

4. *La carencia de límites*

En la mayoría de los casos, la carencia de límites, la ausencia de función paterna y la incoherencia de estilos o pautas educativas entre ambos padres, factores íntimamente relacionados entre sí, también actúan como caldo de cultivo que favorecen la emergencia de trastornos de conducta.

Cuando decimos «límites», no nos referimos solamente a normativa. Implican fundamentalmente un saber intuitivo de hasta dónde se puede llegar en la relación con otros, adultos o iguales, o dónde pararse, es decir, una consideración de los demás en un sentido amplio y también de uno mismo. Representan siempre una adquisición progresiva.

La presencia de límites actúa como estructurante de la personalidad, como hemos visto en capítulos anteriores. También dicha presencia es

necesaria en el aprendizaje de la tolerancia ante las frustraciones y para generar actitudes de cooperación. En ausencia de ellos, la agresividad adopta una intención claramente manipulativa y de control del entorno. Es decir, se utiliza ésta para conseguir someter a los de alrededor e incluso infundir temor. Existen múltiples ejemplos que ilustran este aspecto, siendo cada vez más frecuente en contextos escolares la presencia de algún alumno o grupo que amenaza o acosa a otros, o que boicotea al profesor, con el fin de conseguir o mantener un estatus de poder que de otra forma no conseguirían. En las propias familias, cada vez se tiene conocimiento de más casos en los que los chicos acosan a los padres, los amenazan o incluso maltratan, intentando éstos ceder su tutela a los órganos competentes.

La consideración de esta variedad de circunstancias y motivos nos conduce a la necesidad de una reflexión antes de llevar a cabo acciones o planificar una intervención, ya que ésta siempre debe tener en cuenta los aspectos particulares que están presentes en cada situación concreta. Así, quizá no sea una medida muy adecuada expulsar a un chico del Instituto, si se sabe que en ese tiempo se va a dedicar a robar, si no hay ningún familiar que pueda hacerse cargo o, igualmente, no expulsarle si esa medida promueve un proceso de puesta de límites por parte de la familia.

El desconcierto y las situaciones extremas que se presentan en la relación con estos chicos llevan con frecuencia a sentimientos de culpabilidad que circulan entre todas las partes relacionadas. Dependiendo de quién relate los acontecimientos, la culpa estará puesta en el chico que provoca, en los padres que no educan, en los maestros que se inhiben o en las instituciones que no dan respuesta a los problemas. A su vez, la dificultad para soportar la tensión e incertidumbre que provocan dichas situaciones conlleva también, muy a menudo, el deseo de sacar fuera de uno mismo cualquier implicación que tuviera que ver en los orígenes o en el curso del problema, aspecto este que suele empeorar considerablemente las cosas.

Sin embargo, también puede ocurrir lo contrario, sobre todo en padres que han sufrido algún acontecimiento familiar traumático, que a su consideración produce una desventaja para el hijo, como puede ser un divorcio, que se autoculpan de forma masoquista, sin que este me-

canismo vaya acompañado de cambios en la relación o actitud con los hijos.

La sensación de culpa suele ir acompañada, por lo general, aparte de por un intenso sufrimiento, de una paralización de la persona, o de actos más dirigidos a calmar la desagradable sensación que ésta produce, que a provocar un verdadero cambio en el curso de los acontecimientos. En este contexto son frecuentes actitudes extremas y contrapuestas, como autoritarismo o permisividad extremas, rechazo o sobreprotección, sentimientos de amor y odio, etc., que confunden y desconciertan a unos y otros.

En este contexto, la culpa aparece como una especie de engaño que atrapa, con la apariencia de estar haciendo algo, aunque sólo sea sentirse culpable, o que inhibe, con la justificación de ser otros quienes deberían hacer. Desde esta perspectiva, modificar el discurso de la culpa por el de responsabilidad, sería el único camino posible que, sin triunfalismos y de forma compartida, permitiría un proyecto de cambio.

En este sentido, podríamos decir que la *responsabilidad* implica:

- El desarrollo de la *capacidad de reflexión* como elemento necesario que permita interacciones meditadas y no impulsivas.
- El *reconocimiento* de la parte en que cada uno está implicado en el devenir de los hechos.
- La adopción de una postura frente a los acontecimientos que no justifique el *dejar de hacer* lo propio porque otros no hacen la parte que les corresponde.
- La *toma de decisiones* no dirigida prioritariamente a calmar ansiedades de uno mismo, sino a *generar condiciones* lo más adecuadas posible para el cambio.
- Entender dicho cambio como un *proceso* en el tiempo, que permita tolerar la frustración de no conseguir resultados inmediatos, sin desistir en el empeño planteado.

El día a día en los centros educativos

Las instituciones educativas, ya de por sí complejas en su funcionamiento, se ven en la actualidad saturadas de múltiples conflictos para

los que, por lo general, no han sido preparados los profesionales que están a cargo de las mismas.

La obligatoriedad de la enseñanza hasta los 16 años hace que los centros escolares deban convivir con este tipo de problemas, siendo los mayores depositarios de estas problemáticas, a la vez que no es infrecuente que otras instituciones se inhiban frente a ellas, por lo que se pueden sentir con falta de apoyo.

El impacto de los chicos con trastornos emocionales y conductuales suele generar en los centros una gran confusión, al no estar definido el rol o la función a desempeñar, en aspectos que no se refieren propiamente a los aprendizajes escolares.

La principal dificultad se deriva de la confluencia de distintos sistemas y subsistemas, formados por personas, que no tienen por qué tener los mismos intereses ni percepciones sobre los acontecimientos y de la necesidad de llegar a algún tipo de acuerdo para intervenir eficazmente sobre los conflictos. Es decir, tanto los alumnos de un centro como las familias, profesores, jefes de estudios, directores, profesores de apoyo, equipos psicopedagógicos, cuidadores, etc., participan de algunos objetivos comunes como miembros de la comunidad educativa y también de otros particulares, fruto de las distintas características personales, funciones y responsabilidades que desempeñan dentro de ésta, siendo precisamente estos últimos los que chocan con mayor facilidad ante la presencia de conflictos. Por otra parte, también cualquier conflicto remite a las dinámicas que se establecen en los grupos y a la propia calidad educativa con la que se lleva a cabo el proyecto de un determinado centro escolar.

En otro orden de cosas, y de forma casi generalizada, la ausencia de motivación por los estudios y el abandono de éstos produce un ataque a la función específica para la que está preparado el profesor o maestro, con la consiguiente frustración para éste y también con las limitaciones a nivel social que el fracaso escolar conlleva.

La tentación, ante la presencia de un alumno con trastornos de conducta, puede ser la de realizar diferentes intervenciones centradas exclusivamente en dicho alumno, que también habrá que hacer, sin cuestionar otras variables interrelacionadas que son precisamente las que se pueden modificar desde dentro del centro y que contribuirían a hacer manejables los problemas de conducta. Es decir, si los profesionales

de un centro escolar tienen la impresión de que nada pueden hacer por mejorar o cambiar algo ante la presencia de alumnos con trastornos conductuales y de que el cambio sólo puede ser realizado por el propio alumno o su familia, la sensación de desánimo e impotencia se instala de forma paralizante en el funcionamiento diario. Es importante, por tanto, que los profesionales consideren el valor de su propia actuación como un elemento de posible cambio.

Para intervenir en este tipo de problemáticas será necesario, por tanto, entender lo conflictos no como pertenecientes a un individuo, sino a un grupo. El siguiente caso puede ser ilustrativo de esta complejidad.

Luis

Luis es un chico de 14 años que cursa 2.º de la ESO. No tiene padre. Su madre y la pareja actual de ella conviven en otra ciudad y no mantienen apenas relación con Luis, quien vive con su abuela. Éste ha dejado claro desde el comienzo que no quiere estudiar y que va a causar problemas hasta que le echen del centro, lo que a veces ocurre, por periodos de varios días, después de acumular apercibimientos. Su conducta disruptiva ha ido aumentando cada vez más, al principio aplaudida por el resto del grupo, aunque ahora no tanto. Lleva un par de meses faltando bastante a clase o quedándose fuera del aula una buena parte del tiempo. Mantiene relaciones superficiales con algunos compañeros que como él presentan problemas. La clase de Luis está «etiquetada» tanto por los profesores como por el resto de alumnos de centro, por el mal comportamiento de muchos de ellos. Habitualmente, las clases se desarrollan entre gritos y faltas acusadas de disciplina. El nivel académico del grupo es bajo, con escasos hábitos de estudio. Sólo algún profesor puede desarrollar sus clases con cierta normalidad. Uno de ellos es el tutor, quien mantiene un estrecho contacto con las familias, está muy pendiente de los alumnos y es muy directo con ellos, hablando con frecuencia sobre distintas situaciones escolares. Ha impuesto normas de funcionamiento en el grupo, intentándolas consensuar, y exige su cumplimiento. Ha conseguido un control significativo y Luis le respeta. Otro profesor, con un alto nivel de competencia docente y de calidad en el trato con los alumnos también mantiene un nivel de respeto mutuo con los chicos y es apreciado por ellos. Algunos profesores más se manifiestan incapaces de impartir clases con normalidad y tienen serias dificultades para mantener control sobre el grupo. Participan

de la idea de que la responsabilidad de lo que sucede no es suya, que carecen de preparación para tratar con determinados alumnos y que no tienen por qué tenerla. El resto de profesores se sienten impotentes, ya que en otros momentos han intentado algunas cosas sin obtener los resultados deseados. Para complicar más los hechos, algunas familias han solicitado el cambio de grupo para sus hijos, ya que no aprecian en éste condiciones adecuadas para su proceso de aprendizaje.

La reflexión sobre este caso nos llevaría, sin duda, a pensar en carencias emocionales y características individuales de la personalidad de Luis y también en otras del grupo de compañeros donde está integrado. Sería interesante conocer y preguntarnos por qué sobresale Luis entre el resto de compañeros con problemas de conducta: ¿puede ser en algunos momentos el chivo expiatorio donde se depositan todos los conflictos? Este caso sugiere algo que surge de un encuentro: el de Luis y sus profesores, también con sus características personales y de competencia profesional y que queda plasmado en una diferencia de resultados. Respeto, control, aprecio aparecen como un difícil camino de ida y vuelta. Nos podríamos preguntar además sobre el papel que pueden desempeñar las normas, las creencias, las «etiquetas», los recursos con que cuentan los profesores y la ausencia de motivación de Luis y... de otros.

Grupo y conflicto

Los trastornos conductuales en el ámbito escolar, como venimos diciendo, son situaciones problemáticas pertenecientes a los grupos y no pueden ser entendidas de forma individual exclusivamente, aunque, por supuesto, se tengan en cuenta las características individuales. También por este motivo, las variables grupales deben ser contempladas ineludiblemente junto a las personales de determinados alumnos para poder comprender e intervenir, desde una óptica realista, sobre los problemas. El grupo actúa como referencia y marco donde se presentan las situaciones conflictivas. Al igual que ocurre con las familias, un chico puede ser muy disruptivo en un determinado grupo y no serlo tanto en otro.

Así, es importante tener en cuenta que los conflictos, relativos a los grupos, tienen que ver con:

a. *Su funcionamiento*. Podríamos nombrar en este apartado características como la cohesión, flexibilidad, rigidez, apertura, organización, grado de compromiso con los objetivos escolares, disciplina, relación con la autoridad representada por los profesores y con otros grupos, etc.

El proceso de constitución de un grupo añade peculiaridades en su funcionamiento. Cualquier maestro que se enfrenta a un comienzo de curso sabe que no funciona igual un grupo cuyos miembros se conocen desde el principio y llevan tiempo conviviendo juntos que, por ejemplo, otro que surge de la unión de diferentes subgrupos con una historia previa y necesitan lograr un nuevo equilibrio para poder funcionar grupalmente. Tampoco será igual si en ese momento todos son alumnos nuevos y requieren, por tanto, un periodo para conocerse, integrarse y constituirse como grupo que si se conocían de antes.

Agrupaciones realizadas por orden alfabético, por elección de asignaturas optativas, por número de repetidores, por ser alumnos provenientes de otro centro, etc., a veces dejan al azar variables implicadas en la convivencia diaria, y otras aportan características particulares a los grupos, que nadie ha anticipado con anterioridad y que actúan como caldo de cultivo para la aparición de determinados trastornos conductuales.

Tampoco es neutral el momento en que un alumno se inserta en un determinado grupo, ni los motivos de esta circunstancia (traslado de residencia familiar, repetición de curso, cambio de aula por algún problema surgido, expulsión de otro centro, etc.), ya que desde el principio operan expectativas que condicionan tanto al propio alumno como al resto, haciendo más o menos sencillo su proceso de integración.

Es fácil caer en la cuenta que cuanto más flexible es un grupo, será más fácil introducir modificaciones necesarias en su organización que faciliten un cambio. También cuanto más cerrado, resultará más dificultosa la integración de nuevos miembros o nuevas ideas y será más frecuente que surjan actitudes de rechazo o de hostilidad ante quien cuestiona, a veces por su sola presencia, el funcionamiento grupal previo.

El conocimiento de posibles rivalidades entre determinados alumnos que funcionan como líderes o de diferentes subgrupos, serán elementos que nos aportarán datos fundamentales para una posible intervención en la dinámica del aula, abriendo un camino para compensar o mediar en conflictos de ese tipo.

No se debe olvidar que también aspectos externos, que no se tienen muchas veces en cuenta, son exponentes a la vez que promueven un determinado funcionamiento grupal: la puntualidad, el tono de voz, el aspecto físico del aula, su orden, decoración, distribución y conservación del mobiliario, la presencia o no de lugares fijos que ocupan los alumnos y su situación dentro de la clase, la ubicación de la mesa del profesor, etcétera.

b. *Las normas y su cumplimiento.* Cualquier grupo necesita normas para su adecuado funcionamiento.

Si bien en cursos de alumnos menores se suele dedicar un tiempo a establecer normas de convivencia, con frecuencia en cursos avanzados se dan ya por conocidas y, por tanto, no se explicitan. Dedicar un tiempo a debatir, consensuar y a intentar llegar a compromisos comunes suele generar una implicación mayor en su cumplimiento que cuando éstas son impuestas de forma unidireccional. Es importante caer en la cuenta, que el propio grupo ejerce una función de control cuando dichas normas son compartidas y que el establecimiento de unas normas de funcionamiento influyen en la sensación de identidad y pertenencia a ese determinado grupo. También tienen su importancia la adecuación de las normas al funcionamiento real de los alumnos, la coherencia en exigir su cumplimiento, así como la clarificación sobre las consecuencias de su incumplimiento. Un aspecto fundamental a tener en cuenta es que la posibilidad de que un alumno asuma cualquier límite o normativa que intenta establecer un profesor está influida por la relación previa que éste mantiene con sus alumnos, la autoridad que representa para ellos y el grado de respeto mutuo conseguido hasta el momento. También el profesor necesita un respaldo institucional que le procure apoyo y soporte para poder mantenerse en una actitud coherente, tanto con los chicos como con sus familias.

c. *Los roles asignados*. Es un hecho observable en los grupos los distintos roles que ejercen y que se atribuyen a los diferentes miembros, como también lo es que el comportamiento humano se ve influido por el impacto de dichos roles. Con frecuencia, tanto en las escuelas como en las familias y otros grupos sociales, se deposita sobre determinadas personas, y mucho más si éstas presentan problemas conductuales, el malestar de un funcionamiento complejo que suele ir más allá de un determinado alumno, actuando éste como chivo expiatorio de todo lo malo que ocurre en los grupos. No es nuevo tampoco señalar el efecto profecía que ejercen dichas atribuciones, debido a que éstas configuran actitudes en las relaciones interpersonales. Es importante caer en la cuenta de la tendencia a dar significados a los comportamientos de las personas acordes al rol que se tiene interiorizado de ellas, a la vez que estas personas actúan en coherencia con lo que se espera de ellas. Una de las consecuencias de este tipo de funcionamiento es que facilita procesos de inercia en los que se instalan dinámicas grupales conflictivas.

Así, un profesor se quejaba constantemente de un alumno que le faltaba al respeto y le impedía dar su materia a causa de sus constantes interrupciones. Esta situación era un motivo de permanente enfrentamiento. Sin embargo, algunos días se apreciaba un cambio de actitud en el alumno, estando éste más centrado en la tarea y notablemente tranquilo, siendo esto constatado por el resto de profesores. Dado el conflicto entre ambos, su tutor, lejos de hacérselo saber, comentaba de él que era un falso y que seguramente estaría tramando algo. A la vez, esta situación era captada por el resto de alumnos, aprovechándose de ella y acusando al compañero de cualquier cosa que ocurría en el aula o aumentando en extremo las cosas que éste hacía.

En este contexto, hiciera lo que hiciera el alumno siempre estaba mal.

d. *El proceso de comunicación grupal*. La forma en que se comunican los miembros de un grupo puede ser muy diferente de unos a otros. Ocurre a veces que no existen tiempos en los que los alumnos puedan hablar de los problemas que surgen o que, aunque estén asignados, no se les dé contenidos. La consecuencia más inmediata de lo anterior sería el que se vaya desfigurando el sentido de los mismos. Sería éste un caso no

infrecuente de muchas tutorías que van desapareciendo de la práctica escolar de forma paulatina. A veces, el propio centro deja entrever el escaso valor que da a estos espacios de intercambio de forma sutil, como puede ser a través de determinados aspectos organizativos, situando las citadas tutorías en horarios que facilitan el absentismo de los alumnos, por ejemplo, viernes a última hora o lunes a primera.

Cuando los problemas y conflictos no se abordan a través de conversaciones en las que cada uno pueda aportar su punto de vista y ser confrontado con el de otros, es difícil que se pueda llegar a consensos y compromisos. También en estos casos, formas no verbales, es decir, actos o comportamientos, se eligen como forma prioritaria de comunicación para manifestar los enfados, desacuerdos, frustraciones, etcétera.

Las vías de comunicación verbal deben contemplar también las variables alumno-profesor y, en su caso, jefe de estudios, dirección, orientadores, etc., en ambos sentidos. Cuando estos cauces están bien definidos y delimitados, se favorecerá sin duda una resolución más adecuada de los conflictos escolares, a la vez que existirán mayores posibilidades para el intercambio y un modelo de funcionamiento basado en la palabra. Por otra parte, también en la medida en que los profesionales también tengan interiorizadas unas estrategias de resolución de conflictos reflexionadas y consensuadas en su propio equipo, con espacios de reflexión, será más fácil transmitir a sus alumnos un modelo de funcionamiento y podrán actuar como soporte en situaciones más problemáticas. Necesariamente, por tanto, la intervención individual de un profesional debe estar sustentada siempre en una estrategia de equipo, para ser verdaderamente eficaz.

e. *El proceso de toma de decisiones.* El proceso de toma de decisiones en un grupo suele estar bastante mediatizado por las características que ejercen los líderes de dicho grupo. La presencia de un profesor dialogante o autoritario no es algo neutral para el funcionamiento de éste. También los propios alumnos pueden funcionar de forma más democrática o consensuada o de manera más impositiva en las iniciativas que se proponen, necesitando que algún adulto vaya modulando dichos comportamientos.

Es importante caer en la cuenta de que un grupo que discute, participa y consensúa diferentes alternativas, proyectos y normas de fun-

cionamiento irá desarrollando compromisos individuales en relación con el resto del grupo y aprendiendo a trabajar en equipo y tolerar las frustraciones que esto conlleva. Esta variable aparece como especialmente significativa en la adolescencia, en que el grupo de iguales toma un valor muy superior al que representan los adultos y, particularmente, cuando éstos se presentan de forma autoritaria. Este proceso se encuentra muy intrincado, junto a los anteriores señalados, y requiere de espacios y tiempos establecidos en la dinámica cotidiana del aula.

Un chico con trastornos de conducta se hará más débil en un grupo que funciona de manera más madura y que está acostumbrado a valorar y sacar conclusiones conjuntas de los acontecimientos que ocurren en el aula. En el mismo sentido, también un grupo será menos vulnerable si se siente unido y consolidado a través de un proceso de toma de decisiones compartido.

Finalmente, estilos didácticos basados casi en exclusiva en el discurso del profesor o actitudes en exceso autoritarias por parte de éste, suelen generar en los alumnos crispación, además de dar escasa cabida a los aspectos más creativos del aprendizaje. Tampoco estaría promovido, bajo este modelo, la puesta en escena de comportamientos más cooperativos, dado, entre otras cosas, el inevitable rol de modelo que el profesor ejerce para sus alumnos.

El equipo de profesionales

Los profesionales de un centro escolar también participan, en cuanto grupo, de un funcionamiento sometido a particulares dinámicas.

Ya se ha nombrado con anterioridad, el impacto que puede causar la presencia de uno o varios chicos con trastornos conductuales en un aula y, aún más, en su centro escolar. Ante este impacto, podríamos plantearnos varias cuestiones: en el curso de los acontecimientos, ¿tiene algo que ver la coherencia del equipo de profesores?, ¿el estilo de jefatura?, ¿la satisfacción en su propio trabajo?, ¿la formación?, ¿los métodos educativos?, ¿la competencia docente?, ¿los recursos frente a alumnos cada vez más problemáticos?, ¿los apoyos que reciben?, ¿las relaciones personales? Seguramente podamos tener ya algunas ideas sobre esto.

Reflexionar sobre estos interrogantes no es fácil. La principal dificultad surge del hecho de poner en cuestionamiento aspectos propios, no centrados prioritariamente en el alumno problemático, en su situación familiar o en lo que podrían hacer otros profesionales (médicos, psicólogos, neurólogos, educadores de calle, etc.). Justo lo contrario de lo que nos surge espontáneamente. Supone poner el acento en lo que sí podemos hacer o en lo que está en nuestra mano modificar. Algo parecido a asumir el refrán «que cada palo aguante su vela».

La complejidad de las situaciones que se plantean en el ámbito escolar, o la soledad en la que se encuentran algunos maestros dentro de su aula, puede hacer que en muchos momentos, se planteen dichas situaciones en términos de imposibilidad y de nula solución.

Transformar esa expectativa de fracaso en términos de búsqueda de posibles vías de cambio requiere de un equipo centrado en esa tarea, ya que dicha transformación no surge por azar o por el mero paso del tiempo.

Es importante caer en la cuenta de que cualquier intervención que se planifique en este sentido partirá de la comprensión que se tenga de lo que está ocurriendo. Esta comprensión puede ser meditada o no, estar sustentada en determinados conocimientos teóricos o no estarlo. Sin embargo, pensada o no, ajustada a los acontecimientos o no, se halla presente en cualquier intervención que se realice. Cuando la comprensión no está avalada por un conocimiento que dé sentido a lo que observamos, puede ocurrir que aparezcan aspectos no racionales, fruto de otro tipo de conflictos (rivalidades, conflictos entre compañeros o con la autoridad, desacuerdos con el proyecto educativo o luchas de poder, desgastes profesionales) y que sean precisamente esos aspectos los que guíen o inhiban las actuaciones. Algunos casos nos pueden ilustrar en este sentido:

Teresa

Teresa tiene 15 años. Repitió un curso en Primaria. Ha suspendido todas las asignaturas. Muestra una gran desmotivación hacia los estudios y no realiza ningún esfuerzo. Manifiesta que no desea estudiar. Ante los profesores muestra una actitud desafiante e incluso violenta. Hacia sus compañeros se producen insultos y agresiones leves junto a destrozos de distintos materiales del aula. Teresa piensa que los profesores sólo se fijan en ella y que le tienen manía. El grupo es conflictivo, con numerosos alumnos repetidores, gran desmotivación, bajo nivel de atención y escasos hábitos de estudio.

La mayoría de profesores se consideran en su labor docente como transmisores de información y conocimientos, dejando de lado otros aspectos de tipo educativo. Como consecuencia de ello, no hay demasiada implicación por parte del tutor en la marcha del grupo. Los canales de comunicación y coordinación no existen o funcionan mal (claustros, reuniones de departamento, entrevistas con familias, etcétera.).

El equipo directivo no actúa como dinamizador e impulsor, adoptando una postura de dejar hacer. Los profesores acuerdan que Teresa sea tratada por el orientador, dados los problemas de conducta que plantea, ya que las constantes expulsiones no están dando ningún resultado.

Rubén

Rubén es un alumno de 13 años con necesidades educativas especiales por su deficiencia mental ligera. Cursa 1.º de la ESO y cuenta con apoyos específicos. Acaba de incorporarse a un Instituto. Presenta además serias alteraciones en su conducta: interrumpe, arremete con frecuencia contra compañeros y profesores y anuncia sus intenciones: «Hoy se va a enterar...», y realmente esa persona se entera. Por la información que se tiene de otros cursos, parece que su comportamiento ha empeorado.

Según la familia, está acostumbrado a hacer lo que quiere y es desobediente. Es el pequeño de cuatro hermanos. Se muestra agresivo con los primos más pequeños. Suele producir un gran nerviosismo a la madre y ésta a veces le pega, ya que arma muchos líos y alborota mucho. Al padre le suele hacer más caso porque se pone más firme con él. Los padres no saben adónde va cuando sale a la calle. Algún hermano le consiente todo y otro no le permite jugar con él.

El tutor de Rubén considera que éste está perdiendo el tiempo y que se lo está haciendo perder a todos. Se siente con muy poca fuerza para hacer nada nuevo, ya que se salta cualquier límite. Considera que al igual que con otros chicos, ha probado todo, y nada ha servido. Comparte con otros profesores la idea de que serían los de apoyo quienes le deberían controlar, ya que es un alumno de integración y tienen más tiempo y menos alumnos. No se ha producido un clima favorable como para llegar a diferenciar qué objetivos van a ser abordados desde un lugar u otro, tanto en los aspectos escolares como en los conductuales. La realidad es que está pasando más tiempo en el aula de apoyo.

A nivel general, existe un desacuerdo en cómo se distribuyen y organizan los apoyos en el centro, sin haber podido consensuar aún el equipo docente criterios mínimos de funcionamiento. Los profesores no están de

acuerdo con que se saque a los alumnos en determinados tiempos e incluso, la queja está a veces en no saber cuándo salen, por lo que no pueden planificarse. Los profesores de apoyo se sienten muy molestos y a veces rechazados por sus compañeros. Piensan que no se acepta su papel y que tienen que ir tras ellos para hablar de los alumnos e incluso consideran que algunos compañeros les evitan.

Se está en fase de elaboración del Proyecto Curricular. No se cuenta con adaptaciones curriculares ni materiales adecuados para alumnos del Programa de Integración. Existen quejas generalizadas sobre la escuela pública, y concretamente sobre el Programa de Integración. Un pequeño grupo de profesores jóvenes piensa de otra manera y desearía hacer otras cosas, pero no se atreven a hablar en exceso en el claustro y se encuentran sin apoyo en el equipo. A veces dicen que da la impresión que los alumnos son sus enemigos y que habría que cambiar esto.

Ismael

Ismael es un chico de 14 años que cursa 2.º de la ESO. Realizó la Primaria con resultados positivos. Convive en acogida familiar con sus abuelos desde pequeño, por problemas de drogodependencia de sus padres, que persisten en la actualidad. Ambos abuelos tienen 79 años. Una hermana de Ismael, de 18 años, que convivía con ellos, se fue el año pasado con la madre. Esta hermana también tiene problemas con drogas, aunque se siguen viendo y tienen buena relación. Ismael dice de su hermana: «Antes estaba loca porque se tomaba de todo y eso te deja el cerebro hecho polvo, pero ahora sólo vende chocolate¹. Quiere que yo vaya limpio y me regala ropa de marca que compra en sitios que son más baratos porque la roban». El abuelo siempre ha estado en contacto con el colegio y se ha interesado por los estudios de Ismael, pero ahora se encuentra cansado y desbordado, sin comprender nada de lo que está ocurriendo.

Ismael empezó a tener problemas el curso pasado. Se formó un grupo nuevo. Varios alumnos presentaban problemas de disciplina y fueron expulsados en alguna ocasión. Empezó a negarse a hacer lo que los profesores le mandaban, a contestar de mala manera, explotar globos en clase, dar patadas a las puertas y a saltarse las normas de convivencia básicas. Algún compañero le ha acusado de robar materiales y pertenencias, aspecto que él niega. Otros le utilizan, mandándole hacer cosas que ellos no se atreven, mientras que otros más manifiestan mucha paciencia y autocontrol hacia él.

¹ Hachís.

Esta situación se fue agravando según avanzaba el curso, por lo que Ismael pasa bastante tiempo en el pasillo. Su nivel curricular está bajando mucho.

Por diferentes motivos, las aulas empezaron con escasa dotación, aspecto poco agradable, importantes problemas de acústica y espacios poco adecuados, pese al esfuerzo del equipo directivo. No existen espacios donde los profesores puedan reunirse o aislarse de los alumnos en determinados momentos. En las reuniones de claustro y coordinación se produce una cierta crispación. Esta situación hace muy fácil la crítica destructiva sobre lo imposible que es trabajar en esas condiciones y sobre lo mal que están (la situación es verdaderamente extrema). Se habla del comportamiento de los alumnos en cualquier pasillo y se ha creado un clima en el que cualquier falta de éstos se añade a la ya precaria situación como «gota que colma el vaso», generando un malestar e insatisfacción cada vez mayor, junto a una gran sensación de impotencia. Su tutor y algún profesor más, que al principio estaban bastante cercanos a Ismael, comprendiendo su situación familiar, y que estaban convencidos de que maduraría y su comportamiento sería mejor, han tirado la toalla.

Se tiene la idea de que el orientador poco va a poder aportar, ya que no es quien sufre a los alumnos y que encima les va a complicar más con sus estupidas teorías.

En los casos anteriores se han presentado situaciones cotidianas, donde se puede observar un funcionamiento en el que está disminuida la capacidad para realizar evaluaciones previas, discriminar problemas correspondientes a unos y otros y ensayar nuevas vías de solución para los conflictos. El equipo de profesionales se cuestiona poco sobre sus propias actuaciones y tiene dificultad para llevar a cabo una tarea conjunta y complementaria (cada uno desde su función). Se aprecia una especie de inercia en las actuaciones, sin que éstas obedezcan a algún objetivo o fin consensuado. Se producen generalizaciones sobre el comportamiento de los alumnos, expectativas de cambio escasas o poco realistas y procesos poco definidos para conseguir dicho cambio, por lo que no resulta fácil ir constatando los avances o retrocesos y el motivo de los mismos.

Con frecuencia, las medidas fundamentales que se toman son estereotipadas para casos similares, sin tener en cuenta las particularidades del chico, grupo, centro escolar, etc., y se centran fundamentalmente en «sacar fuera» al alumno conflictivo. No se tiene en cuenta, por tanto, el

grado en que otro tipo de tensiones dificultan la posibilidad de un trabajo más productivo.

La ausencia de hipótesis sobre lo que está ocurriendo bloquea la búsqueda de vías de acción a distintos niveles (alumnos, familias y maestros), produciéndose diferentes formas de desánimo en los profesionales y resultados insatisfactorios con los alumnos. Si alguien aporta una idea nueva, ésta produce oposición o rechazo.

El afrontamiento de trastornos conductuales en el ámbito escolar, al igual que con cualquier otra tarea, requiere de un funcionamiento del equipo educativo, centrado en la consecución de dicha tarea. Al igual que a nadie se le ocurriría pensar que un alumno con problemas en la adquisición de las matemáticas superaría dichos problemas por el mero paso del tiempo, o por decirle que aprenda, por suspenderle, por comentarlo con los otros profesores, etc., tampoco en el abordaje de trastornos conductuales, la simple constatación, las órdenes o medidas punitivas o de segregación serán suficientes para producir un cambio.

Bion (1961) habla de una serie de características imprescindibles para que un grupo pueda ser definido como un *Grupo de Trabajo*, es decir, un grupo que tiene como fin la consecución de una tarea. Destacaríamos:

- Requiere de sus miembros capacidad de cooperación y esfuerzo.
- Las funciones y tareas están delimitadas, siendo cada persona responsable de su parcela correspondiente.
- Se necesita de cierta madurez y entrenamiento para participar en él, ya que no se mantiene espontáneamente.
- Implica contacto con la realidad, tolerancia a las frustraciones y control de las emociones.
- Supone la utilización de métodos racionales/científicos, basados en teorías que los sustenten y no en opiniones meramente personales.
- El líder (coordinador, director, orientador) es una persona eficiente, capaz de proporcionar posibilidades de que la tarea se realice con expectativas realistas.
- Utiliza el intercambio verbal para analizar y valorar las situaciones y de este intercambio se derivan acciones consensuadas a llevar a cabo.

- Las ideas nuevas son tenidas en cuenta, por lo que promueve el crecimiento grupal.
- Permite evaluar tanto distintas fases del proceso como los resultados, por lo que se pueden introducir modificaciones ajustadas.

En todos los aspectos anteriores, el *equipo directivo* tiene un papel fundamental a desarrollar. Como *dinamizador y modulador* del funcionamiento del equipo docente, su intervención nunca será neutral a la hora de impulsar cambios en su dinámica. Así, tanto su esfuerzo por motivar la elaboración y actualización de instrumentos (Proyecto educativo, curricular en su diferentes dimensiones, adaptaciones...) como favorecer una organización que permita espacios de discusión y creación, que eviten la inercia institucional, serán fundamentales.

La reflexión sobre los diferentes procesos mencionados nos lleva a la necesidad de contar con una especie de *diagnóstico comprensivo*, que incluya tanto al chico con problemas, como las características del grupo de alumnos y la dinámica de funcionamiento del equipo docente, ya que se produce una interacción permanente y de ida y vuelta entre unos y otros.

Sería un aspecto a evitar prioritariamente, el caer en la misma premura o ausencia de pensamiento que el chico con trastorno de conducta, llevando a cabo acciones impulsivas que, posiblemente, no mejoran el curso de los acontecimientos, sino a veces todo lo contrario. Son con frecuencia estas acciones no meditadas las que pesan en la «mochila» de «lo he probado todo» y que sirven para la impotencia y el desgaste de profesionales y alumnos.

El trabajo de equipo se convierte en un requisito fundamental que posibilita poder objetivar los acontecimientos y compartir responsabilidades, sobre todo en estas situaciones tan complejas a las que se enfrentan los docentes en su trabajo cotidiano.

Con el fin de no activar nuevamente las mismas ansiedades a las que, por lo general, se ha enfrentado el chico con trastornos de conducta, los docentes, pueden trabajar en dos aspectos fundamentales:

1. *Mejora de la autoestima de los alumnos*

- Reconocimiento individual y público de aspectos positivos, tanto relativos a actitudes como a aprendizajes escolares.
- Transmitir sensación de competencia a través de proponer y exigir el cumplimiento de tareas ajustadas a las posibilidades reales del alumno. No olvidar en ningún caso que los aprendizajes son una fuente de autoestima individual y grupal, ya que estamos en centros escolares.
- Valorar el esfuerzo o la consecución parcial de objetivos, enseñando al chico a relacionar éxito y esfuerzo.
- Promover que el alumno sea responsable de algunas tareas que afecten a todo el grupo.
- Proponer en las tutorías la realización de actividades variadas que promuevan la integración de los alumnos entre sí y que permitan poner en juego aspectos de ellos que favorezcan su autoestima personal.

2. *Establecimiento de límites*

- Coherentes y consensuados y con consecuencias establecidas, que tanto el alumno como el grupo puedan conocer y prever.
- Utilización del recurso de expulsión sólo cuando la conducta interrumpa gravemente la marcha de la clase, procurando que estas salidas del aula tengan un contenido, como por ejemplo la realización de trabajos complementarios que posteriormente puedan ser revisados por el profesor.
- Reflexionar con el alumno sobre las medidas que se tomen, transmitiendo la necesidad de un control personal que sustituya el control externo.
- Organizar los subgrupos o equipos de la clase, teniendo en cuenta características personales de los alumnos y competencia curricular, de cara a conseguir que el propio grupo de iguales actúe como inhibidor de ciertos comportamientos.
- Situar físicamente al alumno en un lugar en que sea más fácil conseguir un comportamiento normalizado, por ejemplo, cerca del profesor.
- El chico debe percibir que el profesor está dispuesto a escucharle y ayudarle, pero que no se le van a permitir comportamientos disruptivos.

Las estrategias anteriores servirán, sin duda, para amortiguar actitudes de rechazo y favorecer la integración de este tipo de alumnos. También hay que constatar que los resultados, en cuanto a la consecución de los objetivos perseguidos, pueden ser variados, dada la complejidad de estos trastornos. Sin embargo, en ningún caso habrá motivo para no poner en marcha las estrategias mencionadas, aunque éstas tengan que ser complementadas desde otros ámbitos.

La función de Orientación

Al orientador se le supone como experto. Con frecuencia se le atribuye el rol de alguien que debe dar solución a los problemas, incluso decir lo que hay que hacer. Pero también puede ocurrir lo contrario, es decir, que por el hecho de no compartir las mismas tareas, tampoco se le confiera la competencia necesaria para darse cuenta, percibir e intervenir con actuaciones cercanas y eficaces ante los problemas de conducta. Esta situación conlleva un grado de tensión importante para el orientador, enfrentado al hecho de tener que demostrar su «valía» profesional, más cuanto menos consolidada esté su tarea en el funcionamiento habitual del centro. Enfrentado a esta situación, el orientador podría estar tentado a identificarse por completo con la visión de tutores o profesores, sin aportar percepciones diferentes, o aportando «soluciones» centradas unilateralmente en el chico. Parecería en estos casos, que la función primordial del orientador sería la de llevarse bien con el resto de profesionales, más que el hecho de aportar una óptica diferente, fruto de su también diferente función y formación.

Al igual que el resto de profesionales, ante situaciones complejas y disruptivas, el orientador, sobre todo en un principio, presenta la *incertidumbre de no saber*. Ese no saber se extiende a la situación concreta que puede plantear un alumno o su familia. También en muchos momentos puede incluso no saber lo que se le pide, lo que se espera de él, en qué medida puede colaborar o qué le ocurre a algún profesor con determinado chico. Con frecuencia se encuentra en medio del alumno y el tutor o de la familia y la dirección, estableciendo distintas alianzas que en ocasiones se contraponen y que hacen su tarea verdaderamente compleja.

A modo de primera condición para llevar a cabo su tarea, el orientador necesita poder tolerar lo incómodo de ejercer un rol distinto, ya que es desde esa óptica diferente, desde la única en que verdaderamente se puede realizar la función de orientación. Debido a esto, también necesitará compartir con otros orientadores los aspectos específicos de su rol, resultando de ello una amortiguación de las tensiones y dificultades derivadas de la realización de su tarea en solitario. El peligro de no utilizar este cauce estaría en el hecho de huir de la tensión por sentirse diferente, a costa de no realizar su específico trabajo.

Es necesario tener en cuenta que cuanto más desorganizado y confuso sea el punto de partida, mayor necesidad tendrá el orientador de discriminar, establecer un orden y un posible método. Así, nos podríamos fijar en algunos aspectos:

1. *Demanda.* Corresponde al momento en el que el profesor (o jefe de estudios, familia...) solicita «algo» al orientador. Es un momento crucial que con frecuencia condiciona el resto de las intervenciones. Sería necesario diferenciar una petición de ayuda para entender o resolver algo, de una queja o una depositación de determinado problema. También es fundamental diferenciar lo que supone ser empático, es decir, hacerse cargo de la situación del otro, por ejemplo del tutor, y captar sus preocupaciones, con «adivinar» lo que éste desea y, para descargarle de tensión, dejarle al margen de las intervenciones. Cualquier proceso que se inicie, sin que las partes implicadas tengan claro su punto de partida, será por lo general complicado y poco exitoso, ya que desde la confusión se suele llegar habitualmente a situaciones de confusión aún mayor.

La explicitación de aspectos en los que un maestro tiene problemas en relación con un alumno y las acciones emprendidas inicialmente para paliar dichos problemas, junto con los resultados obtenidos, constituyen un buen punto de partida para el trabajo conjunto. Si este primer nivel se realiza de forma precisa, será más fácil llegar a un acuerdo inicial sobre los pasos a seguir, sin que ello signifique obligatoriamente una intervención individual con el alumno. A veces debe ser el propio contexto escolar el que se puede intentar modificar en primer término o incidir de forma prioritaria en determinadas interacciones que no estén funcionando de forma adecuada.

Tanto el orientador como el maestro deben tener claro el porqué o para qué de cualquier acción que se realice en aras a la solución de una situación problemática, así como que se *delimiten* tareas y competencias concretas de los pasos a seguir posteriormente. Este aspecto favorecerá la posibilidad de *evaluar* posteriormente el proceso.

Insistiendo en los aspectos anteriores, la definición de la situación problemática debería recoger no sólo datos referidos al alumno, sino las interacciones que perpetúan determinadas situaciones. En este sentido, sería bueno reflexionar sobre el hecho de no aceptar demandas centradas exclusivamente en el cambio de un alumno, ya que así dejaríamos al margen precisamente variables fundamentales del contexto escolar.

2. *Recogida de información.* Incluye datos provenientes inicialmente de la persona que demanda ayuda. En función de estos datos y de la posible intervención posterior, se podrán incorporar otros del propio alumno, familia, otros profesores, etcétera.

La recogida de información tendrá como *finalidad* aportar elementos de comprensión para optar por una u otra intervención. Es obvio, por tanto, que no se trata de recopilar datos de un alumno sin más, sino que tanto la obtención de ellos como su utilización deberán estar al servicio de lo que se pretende conseguir.

Por realizarse en un contexto escolar, se deberá contar también y en primer término, con información referente a la *dinámica grupal* y a los *métodos docentes* aplicados, como elementos presentes en el contexto, que, según hemos visto anteriormente, influyen inevitablemente en el comportamiento de los alumnos. Si lo pensamos, no es raro encontrar también centros educativos tan «desordenados» como sus propios alumnos problemáticos. Así, en el caso del que estamos hablando, no es nada infrecuente la inexistencia de un espacio y un tiempo para hablar de los alumnos, convirtiéndose en conversaciones rápidas, de pasillo, escuchadas por quien esté presente, que se prestan muy poco a la reflexión y la colaboración conjunta entre profesionales.

Un aspecto fundamental a tener en cuenta es el derecho a la *confidencialidad* por parte de familias y alumnos sobre hechos concretos, obtenidos en entrevistas personales, a los que el orientador tiene acceso por su función específica en los centros. Es éste un aspecto a cuidar de

forma especial, ya que a veces un uso inadecuado de datos personales de determinado alumno, lejos de ayudarlo a modificar comportamientos y actitudes, provoca expectativas que sirven para justificar ese «no se puede hacer nada», que deja al chico en situaciones de abandono.

3. *Búsqueda de estrategias.* Hasta ahora hemos visto cómo la presencia de chicos con trastornos de conducta plantea situaciones problemáticas, en las que no hay un único implicado. Conociendo aspectos de la historia personal y familiar de los alumnos, observamos con frecuencia cómo algunos de ellos han sido sometidos a experiencias de abandono, rechazo, falta de límites, etcétera.

Cuando se planifica cualquier intervención, será totalmente necesario intentar buscar en el contexto escolar otras circunstancias que, desde dentro, son «más de lo mismo» de lo vivido por el alumno, es decir, agresión por agresión, rechazo por rechazo, abandono por abandono... Será precisamente en *evitar* ese círculo repetitivo, potenciador de conductas disruptivas, donde se podrá incidir plenamente desde un centro educativo.

Por otra parte, si el equipo docente se halla inmerso en una dinámica grupal poco adecuada para su tarea, pueden también surgir en los propios profesionales conductas parecidas en lo esencial a las de sus alumnos, es decir, reacciones no pensadas, impulsivas, de falta de compromiso, etcétera.

El orientador, a través de su observación y conocimiento del contexto escolar, puede ayudar a que no recaigan en exclusiva sobre los alumnos todas las consecuencias de estas dinámicas.

4. *Reparto de responsabilidades.* La intervención que se planifique nunca puede ser tarea de una sola persona. Debe incluir a todos los participantes en la situación. Definir los trastornos conductuales en términos de interacción entre unos y otros, tiene como consecuencia la necesidad de delimitar los compromisos y responsabilidades de actuación que pertenecen a cada uno. El que alguien, en ese proceso, no cumpla, no exime al resto de sus propias responsabilidades.

Es precisamente este reparto de responsabilidades lo que va a permitir evaluar, reflexionar sobre el proceso e introducir modificaciones. También considerar el porqué de ciertos estancamientos. Posibili-

ta además la sensación de *no estar solo* frente a un problema, al no hacer recaer sobre una única persona el éxito o el fracaso.

En este punto, será asimismo necesario considerar si, por las características de determinado alumno o familia, debe ser derivado a algún otro recurso comunitario y la viabilidad de dicha derivación. Se tendrá en cuenta en estos casos, si existen aspectos que no pueden ser abordados en el ámbito escolar y requieren de otros dispositivos: Servicios Sociales, médicos, Salud Mental, etcétera.

5. *Profesional de referencia.* A lo largo de estas páginas hemos observado que, cuanto más desorganizada sea una situación, mayor necesidad habrá de *alguien* que aglutine y aporte cohesión y coherencia a las intervenciones. Si pensamos en un chico con trastornos de conducta, la posibilidad de un profesional que le sirva como punto de referencia, con el que pueda establecer una vinculación especial y sentirse comprometido, parece un requisito evidente para el avance en una gran variedad de circunstancias. Puede ser el tutor, algún otro profesor o el mismo orientador, pero parece fundamental esta figura, que se preste a un contacto más estrecho con el chico y esté abierto a una cercanía mayor con éste.

Cuando se observan numerosos casos de chicos que han mejorado sus comportamientos, en una gran mayoría de ellos se encuentra la presencia de algún profesor que ha apostado por el chico, le ha exigido unos límites, ha esperado algo diferente de él y se lo ha hecho saber. La existencia de este profesional seguramente le aporta una *referencia para su identidad*, de la que podría carecer hasta entonces.

Como complemento a lo anterior, hay que señalar que, a su vez, el orientador, que ejerce esta misión frente al resto de profesionales, debe contar con el *apoyo de la dirección*, para poder llevarla a cabo y no sentirse en una soledad que le desborde.

En definitiva, el abordaje de trastornos conductuales requiere una labor de equipo, que tenga una línea de intervención consensuada. Esto es lo que permitirá a los profesionales actuar a la vez desde un marco contenedor y con cierta rapidez, frente a la gran premura que exigen ciertos comportamientos.

Recurrir a lo sanitario

Las redes que abarcan los trastornos conductuales llegan también al sistema sanitario. Sin embargo, es precisamente la etapa adolescente, el momento en que los chicos acuden con una menor frecuencia a este tipo de recursos. Incluso en el caso de presentar enfermedades físicas que requieren tratamiento, la adhesión a este Servicio es más dificultosa que en otros momentos, cuanto más si se trata de este tipo de problemática.

La consideración como una pérdida de tiempo, el asimilar la asistencia a ellos como asuntos de mayores, en un sentido despectivo, junto a una visión de cierta omnipotencia, viéndose poco necesitados de otros para resolver sus problemas, acentúan su frecuente inasistencia a este circuito.

Atención Primaria

El médico de Atención Primaria tiene a menudo conocimiento de estas situaciones problemáticas a través de lo que cuentan los padres. Es, en muchas ocasiones, este profesional quien realiza la primera labor de contención en el seno de la familia. También es quien valora la necesidad y posibilidad de derivación a Salud Mental, como atención especializada.

El médico de Atención Primaria, con bastante frecuencia, tiene idea del funcionamiento familiar, conoce a varios de sus miembros y también de la existencia de circunstancias familiares desfavorables. Atiende en primera instancia aspectos relativos a la salud mental familiar, ligados con frecuencia a factores estresantes y problemas de la vida diaria, contando así con datos relevantes e íntimos de las familias.

No es infrecuente, en este contexto, que una madre, por ejemplo, cuente los comportamientos desajustados de su hijo o las quejas que recibe del Instituto por su conducta. Tampoco lo es que el médico entienda esa conducta como fruto de algunos problemas familiares, ya detectados por él mismo.

Un médico sensibilizado puede captar la petición de ayuda de un padre, manifestada en un principio como una queja, y ayudarle a formular

dicha petición. La escucha por parte de este profesional suele ser muy valorada, teniendo un efecto beneficioso en sí misma. Una intervención importante que puede realizar tiene que ver precisamente con la *posibilidad de reflexión* con quien plantea el tema, generalmente la madre.

El médico puede contar con hipótesis propias, que incluyan a algún miembro más de la familia o determinadas experiencias por las que ha atravesado tanto el chico como su grupo familiar para la aclaración del problema. Desde esta perspectiva, una tarea fundamental consiste en no cargar las tintas de forma exclusiva sobre el adolescente, abriendo la posibilidad de cierto cambio, también para otros miembros del sistema familiar.

Este trabajo de *acogimiento* de la situación que realiza el médico de Atención Primaria reviste gran importancia en la posterior evolución de los acontecimientos. Así, la derivación a los servicios de Salud Mental requiere ser realizada después de un trabajo previo de cierto esclarecimiento y compromiso. Si no es así, la derivación caerá en el saco de «lo hemos probado todo sin resultado», del que hemos hablado antes, sin que realmente hubiera condiciones.

El médico de Atención Primaria cuenta con las condiciones necesarias para *derivar* a Salud Mental al adolescente, si ha podido llegar a ese acuerdo personal con él. No sólo por deseo de los padres. Si ese acuerdo no se ha conseguido, la derivación en ese momento sería inútil, aunque se podría seguir realizando un trabajo de concienciación. En ningún caso se trataría de dejarle abandonado a su suerte. No podemos olvidar que en la adolescencia el chico busca sentirse independiente de los padres y que se le considere de esa manera. Si intuye lo contrario, es posible que se pierda su ya precaria posibilidad de colaboración.

El adolescente debe ser tenido en cuenta en *primera persona*, por lo que seguramente producirán un efecto contrario en él algunas maniobras que, con buena intención, se saltan esta premisa. Un ejemplo de esto sería la derivación del adolescente, sin haber sido entrevistado por el médico, como consecuencia del relato que los padres hacen sobre su comportamiento.

Sin embargo, aunque la derivación del chico no sea posible, sí podrá dirigir, por ejemplo, a los padres, como inevitablemente implicados en esa situación, con el objetivo de un cambio en sus propias actuaciones o el fortalecimiento de su rol como padres.

Es frecuente que, ante lo aparatoso de las conductas del adolescente, la familia se presente ante el médico con una urgencia difícil de abordar por éste. Dicha urgencia, incluso viene dada en ocasiones por tener que responder a alguna situación legal complicada en la que el chico se halla inmerso. Se solicita así la derivación a Salud Mental como forma de justificar el comportamiento del chico, incluso con la intención de restar responsabilidades a sus actos. En estos casos de *confusión*, más que en ningún otro, el médico deberá reflexionar sobre la idoneidad y el momento adecuado para la derivación. En muchos de estos casos, con la misma urgencia que aparecen en los servicios, también desaparecen: bien por haber conseguido su objetivo, por ejemplo, un informe para presentar en un juzgado, o por lo contrario, es decir, porque no lo logran.

Es importante no olvidar que el sistema en que vive el adolescente con problemas de conducta involucra todos los contextos en los que se mueve, provocando actuaciones que, lejos de ayudarle, acentúan aún más las complicaciones posteriores. Debido a esto es demasiado frecuente que el profesional, ante este tipo de situaciones, se salte su propio orden de prioridades, su forma de llevar la consulta, el tiempo y horario establecido para sus citas, sus normas de funcionamiento, etc. Sería positivo si el objetivo de esta actuación fuera la adaptación a las necesidades que plantea el adolescente, pero en la mayoría de los casos es el resultado de la pérdida del control del profesional sobre los acontecimientos, al hallarse inmerso en una dinámica de la que le resulta difícil escapar.

Atención especializada: Salud Mental

El primer nivel de asistencia sanitaria especializada de nuestro sistema público lo ocupan los Servicios de Salud Mental, constituidos por equipos multiprofesionales de psiquiatras, psicólogos clínicos, trabajadores sociales y personal de enfermería.

El acceso a estos servicios se realiza a través de otros profesionales, generalmente médicos o pediatras de atención primaria, pero también desde servicios sociales o educativos, quienes valoran la idoneidad de la derivación, según hemos visto en el apartado anterior.

El hecho de situarse en este nivel especializado suscita, tanto en algunos pacientes como en algunos profesionales, *creencias mágicas* sobre las soluciones que pueden ser aportadas. Así, no es infrecuente la idea de que, con sólo acudir, los problemas van a desaparecer, depositando en el profesional un poder por el que lograría conseguirlo. Se observa también la creencia de que se puede cambiar el comportamiento de alguien de forma teledirigida, sin que tan siquiera ese alguien esté presente y sin que desee cambiar o, aún más, sin que se entere. El ejemplo siguiente nos puede ilustrar sobre esta situación:

Martina

Martina es la madre de Alejandro, un chico de 14 años que ha sido derivado desde Atención Primaria por presentar fuertes peleas y discusiones tanto en el ámbito escolar como familiar. Acude ella sola a la consulta. Alejandro ha sido expulsado varias veces del Instituto por este motivo. Ambos padres trabajan por la tarde, quedando al cuidado de una abuela, que no puede controlarle. Con frecuencia, no saben dónde está por las tardes y aparece a horas muy tardías para su edad, poco antes de que llegue el padre, quien no es conocedor de estos comportamientos del chico. Ni el chico ni el padre conocen la petición de consulta. Martina desearía que su hijo cambiara, pero no quiere hablar con él sobre la posibilidad de acudir a consulta, por temor a que se crea que está loco, por eso viene ella. Tampoco desea que el padre se entere, por si toma medidas duras con el chico, que no desearía, ya que en ocasiones se pone violento con él. A su vez, Martina considera que ella ya ha hecho todo, no creyendo que haya nada en lo que ella pueda cambiar.

Al igual que hemos visto en otros contextos, el trabajo en Salud Mental requiere delimitar y crear condiciones para que una ayuda sea posible. Éstas incluirán mayor necesidad de clarificar, cuanto más confusa sea la demanda, o poner límites ante peticiones carentes de ellos. Estas primeras fases constituyen momentos de gran riqueza para la comprensión diagnóstica de los trastornos de conducta.

Es importante diferenciar el comportamiento que, como hemos ido viendo, puede corresponderse con diversas problemáticas subyacentes, del propio diagnóstico comprensivo, que permitirá realizar una intervención posterior.

Un trastorno conductual puede aparecer en distintas estructuras de personalidad. Se puede dar en chicos de inteligencia normal o con déficits cognitivos. También puede resultar funcional o contar con una psicopatología subyacente. Los contextos pueden ser colaboradores o francamente patológicos. Esta gran variedad de situaciones nos remite a la necesidad de dar un sentido a la conducta del chico y planificar los posibles abordajes.

Como venimos insistiendo, es importante que los profesionales, a través de esa comprensión, aporten un sentido que permita modificar, al menos en parte, el curso de los acontecimientos. Así, decir que un chico presenta trastornos de conducta supone solamente el principio de un camino a andar, sin que esta categoría represente en sí misma un significado determinante para el futuro.

Desde Salud Mental, la intervención puede presentar distintas modalidades. En ocasiones, el tratamiento se dirigirá al chico. En este caso, el objetivo tendrá que ver tanto con la *elaboración de aspectos intrapsíquicos como relacionales*, pertenecientes a la historia del adolescente y a su momento actual. El establecimiento de conexiones entre emociones, acontecimientos y conducta será algo prioritario con estos chicos, dada la facilidad con que sustituyen acción por pensamiento. La relación terapéutica permite precisamente el establecimiento de un vínculo, desde el que pueden ser elaboradas situaciones de pérdida, desamparo, agresividad o falta de límites, en un marco de contención y reflexivo.

Sin embargo, en un gran número de casos se podría decir que esto no es posible, bien por falta de demanda, de compromiso o por falta de medios. Tampoco tiene por qué ser lo mejor o lo único válido y mucho menos caer en una idealización de esta modalidad. Las modalidades de trabajo en grupo de chicos con trastornos conductuales y otro simultáneo de padres, ofrecen también importantes posibilidades de reflexión y cambio.

Los trastornos conductuales implican a la familia del adolescente y a otros contextos. Por este motivo, la mayoría de las intervenciones deben realizarse asimismo con los padres del adolescente, solos o conjuntamente con éste, o en ocasiones también con los hermanos. No es infrecuente que en estos casos existan varios hermanos con problemas conductuales o emocionales, o que el padre o la madre también estén

en tratamiento, por lo que los abordajes familiares, que rompen de forma conjunta dinámicas patológicas establecidas, tienen mucho sentido.

Desde los Servicios de Salud Mental se suele tener acceso a un nivel de información íntima de acontecimientos definitivos para la vida del chico y de sus familias, que sólo adquieren una significación emocional en el contexto de una intervención terapéutica. Es frecuente que estos momentos coincidan con posibilidades de cambio para la familia o para alguno de sus miembros.

Sin embargo, también con bastante frecuencia tanto los centros educativos como los Servicios Sociales detectan situaciones muy conflictivas cuyos participantes, si acuden, presentan escasa adhesión, asistencia irregular y poca implicación. En estos casos, el *trabajo conjunto y coordinado* con los servicios derivantes sería la atención prioritaria a realizar. Se trataría así de dar una respuesta a quien plantea una necesidad y solicita una ayuda. Este trabajo resulta fundamental en una gran variedad de casos con los que nos encontramos en la práctica diaria.

Por último, no hay que olvidar que la eficacia de la acción y tareas que se realizan *nunca es ajena* a la propia organización de los servicios y la dinámica de funcionamiento de los profesionales (como hemos visto ampliamente en el apartado de centros educativos). Si ambas presentan dificultades importantes, será más difícil centrarse en el tratamiento de los adolescentes, por lo que las intervenciones pueden ser más costosas e ineficaces o incluso iatrogénicas. En estos casos sería recomendable un trabajo institucional que permitiese la elaboración de las propias condiciones, de forma que los profesionales puedan centrarse prioritariamente en la tarea que les atañe.

CAPÍTULO 8

INMIGRACIÓN Y ADOLESCENCIA

Creí que era una aventura,
pero en realidad era la vida.

Joseph CONRAD

Amina

Amina tiene 15 años. Acaba de llegar con sus padres y hermanos. Aún no conoce la lengua. Han comenzado a vivir en un piso compartido junto a otros compatriotas, aunque esperan que sea por poco tiempo, el que necesiten sus padres para encontrar un trabajo. Se ha incorporado al Instituto de su barrio, donde se encuentra totalmente perdida. Por las noches llora a escondidas. Añora su país, a sus amigos y a sus abuelos, a los que estaba muy unida.

Jonathan

Jonathan tiene 16 años. Por fin ha logrado su deseo: venir junto a sus padres. Ellos emigraron cuando él tenía cuatro años, quedándose al cuidado de su abuela materna y de sus tías. Otro hermano, dos años mayor, se vino con los padres. Siempre han enviado dinero para su cuidado, fotos y regalos. También hablaban por teléfono con regularidad. Desde que los padres consiguieron sus papeles, recibió visitas de ellos y de su hermano en tres

ocasiones, envidiando, aún más, en esos momentos, esa otra vida a la que pertenecían. Ahora se siente extraño, como si no fuera él mismo. No se adapta al piso en el que viven, en el que se siente como atrapado, y a no ver el mar. Sin embargo, lo que le resulta más difícil es pasar casi todo el día solo, por el trabajo de los padres, que el hermano haga su vida sin contar con él y las frecuentes discusiones de sus padres, que nunca hubiera imaginado. Menos mal que ha encontrado un grupo de chicos de su país con quienes hablar y pasar el rato.

José

Los padres de José llegaron unos meses antes de nacer él. Ahora tiene 15 años. Aquí nacieron también sus dos hermanas. Más tarde llegaron algunos tíos y sus abuelos maternos. Le cuentan lo difícil que fue en un principio, tanto la decisión de venirse, dejando todo lo suyo, como la soledad cuando él nació, sin la familia cerca, el padre trabajando todo el día y la madre sin apenas conocer a nadie, pero él no se acuerda de nada de eso. Nunca ha estado en el país de origen de sus padres. De pequeño, en el colegio, siempre se sintió como uno más, a pesar de que se confundían al decir su apellido. De un tiempo a esta parte, las cosas han cambiado mucho. Han ido llegando cada vez más inmigrantes a todos los cursos. Se están produciendo diferentes bandos y hay frecuentes peleas. Considera que, aunque no quieras, te encuentras envuelto en alguna movida. Algunas veces se lleva las culpas sin haber hecho nada, según su opinión, sólo porque creen que no es de aquí, aunque él sí lo es. Cada vez está más harto de estas cosas y empieza a dudar de qué lado ponerse.

William

William tiene 13 años. Está en el aeropuerto junto con sus padres. Llevan una maleta llena de regalos para la familia, aunque sólo hace unos meses de la última visita. Los padres son profesionales cualificados, satisfechos con el trabajo y con las relaciones sociales actuales. Les costó dejar a la familia, pero no lo llevan mal, ya que el contacto es bastante continuo, recibiendo con frecuencia a familiares y amigos en su casa. En su país de origen se van a encontrar con su hermana, de 20 años, que también va a acudir a casa de los abuelos, por ser Navidad. Ella estudia en una universidad que tiene prestigio en la carrera que ha elegido, en otro país diferente, compartiendo piso con estudiantes de distintas nacionalidades, lo que le resulta muy enriquecedor por la confluencia de distintas culturas. Cuando escuchan las

abundantes noticias sobre inmigrantes, parece que están hablando de otro mundo, ya que no se encuentran reflejados en nada. William nunca se ha encontrado, en los tres años que lleva aquí, a nadie que le haya discriminado por ser de otro país, del que él, al igual que sus padres, se siente muy orgulloso.

Podríamos seguir poniendo numerosos ejemplos que nos mostrarían la gran variedad de situaciones a las que se enfrenta el adolescente inmigrante. Dicha variedad hace particular y única su experiencia, aunque ésta se encuentra atravesada, en todos los casos, por un antes y un después, que incluye tanto al propio chico como a su familia, a los que se van y a los que se quedan. Siempre hay dos puntos geográficos y emocionales conectados, entre los que discurre el «ser inmigrante». Tanto el país de origen como el de acogida están presentes en sus vidas, llenándola así de emociones y significados.

Reflexionar sobre el proceso de inmigración en la adolescencia, nos lleva a relacionar las conquistas específicas que debe realizar el chico, de las que hemos hablado ampliamente, con los avatares del propio proceso migratorio, su influencia y consecuencias. Por otra parte, también intentaremos acercarnos en este capítulo a los anhelos y temores comunes presentes en cualquiera de las circunstancias.

Los procesos migratorios suponen una ruptura de la continuidad en un determinado espacio y cultura, pero también, un proyecto lleno de esperanza en la mayoría de los casos. El desequilibrio que supone lo que se deja se compensa con la espera de un futuro mejor. Los sentimientos y emociones ligados a lo que se pierde, fundamentalmente añoranza y pena, junto a la ilusión, curiosidad y deseo por lo nuevo, suelen ser compartidos por el chico y familia. Pueden ser transmitidos por ésta, pero también son fruto de sus propias expectativas y vivencias. El deseo de descubrimiento y de abrirse a nuevas experiencias, presente de forma especial en estas edades, propicia que en la adolescencia la adaptación sea más rápida que en otros momentos de la vida.

¿Por qué la inmigración es un riesgo para el adolescente?

En un sentido amplio, podríamos entender la inmigración como un factor de riesgo para el proceso de maduración del adolescente, que será

mayor cuanto mayores sean las dificultades que debe afrontar o que haya afrontado el chico. Aun así, como en toda situación de riesgo, las consecuencias serán diferentes en función de las características personales del chico y la presencia de otros factores protectores, que puedan realizar una función de cuidado y contención en las situaciones difíciles. En un mismo tiempo van a coincidir dos fenómenos de transición: el de la adolescencia y el de la inmigración.

Si tal y como hemos señalado en otros momentos, la biografía individual marca el proceso de transición a la vida adulta, en la inmigración dicha biografía va a tener un peso importante en el desarrollo de todo el proceso. Debido a aspectos individuales, las reacciones pueden ser muy diferentes ante situaciones parecidas, aunque también las circunstancias exteriores condicionan la evolución personal. Como en tantas otras cosas, no se puede entender el proceso de inmigración sin considerar la interacción entre lo individual y lo relacional, lo que ocurre dentro de la persona y su propio entorno.

Los fenómenos migratorios obligan tanto al chico como a su familia a afrontar numerosos cambios, con sus consiguientes esfuerzos por adaptarse a las nuevas condiciones vitales. Estos cambios generan en sí mismos un estrés significativo, lo que constituye un factor de riesgo para el desarrollo armónico del adolescente. Los siguientes aspectos nos pueden ayudar a concretar algunos de estos elementos, centrándonos prioritariamente en los aspectos más psicológicos.

Los momentos previos

El proceso de inmigración para el adolescente comienza con bastante frecuencia antes de iniciar su viaje. Independientemente de la edad y de que venga o no con su familia desde el primer momento, el chico participa emocionalmente de una etapa inestable, ya que los padres deben afrontar el hecho de tomar una decisión muy importante sobre su futuro.

Si las circunstancias vitales son tan extremas como para que se planteen la migración como única salida, también estas circunstancias constituirán en sí mismas un elemento de dificultad que habrá hecho más vulnerable al chico. No hay que olvidar que, ante condiciones de vida

muy precarias, en las que lo prioritario es el cómo sobrevivir diariamente, las necesidades afectivas y la transmisión de valores educativos pasan fácilmente a segundo plano.

Pero aun siendo mejores las condiciones, o incluso en el caso de que la emigración suponga claramente una mejora para la familia, cuando ésta se plantea emigrar, se pone en marcha un mecanismo que hace aflorar muchos temores e incertidumbres. Fruto de ellos también se hacen más inseguras las relaciones. Ante esta inestabilidad, lo que surge con más fuerza es la necesidad de aferrarse a los vínculos familiares y conocidos, mientras que, paradójicamente, el proceso implica muchas separaciones. Este fenómeno pone en evidencia las partes más débiles y carenciadas, tanto del chico como de su familia, afrontando en estas circunstancias el proceso migratorio.

Los modelos familiares

La situación de migración afecta a las estructuras familiares, produciéndose importantes cambios. Se modifican las relaciones entre los propios adultos y entre éstos y sus hijos. Cuando padres e hijos no emigran juntos, se pierde la posibilidad de compartir experiencias, de conocerse más íntimamente y de conocer las distintas etapas por las que atraviesan los chicos, así como sus transformaciones y necesidades.

La sensación de vacío producida por la migración de los padres es paliada por la relación con otros miembros de la familia, en quienes delegan la función paterna. Sin embargo, en los procesos migratorios se producen otras muchas modificaciones familiares: unos se quedan y otros se van, con múltiples combinaciones. Con frecuencia, uno de los padres sale del país en primer lugar, incorporándose posteriormente el otro padre, solo o acompañado de los hijos. La educación de éstos se ejerce así en diferentes periodos de forma monoparental, añadiendo, como ya hemos visto en otros capítulos, mayor carga y dificultad en su ejercicio. El momento de unirse los diferentes miembros de la familia es escalonado, con tantos sucesos entremedias como los que conlleva la vida en su día a día. Unos comparten con otros ciertas experiencias de las que también otros quedan excluidos. La distancia geográfica promueve alianzas que traspasan las habituales entre padres o hermanos

para configurarse otras en función de la cercanía. Los celos y rivalidades entre los diferentes miembros de la familia son frecuentes por este tipo de motivos. Por otra parte, con la distancia, son también frecuentes las rupturas matrimoniales y la formación de nuevas parejas, incorporándose los hijos de unos y otros en tiempos y etapas diferentes, lo que añade dificultad para la formación de vínculos estables y para el sentido de pertenencia familiar.

Además, los chicos tienen que separarse posteriormente de los abuelos, tíos, etc., que les han cuidado en ausencia de los padres, produciéndose nuevas fracturas emocionales. Con todos estos cambios, la posibilidad de prestarse apoyo a nivel familiar es más escasa. También es fácil que los niveles de comunicación y cohesión familiar estén alterados y que sea dificultoso el ejercicio de la parentalidad.

Como consecuencia de todo lo anterior, el sentimiento de continuidad y seguridad básicas, necesario para encarar la propia vida, puede quedar bastante menoscabado, haciendo más complejo el punto de partida del adolescente.

Actitudes discriminatorias

Cada vez con mayor frecuencia se tiende a hablar de «población inmigrante», como si fuera un grupo compacto, con características rígidas y, además, negativas. Determinadas circunstancias sociales actuales, como el incremento de personas que entran irregularmente a nuestro país, junto a la forma en que los medios de comunicación transmiten noticias en las que están implicados determinados inmigrantes, hace que la opinión sobre este proceso esté plagada de tópicos y prejuicios que impiden acercarse a esta realidad y comprenderla sin desconfianza.

No debemos olvidar que el fenómeno de la inmigración está conformado por muchas personas con su propia realidad. La asociación que se hace con demasiada frecuencia entre inmigración, marginalidad y delincuencia produce, en muchos casos, en el adolescente inmigrante, un sentimiento de inferioridad o vergüenza ante su propia cultura. Se instala así una considerable sensación de malestar consigo mismo y de hostilidad en las relaciones interpersonales.

Igualmente, la consideración de que los inmigrantes quitan el trabajo o los beneficios sociales sitúa a «los de aquí y los de allí» en una posición de pugna. Es decir, la desconsideración del inmigrante como persona individual, a través de dichos supuestos aplicados a nivel general, provoca en él importantes reacciones que se manifiestan en la forma de sentir, de percibir la realidad y de comportarse con otras personas.

En un momento evolutivo en que una de las principales fuentes del autoconcepto y valoración personal proviene de la imagen que el entorno le devuelve de sí mismo, los aspectos anteriores pueden tener consecuencias nefastas para el sentimiento de autoestima del adolescente. En el peor de los casos, esa imagen puede ser una imagen sin rostro, donde lo individual no se reconoce, convirtiéndole así en un sujeto desvalorizado.

Las actitudes discriminatorias generan violencia, constituyendo ésta una importante fuente de riesgo en el crecimiento de cualquier adolescente, por lo que implica de imposibilidad de relaciones sociales sanas y de impedimento para su integración social. Por otra parte, las capacidades potenciales del adolescente inmigrante también pueden ser frenadas si el entorno le excluye por el simple hecho de ser inmigrante.

No podemos dejar de pensar que cuanto mayor es la privación social del chico y su familia, mayor suele ser la aplicación indiscriminada sobre ellos de las actitudes xenófobas mencionadas anteriormente. Por el contrario, es raro que se produzca rechazo cuando el nivel social, cultural y económico al que pertenece son valorados en nuestra propia sociedad, como hemos visto en el caso de William. El estatus social, con todos los condicionantes que conlleva, y las circunstancias familiares, son elementos que marcan de forma significativa el proceso de inmigración, haciendo éste más o menos estresante.

Es evidente también que cuantas más condiciones desfavorables, mayor dificultad tendrá el chico para encarar y afrontar su proceso de adaptación. Así, la consideración de él y su familia como legal o ilegal, la posibilidad o no de acceso al sistema educativo, la segregación en determinados barrios o su integración en lugares normalizados, el grado de tolerancia del país receptor en cuanto a su cultura y religión, etc., son todos ellos elementos a tener muy en cuenta a la hora de valorar el proceso de adaptación del adolescente inmigrante y al considerar sus riesgos.

Las actitudes discriminatorias se enmascaran con frecuencia bajo el argumento de la imposibilidad de integración de culturas diferentes. A veces son mensajes sutiles o dobles mensajes. Se espera que el que viene de fuera adopte las normas y costumbres, sin que el resto deba modificar nada. Parece que el que llega debería dejar de lado su propia cultura para hacerse «uno más», lo que le coloca en una situación imposible, a la vez que esto constituye un riesgo en su proceso de identidad personal, que, por otra parte, está conquistando en la etapa adolescente.

La llegada

El momento de llegar es un acontecimiento crucial para el adolescente. Como ya hemos visto, no todos parten de la misma situación familiar. De la misma forma, algunos han deseado el viaje, mientras que otros lo hacen a la fuerza. El entorno con el que se encuentran puede ser afable u hostil. Con frecuencia, el chico no sabe por cuánto tiempo viene o las condiciones en las que va a vivir o en las que se encuentra su familia, lo que produce, incluso desde antes, desconcierto. Sabe lo que deja, pero no tiene claro lo que va a encontrar. En el peor de los casos, también la lengua puede serle desconocida, lo que le sitúa en una peor circunstancia para su integración social.

El momento de la llegada produce en el chico una especie de estado de alerta, en el que se va a fijar con mucha intensidad en todo lo que le rodea. Dicho estado tiene la función de comprobar en qué situación se encuentra él mismo: el grado de conformidad con la circunstancia de estar en otro país, el cumplimiento de las expectativas que había imaginado y, de forma fundamental, el grado de aceptación o rechazo por parte de las personas que le rodean. En relación con la actitud que observe en los demás hacia él, también se va a sentir más o menos fuerte para emprender un proyecto personal, que habitualmente desea mucho, a todos los niveles. Por otra parte, el bienestar, la tranquilidad y la esperanza que le transmiten o no las personas que le rodean, también actúa como una especie de modelo de lo que puede ser su propio futuro, con lo que le puede suponer de atracción o desilusión.

La llegada provoca en el chico diferentes sentimientos y comportamientos, a veces contrapuestos, dependiendo del momento concreto.

De una u otra forma suele estar presente la nostalgia, que expresa el sentimiento de echar de menos a la familia y a los amigos que ha dejado. El deseo de volver y ser consciente de la dificultad que esto entraña, junto con la atracción por el cambio y por el futuro nuevo que se abre para él, también produce sentimientos ambivalentes y contradictorios. Por otra parte, la percepción de las diferencias en la manera de ser y de vivir de otros chicos de su edad provoca, en no pocas ocasiones, importantes inseguridades, que le pueden llevar a aislarse o a buscar la relación sólo con chicos inmigrantes.

La familia y la escuela representan dos pilares básicos en los que se apoya el adolescente en su proceso de tránsito. La estabilidad familiar, la posibilidad de aportarle seguridad como fruto del afecto, el grado de tolerancia de las dificultades y la capacidad de transmitir ilusión ante el cambio son elementos fundamentales en el pronóstico de la evolución del chico inmigrante recién llegado.

Además de lo anterior, la posibilidad de acceso o no al sistema educativo, junto con el tipo de acogida en el mismo, son también variables prioritarias en el proceso de integración del adolescente. La entrada en la escuela es un momento especial, por todo lo que representa de oportunidad para la socialización y el encuentro con otros chicos de su edad, pero a la vez, frecuentemente, también es el lugar donde se encuentra con actitudes de discriminación, expresadas sin ningún reparo por parte de algunos compañeros, con el sufrimiento que esto conlleva. La acogida que recibe el chico en los primeros momentos marca las futuras relaciones, como momento de apertura y deseo o como temor frente a lo desconocido. El caso de Joaquín nos puede ayudar a ejemplificar el momento y las dificultades de la llegada.

Joaquín

Joaquín es un chico de 17 años que llegó a España hace pocos meses. Vino por deseo propio, con el proyecto de «estudiar y hacer una vida», ya que considera que en su país hay mucha pobreza y desempleo. Sus padres se separaron hace años; el padre permaneció en su país y la madre emigró a España. Él vivió con su abuela materna, a quien considera como una segunda madre. Allí, el padre mantiene una buena posición económica y social y ha formado otra familia con nuevos hijos. No se despidió de él, ya que no

estaba conforme con que se viniera. Sin embargo, la madre ha compaginado diversos trabajos sin cualificación y temporales, teniendo una vida más dura. Cuando Joaquín llegó, conoció también al nuevo marido de la madre. Reconoce que éste le ha acogido con cariño y se porta bien, pero él se siente celoso. Con la madre tiene frecuentes peleas por su escasa colaboración en las tareas de casa, llegar tarde, etc. Parece que no se entienden bien. Él desearía estar más tiempo con ella a solas, por lo que le molesta la presencia de su marido y se pone de mal humor, lo que le hace estar en desacuerdo casi por cualquier cosa. Cuando está en casa, pasa mucho tiempo en su habitación.

Llegó al Instituto de su barrio recién empezado el curso. Su tutor le presentó al resto de los compañeros y encargó a uno que le dijera los horarios. Allí ha conocido a bastantes chicos, pero dice sentirse inferior por su aspecto, por ser «moreno». El resto ya se conocía de otros cursos, por lo que se nota un poco retraído y habla poco. Tampoco los demás se dirigen especialmente a él. No conoce bien sus costumbres y nadie se las explica. En su país era buen estudiante, pero aquí se enfrenta a muchas tareas para las que no se encuentra preparado, por lo que se está quedando «de los últimos». Tampoco se atreve a preguntar a los profesores. Se ve muy diferente a los otros chicos, en los gustos y en la forma de vestir y expresarse, por lo que se ha empezado a relacionar fundamentalmente con otros dos compañeros inmigrantes, aunque de distinto país al suyo. Con ellos está cómodo y puede hablar de su país y el de los otros y de cómo se encuentra.

En muchos momentos siente como si su vida se hubiera truncado y le entran ganas de volver, pero también en muchos otros cree que tiene que luchar porque aquí ve más futuro y tiene esperanza en superar los momentos difíciles.

Joaquín se encuentra en un momento en el que se hace muy patente la discontinuidad de lo conocido para él hasta entonces. En lo desconocido también se incluye él mismo: una nueva inquietud ante la imagen física que muestra su color diferente, su forma de afrontar las relaciones o de reaccionar ante nuevas circunstancias. La franja entre el antes y el ahora es una especie de vacío que se cubre a duras penas, aunque está presente el deseo de llenarlo. En estos momentos duda de si es guapo o feo, de si puede ser atractivo como lo era antes, si es o no inteligente, dadas sus dificultades con los estudios, de si su padre tendría razón y hubiera sido mejor quedarse en su país y también del lugar que ocupa para su madre y su pareja, ya que, también ellos, se sienten molestos por las

discusiones. Cuando estaba en su país, añoraba a su madre, y desde que está aquí, al resto de la familia, sin comprender bien qué sentimiento es más fuerte. La confusión le impide saber con frecuencia quién es él mismo ahora, por lo que se agobia y se aísla. Las cosas no están resultando fáciles, pero tampoco excesivamente difíciles, excepto en algunos momentos. Cuando está más tranquilo, ve posible adaptarse y hallar su sitio, ya que encuentra ventajas a quedarse. Se ve con fuerzas y espera superar las dificultades, al igual que ha hecho en otros momentos.

Encuentros y desencuentros

El tiempo que pasa desde que los padres o alguno de ellos emigra y el momento en que viene el chico es a veces breve y otras pasan años o la separación es casi definitiva. Los motivos por los que los padres emigran, la decisión de llevar o no consigo a los hijos o en qué momento, la aceptación voluntaria o forzada del adolescente a su marcha, los vínculos que dejan en su país y los que traen consigo, son variables que harán más fácil o dificultoso su proceso de inmigración.

Cuando los padres o uno de los padres emigra solo, suele ser con la intención de asumir en primera persona el impacto inicial de la emigración. En general, está presente la idea de proteger al resto de la familia, fundamentalmente a los hijos, y poder reunirse cuando las condiciones, sobre todo económicas, sean mejores. Como efecto de estas reagrupaciones, los diferentes miembros de la familia se van encontrando en diversos momentos con puntos de partida muy diversos, fruto de experiencias no compartidas. La relación entre padres e hijos varía inevitablemente cuando se producen esas separaciones, a veces por periodos tan largos, que unos y otros se convierten en desconocidos.

Cuando los padres han dejado hijos muy pequeños en su país y los traen en la etapa adolescente, es como si vivieran con ellos por primera vez. Para el adolescente se une el haber sido sacado de su país para convivir con alguien, que sabe que son sus padres, pero a la vez son extraños. El intento de evitarse un sufrimiento, hace que con frecuencia se hayan ocultado o disfrazado, por ambos lados, acontecimientos y sentimientos dolorosos, con lo que conlleva también de alejamiento y desunión entre todos.

Por lo general, los padres sufren intensamente durante un periodo de tiempo largo, cuando dejan a los hijos en su país de origen. También es frecuente, si las separaciones son largas, que se sientan culpables por no haberlos traído consigo, pese a los motivos que hayan tenido para ello. Este sufrimiento se va aminorando, como necesidad de supervivencia para los padres, distanciándose inevitablemente de los hijos a nivel emocional, aunque no puedan reconocerlo. Los hijos pueden seguir siendo muy importantes, desear que estén junto a ellos, pero con sentimientos menos intensos. A veces, los sentimientos de culpa aumentan cuando los padres sufren menos o viven mejor, sintiendo que están traicionando al hijo de esa manera.

A su vez, los hijos que se quedan también sufren una pérdida de la que «sí se enteran aunque sean pequeños», pese a lo que a veces necesitan creer los padres. En el peor de los casos, los padres o alguno de ellos se van sin habérselo anunciado y sin despedirse, con la justificación de que no desean hacerles pasar ese mal rato, lo que genera angustia e incomprensión ante lo que se vive inevitablemente como un abandono. Las explicaciones de los allegados, así como el cuidado que reciben de ellos van haciendo que los chicos puedan tolerar la situación, aunque es frecuente que persista esa huella de forma imborrable.

Por extensión de esta situación, es muy fácil que en el transcurso de la vida, evalúen su realidad y su relación con los demás con ese tipo de claves: la de sentirse acogidos o abandonados, aceptados o rechazados, cuidados o despreciados. Suelen necesitar más demostraciones para sentirse queridos y son especialmente sensibles ante actitudes habituales, pero que pueden ser interpretadas por ellos como hostiles, respondiendo en consonancia con sus sentimientos.

El deseo de estar junto a los padres suele persistir a lo largo del tiempo, aunque también se apeguen a los que les cuidan, pudiendo vivir, en la mayoría de los casos, de forma tranquila su día a día. Cuanto mejor sea la calidad de ese apego y más segura la vinculación con sus cuidadores, mejores condiciones tendrá el chico para afrontar cualquier circunstancia de su vida, incluida su posible partida junto a sus padres, aunque también les cueste desprenderse.

La mayoría de los padres desean traer a los hijos, tanto por considerar que así van a ofrecerles un futuro mejor a nivel de estudios, trabajo y condiciones de vida, como por el hecho de estar juntos. Cuando se

han visto en algún periodo vacacional, todo ha sido extraordinario, girando en torno al encuentro y a su presencia.

Con mucha frecuencia, la lejanía provoca expectativas idealizadas sobre cómo son los hijos y los padres, y de cómo debe ser el estar juntos. Se considera a veces que esta circunstancia es la que va a hacer cambiar todos los malestares y va a ser fuente permanente de felicidad y bienestar. Esto puede estar presente tanto en los hijos como en los padres, poniendo ingredientes certeros para una desilusión mutua, si no se posibilita un encuentro más realista.

La frustración entre lo que el adolescente encuentra y lo que esperaba es lanzada con frecuencia contra los padres, en forma de ausencia de reconocimiento de su rol de padres, rebeldía extrema, desobediencia o reproches por haberle dejado en su país de origen, introduciendo la dolorosa idea del abandono. A su vez, también los padres se encuentran frente a un chico desagradecido y desconocedor de lo que ellos han luchado y lo que dejaron atrás «por sacarle a él adelante», planteándose así si ha sido positivo o no el que haya venido.

Narcisa

Narcisa es madre de dos chicos a los que dejó en su país cuando el pequeño tenía dos años y el mayor no llegaba a cuatro. Se vino sola. El padre de los niños no llegó a venir nunca, incumpliendo su acuerdo. Ella se casó con un español, se considera muy feliz, tiene casa propia y buenas condiciones económicas. Después de unos años de matrimonio decidió traer a sus hijos. Él la apoyó en todo momento, pensando en formar una familia normal. Llegaron con 14 y 16 años. Narra así su experiencia: «Yo me vine aquí para poder sacar a mis hijos adelante. Anhelaba traerlos, para mí era como un sueño. Ellos también querían. Me imaginaba que todo iba a ser diferente, que por fin lo iba a tener todo, pero ahora la casa es un infierno. Parece que mis hijos me odian, no están conformes con nada y no escuchan ningún consejo. No entienden por qué les dejé allí, por más que se lo explico. Para mí son como desconocidos. Trato de darles cariño y oculto cosas a mi marido para que no se ponga en contra de ellos, pero ellos no son nada cariñosos. Sobre todo el pequeño, se muestra muy frío conmigo. El mayor también se muestra muy rebelde. Traía la idea de arreglarse aquí las cicatrices de una quemadura que se hizo de forma accidental en la pierna, con agua hirviendo, hace unos cuantos

años y que le acompleja. No ha sido aún posible y me culpa a mí de todo. También yo me siento cada vez más culpable por haberles dejado. Yo siempre he estado pendiente de ellos, pero me dicen que les abandoné y no me lo perdonan. Ahora estoy pagando todo lo que hice y no puedo justificarme con nada».

Si para una mayoría de padres el afrontamiento de la adolescencia de los hijos y la supervisión y la puesta de límites representa un problema, en el caso de padres inmigrantes, supone un esfuerzo añadido. Estos padres han delegado durante un tiempo, a veces muy largo, como hemos visto, las tareas educativas y de crianza sobre otros miembros de la familia. Cuando se encuentran en la adolescencia, tienen que hacer frente a situaciones nuevas para ellos y que se les presentan de repente, sin que se hayan ejercitado de forma paulatina, como lo haría cualquier padre, en la convivencia diaria.

Hay que tener en cuenta, por tanto, que las separaciones previas, junto a la confluencia de factores estresantes, disminuye la efectividad de los padres para ejercer su autoridad y hacerla valer, así como el poder de control sobre los hijos. Puede ocurrir que si el comportamiento de los hijos se les escapa de las manos, recurran a métodos violentos, al carecer de otros recursos, lo que agrava aún más los hechos.

Por otra parte, cuando los padres están preocupados por ciertas circunstancias, sobre todo por aspectos relativos al mantenimiento de la familia, o sujetos a condiciones adversas, como el paro laboral o enfermedades, el chico puede encontrarse abandonado a su suerte en otros aspectos primordiales. Así, un chico de 18 años que llevaba dos en nuestro país, después de un tiempo de tratamiento psicológico por conductas disruptivas, contaba:

Me han dejado hacer, pasaba mucho tiempo en la calle sin que me dijeran nada y cuando me he equivocado han sido muy duros. Casi nunca estaban en casa. Llegué y me encontraba siempre solo. Ahora estoy cambiando. No me siento tan mal. Creo que lo que me ha pasado es que estaba perdido y me dio por ahí, pero hubiera necesitado poder hablar más con ellos, como hacemos ahora.

Tampoco es infrecuente que las crisis entre los padres y los adolescentes se manejen con diferentes amenazas sobre la vuelta a su país, si el

comportamiento no cambia. Las amenazas a veces son llevadas al acto y los chicos son enviados con la expectativa de que allí se les eduque mejor y que cambien. Este recurso pone de manifiesto la incapacidad del padre o los padres, para educar y hacerse cargo de los hijos en situaciones difíciles, debilitándose su imagen como padres, tanto de cara a los chicos como a ellos mismos. Cuando vuelven, las actitudes no suelen haber cambiado, ya que lo que tendría que cambiar, en todo caso, sería la relación entre ambas partes. Estos hechos generan en ocasiones movimientos de ida y vuelta, en más o menos tiempo, en los que el chico se va sintiendo rechazado, activando así ansiedades muy precoces, que pudieron estar presentes durante la migración de sus padres. Este tipo de ansiedades, sin duda, generarán diferentes formas de agresividad hacia los padres y hacia otras personas.

Con condiciones similares a las descritas anteriormente, se produce el drama de un desencuentro que hace casi imposible la unión deseada por unos y otros durante tanto tiempo.

Recuperando el tiempo perdido

La meta fundamental del nuevo encuentro entre padres e hijos es la de «convertirse» en familia. Tendrán que afrontar la tarea de conocerse y empezar a construir lazos de intimidad, que permitan un verdadero acercamiento. Los padres tendrán que aprender a funcionar como padres y los chicos como hijos de ellos. Aunque, por lo general, se tiene mucha prisa para conseguir estas nuevas conquistas, curiosamente, también para ello hace falta bastante tiempo. Es necesario poder tolerar ese tiempo de adaptación, a la vez que, de forma activa, se promuevan las estrategias necesarias para un encuentro más satisfactorio. Hay que tener muy presente que la simple llegada, de forma mágica, no va a facilitar que se construya una nueva relación. Algunos de los siguientes aspectos podrían servir de ayuda:

a. *Conocerse requiere pasar tiempo a solas*, sin estar distraídos con otras actividades o personas. Cuanto más larga haya sido la separación, más necesario será disponer de este tiempo, que hará que el chico se considere importante para los padres, haciéndole sentir único para ellos. Pue-

den ser pequeños espacios de tiempo, pero dedicados por completo. Si han venido juntos varios hermanos, el espacio individual para cada uno también es necesario, aunque asimismo será fundamental otro compartido por toda la familia. Es en ese tiempo en el que de forma privilegiada el chico va a ir construyendo una nueva relación con los padres, sintiéndose atendido y con un lugar para expresar sus sentimientos y necesidades.

b. *Acercarse a las vivencias del hijo* durante el tiempo de ausencia precisa de muchas *conversaciones*. Es bueno que los padres estén disponibles para que el chico pueda contar sus experiencias con detalle, situaciones difíciles a las que se ha enfrentado, recuerdos, anécdotas, etc. El que los padres se interesen por pequeños detalles, además de provocar en el hijo la sensación de que sus cosas son importantes, facilita que pueda contar los acontecimientos tal y como han ocurrido para él. Si estas conversaciones no se producen o se hace un relato superficial de las experiencias, es frecuente que los chicos oculten o alteren aspectos dolorosos y negativos para ellos, con el ánimo de proteger a los padres y que éstos no sufran por conocer la verdad. Tampoco se puede decir la verdad si los padres intentan pasar rápidamente sobre estos aspectos dolorosos, minimizando su importancia o justificándose a sí mismos. El poder compartir esas experiencias tiene el efecto de sentirse asegurados por la comprensión de los padres y poder confiar, relativizando así los sentimientos de abandono y haciéndose emocionalmente más fuertes. Si las circunstancias no permiten lo anterior, los chicos pueden seguir percibiendo que hay una parte importante de su vida que está borrada para los padres y el resentimiento de no haber estado cuando los necesitaban.

Soraya

Soraya tiene 14 años. Se quedó al cuidado de su padre cuando tenía cinco años. Estuvo hasta los 12 sin ver a su madre, momento en que la pudo traer por reagrupamiento familiar, una vez que arregló legalmente su situación. Cuando tenía nueve, el padre formó una nueva familia en su país, con otra mujer y dos hijos, produciéndose rechazo hacia ella, expresado verbalmente y siendo maltratada tanto física como psicológicamente. El padre padecía un alcoholismo que le hacía estar cada vez más alterado.

La madre de Soraya mantuvo con ella un contacto telefónico frecuente, pero nunca supo de esta situación. Soraya siempre refería estar bien y a veces se inventaba cosas sobre lo que hacía, aunque estaba enferma con frecuencia, lo que era motivo de preocupación para su madre. En alguna ocasión, a la madre le contaron algo en este sentido, pero no lo creía, ya que la niña refería estar bien.

La madre de Soraya es una mujer tranquila y luchadora. Desde que su hija vino a España, procuró organizarse sus horarios de trabajo para compartir el mayor tiempo posible con ella, lo que no siempre era fácil. Cuando no podía hacerlo, facilitaba que la chica estuviera con alguien conocido y llegaba cuanto antes. Intentó que su hija se sintiera a gusto, siendo para ambas fácil la convivencia, aunque la observaba muy retraída con otras personas. Se ocupó también de su salud, ya que era una chica muy frágil, llevando un seguimiento frecuente de su pediatra. Ha cambiado mucho físicamente.

Después de llevar casi un año juntas, Soraya empezó a contar sus experiencias, pudiendo aflorar en muchas ocasiones un llanto incontrolado, ante la sorpresa de la madre. Ella se pudo interesar, quiso saber con detenimiento qué había pasado y ayudarla a expresar sus sentimientos. También pudo sufrir por Soraya. Todo esto se fue haciendo poco a poco.

A Soraya se la ve bien, se siente segura en su nueva casa y ha empezado a hacer amistades con chicos de su edad. También ha comenzado a no estar de acuerdo en algunas cosas con su madre, pero siguen conversando mucho.

El caso de Soraya nos muestra con claridad que si bien la inmigración, entendida como el traslado de un lugar a otro, se produce en un determinado tiempo, el proceso mental por el que un chico se sitúa en otro espacio y en la posibilidad de establecer de verdad otras relaciones, necesita de otro tiempo bien diferente y, por supuesto, mucho más lento. Establecer una relación de intimidad requiere ofrecer seguridad y disponibilidad, más cuanto peores hayan sido las condiciones iniciales.

c. *El deseo de compartir todo* también puede confundir a algunos padres. Puede ocurrir que si ellos o, con más frecuencia, alguno de ellos, se ha visto muy agobiado por la inmigración y enfrentado a muchas dificultades, quiera transmitir al hijo sus propias circunstancias con todo lujo de detalles. Ven que el adolescente ya es mayor y es posible que no sepan calibrar hasta qué punto puede conocer todo lo que les ha ocu-

rrido. Si además, aunque no sea con esa intención, el relato está cargado de un cierto victimismo, la sensación de agobio y malestar puede ser muy difícil de tolerar para el chico. Sin darse cuenta, a veces se emplea este tipo de relato para justificar el hecho de haberle dejado en su país y los años de alejamiento. De este modo, los padres depositan su propio desvalimiento sobre sus hijos. Si el sentimiento de culpa se instala en el chico por estos motivos, puede impedir que las relaciones sean saludables, como hemos visto en otros capítulos.

También hay que tener presente que los hijos no tienen por qué ser conocedores de aspectos íntimos de la relación de pareja de sus padres, ni de todos los problemas que tienen o han tenido. Las separaciones largas de los hijos hace que cuando llegan, ya crecidos, no se tenga en consideración la necesaria asimetría dentro de la familia. Si se trata a los hijos como iguales, traspasando los necesarios límites generacionales, aparte de provocar en ellos preocupaciones que no pueden asimilar, también se estará haciendo más difícil su tránsito hacia la edad adulta. Las confidencias en este sentido promueven alianzas poco saludables, que entorpecen el crecimiento del adolescente y que a la vez le hacen sentir culpable si toma partido por alguno de los padres.

d. Cuando los padres *han luchado* mucho para poder *enviar dinero* a su país, ayudar a su familia y conseguir unos determinados medios para traer aquí a sus hijos, los temas económicos pueden estar sobrevalorados en las relaciones familiares. Es frecuente que el grado de amor se exprese a través de ese dinero tan necesario y que se envía con tanto esfuerzo, ya que la lejanía dificulta otro tipo de manifestaciones. El viaje del chico y los preparativos de su venida generan una serie de gastos para los que puede que lleven ahorrando durante bastante tiempo. También se consideran una prueba de su amor, de lo que se hace por ellos.

Cuando llega el adolescente, es frecuente que los padres sigan utilizando ese tipo de código. Pueden intentar satisfacerle, comprarle ropa, deportivas y otros objetos de consumo a la vez que se sienten inseguros frente a otras expresiones de afectividad. Es aún más difícil cuando los hijos están crecidos y tampoco toleran fácilmente el contacto físico, besos, abrazos, etc. Sin embargo, esto representa un callejón sin salida. Es necesario que se diferencie con claridad el amor, de aquello que se puede comprar con dinero. Si no se tiene esto claro, será como buscar

algo en una dirección opuesta, en la que por más que se avance nunca se llegará al fin previsto.

Si no se establece esta diferencia, los padres pueden sentir que lo están dando todo, que a los hijos no les falta de nada, aunque tengan importantes carencias. Si bien cualquier padre se puede sentir contento y gratificado por ofrecer a sus hijos una situación cómoda y satisfactoria, es imprescindible que no se utilice como forma de compensar vacíos afectivos, ya que en este caso la lejanía y la frustración por ambas partes estará asegurada.

e. Cuando el chico llega, necesita escuchar de sus padres *qué es lo que se espera de él* en cuanto a su futuro inmediato y en qué entorno se va a desenvolver. Cuanto menos clara sea su situación, mayor será su confusión y su sensación de estar perdido. A veces, detalles que parecen obvios, sirven de gran ayuda al chico. Es totalmente necesario que sepa si su llegada es definitiva o por cuánto tiempo va a estar. Si lo previsto es que lleguen otros familiares, el saber cuándo, también le ayudará a centrarse y a organizar sus sentimientos. Si el domicilio es definitivo o están previstos cambios, junto al conocimiento de su barrio, tiendas, parques, colegios, etc., le ayudará a situarse y a sentirse más seguro.

En otro orden de cosas, al igual que el resto, también los padres inmigrantes tienen un proyecto sobre sus hijos, que le sirve a éstos para avanzar. Tendrán que transmitírselo y consensuarlo. Es importante que le digan si está previsto que él estudie y dónde o hasta cuándo, o qué esperan sobre una posible incorporación al mundo laboral. Lo mismo ocurre a nivel social o incluso religioso. A su vez, será necesario que le propicien las condiciones para la realización de dicho proyecto. Es decir, por poner un ejemplo, si el proyecto es que estudie, será imprescindible que se facilite su incorporación a un centro escolar y se procure en casa un ambiente tranquilo y un espacio lo más adecuado posible para que pueda realizar sus tareas. Esto se extendería al resto de metas.

El chico necesita una guía cercana cuando se incorpora por primera vez a un país. Estará en mejores condiciones de partida si le demuestran confianza y le hacen ver aspectos positivos de su nueva situación, y si se le anticipan ciertos riesgos, pero sin transmitirlos de forma agobiante o

excesivamente negativa. A veces, los padres tienen tanto miedo a que se produzcan problemas y les advierten tanto de ellos, que consiguen atraer su atención justo hacia lo que intentan evitar. Se trataría de situaciones de consumo de drogas y determinadas compañías y conductas marginales. Al igual que ocurre con cualquier adolescente, la cercanía de los padres y la conversación tranquila sobre diferentes acontecimientos, ayuda a ir forjando criterios propios sobre estos aspectos.

En ningún caso hay que olvidar que los padres sirven de modelo y ejemplo para sus hijos, por lo que resulta de vital importancia ayudarles a ser conscientes de esto, de forma que no se presenten dos discursos, uno en palabras y otro en hechos, sobre el futuro del adolescente.

Pertenecer y no pertenecer

Virginia

Virginia tiene 17 años. Su padre es marroquí y su madre española. Tiene otro hermano de 23 años ya casado. Está estudiando 2.º de Bachillerato. Los padres se conocieron en España, ya que su padre vino aquí con 18 años, pero después de casarse se marcharon de nuevo a Marruecos. Tanto ella como su hermano nacieron allí. Regresaron cuando ella tenía ocho años. Conocía perfectamente el idioma. Se adaptó sin dificultad. Desde que están aquí su madre está más contenta, ya que tiene a toda su familia. Solían pasar algún mes durante las vacaciones de verano, por lo que también a Virginia el entorno le era conocido y agradable. Al principio estuvieron viviendo en casa de su abuela y ahora viven cerca de ella. También desde siempre ha visto con frecuencia a sus primos.

Virginia se presenta sola para realizar una consulta en Salud Mental. Su padre no sabe que ha venido, su madre sí, aunque no le ha dado mayor importancia. Refiere encontrarse muy mal, triste y con ganas de llorar. Siempre ha sido buena estudiante, pero ya desde el curso pasado, le cuesta concentrarse, se queda en blanco en algunos exámenes y aprueba a duras penas, lo que está siendo una fuente de conflictos con sus padres. A lo largo de la entrevista habla a trompicones, debido a un llanto incontinente.

Cuenta que a su padre no le gustan las costumbres de aquí y en casa es él quien dicta las normas y exige que se cumplan siempre sus leyes. Al pa-

recer, la madre la dice que no está de acuerdo con su forma de pensar, pero que entiende al padre y ella misma acata esas normas.

Desde que cumplió 15 años, apenas la dejan salir y, por supuesto, nunca con chicos. En la actualidad le permiten salir durante tres horas, siempre por el barrio, en las tardes de los fines de semana. No sabe cuándo se va a modificar esto, por lo que ve todo muy negativo. Cada vez está más alejada de sus amigas y compañeras de clase, ya que hay días en que le resulta imposible coincidir con algún plan y se queda en casa. No se atreve a contar lo que le ocurre. Le da vergüenza y cree que todos pensarían de ella que es tonta por hacer caso. Se calla para que el padre no se enfade, ya que cuando lo hace la castiga, habiendo pasado ya algunos periodos largos sin poder salir de casa. Dice «él manda y yo obedezco». También la obliga a ser de su religión y a rezar en casa. Desearía que fuera tapada, con pañuelo y manga larga, pero no lo hace, excepto cuando van a Marruecos, igual que su madre. Virginia dice que ella no lo siente ni lo entiende.

Cree que su padre no tiene ninguna consideración hacia lo que ella puede sentir y que no la están dejando hacer su vida. Ve como única salida futura el trabajar y entonces atreverse a irse.

Como en el caso de Virginia, muchos chicos vienen desde el principio con sus padres. Igual que ella, algunos tienen raíces en el país de acogida. Otros muchos, han nacido aquí, por lo que aunque su situación es diferente a la de otros hijos de inmigrantes, no deja de ser compleja en muchos aspectos.

Si bien la presencia de la familia hace menos traumática la llegada del chico, ya que le aporta inicialmente sensación de seguridad y continuidad, el choque cultural suele ser un elemento de conflicto doloroso y, en algunos casos, insalvable. Las características de personalidad de los padres también jugarán un rol importante en este sentido. Es decir, su propia capacidad de adaptación, su estado de integración y satisfacción, la flexibilidad en los planteamientos y la tolerancia frente a los aspectos culturales diferentes que incorpore el chico, serán elementos que condicionarán la evolución.

El inmigrante se considera integrado en el nuevo país cuando no siente todo como extraño o ajeno, es decir, cuando en alguna medida pertenece a su nuevo lugar. Para ello necesita no sentirse discriminado. De igual forma, el mayor temor para el adolescente inmigrante es el de sentirse rechazado o desintegrado. No verse a sí mismo como los demás

chicos o notarse tratado de forma diferente genera gran ansiedad, con un amplio abanico de manifestaciones. Si los padres también se sienten inseguros y han de afrontar situaciones en exceso difíciles, la sensación de «no ser de aquí» tomará una dimensión aún mayor a la que suele estar presente, condicionando su funcionamiento diario.

Tanto para los padres como para los hijos emigrar implica un desarraigo. En el proceso está presente la idea de dejar de pertenecer, salir de un lugar, con la consiguiente ruptura de las raíces. El inmigrante se suele llevar todo lo que puede, pero a veces deja objetos personales preciados, en una especie de acto simbólico que le representa a él mismo, lo que de él queda en su país y en su antigua casa. Necesita también un referente que le permita pensar cómo eran las cosas antes de su partida.

Así, Miriam, una adolescente de 16 años que iniciaba su viaje junto a sus padres, pasó su último día con su abuela, con la que había vivido los últimos años, pidiéndole intensamente que dejara su cuarto tal y como estaba hasta que ella volviera, sin querer traerse tampoco su mejor vestido, con la disculpa de que no se estropeará para su vuelta, ni sus fotos, por si se perdían en el viaje.

Para no tener sensación de vacío, el chico necesita que ese alguien a quien él deja también le pueda recordar y esperar. La posibilidad de un retorno, aunque no sea inmediato ni duradero, aporta sensación de continuidad, de que hay algo que permanece a pesar de los cambios. Asimismo, ayuda a mitigar la sensación de una fractura completa y facilita estar receptivo a nuevas experiencias y conocimientos, en una especie de aventura que conlleva emoción y placer por descubrir lo desconocido. Cuando el chico se siente seguro, la edad propicia precisamente esta forma de acercarse a su nueva realidad.

Por la misma razón, el temor a la pérdida de identidad queda más diluido y es más tolerable. En el adolescente, por lo general, la posibilidad del retorno no es elegida por él, sino por su familia, lo que deja fuera de su control, al menos de momento, esta variable. Debido a esta circunstancia, son tanto los padres como la familia que está al otro lado, quienes le pueden aportar esa perspectiva. Si el chico se siente mejor consigo mismo, también le resultará más fácil estar en buena disposi-

ción para establecer relaciones positivas con el entorno y, sobre todo, con otros chicos.

Sin embargo, en mayor o menor grado, el desarraigo sugiere desamparo. Metafóricamente, y a modo de ejemplo, si pudiéramos pensar en una preciosa planta a la que se arranca de su jardín, nos daríamos cuenta de la dificultad para que «agarre» en otro lugar y los cuidados que requiere para lograr este fin. Nadie pensaría que, por el solo hecho de plantarla, sin alguien que la abone, la riegue y proteja de la intemperie, podría salir adelante. Sería evidente también la necesidad de un mayor cuidado, cuanto mayores fueran las diferencias entre donde estaba y donde está ahora y, por supuesto, del grado de salud y vigor de la propia planta. Un cuidado muy especial necesitaría, si en ese momento existiera una plaga en el nuevo jardín o si las condiciones meteorológicas fueran especialmente desfavorables.

Igual que la planta necesita «agarrar», echar nuevas raíces para poder crecer, también el chico necesita «arraigarse» para desarrollarse como persona y poder sentir que pertenece a su nuevo lugar. El desamparo es tanto más difícil de superar cuanto peores sean sus condiciones psicológicas, es decir, su grado de salud y seguridad emocionales, así como las circunstancias reales en las que se realiza el proceso de inmigración, las pérdidas que conlleve, condiciones sociales, exigencias y dificultades de distinto tipo.

Pertenecer otorga identidad: ser de esta familia, formar parte de este grupo, ser amigo de tal persona o compartir determinada cultura permite que nos identifiquemos con unos a la vez que nos diferenciamos de otros. Visto desde fuera también se atribuye una determinada identidad al que pertenece a tal colectivo o forma parte de tal cultura, aunque con frecuencia, como hemos visto, se producen generalizaciones. El adolescente inmigrante tendrá que adquirir un nuevo sentido de pertenencia, que implica no sentirse ni en todo igual ni en todo diferente, ni en todo de aquí ni en todo de allí.

No es fácil responder sobre la pertenencia de un adolescente que se mueve inevitablemente entre dos mundos, a veces con valores muy contrapuestos. Por la misma razón, tampoco es fácil para él ir descubriendo y conquistando esa identidad, fruto de sus experiencias e identificaciones. En algún momento ha de plantearse quién es él y quién quiere ser. Debe resolver los conflictos de lealtad y fidelidad entre lo que

se les transmitía hasta entonces y lo que va descubriendo. En la medida en que pueda integrar de forma armónica aspectos de esas dos culturas, podrá tener un sentimiento de identidad más pleno y con menos conflictos. De la misma manera, también desde fuera se debe tolerar este proceso, ya que para que esto se produzca el propio entorno debe familiarizarse y respetar la cultura del inmigrante.

Aunque la familia se haya instalado en el país con bastante anterioridad a la adolescencia de su hijo, o incluso cuando el hijo ya ha nacido aquí, cuando llega este momento, el abismo entre las generaciones es aún mayor, fruto de las diferencias culturales, por lo que los conflictos pueden ser mayores. Por una parte, en ocasiones los chicos son portadores de todas las esperanzas y sueños no realizados por los padres, pero a la vez puede que éstos se resistan a que adopten formas de vida muy diferentes a la suya propia.

Por lo general, los chicos se adaptan con mayor rapidez a la nueva cultura, existiendo por este motivo una especie de desequilibrio permanente que se añade al ya habitual entre padres e hijos. A veces, son los hijos quienes sirven de guía a los padres cuando éstos tienen mayor dificultad con el idioma o para manejarse en determinados medios o instituciones.

Sin embargo, es bastante frecuente que los padres no puedan echar mano de sus propias experiencias para entender y asesorar a sus hijos frente a los posibles problemas con que pueden encontrarse, seguramente muy diferentes a los vividos por ellos mismos.

El proceso de inmigración rompe los círculos habituales de socialización familiar, ya que los chicos no han adquirido la suya propia en los mismos entornos y cultura que sus padres. Debido a esto, los hijos tienen que afrontar situaciones desconocidas para los padres, con la sensación de que no pueden ayudarles. Los chicos no se identifican con los valores de sus padres, encontrándolos en muchos casos anticuados y no queriendo parecerse a ellos ni en la forma de pensar ni en sus comportamientos. Este alejamiento cultural entre padres e hijos hace aún más vulnerable al adolescente inmigrante y más complejo su proceso de adolescencia.

Si el chico ha nacido aquí, considera suyo este país, mientras que los padres siguen considerando como propio solamente su país de origen en muchos casos. Debido a esto, los padres comparan su propia situa-

ción con lo que ocurre en su país, siendo ése su punto de referencia, mientras que para los hijos su referencia está aquí. Los valores de aquí y de allí aparecen en muchos casos como contrapuestos.

Padres e hijos pueden tener puntos de vista muy diferentes en cuanto a lo que se considera vivir bien o tener una buena situación económica. Es posible que los padres se comparen con otros de su país y se sientan afortunados y que los hijos se sientan insatisfechos por las mismas razones. Esta vertiente se puede aplicar también a otras situaciones, costumbres, expectativas, etcétera.

Tal y como hemos visto en el caso de Virginia, no es infrecuente que los roles de género que se atribuyen en las distintas culturas provoquen también tensión en las familias. La discriminación frente a los hijos varones se establece principalmente en relación con la sexualidad de las hijas y el cuidado por su reputación y la de la familia. Las chicas se pueden sentir tratadas injustamente y rebelarse. Aunque esa rebeldía sea sana, no deja de ser una fuente de inestabilidad y de malestar para el conjunto de la familia.

En otro orden de cosas, no es ningún secreto que la adolescencia en los países más avanzados presenta un alto nivel de consumo, que no todos los chicos inmigrantes pueden secundar. La comparación del poder adquisitivo con otros de su edad puede hacer que el chico se acerque a conductas delictivas. Si bien es cierto que el tipo de aficiones y pertenencias agrupa a los adolescentes, la confusión entre el tener y el ser, puede invadir al chico inmigrante, como a cualquier otro adolescente. Así, con el ánimo de ser igual al resto, se puede acercar a conductas delictivas, como por ejemplo robos, en la falsa creencia de que tener las mismas cosas es ser como todos. Para los adolescentes el poder adquisitivo marca la posibilidad de acceso a determinados circuitos de ocio, ya que, si se queda fuera de ellos va a sentirse excluido, sin poder pertenecer al mismo ambiente que el resto.

Martina, madre de un chico inmigrante de 15 años, contaba la satisfacción que le había producido a su hijo recibir cierto regalo de unos familiares. Se trataba de unas deportivas compradas en unos grandes almacenes muy famosos, que el chico relacionaba con cierto poder adquisitivo. Ella percibía que lo que más le había gustado era *precisamente* que se hubieran comprado en ese lugar. Ella mostraba su preocupación por eso, ya que no entraba

dentro de sus posibilidades económicas. Temía que el chico no lo entendiera y le diera por robar, como ha ocurrido con otros compatriotas.

Martina es una mujer sensible. Sin embargo, debido a las distintas claves en que se desenvuelven padres e hijos, puede que algunos padres no perciban de forma rápida indicios sobre comportamientos no adecuados de los hijos, por lo que tampoco toman medidas. Captar con mayor prontitud ciertas actitudes o conductas, les ayudaría a poner freno a determinadas situaciones en los momentos iniciales. Pueden pensar que están ante costumbres normales de los chicos del país, sin percibir el riesgo en el que se están introduciendo. Se puede juzgar así de pasividad o exceso de tolerancia el comportamiento de ciertos padres, cuando lo que ocurre es que no están percibiendo determinada realidad de sus hijos.

Por otra parte, también los padres se enfrentan en soledad a la educación de sus hijos, sin poder compartir con familiares o amigos esta tarea como lo hacían en su país, lo que les hace sentir más débiles y con menos posibilidades de compartir sus impresiones. Si llegado ese momento no se ha producido un proceso de socialización adecuado y normalizado, el grupo de referencia puede ser el constituido por otros chicos inmigrantes, con quienes se identifica y se siente seguro, aunque sea a costa de introducirse en ambientes marginales e incluso violentos, como ocurre en determinadas bandas.

Sin embargo, existen una serie de características que no hacen del todo fácil el proceso de pertenencia a un grupo normalizado. Entre ellas, podríamos destacar:

a. *La incorporación al trabajo.* La expectativa de acceso al mundo laboral, y la propia incorporación en sí misma, aleja al chico de la posibilidad de compartir con otros experiencias propiamente adolescentes. La incorporación precoz al trabajo, propia de sociedades menos avanzadas, está presente en un margen amplio de población inmigrante. A veces compaginan sus estudios con trabajos mal considerados y poco remunerados, fruto de los cuales se sienten desvalorizados, en relación con otros chicos de su edad, a la vez que se frenan otros posibles proyectos personales. La situación de independencia económica, aunque sea precaria, propicia también la convivencia en pareja y el nacimiento

de hijos, en edades anteriores a las acostumbradas en nuestro país, con el consiguiente cúmulo de responsabilidades.

b. *La lengua.* Aun para los chicos que conocen la lengua, con frecuencia existen expresiones, tanto en el país de origen como en el de llegada, que dejan fuera de juego a quien no las comprende, pudiéndose llegar a importantes malentendidos. Así, por poner un ejemplo, la población ecuatoriana sólo utiliza nuestro pronombre «tú», refiriéndose a animales o de forma despectiva, siendo sustituido por «vos» o «usted», si se trata de personas. Si se toma ese «tú» en la interpretación a la que está acostumbrado, la vivencia de hostilidad y desprecio puede ser importante, con el consiguiente comportamiento por parte del chico. Por otra parte, el lenguaje está lleno de tonos, acentos, matices, metáforas, que pueden hacer fácil y cómplice la comunicación o, por el contrario, servir de alejamiento.

El adolescente se puede sentir ridículo por su acento diferente o por expresiones que provocan la risa en el entorno, aunque no sea con mala intención. Situaciones repetidas en este sentido pueden hacer entrar al chico en una inhibición para comunicarse, con la consiguiente falta de contacto e intimidad con el resto.

c. *La forma de vestir.* Es un signo externo de identificación, que como hemos visto en otros capítulos, cobra gran importancia en la adolescencia. El chico correlaciona su imagen con lo que él es y con su pertenencia a determinados grupos. Él mismo puede excluirse o puede ser excluido por este motivo. A través de la ropa se establecen de forma visible diferencias entre unos y otros, levantándose barreras que impiden lo que sería un acercamiento más genuino entre personas. También de forma superficial se le atribuye un carácter esencial, que deja en segundo término otros valores y criterios.

d. *El agrupamiento en entornos privados socialmente.* Conlleva para el chico inmigrante las mismas desventajas que para el resto de adolescentes, pero añadiendo sus propias dificultades iniciales. El modelo cultural que se le ofrece en estos casos es ya precario de por sí y el chico, al asimilarse a este modelo, se hace aún más vulnerable. Se le puede segregar, por su doble condición de inmigrante y por pertenecer a un en-

torno en desventaja social, en el que se depositan menores expectativas de educación y profesionales y donde también a veces existen bolsas de marginalidad y delincuencia, con las que se llega a identificar al inmigrante, pertenezca o no a ellas.

Para el chico inmigrante, sus raíces quedan plenamente truncadas si viene solo, sin familia ni nadie que le espere. Quizá sea esta la situación hasta ahora más infrecuente, pero más dramática. En no pocos casos representa un colectivo cuya integración en su país es ya precaria con unas condiciones personales y sociales muy desfavorables. Para estos chicos, la supervivencia se convierte en el principal objetivo, pasando en ocasiones por experiencias a todas luces terribles y desestructurantes. Son los adolescentes, varones en general, que encuentran su lugar en la calle, sin medios para llevar otro tipo de vida y sin edad para trabajar. En ellos, las dramáticas rupturas y circunstancias se añaden a una profunda soledad, a veces negada por el propio adolescente, como forma de huida hacia delante. Junto a la negación de la soledad, se ocultan también otras necesidades afectivas y de integración, que propician la aparición de comportamientos disociales y delincuencia en diversos grados, convirtiéndose en carne de cañón para la marginalidad. Para ellos, es prácticamente imposible el acceso al sistema educativo. Estos chicos ponen en evidencia de forma muy plausible las carencias sociales a la hora de dar respuesta a este tipo de necesidades. Se actúa poco desde la prevención, mientras que se ponen en marcha determinadas medidas compensatorias, justamente cuando se les coge en situaciones delictivas.

Facilitando el proceso: familia y escuela

Quizá en este momento tengamos ya una idea de qué elementos favorecen y cuáles dificultan el proceso de integración del adolescente y, junto a él, la elaboración personal de su propia situación. Si la familia y la escuela son los dos soportes fundamentales sobre los que pivota la vida del adolescente, es desde ellos desde donde se le puede cuidar prioritariamente y, también a través de ellos, desde donde se puede incidir para mejorar globalmente sus condiciones.

Por lo general, es la familia quien ofrece al chico su primera experiencia como inmigrante, ya que le aporta muy directamente su propia vivencia del proceso. Cuanto mayor sea la ambivalencia frente a su identidad, mayores serán los conflictos que tendrá que afrontar el adolescente en cuanto a la suya propia y, como resultado, entre ambos. Si ellos tienen conflictos no resueltos en torno a dicha identidad, también es fácil que los tengan en relación con la de sus hijos adolescentes, ya que entre ambos las diferencias suelen ser muy patentes. A la vez, cuanto más inseguros se sientan los padres más inseguro se encontrará el chico.

Alois

Alois es el padre de una chica de 15 años que sufre frecuentes dolores de cabeza y problemas digestivos, por lo que falta a menudo al Instituto y se está aislando de sus compañeros. Se le han realizado diferentes pruebas médicas, sin que aparezca nada que lo justifique. Le han dicho que lo que tiene es psicológico, pero ninguno de los dos comprende por qué se encuentra así. Él mismo también sufre con frecuencia estos síntomas, pero en su caso lo relaciona con que últimamente le afectan mucho los comentarios sobre los musulmanes en los medios de comunicación.

Alois estudió una carrera universitaria en su país y otra cuando llegó a España. Vino solo. Al principio se sintió muy desconcertado y lo pasó bastante mal, pero enseguida conoció gente en la Facultad. A los tres años de estar aquí, se casó. Tiene un buen puesto de trabajo y buenas relaciones con sus compañeros. Considera que sus mejores amigos son españoles y siempre se ha sentido aceptado e integrado.

Relata cómo, a partir de un reciente atentado ocurrido en Madrid, que causó gran impacto por la magnitud de las consecuencias, en el que participaron algunos compatriotas suyos, le afectan mucho los comentarios y las críticas que escucha hacia los musulmanes. Se siente atacado y en casa quita la televisión cuando hay noticias que se refieren a este acontecimiento. También ha dejado de leer la prensa. Dice tener constantemente el sentimiento de ser inmigrante y se obsesiona pensando en que la gente le puede rechazar. Más de una vez le ha ocurrido que cuando monta en transportes públicos, algunas personas se sujetan el bolso cuando están a su lado, como si fuera a robarles, o directamente se separan. Se siente inferior, como despreciado. Si va junto a otros españoles, se siente normal y se encuentra tranquilo. Piensa en volver a su país, pero sabe que

no puede, que allí tendría todos los inconvenientes, excepto el de ser inmigrante. A veces ha llorado en casa, sin poderse contener delante de su mujer y su hija.

No entiende qué le puede pasar a su hija, ya que ella es española y no cree que la afecten estas cosas.

El acompañamiento que se puede realizar a los padres en cuanto a la elaboración de sus propias ansiedades, será un elemento fundamental en la propia evolución de los hijos. En el caso de Alois, persona culta e integrada, un acontecimiento social le hace perder la noción de su propia individualidad, para sentirse confundido con un grupo sobre el que recae en ese momento todo tipo de prejuicios y generalizaciones. Repite en sí mismo lo que observa que ocurre en el entorno, «desapareciendo» él mismo como persona. Emergen así, todas las ansiedades que estuvieron asociadas en los comienzos a su condición de inmigrante. El sentido de pertenencia conseguido se tambalea, resquebrajando su propia identidad y dañando también la de su hija.

Sin embargo, existen otros supuestos. Cuando la postura de los padres es muy radical, quedándose instalados en su pasado, el chico se verá en la obligación de elegir entre integrarse con el grupo de iguales y sentir rechazo de su familia o lo contrario. Esta variable cobra un matiz fundamental en la adolescencia, ya que el chico, precisamente por ser adolescente, tiene necesidad de sentirse igual y compartir estilos de vida con otros de su edad, pero a la vez, también necesita ser comprendido y sentirse cercano a sus padres, a pesar de las diferencias.

En la adolescencia, tanto los padres como los hijos pasan por momentos de inseguridad, similares a los vividos en otras circunstancias vitales, como fruto del proceso migratorio. Si aún está muy marcada la huella que dejaron esas experiencias, afrontar esta nueva etapa será aún más complejo. El normal proceso de separación será más traumático, si para mantenerse seguros, tanto padres como hijos necesitan no verse confrontados en las propias convicciones, lo que, como hemos visto, es algo inevitable y, mucho más, cuando los puntos de partida son tan diferentes.

Para padres que han pasado muchos momentos de incertidumbre en su proceso de inmigración, la nueva incertidumbre sobre el futuro de ese hijo que se despegas de ellos, también puede resultar un elemento

muy difícil de tolerar, por lo que necesitarán apoyo para manejarlo sin sentirse desbordados.

Este trabajo de apoyo se convierte en algo fundamental para que no se repita, paradójicamente, un nuevo alejamiento, como el que muchos de estos padres sufrieron por sus separaciones precoces de los hijos. Si entonces no pudieron hacerse cargo de los hijos, todos los intentos serán pocos, para que sí puedan hacerse cargo ahora.

Al igual que en otros momentos delegaron el cuidado de los hijos a terceras personas, puede estar también ahora la representación de que las necesidades de los hijos pueden ser cubiertas por otros. Esa dificultad para hacerse cargo en primera persona, se convierte a veces en múltiples demandas dirigidas a otros, profesores, terapeutas, médicos, servicios sociales, que habría que transformar en peticiones de ayuda en las que ellos mismos se sientan implicados, saliendo así del circuito de la simple queja. También es frecuente que, con la misma premura que realizan una demanda, se produzca un abandono o una ruptura de un proceso iniciado, en una especie de dificultad para dar continuidad a algo solicitado o mantener un proyecto. Simbólicamente, parece un recuerdo de las múltiples rupturas que conllevan los procesos migratorios y su dificultad para vincularse.

En el peor de los casos, las necesidades emocionales de los chicos pueden ser negadas, y, con ellas, ser negado así el propio chico. Al igual que muchos padres minimizan el proceso de inmigración, en cuanto al impacto que produce, también algunos siguen teniendo dificultad en esta etapa para reconocer y afrontar el sufrimiento de los hijos, conduciendo al chico a que exprese sus conflictos a través de otras vías, fundamentalmente el cuerpo y la conducta.

Es frecuente que el propio estigma sobre la inmigración no facilite este trabajo tan necesario con los padres. También los profesionales a veces se «deshacen», de una u otra manera, de ellos y de sus demandas, con la consiguiente confirmación de sus ansiedades de exclusión y rechazo y dejando, por tanto, desprotegidos a los chicos.

Finalmente, es necesario reconocer el papel primordial que tiene la escuela en todo el proceso de socialización y, por tanto, de pertenencia e identidad del adolescente inmigrante. Junto a esto, tampoco hay que olvidar, que está sobrecargada de diferentes problemas y, entre ellos, la rapidez con que se están incorporando alumnos inmigrantes, de muy

diferentes procedencias, y el gran número de ellos, que rompe cualquier equilibrio y modelo conocido. El fenómeno de inmigración forma parte de la diversidad de situaciones que tienen que afrontar las instituciones educativas. Pone en evidencia las carencias de la propia escuela, y de cada centro en particular, para asumir la diversidad en todas sus variables. Pero a la vez que esto, también evidencia los propios límites para acoger todo tipo de situaciones, sin unas condiciones mínimas. Así, el esfuerzo que tienen que realizar los profesionales en determinados barrios sobrepasa lo que se puede exigir de forma razonable. Aun así, es mucho lo que se puede hacer desde la escuela.

La permanencia en la escuela actúa como factor protector para el chico inmigrante, ya que es desde esta instancia, desde la que se garantiza prioritariamente su integración social. Los chicos que permanecen en la escuela tienen menos riesgo de hacerse adultos antes de tiempo, a pesar de las contradicciones que puedan plantear.

Si se fomentan valores basados en la tolerancia y en la interculturalidad, se estará poniendo una base sólida para la propia autoestima del adolescente y sus posibilidades futuras de integración social. Sin embargo, llevar a cabo esto requiere, además de estar contemplado en los distintos proyectos del centro, un trabajo diario y consensuado que se dirija a ese fin.

Pero a la vez que los centros escolares son un lugar privilegiado para la socialización, también lo son para la manifestación de distintas actitudes y conductas discriminatorias, en sus más amplias variedades. Así, la integración y la segregación pueden recorrer caminos que se entrecruzan en el día a día de los centros, siendo todos los integrantes partícipes de ellos.

No es nada infrecuente que se produzcan insultos ante el chico inmigrante por cualquier fracaso de éste o cuando no cubre las expectativas o mandato de algún grupo dominante, provocando vivencias de hostilidad muy intensas, que generan a su vez conductas violentas. La reflexión sobre las secuencias que producen dichas conductas será un elemento clave para comprender las causas y promover medidas adecuadas.

Por otra parte, es precisamente la escuela, el lugar donde se puede luchar contra algunos tópicos extendidos, como que los inmigrantes son menos inteligentes o que están más atrasados, abriendo cauces de

comprensión a las diferencias entre unos y otros. A modo de ejemplo, será fácil entender por los compañeros que un chico que no conoce bien el idioma necesite clases de apoyo o se retrase en el ritmo de aprendizaje, sin deducir por eso que es menos capaz que el resto. A su vez, una comunicación estrecha con los padres desde la escuela ayudará a que se planteen determinadas condiciones para que el chico pueda estudiar, o se reflexione sobre determinadas costumbres que repercuten en el rendimiento.

Los padres, a veces, necesitan ayuda para darse cuenta de que para rendir en sus estudios el adolescente necesita una cierta tranquilidad en casa, estímulo hacia las tareas, exigencia y seguimiento de su comportamiento en el centro. Si no es así, puede que deduzcan erróneamente que el chico no vale para estudiar y piensen, sin dar tiempo, en sacarle del mismo. Este trabajo con los padres será necesario antes de concluir que los padres no se implican en la educación de sus hijos. A su vez, para que se impliquen, necesitarán sentirse aceptados y no juzgados o censurados, ya que así no sería posible la colaboración.

En la medida de sus posibilidades, la escuela debe prestar ayuda y apoyo, para que el chico inmigrante supere sus posibles dificultades. Para ello, tiene que conocer al chico y saber cuál es el lugar de partida. Es decir, debe poner a su disposición los medios que estén a su alcance, pero a la vez tiene que confiar en sus capacidades y exigirle de forma personalizada unos rendimientos, como haría con cualquier otro alumno. No hay que olvidar que, en el contexto escolar, una fuente fundamental de autoestima proviene del grado de competencia en los aprendizajes, por lo que a la vez que se promueven mejores condiciones para éste, también se está fomentando la confianza en sí mismo y sus posibilidades de integración.

Al igual que ocurre con otras situaciones, la inmigración exige el replanteamiento de sistemas de acogida de los alumnos, métodos, agrupaciones y apoyos necesarios y, junto a esto, un esfuerzo complementario de coherencia, para que todas las intervenciones se dirijan hacia la máxima integración y desarrollo global del adolescente.

CAPÍTULO 9

CONDUCTAS DE RIESGO EN LA ADOLESCENCIA

Que la vida iba en serio,
uno lo empieza a comprender más tarde
como todos los jóvenes, yo vine
a llevarme la vida por delante.

Jaime GIL DE BIEDMA

El riesgo es inherente al crecimiento y al proceso de autonomía y, en general, a la vida. La razón por la que en la adolescencia es vivido de forma diferente a otros momentos evolutivos, guarda estrecha relación con el hecho de ser, en ese preciso momento, cuando se toma conciencia de la separación, tanto del lado de los padres como del hijo. Sabemos que una de las consecuencias que se desprenden de ello es el abandono paulatino de antiguas formas de protección, en beneficio del desarrollo en los hijos de su propia capacidad de autocuidado.

La percepción que los padres suelen tener del adolescente, sobre todo en su primera etapa, es la de alguien que sale a un mundo que desconoce y en el que probablemente se encontrará con situaciones nuevas que le presenten algunas dificultades con las que tendrá que vérselas solo, sin la protección que antes ellos le brindaban.

Esa impresión de riesgo, tal como lo enuncian los padres, no coincide habitualmente con la que tienen los adolescentes. Recordemos que en ellos coexisten elementos que tienden a buscar seguridad a través de la dependencia, junto a otros que les hacen aparecer autosufi-

cientes y, a veces, expertos conocedores de la realidad en la que se mueven. Ésta es la faceta que puede crear mayor intranquilidad a los padres, aunque también la presencia de temores excesivos en los chicos revierte inevitablemente en preocupación.

Hemos visto cómo las reacciones de ambos, frente a las nuevas situaciones, dependen de múltiples factores, de sus propias características, del tipo de relación que han mantenido hasta ese momento y de su flexibilidad para configurarse con los cambios. Encontramos una amplia gama de posibilidades de respuesta ante estos nuevos escenarios, que resultarían claramente disfuncionantes en los extremos, pudiendo ir, desde el hipercontrol y la negación de un espacio propio para el adolescente, fuera del dominio paterno, hasta la negligencia y el abandono. En el primero se niega la posibilidad de asunción del riesgo normal y necesario, que conlleva el crecimiento, y en el segundo, la necesidad de un soporte afectivo que actúe, en última instancia, como garante frente a los cambios.

Evidentemente, también las propias características del chico, resultarán definitorias en cuanto al desarrollo de su propia capacidad para cuidarse. Adolescentes excesivamente dependientes mostrarán más inseguridad frente a las nuevas situaciones y requerirán en mayor medida del resguardo paterno o desplazarán su dependencia hacia otras relaciones donde ocupar un lugar de sumisión a cambio de seguridad. En el otro polo encontraremos a chicos y chicas sin el apego necesario, y cuya carencia de normas parecería destinada a poner en cuestión cualquier función de autoridad y también de protección, no sólo proveniente de los padres, sino de los adultos en general.

Tanto unos como otros se defienden frente al riesgo. Los primeros evitándolo y buscando refugio bajo formas de actuación regresivas, los segundos amparándose en una imagen fantaseada de poder, desde la cual cualquier límite es relegado a lo inexistente.

En general, y en condiciones más habituales que las descritas anteriormente, los adolescentes también tienen percepción del riesgo, pero quizás no lo sitúen en el mismo lugar en el que lo hacen los adultos. Lo más probable es que esto sea porque unos y otros se encuentran en esferas diferentes para percibirlo. Resulta esclarecedor en este sentido lo que dice una chica de 17 años a su madre, cuando ésta la interpela sobre su irresponsabilidad:

Si yo te dijese que lo más importante en mi vida son los estudios, que los amigos sólo están para distraerme de mis obligaciones, que para qué voy a salir ahora, que ya tendré tiempo de hacerlo, que tengo que acostarme antes para poder rendir más al día siguiente..., ¿crees que yo sería normal?, ¿o sería como el muñeco de un ventrílocuo, o sea, tú?

El recién estrenado adolescente refleja todavía, sobre todo para sus padres, una imagen de cierta inocencia e ignorancia, considerándole aún indefenso frente a posibles peligros externos. A este hecho, que proviene de una imagen infantil en transformación, se suma la duda, que podrá ser mayor o menor según los casos, acerca de los propios comportamientos del chico y sus consecuencias, ante las nuevas situaciones. Resulta inevitable para los padres cierta intranquilidad en relación a si sabrá o no cuidarse, tal como le cuidarían ellos. Desde luego, la respuesta es que no, o por lo menos no de forma idéntica.

El alejamiento del control paterno permite al adolescente percibirse capaz, consciente o inconscientemente, de realizar actos perjudiciales contra sí mismo, si no sabe calibrar adecuadamente los riesgos. Sin embargo, no hay que olvidar que el hecho de encontrarse con importantes novedades y hallazgos considerables en su vida, le llevará a actuar y tomar decisiones, asumiendo *progresivamente* una responsabilidad que antes era sostenida prácticamente por sus padres.

Bajo el prisma del adulto y en condiciones normales, el temor deriva del conocimiento sobre la realidad, fruto de su propia experiencia. Realidad que puede entrañar peligros que el adolescente desconoce o no valora adecuadamente, y de los que se le quiere proteger. Pero también ese conocimiento viene dado por el hecho de haber sido antes adolescente y haber vivido, aunque bajo otras formas y en otro contexto social, un deseo similar ante la posibilidad de *desmarcarse del control adulto*. Es precisamente esta vivencia la que a veces asusta a los padres, por lo inevitable de ese desprendimiento, más que por los comportamientos en sí mismos.

Durante la infancia, las preocupaciones de los padres parecen girar en torno a amenazas que escapen a su control. En las primeras etapas de la vida, el cuidado se ejerce sobre todo en torno a la salud del niño, previniendo en la medida de lo posible las enfermedades y los riesgos físicos. Según va creciendo el chico y va asumiendo obligaciones y res-

ponsabilidades, éstas también forman parte de zozobras e intranquilidades, pero en la adolescencia el temor se amplía claramente hacia posibles actuaciones arriesgadas por parte de los hijos, por propia iniciativa o por la influencia de otros sobre él.

Resultan cada vez más frecuentes las consultas que hacen las familias por dificultades de los niños y púberes, relativas al aprendizaje y/o al comportamiento, donde casi siempre se expresa el temor a lo que podría ocurrir en la adolescencia, si eso no se resuelve. Comentarios como

si no me obedece ahora, qué va a ser cuando tenga 15 años...
 si ahora hace todo lo que le dicen los demás, cuando crezca se dejará influenciar por cualquiera y se tomará todo lo que le ofrezcan...
 si ahora nos habla así, cuando sea adolescente llegará a pegarnos...
 si ahora se queda atrás qué va a ocurrir en el Instituto...

El temor de los padres no es gratuito y variará mucho según de qué adolescente se trate, pero sabemos que del manejo que ellos puedan hacer de sus miedos, dependerán también en parte la seguridad y confianza con las que el adolescente podrá ir ensayando sus propios movimientos.

Encontramos con frecuencia entre los adolescentes cierta prevalencia de *mecanismos relacionados con la acción*, sobre los que implican una elaboración reflexiva. Ejemplos comunes de ello serían esos estallidos, sobre todo en casa, a veces nada proporcionales en intensidad a lo que objetivamente pudiera ser su causa, pero, desde luego, subjetivamente vividos como imparables. No podríamos decir que estén cargados de razón, pero sí de emoción. Posteriormente podrán ser justificados o reconocidos como excesivos, e incluso se pedirán disculpas, pero cuando irrumpen lo hacen a modo de descarga incontenible. La irritabilidad que aparece en la adolescencia, en chicos y chicas bastante tranquilos hasta ese momento, da buena cuenta de ello.

Este hecho, que puntualmente podemos observar en la mayoría de los adolescentes en algún momento, responde en gran parte a la vivencia de descontrol interno y desbordamiento pulsional que invade esta etapa de la vida.

A veces, las reacciones van más allá de una mala contestación o un gesto de arrogancia, y se complican en comportamientos más comple-

jos, que toman también forma de descarga, y que se caracterizan por estar exentos de reflexión. Se actúa sin pensar, llevado por motivaciones, a veces desconocidas por el propio adolescente. Y es que, cuando no se pueden reconocer y nombrar los estados internos, es fácil que éstos irruman sobre la conducta sin posibilidad de elaboración mental. Es lo que llamamos *conductas actuadoras o actuaciones*.

Por ello, en chicos y chicas con un pobre o perturbado bagaje personal, si carecen de los recursos de pensamiento necesarios, aumentará el riesgo de que en esta etapa de su vida, la conducta se convierta en vehículo del descontrol interno. Este punto ha sido tratado extensamente en el capítulo 7 de este libro.

En los casos más llamativos, el componente de impulsividad y emocionalidad impregna tanto el comportamiento, que llega a constituirse casi en la única forma de relacionarse con uno mismo y el entorno. No es casual que en los estudios epidemiológicos sobre patologías relacionadas con la impulsividad, y especialmente con las conductas autodestructivas, se desprenda el dato de que la mayor incidencia de las mismas se encuentra entre población adolescente y jóvenes. Estas conductas responden a un fracaso de los mecanismos de control y autorregulación, que normalmente hacen eclosión en este momento de la vida, pero que de alguna manera estaban ya presentes previamente, a veces de forma larvada y otras más manifiesta, y que responden a una conjunción de situaciones, que no son explicables siempre por la edad, sino también por la patología.

Se puede hablar de riesgo en la adolescencia desde múltiples vertientes. De hecho, a lo largo de este libro han aparecido referencias frecuentes a «factores de riesgo», «conductas de riesgo» o «vulnerabilidad», que serán los conceptos nucleares del tema que nos ocupa en este capítulo.

Cuando hablamos de *conductas de riesgo*, nos referimos a un patrón persistente en cuanto a la forma de actuar del adolescente, que conlleve una alta probabilidad de sufrir un daño hacia sí mismo o producirlo en otros, además de posibles alteraciones en su desarrollo.

Entre las conductas de riesgo podemos incluir:

- Las relacionadas con los hábitos de consumo de alcohol y tóxicos.
- El abandono precoz de la formación académica.
- Las que derivan del uso de la violencia.

- Las que ponen en peligro la propia integridad física o la de otros, al servicio de «juegos» y «competiciones».
- Las que conllevan un carácter delictivo.
- En general, toda clase de comportamientos que comprometen el proceso de desarrollo, y que a su vez tienen consecuencias sobre la configuración de la propia identidad.

Recordemos que para el adolescente cobra un valor esencial, el juicio con el que los demás puedan sancionar sus actos. Nos referimos a las personas relevantes para el chico, como pueda ser su grupo de iguales. De éstos, sobre todo, se esperará la aceptación, y esa valoración no tiene por qué coincidir con criterios de salud, morales o éticos. Pensemos, por ejemplo, en la alta estima que pueden obtener ciertos miembros de grupos con actuaciones violentas, precisamente por el grado en el que la ejercen, y cómo pueden ser rechazados por el grupo, si se manifiestan contrarios a ese modelo.

Es necesario contemplar las conductas de riesgo en la adolescencia desde sus diferentes acepciones, sin las cuales no podría explicarse su trascendencia:

1. *A modo de indicadores o alarmas*, que requerirían de una intervención externa de carácter preventivo o terapéutico. A veces, estas señales actúan *a modo de alarma* sobre situaciones personales o sociofamiliares, en las que el chico está inmerso, que aparecen mucho antes de la adolescencia. Es básico prestar la atención adecuada ante la aparición de estos síntomas, ya que siempre manifiestan un estado de desajuste y sufrimiento.

Esa atención tomará un cariz preventivo si el entorno inmediato puede reaccionar con eficacia ante las primeras alteraciones. Otras veces será necesario la confluencia de intervenciones educativas, sociales y psicoterapéuticas, encaminadas a atajar en lo posible el disfuncionamiento.

2. Como conductas cuyas *consecuencias directas* conllevarían daños. Una conducta de riesgo puede tener un resultado inmediato y fatal, como pudiera ser un accidente de tráfico, por conducir bajo los efectos de las drogas, a medio o a largo plazo. Si seguimos con el ejemplo de las

drogas, un consumo mantenido llevará necesariamente a la adicción y sus consecuencias, físicas, psicológicas y sociales.

Por ejemplo, imaginemos a un chico de 13 años que comete pequeños robos bajo amenazas a otros chicos. Está claro que se trata de una conducta transgresora. En casos donde confluyen factores individuales, familiares y sociales, que puedan actuar como mantenedores de esas actuaciones, si esta evolución no es reconducida, probablemente esos comportamientos cristalizarán en otras formas de consecución de satisfacciones inmediatas. Se reforzará la fantasía de dominio sobre el otro y se mantendrá una interpretación de la ley subyugada a los deseos. Viene a ser la descripción del funcionamiento marginal de tipo delictivo.

3. Relativa a la incidencia de estos comportamientos sobre un *sujeto en desarrollo*. Las conductas de riesgo pueden *comprometer el futuro del individuo*, afectando a todos los niveles del espectro evolutivo: personal, académico, laboral y social.

La multitud de implicaciones que conlleva la conducta de riesgo no se agota en sus efectos directos. Se piensa en su evolución, en cuanto a la posible irreversibilidad del daño que pudieran ocasionar tarde o temprano. Además, y esto apunta a la especificidad adolescente, ocurren en un *sujeto en desarrollo*, para quien la experiencia vivida, revierte directamente en la configuración de su identidad. También el «ser» se va forjando con el «hacer».

Ya el hecho de que este tipo de comportamientos queden instalados en el modo de relacionarse consigo mismo y con su entorno, devuelve al chico una imagen de sí desdibujada en cuanto a sus límites, y no sólo nos referimos a los normativos, sino a los de su propio ser, en relación con otros.

Un chico o una chica que consume alcohol en exceso o cualquier otro tipo de tóxico, que abandona los estudios, que mantiene relaciones sexuales sin protección, ¿a qué se expone? Si pensamos más allá de los riesgos directos, vemos que también queda desprotegido ante una imagen de sí mismo devaluada, sometida al descontrol, que se tornará en fuente de insatisfacción y malestar, y de la que habrá que huir retroalimentando el circuito de las conductas de riesgo.

En la actualidad asistimos a la puesta en marcha de políticas preventivas en el ámbito educativo y sanitario, no comparables con las de

años precedentes y muchas de ellas dirigidas a adolescentes. Se constata así la existencia de riesgos específicos no equiparables a otros segmentos de edad. Cada vez más se objetiva la necesidad de intervención precoz, ante los primeros signos que pudieran anticipar la presentación de conductas que entrañan peligro para el adolescente.

Por qué unos sí y otros no

Siendo la adolescencia un periodo proclive para la aparición de conductas que conllevan riesgos, es cierto que no todos los adolescentes actúan de la misma forma, ni se exponen por igual a los peligros que pudieran aparecer en su nuevo contexto.

Tampoco las conductas de riesgo de aparición en la adolescencia tienen un poder predictivo por sí mismas de una evolución hacia lo antisocial o autodestructivo. Este carácter vendrá dado por las características de personalidad previas del chico, los factores familiares y del entorno, que podrán confluír en su cronificación si son reforzadores y mantenedores de esas actuaciones. Resulta especialmente importante y a veces trascendental, el manejo que los adultos puedan hacer de estos comportamientos. Pudiendo resultar aventurado, y en ocasiones peligroso, dotar de un significado determinante, cualquier conducta de riesgo. La conducta no es el único elemento definitorio de la identidad, aunque aparezca como una expresión potente de ella.

Un adolescente que bebe alcohol no es un alcohólico, aunque sí sea una conducta de riesgo. Es importante dar una comprensión y alcance realista a la conducta como tal, para que pueda ser también registrada por el adolescente, formando parte de él. La forma de abordar la situación no será la misma, dependiendo del punto en el que se encuentre.

En muchas ocasiones la acción es vivida por el chico como ajena, a veces derivada del descontrol, otras, como si no formara parte de uno mismo, o simplemente ocurriera sin conexión ni con deseos ni con estados emocionales, es decir, siendo explicable sólo desde el impulso. Esta especie de disociación guarda una estrecha relación con las dificultades que presentan algunos adolescentes para la *integración del pensamiento, los afectos y la conducta*. Siendo éste uno de los grandes esco-

llos con los que va a encontrarse el adolescente, resulta especialmente disfuncional, en los chicos que arrastran mayor precariedad para la constitución de su identidad.

También es verdad que durante la infancia, en muchas ocasiones aparecen algunos elementos, que se podrían considerar posibles predictores de complicaciones importantes. Dichos elementos ponen en alerta, cuando pueden ser entendidos como tales, de una mala evolución o anuncio de descalabro en la adolescencia. Estos signos a modo de indicadores adquieren el carácter de factor de riesgo.

Como ya sabemos, el concepto de «factor de riesgo» es diferente al de «conducta de riesgo», ya que aquél tendría un valor predisponente y previo a la conducta. Conviene diferenciarlos aunque en ocasiones se utilizan indistintamente. El *factor de riesgo* está específicamente referido a características individuales o del entorno inmediato que *exponen* al chico o a la chica a peligros relacionados con la integridad física o con su desarrollo psicológico y social.

Presupondría un estado carencial o desventaja para afrontar situaciones propias del momento existencial en el que el adolescente se encuentra. Situaría también al chico en peores condiciones de competencia personal, al contar con menos recursos para el manejo de su realidad. Las capacidades de afrontamiento requeridas frente a las exigencias que este momento vital plantea, aun siendo de adquisición progresiva, adquirirán una forma inédita en ese momento.

Estas capacidades vendrán condicionadas por múltiples elementos de distinto orden y que tradicionalmente se han referido a las esferas, individual, familiar y social. Un adolescente será más tendente a colocarse y encontrarse en situaciones que conlleven peligro, cuantos más factores de riesgo personal y social confluyan en este momento de su vida.

Otro concepto importante que resulta clarificador en este análisis, y es consustancial a la adolescencia, es el de *vulnerabilidad*. Nos referimos a la fragilidad estructural de la organización psíquica, que en la etapa adolescente, llena de incertidumbres e inestabilidad, puede encontrar una forma de compensación en funcionamientos en los que la acción se imponga rotundamente al pensamiento.

Es frecuente encontrar a chicos que, sistemáticamente, parecen alinear su comportamiento traspasando los límites y buscando así algo

que aporte sentido frente a su propia confusión y que se constituya, a través de la acción misma, en una respuesta a posibles preguntas acerca de sí mismo. El resultado en este sentido es sumamente fugaz y en cuanto a su rentabilidad bastante negativa. Si no se rompe el circuito, las consecuencias que le siguen le confrontarán de nuevo con el entorno, reactivando la tensión, la confusión y buscando salida en la repetición y agravamiento de sus conductas.

Vanesa

Vanesa tiene 17 años. Vive sola con su madre, sus padres se separaron cuando ella tenía cinco años. Ve a su padre con poca frecuencia «porque prefiero estar con mis amigos...». Desde hace tres años su madre y ella discuten continuamente. Vanesa no respeta los límites en cuanto al cumplimiento de obligaciones, ni horarios. La madre la castiga cada vez sin más cosas: sin dinero, sin salir, sin móvil, sin música..., viendo cómo su impotencia aumenta frente a la rebeldía de la chica, que se las apaña para estar con sus amigos. Se escapa cuando no está su madre en casa o desaparece varias horas tras la salida del Instituto.

Cuando se le pregunta a Vanesa por qué cree que actúa así, dice que no sabe, que no quiere hacer daño a su madre, ni que ésta se disguste, «prácticamente es la única persona que tengo en la vida, pero si me dan ganas de salir o veo a algún amigo, no lo pienso, se me olvida mi madre, no lo puedo evitar...».

El proceso de interiorización de *límites*, ya iniciado desde la infancia desempeña un papel de *organizador* fundamental para la constitución de la identidad en la adolescencia. Cuando hablamos de límites, no nos referimos exclusivamente a las normas, aunque sea la acepción más extendida. Incluye también, y de forma fundamental, la función de diferenciación necesaria en el desarrollo, que permite discriminar estados internos y externos, saber quién es uno mismo como diferente a los otros, y, desde luego, la interiorización de prohibiciones básicas.

Quizás resulte importante aclarar que la discriminación de estados internos es un logro evolutivo que consiste en poder reconocer emociones, afectos o pensamientos propios y conectarlos con factores internos o externos que los generan o inciden sobre ellos. Pensemos, por ejemplo, en el caso de un chico que presenta conductas destructivas

fuera de casa. Podría ocurrir, entre otras circunstancias, que su padre fuese una persona excesivamente dominante, que recurriera con frecuencia a castigos humillantes y a la violencia física hacia el chico. Posiblemente, éste no será consciente de que su propia conducta agresiva, pueda estar conectada a experiencias violentas ya vividas, que descarga a través de esa vía.

Si lo fuera y pudiera razonarlo, el propio pensamiento se convertiría en un recurso que le permitiría comprenderse y, por tanto, en una posibilidad de manejo de su conducta. Este proceso que se consolida en la adolescencia, con la peculiaridad que ésta aporta a todo lo que en ella ocurre, tiene su origen en los vínculos que le preceden y en el acontecer de éstos hasta ese momento.

Si el desarrollo del chico ha estado marcado por fracasos en su organización como sujeto y en su adaptación a las exigencias que provienen de la maduración, es muy probable que el proceso constitutivo de la identidad se vea en la adolescencia especialmente afectado.

La inconsistencia personal, vivida como inaceptable en un momento en el que se siente la necesidad de ser importante, sobre todo para otros de los que se espera ratificación, será uno de los mayores determinantes para la aparición de conductas de riesgo. A veces, el adolescente transforma su inseguridad y miedo en omnipotencia. Cuanto más proclive sea a ello, menos consciente será de la conexión de su conducta con una vivencia de fragilidad que no tolera.

En ocasiones, surge la imperiosa necesidad de buscar emociones intensas. Esta inquietud, que puede estar presente en alguna medida en casi todos los adolescentes, a algunos les puede llevar a confundir la experiencia de riesgo con una especie de certificación de *ser alguien* importante. Los medios que se utilizan para ello se dirigen a impresionar a otros, se busca ese momento de gloria y la imagen con la que se confunde.

Resulta interesante la maniobra a través de la que se busca la confirmación de ser alguien sólo cuando se está en peligro. No resulta tan curiosa si la entendemos desde los mecanismos megalomaniacos que despliegan algunos adolescentes frente a los riesgos, y que responden a un intento de restaurar, a través de la potencia con la que se manifiesta la conducta, lo que puede estar dañado en el mundo de sus afectos.

Fran

Fran es un chico de 17 años. Acudió a consulta acompañado por su madre, que le llevó engañado. Le dijo que iban para que le diesen unas vitaminas que le ayudaran a controlarse y no ponerse tan nervioso. Cuando se dio cuenta de la jugada, salió del despacho, arremetió contra la madre y le juró que jamás volvería a creerla. Una vez que se hubo calmado, comenzó a hablar de la situación que a su madre le preocupaba pero no a él, porque no le parecía que fuese tal problema.

Fran había fracasado en sus estudios desde el paso a la educación secundaria, no logró terminarla y estaba siguiendo un programa alternativo, a través de los cursos de Garantía Social. Hasta entonces, no había dado problemas graves en cuanto a su comportamiento fuera de casa, pero ahí siempre había mostrado reacciones incontroladas, «sobre todo cuando me molestan, es que yo quiero que me dejen en paz, y se empeñan en fastidiarme, mis padres con los estudios venga a darme la charla, y a mi hermana no la aguanto, es una mimada», y estalló «¡que me dejen de una puta vez, eso es lo que necesito y no venir aquí!».

Cuando comenzó el Instituto se separó de los dos amigos con los que había estado en su colegio desde pequeño, y empezó a juntarse con chicos que por sus circunstancias familiares tenían poco control de sus padres y pasaban gran parte del día en la calle. Siempre se ha mostrado como un chico bastante exigente hacia los padres. De pequeño tenía rabietas en las que pataleaba y gritaba hasta que caía extenuado y se dormía. Según ellos, eran incapaces de calmarle. Esas rabietas se mantuvieron hasta la pubertad.

De mayor ha ido aumentando la intransigencia frente a los límites impuestos por sus padres, sobre todo en cuanto a sus obligaciones y horarios. Reacciona con furia, golpeando las puertas y dando patadas a los muebles, insiste en que le dejen en paz. Nunca ha mostrado agresividad física hacia sus padres o hacia su hermana, aunque reconoce que últimamente sí les insulta. También ha estado implicado en algunas peleas fuera de casa, porque se controla poco.

Consume drogas de síntesis los fines de semana en la discoteca. No cree que el consumo de estas sustancias esté teniendo efectos nocivos ni en su salud ni en su comportamiento y lo justifica desde argumentos como: «No voy a ir yo de pringao, en plan muermo mientras los demás están a tope», «los jóvenes tenemos que disfrutar, y ahora hay más cosas que antes no había, si hubieran existido en la época de mis padres, pues también se habrían puesto...», «a lo mejor me hacen daño, pero hay que arriesgarse, si

no..., también meten mucho miedo para que no lo hagamos, nos quieren asustar..., hay gente a la que le va mal, pero es la minoría...».

Entendemos que la impulsividad de Fran, ya presente en su infancia, era entonces un signo de sufrimiento para él y su familia. La experiencia de descontrol emocional y la imposibilidad de encontrar contención a ese desbordamiento por parte de las figuras parentales, revierte también en los chicos en una determinada percepción de sí mismos, devolviéndoles una imagen de alguien tan terrible, que no puede ser controlado, ni siquiera por sus padres. Es muy probable, por tanto, que se acentúe la indiscriminación, tanto de sus estados afectivos como de sus necesidades y deseos, confundiendo ambos.

Esta diferenciación es particularmente interesante en la adolescencia, y sobre todo en las conductas que provienen de la búsqueda de satisfacciones inmediatas.

Identificar la necesidad con el deseo, confundiendo a la vez ambos con apetencia, es manejarse en la realidad en términos de urgencia por calmar cualquier tipo de tensión. Siendo la adolescencia el momento por excelencia donde emergen múltiples tensiones, internas fundamentalmente, es lógico pensar que la vía de la satisfacción inmediata, a modo de atajo, tenga un efecto calmante, aunque nada duradero. Por el contrario y sin mucho tardar, se transformará de nuevo en insatisfacción, y ésta, en necesidad, que intentará aliviarse una y otra vez, con urgencia.

Si es una sustancia química la que produce ese efecto, como en el caso de Fran, lejos de reconocer la compulsión a tomarla, sentirá cómo amenaza todo lo que pueda cuestionar esa forma de satisfacción, que intenta negar ante los demás y ante sí mismo.

Factores intervinientes

Cuando se estudian las conductas de riesgo en la adolescencia, inevitablemente se contempla la esfera familiar en la que el adolescente ha crecido y el entorno social en el que ambos están inmersos. No podría ser de otra forma. Aislar el comportamiento de un individuo de su mundo relacional desvirtuaría completamente su realidad.

La conducta del adolescente se ve influenciada, cuando no determinada, por factores externos a él, pero que formando parte de su mundo de relación quedan incorporados como propios. Estos elementos podrán llegar a ser decisivos en cuanto a la aparición de conductas de riesgo, en su cronificación, o, por el contrario, constituirse en salvaguarda frente a ellas, con lo que hablaríamos entonces de *factores de protección*.

La familia es el lugar privilegiado donde encontrar esos agentes favorables, para sortear gran parte de las dificultades que presenta la adolescencia. Existen múltiples estudios sobre los factores intervinientes en la aparición y cristalización de conductas de riesgo en la adolescencia. Algunos de ellos tienen más peso en cuanto a su potencial facilitador, pero no hay un único elemento que pueda aislarse como definitorio o con valor de pronóstico por sí solo.

En los capítulos 3 y 7 de este libro se han desarrollado ampliamente diferentes aspectos relacionados con las funciones parentales, crecimiento de los hijos y conducta. Se ha escrito mucho últimamente sobre el ámbito familiar y su influencia, en relación con las características de las familias cuyos hijos presentan conductas de riesgo de forma reiterada.

Los resultados que se obtienen apuntan a que estadísticamente ese tipo de comportamientos se suele encontrar precedido de situaciones como:

- Inestabilidad familiar, presencia de conflictos recurrentes, rupturas...
- Inconsistencia en cuanto al establecimiento y mantenimiento de límites por parte de los padres.
- Inestabilidad psicológica de los padres (en muchos estudios se cita sólo la estabilidad psicológica de la madre).
- Experiencias de abandono y/o institucionalización tempranas.
- Escasa o nula implicación paterna en la crianza y educación de los hijos.
- Ausencia de comunicación familiar y la presencia de relaciones de hostilidad entre los miembros.
- Adicciones y/o comportamientos violentos en los padres.
- Antecedentes psicopatológicos en los padres que cursan con descontrol conductual.

Se podrían nombrar otras situaciones adversas en cuanto a la adquisición de seguridad y equilibrio, pero como vemos en las descritas arriba, giran básicamente en torno a la repercusión negativa que el fracaso en el ejercicio de las funciones parentales tiene en los hijos. Ese fracaso, motivado a su vez por múltiples circunstancias, psicopatológicas o sociales, deberá haberse mantenido en el tiempo para poder lograr ese efecto desestabilizador en la adolescencia.

Debemos evitar el fácil determinismo simplón, que permite decir a veces alegremente cosas como «este chico se porta así porque su familia es así» o «qué se va a esperar con el padre que tiene», etc. a modo de diagnóstico y sentencia final, que convierte al adolescente en desahuciado de cara a posibles intervenciones.

Ese tipo de explicación única y última de la conducta impide una comprensión más global de la misma, en la que también el chico forme parte como sujeto y no sólo como mera consecuencia de otros.

Las disfunciones en el ejercicio de las funciones parentales se constituyen como factor de riesgo. Esa relevancia tan significativa se ha analizado detalladamente en el capítulo 5 de este libro, sin embargo, conviene recordar algunas *conexiones* entre esas funciones básicas y su repercusión en la adolescencia.

- La configuración de la *identidad*, que tiene lugar en la adolescencia, depende en gran medida de la *coherencia y estabilidad* en el mundo de los afectos, que primariamente corresponde a los vínculos familiares.
- El adolescente requiere de una *función sostenedora* externa, desarrollada desde el afecto, ante su vivencia de descontrol interno. Esa función deberá *contener* y poder *limitar* al mismo tiempo.
- El descontrol conductual de los padres vivido en la infancia no es comprendido por el hijo. La *ausencia de pensamiento*, que acompaña a ese tipo de conductas de los padres, genera a su vez conductas carentes de pensamiento en el hijo.

Acercándonos a la realidad social en la que crece el adolescente, sabemos que existen una serie de situaciones que aunque por sí solas no tienen el poder de ser causa única en las disfunciones conductuales en la adolescencia, sí tienen un papel importante, aunque insistimos no exclusivo, en la aparición y mantenimiento de éstas.

Entre estas circunstancias podemos señalar las que se derivan de vivir permanentemente bajo la sombra de la carencia económica, en cuanto que, con frecuencia, va asociada a otros factores concomitantes de desventaja social, privación, menoscabo de derechos sociales, exclusión, etcétera.

A menudo, esto ocurre en entornos caracterizados por la marginalidad: barrios chabolistas, lugares con altas tasas de paro laboral, zonas en las que el índice de delincuencia está por encima de la media, existencia de grandes bolsas de población inmigrante no integrada, etc. Este panorama, del que el adolescente puede formar parte, desde luego no es el mejor escenario en el que reconocerse a uno mismo, sin participar de un sentimiento de laceración estigmatizante.

Según los estudios publicados al respecto, parecería que condiciones sociales tan desfavorables influirían sobre todo en la mayor aparición de comportamientos antisociales, lo cual no resulta nada extraño aunque fuera únicamente explicable desde el aprendizaje del modelo social, pero no existe una correlación exclusiva entre dichas circunstancias y las conductas de riesgo de la adolescencia en general.

Desde luego, no todas las conductas de riesgo en los adolescentes están asociadas a la marginalidad. El grado de permisividad y aceptación social es un factor determinante para su instalación en cualquier clase social. El ejemplo más claro en este momento es el elevado consumo de cannabis en la población adolescente en general, sin distinción en cuanto al estatus socioeconómico.

Sabemos que determinados comportamientos antisociales aparecen ligados con mayor frecuencia a situaciones de carencia y privación social, pero también es cierto que no existen conductas de riesgo, patrimonio de una clase socioeconómica determinada, sino que en función del poder adquisitivo y el círculo social al que los chicos pertenecen, adoptarán unas formas u otras, se manifestarán en unos ambientes u otros.

Las conductas de riesgo, como puedan ser *el consumo de drogas*, a menudo están relacionadas con la impulsividad y están desprovistas de otra intencionalidad que no sea la de calmar una tensión, aunque este alivio provenga del hecho de *relegar el pensamiento* ante la urgencia de *satisfacción inmediata*. La tensión no siempre hay que pensarla en términos de excitación. También resulta insoportable para muchos ado-

lescentes la sensación de aburrimiento vivida como *vacío*. Este aburrimiento representa algo más que la soledad circunstancial, el hecho de no estar con amigos o no tener algo motivante que hacer. Se trata sobre todo de no saber qué hacer con uno mismo cuando se está solo. Parecería así constatarse de nuevo el desasimiento del adolescente, que le lleva a situar las referencias de su existencia fuera de él.

El aburrimiento, en situaciones normales, se expresa en forma de queja, casi siempre dirigida a los padres y difícilmente ya resoluble por éstos. Cuando la situación trasciende de la queja verbal a la conducta, la actuación se puede convertir en una dejadez total, en expresión contundente del abandono hacia todo lo que concierne a uno mismo. Es el traído y llevado «pasotismo», que llevado al límite deja al adolescente en la más completa alienación, y que le hace especialmente vulnerable ante determinadas conductas. Así, pasar de todo significa también el abandono de cuidados y la exposición al riesgo sin ninguna protección.

Otra salida-trampa frente a ese vacío se encuentra en buscar sensaciones que aparentemente lo llenen, aunque sea de forma tan estruendosa como artificiosa. La música a todo volumen, sin medida, a veces se convierte en un ejemplo claro de ello. Este comportamiento típicamente adolescente, y que habitualmente no es más que la supremacía que se le otorga a eso que gusta tanto, también es un mecanismo adoptado para acallar el malestar interno, transformarlo en poderío o cuando menos para no pensar.

La búsqueda de sensaciones con las que combatir ese vacío o ese temido desierto subjetivo, a menudo va más allá, y sobrepasa el hecho de convertir el sonido, por ejemplo, en el único estímulo gratificante («macro-conciertos», «macro-fiestas», discotecas...). Se trata de no captar ningún otro estímulo que no sea el elegido: luces, sonidos, sensación de velocidad..., y que sea lo suficientemente potente para confundirse con él y acallar otras percepciones internas, sobre todo si éstas son dolorosas. Junto a esto, y con la misma intensidad, sirve también para sentirse unido «esencialmente» a los otros que participan del mismo espectáculo.

Resulta curiosa la asociación que se establece entre la sensación vertiginosa de velocidad y la de libertad. Ambas aparecen con frecuencia en los anuncios publicitarios de automóviles y nos sirven para ilustrar el

hecho al que nos referimos: buscar una forma de escapar, alejarse o evadirse.

La sensación, ya sea por placentera o por potente, se convierte entonces en sustituta del pensamiento. Ocupa su lugar, evitando el malestar que se puede desprender de tomar conciencia de la realidad. Ese panorama subjetivo se convierte en campo abonado de conductas como el consumo de sustancias, los «juegos» que conllevan riesgos físicos y, en ocasiones, las primeras conductas delictivas.

¿Dónde está el peligro?

En la actualidad y en sociedades como la nuestra, el riesgo en los adolescentes aparece fundamentalmente ligado a las formas de diversión. Esta premisa parte de las características del modelo social en el que están inmersos, y que también es generador de los modos de actuación adolescente. La llamada cultura del ocio representa en su máximo grado, determinados tipos de actuación que en esencia son calcados de los que manifiestan muchos adolescentes. Características como la instantaneidad, un ideal de felicidad ligado al consumo, la búsqueda de atributos que dibujen una imagen de poseedor de bienes como ideal, la inmediatez de las gratificaciones, etc., que, por otra parte, es evidente que no son exclusivas de los adolescentes.

La fantasía de accesibilidad a todo lo que procura satisfacción de forma inmediata está presente en la mayor parte de las actuaciones adolescentes que conllevan riesgo. Si pudiéramos enumerar los elementos comunes a conductas tan variadas como puedan ser el consumo de alcohol y tóxicos, las prácticas sexuales de riesgo, la transgresión limítrofe a la delincuencia, etc., encontraríamos casi de forma sistemática la inmediatez de la satisfacción ligada a la ausencia de reflexión.

La búsqueda de satisfacciones, en la forma a la que nos referimos, no tiene por qué ir unida exclusivamente al consumo de sustancias como búsqueda de un estado placentero. También la descarga de tensiones internas a través de actuaciones peligrosas, y la necesidad de apropiarse de una imagen tras la que ocultar o negar el vacío y la angustia, son diferentes versiones bajo las que se presentan las conductas de riesgo, en las

que recordemos que el adolescente, desafiando el peligro, representa una fantasía de dominio sobre él.

En ese desafío al peligro y, en cierto modo, a la muerte, también encuentra el adolescente un elemento de diferenciación con la generación precedente, considerando, desde una postura omnipotente, que la muerte y todo lo que se acerca a ella (enfermedad, accidentes, secuelas...) pertenece a los otros, a los mayores, sintiéndose así invulnerable.

Nos detendremos en algunos de estos modos de actuar, característicos de la adolescencia y que conllevan esa vertiente peligrosa, ya sea por lo perjudicial de sus efectos, tanto a corto como a medio y largo plazo.

El consumo de tóxicos

La adolescencia es un momento proclive para el consumo de sustancias adictivas. Algunas de ellas están prohibidas exclusivamente a menores, como es el caso del alcohol y del tabaco. Su consumo se identifica, para muchos adolescentes, con la adquisición del estatus de adulto. Otras, las llamadas drogas ilegales, hacen extensiva esa prohibición. Ambas comparten el carácter normativo en su uso, es decir, su no-consumo es una cuestión de ley, de ahí que se ofrezcan como vía preferente de actuación/confrontación para no pocos adolescentes.

Es interesante insistir en el concepto de prohibición que las acompaña, desde una doble vertiente. Por un lado, el interés de proteger frente a lo que se considera dañino, «no te permito hacer esto, porque sé que no es bueno para ti», pero por otro, el de restricción de la libertad para elegir, «no puedes elegir entre hacerlo o no, porque lo dice la ley».

Ambas posiciones tocan de lleno aspectos sensibles para el adolescente: el control, la dependencia, el límite... y, frente a ellos, reaccionará en función de su capacidad de elaboración y afrontamiento. Saber cuidarse y además sentirse dueño de uno mismo parecen ser claramente valores ligados al ser adulto y que se intentan transmitir como objetivos al adolescente. Pero en este periodo el equilibrio entre ambos será todavía inestable y la balanza se inclinará del lado de querer ser quien manda sobre uno mismo, a veces a costa de ponerse en riesgo.

La adolescencia ofrece, por tanto, un marco favorecedor para establecer los primeros acercamientos a las sustancias adictivas. Sin embargo, en la mayor parte de los adolescentes que toman contacto con estas sustancias, el consumo quedará circunscrito a esta etapa, sin que necesariamente todos ellos desarrollen una auténtica adicción a las drogas.

Los expertos se muestran reticentes a aplicar el término de dependencia a tóxicos en la adolescencia. Prefieren hablar de «abuso de sustancias», evitando dejar sentenciado el pronóstico, aunque es cierto que en muchos casos el consumo de éstas resulta alarmante. Es necesario circunscribir el tema de las drogas dentro de un análisis social, en parte por lo preocupante que resultan los datos de población, ya que claramente van en aumento para determinado tipo de sustancias, al tiempo que disminuye la edad de inicio en el consumo. Pero también, por lo que el uso de tóxicos refleja del sistema social en el que los adolescentes crecen. Un sistema que genera sus propias fórmulas para resolver la insatisfacción.

Las estadísticas nos dicen que los adolescentes actuales han desarrollado patrones en cuanto al consumo, claramente diferentes a los que se mantenían hace unos años. Por ejemplo, se dice que prima el policonsumo en todos los estratos socioeconómicos y que se da, sobre todo, en el marco de una experiencia en grupo y en torno a actividades de diversión. La diversificación de sustancias en el mercado y su accesibilidad han repercutido claramente en el aumento del consumo. Por otro lado, el perfil del toxicómano marginal asociado al sida ha ido desapareciendo y perdiendo valor como elemento disuasorio.

Tras este panorama social y sus generalidades, se encuentran cada uno de los adolescentes que, con sus peculiaridades, convierten su caso en único, y como tal deberá ser tratado para poder ser comprendido. Vamos a intentar establecer algunos elementos comunes desde el punto de vista intrasubjetivo, que permitan aproximarnos a estos comportamientos, que rayan, cuando no traspasan, la frontera hacia lo autodestructivo.

— Pasar de un *objetivo exploratorio* en las sustancias tóxicas a un consumo abusivo, depende en gran medida de factores individuales comprometidos con el efecto que se busca en las drogas.

Es sabido que el consumo de alcohol está ligado en muchas ocasiones a la búsqueda de un estado de desinhibición que libera de coacciones internas y ofrece posibilidades no sólo para la relación interpersonal, sino para la propia imagen del individuo. Bajo el efecto del alcohol, el adolescente puede percibirse a sí mismo, exento de cortapisas para expresar lo que se le antoja, pudiendo deslizarse en ocasiones hacia lo impulsivo, en esas circunstancias.

La búsqueda de esa sensación liberadora, que en definitiva será de algo propio que le aprisiona en condiciones normales, se convertirá para muchos adolescentes en «solución» a sus inseguridades e inhibiciones en la relación, en el disfraz que le permitirá acercarse a los demás sin sentir que se exponen al fracaso. El riesgo con el que se puede vivir la relación y los miedos que impiden afrontarla quedan diluidos bajo el efecto del alcohol. Que éste se convierta a su vez en otro riesgo, el adolescente preferirá no pensarlo.

— *La presión grupal* y la necesidad de formar parte del grupo convierten algunas prácticas de consumo en el objetivo en sí mismas. Los actuales «botellones»¹ tienen ese sentido, se bebe en grupo, para estar en grupo. No es tan descabellado como parece, si pensamos en la necesidad que subyace bajo esa actuación.

El «botellón» es una práctica uniformadora, y como tal crea una ilusión de identidad por el hecho de ser compartida por todos los demás. Si a eso se une la dimensión transgresora, bien por edad, por hacerlo en lugares públicos, por prohibición paterna, etc., se dan las condiciones para transformar imaginariamente la situación, en la solución ideal frente a desazones típicamente adolescentes, tales como la soledad, el aburrimiento o la sumisión infantil.

— Existe también la búsqueda para muchos adolescentes, de lo que pudiéramos denominar un «efecto balsámico» que encuentran en sustancias cada vez más accesibles y, por tanto, más utilizadas, tales como los derivados del cannabis.

Ahora bien, un bálsamo ¿para qué? Desde luego, no creemos que el «porque sí» pueda ser una respuesta, sino más bien la confirmación de

¹ Grupos de jóvenes que se reúnen en la calle para beber alcohol.

la ausencia de pensamiento ligada a la conducta. Si se preguntase a un adolescente qué es aquello que le incomoda, produce malestar, no identifica con claridad y le impulsa al consumo de estas sustancias, difícilmente sabría qué responder. Es posible que la insatisfacción que experimenta, sin saberlo, tenga que ver con «estados» infantiles gratificantes, ya perdidos, y que sólo se actualizan a través de estos consumos. La pérdida en cuanto a formas de satisfacción correspondientes a etapas anteriores, confronta al adolescente con un sentimiento de vacío tras el que deberá restaurar otras fórmulas que le proporcionen satisfacciones de índole más madura.

Cuando las exigencias externas resultan ya ineludibles, la imagen de insuficiencia para afrontarlas se tornará inevitablemente en un afecto doloroso. Un alivio rápido pero fugaz, a modo de potente analgésico frente a ese sufrimiento, podrá venir de la mano del «porro», «chocolate», «canuto»...

El adolescente sabe que esa sensación placentera no es permanente y, si no es capaz de dotarse a sí mismo de capacidades y reconocerse en ellas, irá necesitando cada vez en mayor medida de ese efecto calmante. Mantener la sensación como estado, es decir, quedar sujeto al «sentir», impide el paso del pensamiento. La expresión «estar colgao» refleja bastante bien esta idea. Se depende de algo que no deja opción a tomar tierra.

Lo que convierte a este tipo de *drogas* «blandas» en más peligroso para los adolescentes, sin despreciar sus efectos específicos sobre la atención, el rendimiento, la percepción de su realidad, la voluntad, etc., es la facilidad con la que pueden convertirse en puente que facilite la transición hacia el consumo de otras drogas mucho más dañinas física y psicológicamente.

Escuchamos con frecuencia la invasión en el mercado de drogas dirigidas a adolescentes, conocidas como *drogas de síntesis*. Con frecuencia hacen aparición en la prensa con noticias como el hallazgo de laboratorios clandestinos, almacenes, etc., o las dramáticas muertes de jóvenes a la salida de alguna discoteca. Son conocidas por su valor psicoestimulante y su consumo se ha disparado entre los adolescentes y jóvenes en los últimos años. Esos mismos efectos son los que se buscan en el consumo de otras drogas, como la *cocaína*.

Se persigue a través de ellas una percepción omnipotente de sí mismo, que se llega a mimetizar con estímulos externos, desbordantes y sin

control, y que aboca a una actividad física frenética desafiando al organismo hasta el límite de su resistencia. La necesidad que se pone en juego tras estas actuaciones, deja al descubierto, ansiedades indicadoras de *vacío* interior y *vulnerabilidad* extrema. Quizá por ello, éstos deban ser extinguidos químicamente y sustituidos por estímulos ensordecedores, movimientos desenfrenados o exhibiciones de poderío que, en cierto modo, nos recuerdan a auténticos cuadros casi delirantes, sustentados tras la imperiosa necesidad de no parar.

Porque ¿con qué se encontrarían de sí mismos el chico o la chica, «puestos hasta arriba», si parasen? Seguramente, con una imagen temida de sí mismos, la de la impotencia o la insuficiencia.

La utilización de drogas como la *heroína*, aunque cada vez menos frecuente en nuestro medio entre los jóvenes, pone de manifiesto la dependencia de una sustancia que elimina la realidad. Ésta desaparece y con ella el propio sujeto. No se trata de inventar otra realidad más satisfactoria. En estos casos, ni siquiera la imaginación juega a favor de quien se droga, se trata simplemente de dejarse ir. La dependencia en estos casos representa sobre todo la exclusión del sujeto de su propia historia, de su propia vida. Llegado ese momento, la vida vale muy poco, porque no es de nadie.

Lidia

Lidia tiene 20 años. Hace unos días tuvo la primera entrevista en un Centro de Atención a Drogodependientes (CAD). «He decidido dejar toda esa mierda, no quiero sentirme así toda mi vida, metiéndome en líos...». Sin embargo, el psicólogo que la atendió cree que Lidia no tiene demasiada conciencia de enfermedad y que parece demasiado frágil para afrontar esa ruptura con las drogas. Es por eso que ellos se proponen para ayudarla en ese trance.

Lidia es la mayor de dos hermanas. Su familia, según dice, es bastante normal, aunque siempre ha pensado que a ella no la querían igual que a su hermana porque no ha sido buena estudiante, «ella sí que es lista, demasiado..., les tenía engañados con eso de parecer la buenecita y luego era peor que yo... a ella le daban todo lo que pedía... no la castigaban, y yo como era más rebelde y voy de cara, pues estaban contra mí...».

Lidia ha tenido dificultades con los estudios desde los primeros años de Instituto, «cuando empecé a conocer a gente y todo eso...; a mis padres nunca les han gustado mis amigos, pero es que nada de lo que hacía les

gustaba, y teníamos broncas continuamente, pero al final ya pasaba y me daba igual...», «no soportaba que mi madre se pasase el día llorando diciendo que la iba a matar de los disgustos, ni a mi padre gritándome e insultándome y más de una vez se le ha ido la mano pero bien...».

Lidia no respetaba las normas en su casa, desde los 16 años desaparecía algunas noches, y en repetidas ocasiones cogió dinero de sus padres y de su hermana. En el Instituto no manifestaba esa rebeldía contra los profesores, «yo pasaba, es que no me interesaba nada lo que decían, me aburría, sólo quería salir, por eso cuando podía me escaqueaba y no aparecía...». A los 18 años decidió irse a vivir con una pareja de amigos mayores que ella, que la ofrecieron trabajo en un pub.

Tuvo problemas con unos clientes «es que eran de los que llevaban mercancía, se pasaron mucho conmigo. Yo es que cuando me coloco a veces no controlo, pero otras sí y me jodió y monté un número y me echaron...». Volvió a su casa y los padres le pusieron como condición que aceptase tratamiento y en ese punto está.

Consume drogas desde los 14 años, «me he metido de todo menos heroína, eso no, me cago... Es que lo demás parece que no pasa nada y te vas metiendo y metiendo, sin darte cuenta y ya no sabes dónde estás, pero tampoco piensas en que tienes que salir, no ves que te haga daño, al contrario, te ayuda a seguir viviendo, todavía no sé si es tan dañino como te dicen, claro que lo de la dependencia es malo...».

No existe un único perfil del adolescente que realiza un consumo abusivo y peligroso de las drogas, pero como se ve en el caso de Lidia, el consumo de tóxicos, sea el que sea, estará en relación con la personalidad del adolescente y su historia.

Prácticas sexuales de riesgo

La sexualidad, como eje sobre el que gravita el descubrimiento del adolescente, se convierte en terreno lleno de inseguridades y temores, al tiempo que de deseos. La sexualidad como patrimonio de los adultos queda cuestionada por el adolescente. Participar de ese saber convierte en realizable el deseo de ser «ya» mayor, encontrarse en igualdad de condiciones, alejarse de lo infantil. La actividad sexual conlleva en la adolescencia un sentimiento de transgresión, de apropiación de algo que correspondía a los adultos, de ahí el sentimiento de culpa asociado.

Sería razonable esperar que este descubrimiento trastocase sustancialmente lo que hasta ahora había sido una relación de dependencia. Sin embargo, las cosas no son tan bruscas y la resolución de esa relación no dependerá únicamente de la aparición o no de prácticas sexuales. Llevará su tiempo y tendrán que darse muchos otros movimientos en la subjetividad del adolescente y del joven que llegará a ser, para poder referir la propia sexualidad a sí mismo, a su identidad.

El hecho de tener relaciones sexuales, por sí solo, no convierte a nadie en adulto. Sin embargo, sabemos que el inicio de estas prácticas cuando es excesivamente precoz, no es inocuo respecto al desarrollo global del adolescente. La valoración de precocidad en cuanto a la relación sexual viene determinada por el ámbito social al que el adolescente pertenece. En algunas culturas, tanto las relaciones sexuales como el matrimonio se consideran normales en edades en las que en la nuestra los chicos siguen en periodo de escolarización obligatoria.

El cuerpo del adolescente puede estar preparado para la función reproductora, cosa bien distinta es la sexualidad. Dando bandazos entre ambos emergerán los temores de los padres. Como en muchas otras situaciones, la percepción del riesgo por parte del adolescente no coincide con la de los adultos. En muchas ocasiones, los consejos son vividos como injerencias en su intimidad, auténticas intromisiones no tolerables respecto a su privacidad. Y es que, a pesar de que actualmente se habla de sexo en las familias con mucha más naturalidad, esto no significa que no exista una brecha insalvable y necesaria para legitimar la sexualidad del hijo con carácter de experiencia íntima.

Paula

Paula tiene 15 años, vive con su hermana de 19 y sus padres. Los conflictos con sus padres han ido en aumento en el último año, hasta el punto de que éstos han pensado que continúe sus estudios en un internado, porque creen que «si sigue así, va a acabar mal».

Es una chica muy atractiva, aparenta más edad de la que tiene. «Me gusta arreglarme y eso no lo entienden. Se creen que solo salgo a ligar y que me van a engañar o que me voy a acostar con cualquiera, como si yo fuera tonta o algo así».

Los padres piensan que se viste de forma provocadora y que seguramente es demasiado infantil para darse cuenta de las cosas que le pueden

ocurrir. Saben que ha salido con varios chicos y la gota que colmó el vaso fue que se enteraron de que estuvo durmiendo en casa de un chico al que acababa de conocer, cuando ella había dicho que estaba con una amiga. Supieron después que estaba bebida cuando se separó de sus amigas y se fue con ese chico.

Están convencidos de que mantiene relaciones sexuales desde hace tiempo. La madre le ha propuesto acompañarle a la consulta de un ginecólogo para que le informe de métodos anticonceptivos, pero ella se niega. Más que responder a ello, se defiende con frases como «a ti se te ha ido la cabeza...», que no te “rayes”..., que me dejes en paz..., que yo sé lo que hago...».

Paula quiere ser modelo, los padres no le han dejado hacerse fotos para una agencia en la que le aseguraron que podían facilitarle trabajo. Le han puesto la condición de acabar sus estudios y a los 18 años que decida, pero ella cree que está perdiendo oportunidades que no va a poder recuperar y esto se convierte en motivo de continuos conflictos familiares.

«Sólo ve su cuerpo, que gusta a los chicos y ahí se acaba todo..., le gusta que la admiren, impresionar, es déspota con nosotros y le va mal en los estudios..., no se da cuenta de que la van a confundir y va a tener fama de lo que no es..., cualquier día nos da un disgusto y se arruina la vida ella...».

El valor que para Paula ha adquirido su imagen física, en cuanto a sus posibilidades de seducción, le ha proporcionado garantía de éxito en la relación con los otros y sobre todo con el sexo opuesto. Sabemos de la necesidad que tienen los adolescentes de buscar avales en ese terreno como forma de conjurar miedos e incertidumbres en relación con su identidad, pero la viñeta expuesta nos muestra claramente, en lo que a sexualidad se refiere, los riesgos que los padres perciben por su lado y que aparentemente Paula parece ignorar. Hay otras causas de enfrentamiento entre ellos, pero básicamente giran en torno a los peligros, que los padres de Paula ven ligados a su sexualidad.

Ellos temen un embarazo, que pueda ser vista como una prostituta, que se deje utilizar o que se convierta en objeto de abuso por los chicos, etc. Ese temor a ver a Paula única y exclusivamente como objeto sexual para otros les irrita, pero, paradójicamente, también ellos ven sólo eso en la chica. Los cambios físicos de Paula fueron relativamente tempranos, «a los 12 años tenía cuerpo de mujer». La describen como una niña inmadura siempre, influenciable por los demás, «con poca

personalidad», «hacía todo lo que le decían las amigas, aunque luego la pillasen a ella y a las otras no». Cuando la hermana comenzó a llevar a su novio a casa, hace poco más de un año, ella intentaba llamar la atención de éste continuamente. Se descontrolaba, cuando él estaba, paseaba por la casa en ropa interior, a pesar de las riñas de sus padres y las acusaciones de la hermana, quien llegó a decirle varias veces que parecía una puta. Vemos que el cuerpo de Paula y su erotización se ha constituido en la causa del malestar familiar, que no tienen por qué coincidir con el suyo propio.

Si pensamos por qué ella necesita pivotar su mundo de relación, su autoestima, su seguridad, sobre estas actuaciones, posiblemente nos alejemos de lo que es un comportamiento de seducción sexual cuasi compulsivo, que reduce a Paula sólo a eso, y podamos ver otros elementos más clarificadores de su funcionamiento intrasubjetivo.

Paula se ha plegado siempre desde niña a los deseos de los demás, hacía lo que le decían otros niños, aunque eso no fuese bueno para ella. Quizás, la necesidad de sentirse en relación era primordial, sin tener en cuenta el coste. Era una forma de expresión de su dependencia. En este momento, la necesidad de Paula de ser reconocida, tenida en cuenta, admirada por algo, guarda algunos elementos comunes con sus actuaciones infantiles. Lo que las diferencia completamente es que su cuerpo sexuado, ahora también forma parte de lo que ella pone en juego para conseguir este fin, de forma no pensada y por tanto inevitable.

Ser deseada ahora sexualmente satisface su necesidad de ser alguien para otro, aunque sea a costa de reconocerse únicamente como objeto de ese deseo sexual. Su fragilidad se ha tornado en una imagen desde la que sentirse única y deseada.

No existe un patrón único de funcionamiento sexual, que pudiéramos considerar normal en la adolescencia (no incluimos aquí manifestaciones sexuales que provienen de alteraciones psicopatológicas). Las prácticas sexuales están muy determinadas por el contexto sociocultural al que el chico o la chica pertenecen y el inicio de estas prácticas también varía en función de las características individuales.

El carácter o no de *conducta de riesgo* en cuanto a *sexualidad* se refiere vendrá determinado fundamentalmente por:

- *El funcionamiento global* del adolescente en el que *la experiencia sexual* deberá ser *integrada*. Con la misma edad, seguramente la experiencia sexual puede producir un impacto negativo en unos adolescentes y resultar lo contrario en otros, dependerá de la consistencia personal por un lado y de la calidad de la relación en la que se da el contacto sexual.
- La medida en que la *experiencia sexual* esté articulada dentro del sistema mental del adolescente, y no como conducta ajena al resto de su entramado emocional. Recordemos que la relación sexual se convierte para el adolescente en clave de acceso a un saber, que hasta entonces había sido vetado y cuyo descubrimiento, ya fuera de la guía paterna, es vivido como revolución interna. Por tanto, las particularidades de cada adolescente, la composición de su mundo afectivo y de relación, el soporte personal con el que cuenta, condicionarán en gran medida la consecución más o menos exitosa de su identidad sexual.
- La capacidad de *autoprotección* del adolescente. Normalmente, las adquisiciones en este terreno, que hemos señalado de autocuidado, son efecto de un desarrollo emocional, lo suficientemente discriminado como para tener en cuenta los peligros y protegerse ante ellos. Esto significa tomar conciencia de los límites propios, y sabemos que en los adolescentes esta función puede estar sometida a serios vaivenes, por la misma naturaleza del momento evolutivo. Riesgos tales como el embarazo, el contagio de enfermedades de transmisión sexual o el sida, son a menudo minimizados e incluso ignorados por muchos adolescentes. Las estadísticas en cuanto al número de casos de embarazos a estas edades dan fe de ello.
- El *desarrollo psicoafectivo* a lo largo de su vida. La presencia en la vida del chico de carencias y alteraciones en sus vínculos primarios puede dificultar la toma de *conciencia del cuerpo* como vehículo de *expresión y recepción de afectos*. La expresión sexual puede formar parte de alteraciones graves de la personalidad, alteraciones que podrán ir desde la completa inhibición hasta convertirse en la vía de manifestación de impulsos agresivos y perversiones. En este sentido, el fracaso en la no adquisición o alteración de los mecanismos que regulan el control de los impulsos, convierten la se-

xualidad en anómala, produciendo actos tales como, abusos a chicos menores e intentos o violaciones de hecho. Nos encontraríamos en estos casos en el terreno de las *psicopatías*, y no del desbordamiento pulsional esperable en un adolescente normal. Habitualmente encontramos en las biografías de estos chicos fallas importantes en el terreno de la vinculación y la organización psicoafectiva de su personalidad.

A pesar de los cambios habidos en cuanto al tratamiento de la sexualidad en nuestra sociedad, los temores de los padres varían, ya se trate de un chico o una chica y, en el caso de las chicas, prevalece el miedo a un posible embarazo. Actualmente, la información relativa tanto a medios anticonceptivos como a la prevención de enfermedades de transmisión sexual está al alcance de la mayoría de los adolescentes, sin embargo esta accesibilidad no garantiza siempre su eficacia.

Para muchos adolescentes, la información que proviene de los adultos es interpretada en clave de control o ajena completamente a la realidad que ellos viven. Se defenderán de ello de forma omnipotente: «a mí eso no me puede pasar, yo controlo...», o negando sistemáticamente el riesgo en el que se mueven, y convirtiéndolo en no existente: «que lo del sida era antes, con los yonquis...», o simplemente no dando lugar a un pensamiento asociado a su conducta.

Pese a toda esa información de la que los adolescentes disponen, se siguen dando cifras altísimas de embarazos a esas edades. Por lo general, son embarazos no deseados o, por lo menos, no buscados conscientemente. Aunque sí existen casos de chicas que recurren al embarazo como forma de atraer hacia sí al chico del que están enamoradas, en una maniobra que por lo general va abocada al fracaso y a la frustración.

Susana

Susana tiene 16 años, mantenía relaciones sexuales con un chico de 22 con el que quería casarse. Aunque éste le decía que todavía eran muy jóvenes, ella insistía. Se quedó embarazada, y cuando se lo dijo no volvió a saber nada de él. Ella había hecho planes para casarse o vivir juntos y creyó que un embarazo terminaría de convencer a su novio.

Hizo un intento de suicidio con pastillas. En el ingreso hospitalario sus padres se enteraron de que estaba embarazada. Le propusieron abortar y ella aceptó.

Susana tardará en recuperarse del impacto del encadenamiento de pérdidas que ha sufrido y que, de forma tan cruda, la colocaron en lo irremediable de la realidad. Hasta ese momento la suya carecía de límites, se sustentaba sólo sobre sus deseos. Era un mundo imaginario, donde ella se situaba como en un cuento, en el que era la protagonista y que necesariamente debería tener final feliz. Una posición tan alejada del marco de la realidad, ya es en sí una situación de riesgo para un adolescente, que da muestras de carecer de la seguridad interna necesaria que permite soportar decepciones. Por el contrario, el mundo imaginario de Susana estaba construido sobre la idea de la no existencia de límites ni frustración. La realidad se impuso de forma categórica y dolorosa y su descubrimiento no fue soportable.

La precocidad del embarazo viene sancionada por pautas sociales; es siempre un concepto relativo no sólo a la edad biográfica, sino también al medio cultural en el que el chico o la chica se encuentran. En nuestro entorno social, en la adolescencia todavía se está en periodo de formación académica, como señalábamos anteriormente. Se asocia esa edad a una forma de ser, característica y diferenciada del mundo adulto, en cuanto a estudios, primeros trabajos, diversión, etc., que se ve sacudida por la irrupción de un embarazo.

Por lo general, los embarazos adolescentes no son deseados y son vividos con gran angustia tanto por los propios adolescentes como por sus familias. El embarazo no es sólo gestación. Para un adolescente es la prueba de su sexualidad, y esto no resulta fácil de aceptar ni para él mismo. El temor y la vergüenza por contar lo que sucede a los padres, hace que en muchos casos las chicas opten por recurrir a intervenciones abortivas en lugares no autorizados, u oculten su estado hasta que resulta completamente evidente. En ocasiones, y a pesar de la ausencia de menstruación, se aferran a la idea de la imposibilidad de embarazo y no llegan a consultar hasta ya muy avanzada la gestación, como ya hemos visto anteriormente.

Por su parte, las reacciones de los padres van desde el rechazo total a la chica, por lo que interpretan como deshonor familiar y afrenta diri-

gida a ellos, hasta el acogimiento y apoyo en una situación que siempre, se tome la decisión que se tome respecto a ese embarazo, en ese momento estará cargada de dramatismo, por lo que supone de ataque a un proyecto de vida, que necesariamente ya no podrá ser el mismo.

En ocasiones, cuando la adolescente aborta, se produce cierta sensación de alivio, sobre todo en los padres. La asimilación de esa situación no será fácil para ella. A la necesaria elaboración del duelo por el embarazo, que se verá acompañada de temores y sentimientos de culpa, habrá que unir, y a veces esto es tremendamente difícil, una percepción de sí misma diferente, sin solución de continuidad entre el antes y el después, que requerirá de tiempo y ayuda, para que no cristalice dando lugar a otros síntomas.

Andrés y Lucía

Tienen 17 y 16 años, respectivamente, salían juntos y mantenían relaciones sexuales sin utilizar ningún método anticonceptivo. Lucía se quedó embarazada. Sus padres le propusieron abortar y le plantearon la posibilidad de que el chico y su familia conocieran la situación. Así fue. Poco tiempo después, ambas familias, cada una por su lado, sin ponerse de acuerdo en ello, pidieron consulta en Salud Mental solicitando atención para sus respectivos hijos.

El caso de Andrés no es habitual. Todavía en los embarazos adolescentes, el chico parece desempeñar un papel poco relevante. La mayoría de las veces no se entera de ello o evita su implicación. Si bien es cierto que el embarazo atañe de forma primordial a la chica, por tratarse de su cuerpo, socialmente todavía se tiende a valorar de forma diferente la sexualidad en la chica que en el chico, y se excluye a éste de responsabilidad cuando se produce el embarazo.

Andrés también se deprimió, y quizás esa fuera la reacción más sana que pudo haber tenido: «no soy el mismo, no sé qué me pasa..., he sido un gilipollas..., no quiero salir, no quiero ver a mis amigos, no quiero que se enteren..., no sé si voy a poder estar con alguna chica ya..., ¿esto se me olvidará alguna vez?...».

Las nuevas tecnologías y sus riesgos

Otro de los riesgos de los que se habla mucho actualmente tiene que ver con el acceso a las nuevas tecnologías por parte de cualquier persona, independientemente de su edad y que tenga al alcance un ordenador conectado a la red. Siendo indiscutible la aportación en el terreno de la comunicación y la información, que esta revolución tecnológica ha generado, vemos cómo también se convierte, en ocasiones, en vehículo para la manifestación de comportamientos que podríamos considerar de riesgo para algunos adolescentes.

Básicamente, esos riesgos que puede entrañar su uso están ligados a lo que, por otra parte, resulta más fascinante de ello: la accesibilidad y lo ilimitado de sus contenidos. A grandes rasgos, *los peligros* estarían asociados a:

- La existencia en algunos casos de un comportamiento, que podríamos llegar a considerar que reúne criterios para considerarse adictivo.
- El hecho de contactar y comunicarse con personas no conocidas, entre las que pueden existir algunas que no siempre se dirigen con intenciones honestas, cuando se trata de la relación con adolescentes. La posibilidad que ofrece la red para mantener el anonimato facilita todo tipo de relaciones, sin que se puedan manejar todas las variables que se dan en la relación personal.
- El acceso a contenidos perjudiciales, como puedan ser los relacionados con la difusión de escenas de violencia, entendiendo ésta como divertimento, el sexo, en cuanto a prácticas ilegales o perversas, y la transmisión de información con fines manipulativos sobre el comportamiento del adolescente.

Estos apartados no tienen por qué ser incompatibles unos de otros, por el contrario, en ocasiones encontramos adolescentes que realizan un uso del ordenador en el que se incluyen casi de forma sistemática los tres tipos de situaciones.

Como decíamos anteriormente, si bien esos contenidos circulan libremente por la red, unos adolescentes tienden más que otros a buscarlos, a participar no sólo como espectadores ante las imágenes o los mensajes,

sino a formar parte activa en ese entramado de relaciones y a trasladar a su vida cotidiana comportamientos dirigidos o influenciados por ellos.

Deberíamos preguntarnos entonces, acerca de cómo un avance tecnológico de tan reciente implantación en nuestras vidas, ha llegado a adquirir la categoría de necesidad. También qué vacíos emocionales viene a cubrir y por qué esas experiencias son vividas de forma tan placentera, que llegan al extremo de crear auténticos estados de ansiedad si desaparecen bruscamente.

Tanto el uso de teléfonos móviles como la posibilidad que abre estar en contacto con otros de forma tan inmediata, han procurado un modelo nuevo de comunicación, no personal, que refuerza, aunque de forma virtual en ocasiones, flancos por los que se cuelean grandes enemigos del adolescente, tales como la soledad y la espera.

La posibilidad de estar conectado a otros, casi de forma ininterrumpida, defiende de la soledad, porque recordemos que para el adolescente el necesario encuentro consigo mismo, con sus temores, sus recuerdos, su pasado, sus proyectos, no resultará una tarea fácil. Lo curioso de este ansia frenética por estar conectado, es que casi siempre se realiza como actividad ajena a los padres, pero se vive con la misma necesidad de no sentirse abandonado, con que se sentían las ansiedades de la infancia.

Es por ello que cuando adolescentes enganchados al uso de Internet o del teléfono móvil ven bruscamente interrumpida esta vía, pueden llegar a tener verdaderas reacciones de furia e incluso de agresividad. Nos recuerdan en algunos aspectos a las rabietas de los dos años, cuando era tan difícil soportar la frustración y daba tanto miedo quedarse solo.

De una edad a otra cambia la vía de la que se espera la satisfacción y, por supuesto, el calibre de la respuesta cuando no se encuentra, pero en muchos casos se mantienen similitudes en su manifestación y la misma carga en cuanto a emociones. Esa traslación de ansiedades de un momento de la vida a otro y cuyos antecedentes encontramos en la infancia, hacen referencia al acervo de recursos con los que el adolescente cuenta para resolver conflictos, que en este momento de su vida serán reeditados a través de nuevas experiencias.

Se escucha frecuentemente hablar de los chicos y chicas enganchados a Internet, como tendentes al aislamiento, siendo la conexión a la red,

el único vehículo de intercambio con otros. No siempre es así, también pueden sentirse fuertemente atraídos por esta forma de comunicación, adolescentes con relaciones personales de calidad. Sin embargo, la naturaleza virtual del contacto y de lo que se transmite a través de la pantalla ofrece una vía excelente para establecer relaciones basadas en elementos imaginarios más o menos ajenos a la propia realidad.

Un adolescente (no es privativo de los adolescentes este tipo de actuación) puede contactar con otra persona y mostrar una imagen de sí mismo acorde con un ideal, y manejarse con él sirviéndose de una identidad «a medida» para esos intercambios. De esa forma intentará captar la atención del interlocutor, representando de ese modo situaciones acordes sólo con sus deseos. El anonimato permite recrear una fantasía en la que la realidad pueda ser inventada.

En los adolescentes en general, el objetivo no suele ser engañar a otros. Si esto ocurriese, casi siempre sería secundario al interés de satisfacerse a sí mismo, a través de una imagen en la que proyectar sus deseos acerca de cómo ser, ocultándose tras ella. Esta expresión de dominio sobre quién se quiere ser satisface la necesidad de controlar lo que otros pueden ver o pensar acerca de uno mismo, asegurándose la aceptación.

Hablábamos de la virtualidad de la relación, que puede llegar a producirse a través de Internet. Podríamos llegar a pensar que muchos adolescentes se suplantán a sí mismos, mostrando lo que se desea que otro perciba y sólo eso. También ocurre que la posibilidad de mantener una comunicación con otra persona, a través del ordenador, permite a muchos adolescentes expresar lo que no sería posible hacer cara a cara. La desinhibición en estos casos queda facilitada por la no presencia física del interlocutor. La presencia se hace equivalente a realidad, y la realidad en el adolescente limita, coarta y se intenta evadir de múltiples formas, a veces imponiendo sobre ella fantasías o imaginaciones que fugazmente puedan sustituirla.

En los casos de adolescentes con graves problemas de relación, Internet se convierte en el único medio de sentirse en comunicación y, por tanto, en el refugio donde protegerse de la soledad y esconderse de sí mismo. El riesgo que entrañan algunos contenidos que se difunden por la red tiene que ver con su carácter disruptivo y el ajuste personal del adolescente.

La curiosidad sexual típica le llevará a buscar páginas en las que poder satisfacerla, pero también es cierto que un adolescente normal no buscará compulsivamente presenciar escenas de prácticas sexuales basadas en contenidos perversos. En estos casos podríamos pensar que la accesibilidad de las imágenes es la causa de esos comportamientos, pero, por el contrario, la realidad nos muestra cómo la búsqueda y el disfrute con aquéllas corresponden a factores anómalos de personalidad, que encuentran un vehículo como Internet para manifestarse.

Escenas de violencia dedicadas a gozar con ellas, o las comentadas anteriormente en torno a la sexualidad, producirán rechazo y malestar en un adolescente normal. La reactivación de la agresividad y sexualidad, propias del momento evolutivo, requerirán, en un desarrollo normal, de una nueva configuración. Pero ésta deberá estar alejada de la compulsión psicopática y el goce perverso.

Buscando emociones

Existen otras formas de exponerse al riesgo a través de comportamientos donde la búsqueda del peligro es el principal aliciente y que en su máxima expresión cobran carácter delictivo. Nos referimos, por ejemplo, a la conducción de motos y automóviles de forma temeraria o a juegos en los que se pone uno mismo o a otros en peligro. En general, son conductas que buscan un grado de emoción ligada a la sensación de estar en peligro, aunque sea de muerte. Ese impulso es el que les confiere tal poder destructivo, hacia sí mismo o hacia otros.

Sirva para ejemplificar lo anterior, los casos tristemente conocidos de conductores jóvenes que circulan en carreteras en sentido contrario o sin permiso de conducir, la utilización de determinados juegos de rol traspasando la frontera de lo que separa la imaginación de la realidad o el hecho de cometer delitos a modo de proeza.

En ocasiones, hay un aliciente económico en forma de apuestas, pero no siempre es así. En los adolescentes implicados en este tipo de actividades encontramos otra serie de motivaciones que tienen más que ver con su funcionamiento personal que con el premio, si lo hubiere, para correr esos riesgos. Es frecuente que cometan estos actos bajo los efectos de las drogas, ya que éstas contribuyen a maximizar la propia

imagen, hasta convertirla en omnipotente, sin límites ni fisuras y, a veces, de eso se trata. En otras ocasiones son verdaderos retos a la muerte, incluso se la busca. El riesgo soportable se convierte en un indicador de valía personal, es la prueba de tasación en la que el chico o la chica se juegan su imagen, y eso parece ser mucho más trascendental que su propia vida.

Aunque pueda parecer paradójico, subyace la idea de que ponerse en peligro salva de algo. Esto sólo puede tener sentido en la medida en la que lo que el chico o la chica sienten realmente en peligro es su supervivencia psicológica, y estas estrategias le asegurarán frente a esa amenaza. Es fácil entender desde aquí lo difícil que resulta para estos chicos tomar contacto consigo mismos, ya que esas defensas tan férreas y autodestructivas son el mecanismo de protección frente a lo insoporrible de su mundo interno, del que hay que huir, callarlo o matarlo.

Rafa tiene 17 años, participa los sábados por la noche en carreras de coches con unos cuantos amigos. No tiene carné de conducir. Según él, son los demás los que proporcionan los coches y él no sabe de dónde los sacan. Las carreras suelen realizarse de madrugada, al salir de la discoteca.

Cuando se le pregunta acerca de qué busca en ese tipo de competición, dice: «Nada, es un juego, si tuviera pelas sería corredor de Fórmula 1, pero como no puedo, pues me divierto así... De algo hay que morirse ¿no?, pues mejor haciendo algo que te gusta... Cuando vas al volante eres Dios, la gente normal como tú, no tiene ni idea... Es que mis colegas flipan conmigo y yo con ellos...».

Rafa cuenta esto a la psicóloga del Centro de Reforma donde está internado, tras haber sufrido un accidente, si se puede llamar así para él. Desde luego, sí lo fue, y grave, para la persona que conducía otro coche y pasó por el lugar donde se realizaba esa carrera. Por supuesto, Rafa no podría sentir emociones similares ni medirse a sí mismo a través de divertimentos sin este grave riesgo.

Ya el hecho de no poder divertirse como cualquier otro adolescente, con juegos en los que medirse sin ponerse en riesgo, disfrutando de una relación placentera con iguales, sin necesidad de ese armamento defensivo, nos parece equivalente a padecer una mutilación. No en su cuerpo, que es al que él gusta poner en peligro, sino en todo él, en su identidad.

Sectas

La *influenciabilidad* del adolescente es otro de los factores que con mayor frecuencia se asocian a la práctica de conductas de riesgo. Se considera al grupo de iguales como uno de los agentes con mayor poder de persuasión, sin embargo, existen otras vías por las que algunos adolescentes «resuelven» sus inseguridades e incertidumbres, sustituyéndolas por *certezas incuestionables*. Nos referimos al poder que pueden ejercer sobre el psiquismo adolescente determinados grupos ideológicos y sectas. Si bien los podemos hablar de algunas características que tradicionalmente se han asociado a los posibles adeptos de estos grupos, también es cierto que las estrategias de captación dirigidas a adolescentes incluyen un buen conocimiento sobre la vulnerabilidad de algunos de ellos.

En términos generales, lo que el grupo sectario ofrece al adolescente es una solución completa a la cuestión de su identidad, de ahí que sean adolescentes y jóvenes a quienes van dirigidas fundamentalmente las maniobras de captación. Se constituye en respuesta a todas las dudas, marcando una pauta de conducta donde no cabe la relatividad. Está completamente diferenciado lo que se debe de lo que no, pero no sólo a comportamientos, también en cuanto a sentimientos y pensamientos.

Estas organizaciones suelen dispensar una acogida seductora que hace creer al adolescente que más allá de ser aceptado, es amado y necesitado por el grupo, y será allí donde verá satisfechas todas sus necesidades afectivas. De ahí que generen la sensación de poder, en la medida en la que se forma parte de él. Dicho poder se extiende a la vida y a la muerte, al presente y al futuro. El adolescente queda así instalado en un *pensamiento mágico*, similar al de etapas anteriores del funcionamiento psicológico, con la alteración que esto supone en la percepción y manejo de la realidad.

Como vemos, puede resultar una oferta cautivadora para un individuo, que duda de quién es, que ve todo su entorno y a sí mismo sometido a cambios, que experimenta sensaciones de descontrol, y que se debate entre la omnipotencia infantil y la potente realidad. Todas estas turbulencias, más o menos típicas de la adolescencia, pueden no ser tolerables por chicos o chicas cuya fragilidad o psicopatología les hacen

proclives a buscar un nuevo sistema en el que integrarse, separándose y renegando totalmente del suyo.

Este sistema regido por términos absolutos no deja lugar para dudas o ambivalencias, o mejor dicho protege de ellas. El adoctrinamiento para la pertenencia a este tipo de organizaciones requiere uniformidad y total obediencia, sintiendo como diferentes a los ajenos al grupo. Participar de idénticos pensamientos, ideales, sentimientos, que el resto de los miembros, puede convertirse en el único soporte existencial, sin que exista lugar para lo particular o único de cada individuo.

Hemos escuchado a veces la palabra «desprogramar», referida a las terapias especializadas dirigidas a hacer salir a los individuos de este tipo de grupos. Este término resulta de lo más plástico a la hora de explicar la abolición de lo individual, como núcleo del funcionamiento sectario.

En definitiva, estos grupos ofrecen una identidad colectiva a quien, no pudiendo desarrollar una propia, se sirve de ella, sintiendo que de esa forma satisface su necesidad de ser.

CAPÍTULO 10

UNA REFLEXIÓN FINAL

La vida es ese querer
hambriento y sin reposo.

H. HENRY

A lo largo de este trabajo se han intentado abordar los aspectos fundamentales que aportan especificidad a la adolescencia, entendiendo ésta en su vertiente de cambio necesario para el crecimiento y desde una óptica relacional. Se ha insistido, incluso a costa de parecer reiterativo, sobre lo que es, a nuestro juicio, el hilo conductor del transcurso vital: *el proceso de individuación*.

En el camino que va desde la indiscriminación respecto a la figura materna hasta la consecución de los logros madurativos, que permiten al individuo sentirse único, diferenciado y autónomo, se producen multitud de movimientos que requieren e integran tanto el desarrollo físico como el psicológico, cognitivo y social.

Si bien no existe ningún momento vital que pueda considerarse como la meta en este recorrido, el paso por la adolescencia, con su gran complejidad y con la cantidad de factores implicados, dejará impreso un valor determinante, que resultará especialmente decisivo más allá de este periodo.

Asimismo, se ha hecho hincapié en considerar el desarrollo bajo el prisma de la *continuidad*, no entendida ésta como lineal, sino en cuan-

to a la nueva configuración que en la adolescencia adquieren las estructuras psicológicas y relacionales, provenientes ya de la infancia.

No obstante, si hubiera un eje que pudiera atravesar toda la reflexión realizada, sería la concepción de adolescencia como *cambio*, con lo que implica de deseos, conflicto, miedos, pérdidas y logros. El cambio es propiciado, de forma fundamental, por la emergencia de la *sexualidad*, pero no se produce sólo por dicha emergencia, sino por la potente repercusión que este acontecimiento tiene en todas las esferas de su ser. Se hará necesario experimentar dicho impacto, para que adquiera la dimensión de crisis y pueda dar paso a un proceso de transformación. En caso contrario quedará anegado el terreno para el avance personal y éste se verá seriamente empobrecido. La crisis adolescente se convertirá así en el paradigma del cambio necesario para avanzar.

No existe, por otra parte, un proyecto personal comparable al que se presenta en la adolescencia: la consecución de la *identidad*. De hecho, y a no ser que se hayan vivido circunstancias especialmente desfavorecedoras, la adolescencia se contempla desde los adultos con cierta envidia. Esta circunstancia está propiciada tanto por la vitalidad que la acompaña como por representar el momento por excelencia de las alternativas, de la diversidad de caminos que se abren y están por recorrer. Necesariamente, y con el tiempo, la elección de unos implicará la renuncia del resto.

Frente a la fuerza con la que irrumpen los deseos del adolescente, aparecerán temores ante lo desconocido y, por supuesto, resistencias al cambio. Será necesario un tiempo de turbulencias, más o menos desestabilizadoras, para identificar el rumbo correspondiente. Las grandes potencialidades que despliega y conquista el adolescente, a nivel físico, intelectual, social, etc., permiten una nueva construcción de su *personalidad* y, con ella, un enlace también diferente con la realidad y una modificación en sus vínculos relacionales.

Salvando las distancias, vemos cierto paralelismo entre la crisis adolescente, desde su dimensión de proyecto vital y otros proyectos que conllevan renovación y desarrollo en otros ámbitos. Es evidente que no todo lo que se desea es factible y que, irremediabilmente, también los deseos están sometidos a un criterio de realidad para poder ser realizados. Las pretensiones de los adolescentes son tachadas en abundantes ocasiones, de «vivir en la luna», «no tener los pies en la tierra» o «tener

la cabeza llena de pájaros». Muchas veces, porque serán ideas poco o nada factibles, pero otras, por lo que suponen de «impensable», dado su carácter novedoso e inesperado. Sin embargo, también es cierto que muchas ideas tratadas en su momento como locuras, han sido el germen de grandes hallazgos, trascendentes movimientos sociales y, por supuesto, el origen de importantes corrientes artísticas. Queda manifiesta así la necesidad de una ruptura para la creación, en un sentido amplio.

El proyecto inherente al proceso adolescente, es decir, el de convertirse en adulto, está repleto de aspectos que en gran medida pueden ser catalogados de descubrimiento, revolución y, también, de *acto creativo*.

Se ha hablado extensamente de la repercusión que en el entorno del adolescente, sobre todo el familiar, tienen sus cambios, produciendo una movilización de todo su campo de relación, en una especie de efecto dominó que no deja a nadie impasible. En estas circunstancias, es posible que los adultos, sobre todo tratándose de los padres, experimenten un deseo de protección y evitación de riesgos para el chico, aspecto que será beneficioso para éste siempre que se plasme en actuaciones proporcionadas.

Pero, en otra línea, también podríamos pensar que la resistencia al cambio hace acto de presencia a través de comportamientos que, tomando la apariencia de límite, obedecen más a una vivencia de falta de control en el adulto. Se pierde el control sobre el hijo y sobre uno mismo al constatar esa realidad.

De esta manera, tanto en los padres como en el adolescente, aunque con versiones bien diferentes, aparece una percepción de ingobernabilidad respecto a lo que le ocurre, que produce cierto miedo en ambas partes. Desde la perspectiva de los adultos, el contacto con lo original que aporta el adolescente, conlleva una carga de emocionalidad, a veces desbordante y no fácilmente reconocible por ellos mismos, en una especie de *mimetismo* con el propio adolescente. Así, las emociones toman un énfasis llamativo para toda la familia.

En cierta forma, el temor de los padres hacia esas «fantasías» que expresa el adolescente sería equiparable al miedo de éste ante sus propios cambios. Ambos temores estarían anclados a su vez en el mismo punto: *la separación necesaria para el crecimiento*.

Desde esta perspectiva, la fuerza con la que irrumpe el cambio en el adolescente, puede ser vivida en sí misma como transgresora. Posiblemente no pueda ser de otra manera, ya que cada una de las generaciones está marcada, además de por la diferencia de edad, por los efectos del momento histórico y cultural en que ha vivido, con la repercusión que esto tiene sobre la persona en su totalidad.

Por la misma razón, podríamos preguntarnos sobre la posibilidad de un progreso, a muy diferentes niveles, si los códigos culturales, la forma de entender la realidad, los gustos y las aspiraciones fueran los mismos y, seguramente, la respuesta no resultaría sugestiva de avance.

Para finalizar, resaltar que la posibilidad por parte del adolescente de elaborar hipótesis y teorías explicativas, tanto de lo que le ocurre a él mismo como a los demás, le permite avanzar en un camino de *indagaciones y búsqueda* de conocimientos, que se extiende a otras muchas esferas en las que se desenvuelve.

En este proceso, compara, encuentra contradicciones y se hace crítico. Empieza a construir diferentes teorías, que dan sentido a la particular comprensión que él va alcanzando y que permiten la adquisición del deseado *sentimiento de identidad* que, por otra parte, ni comienza ni termina en la adolescencia.

BIBLIOGRAFÍA

- ACHOTEGUI, J. (2004): «Emigrar en situación extrema: el Síndrome del inmigrante con estrés crónico y múltiple (Síndrome de Ulises)». *Revista Norte de Salud Mental*, 21, pp. 39-52.
- ADAMS, G. R., BERZONSKY, M. D. (eds.) (2003): *Adolescence*. Blackwell, Londres.
- AGUIAR, L. y NUSIMOVICH, M. (1996): «Separación matrimonial y segundos matrimonios». En *La pareja. Encuentros, desencuentros y reencuentros*, Janine Puget (comp.): Buenos Aires, Paidós.
- AGUILAR, J. M. (2004): «*Síndrome de Alienación Parental*». *Hijos manipulados por un cónyuge para odiar al otro*. Córdoba, Almuzara.
- AJURIAGUERRA, J. (1979): *Manual de Psiquiatría infantil*. Barcelona, Toray Masson.
- ALI, S. (1974): *El cuerpo, el espacio y el tiempo*. Buenos Aires, Amorrortu.
- ANTHONY, J. y BENEDEK, T. (comps.) (1983): *Parentalidad*. Buenos Aires. Amorrortu.
- AULAGNIER, P. (1977): *La violencia de la interpretación*. Buenos Aires, Amorrortu.
- ÁVILA, A. y VIVAR, P. (2004): «Psicoterapia Psicoanalítica con adolescentes: su grupo familiar y el proceso psicoanalítico». *Revista de Psicoterapia y Salud Mental del Niño y del Adolescente*, 4.
- BALLANO, F. y ESTEBAN, A. (2004): *Promoción de la Salud y Apoyo Psicológico al Paciente*. Madrid, Editex.

- BARRAQUER, L. (2003): «Unidad psicobiológica humana y su estructuración desde la primera infancia». *Revista de Psicopatología y Salud Mental del Niño y del Adolescente*, 1, pp. 71-80.
- BLEICHMAR, H. (1976): *La depresión: Un estudio psicoanalítico*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- (1997): *Avances en Psicoterapia Psicoanalítica. Hacia una técnica de intervenciones específicas*. Barcelona, Paidós. Colección Psicología, Psiquiatría, Psicoterapia.
- BLEICHMAR, S. (2005): *La subjetividad en riesgo*. Buenos Aires, Topía.
- BLOS, P. (1970): *Los comienzos de la Adolescencia*. Buenos Aires, Amorrortu.
- (1981): *La transición adolescente*. Buenos Aires, Amorrortu.
- BOSCHAN, P. J. (1999): «Encrucijadas teórico-clínicas en psicopatología». *Revista de Psicoanálisis*, 1, abril. www-AperturasPsicoanaliticas.es.
- BOSZORMENYI-NAGY, I. y SPARK, G. (1983): *Lealtades invisibles. Reciprocidad en Terapia Familiar Intergeneracional*. Buenos Aires, Amorrortu.
- BRACONNIER, A. (1997): «Emergencias ansiosas en la adolescencia». *Cuadernos de Psiquiatría y Psicoterapia del Niño y del Adolescente*, 23-24, pp. 61-66.
- BRUSSET, B. (1990): «La anorexia mental en las adolescentes». En *Tratado de Psiquiatría del niño y del adolescente*. Madrid, Biblioteca Nueva.
- BURNS, R. B. (1990): *El autoconcepto. Teoría, medición, desarrollo y comportamiento*. Bilbao, EGA.
- CAMARASA, E. (2005): «Adolescencia y autoestima». En *Actualizaciones en Psicología y Psicopatología de la Adolescencia*. Bellaterra, Edelmira Doménech-Llaberia (ed.). Universidad Autónoma de Barcelona. Servei de Publicacions.
- CID, M. y PÉREZ GALDÓS, S. (coords.) (2006): *La adopción. Un tema de nuestro tiempo*. Madrid, Biblioteca Nueva. Colección Psicoanálisis.
- COBO, C. (1992): *La depresión infantil. Del nacimiento a la adolescencia*. Madrid, Temas de Hoy.
- CUBERO, P. (2005): *El grupo paranoide*. Barcelona, Experiencia.
- CHINCHILLA, A. (1994): *Anorexia y Bulimia nerviosas*. Madrid, Ergón.
- DOMÉNECH-LLABERIA, E. (ed.). (2005): *Actualizaciones en Psicología y Psicopatología de la Adolescencia*. Bellaterra, Universidad Autónoma de Barcelona. Servei de Publicacions.
- DOWLING, E. y OSBORNE, E. (1996): *Familia y Escuela. Una aproximación conjunta y sistémica a los problemas infantiles*. Barcelona, Paidós.
- ELSON, M. (comp.) (1990): *Los Seminarios de Heinz Kohut. Sobre psicología del psicoanálisis y psicoterapia con adolescentes y adultos jóvenes*. Buenos Aires, Paidós.
- ESPINA, A. (comp.) (1995): *Problemáticas familiares actuales y terapia familiar*. Valencia, Promolibro.
- FERNÁNDEZ MOUJAN, O. (1982): *Abordaje teórico y clínico del adolescente*. Buenos Aires, Nueva Visión.

- GORALI, V. (comp.) (2000): *Estudios de anorexia y bulimia*. Buenos Aires, Atuel-Cap.
- GRINBERG, L. y GRINBERG, R. (1980): *Identidad y Cambio*. Barcelona, Paidós.
- y — (1984): *Psicoanálisis de la Migración y del Exilio*. Madrid, Alianza Editorial.
- ; SOR, R., y TABAR DE BIANCHEDI, E. (1991): *Nueva introducción a las ideas de Bion*. Madrid, Tecnipublicaciones.
- HALFON, O. (1998): «¿Cómo tratar los rechazos de cuidados de los adolescentes?». *Cuadernos de Psiquiatría y Psicoterapia del niño y del adolescente*, 26, pp. 87-106.
- HAYEZ, J. Y. (2001): *La destructividad en el niño y el adolescente. Clínica y seguimiento*. Barcelona, Herder.
- HERNÁNDEZ, M. (2005): «El cuerpo, escenario de pérdidas y duelos adolescentes». En *Aportaciones del Psicoanálisis a la comprensión de la adolescencia*. Zaragoza, Certeza, pp. 83-102.
- HORNSTEIN, L. (1991): *Cuerpo, Historia, Interpretación*. Barcelona, Paidós.
- JEAMMET, P. (2002): «La violencia en la adolescencia: una respuesta ante la amenaza de identidad». *Cuadernos de Psicoterapia del Niño y del Adolescente*, 32-33, pp. 59-91.
- JIMÉNEZ, A. (2003): «Reflexiones sobre algunos trastornos de conducta y de hiperactividad en la infancia». *Revista de Psicopatología y Salud Mental del Niño y del Adolescente*, 2, pp. 21-32.
- KÄES, R., FAINBERG, H. y otros (1996): *Transmisión de la vida psíquica entre generaciones*. Buenos Aires, Amorrortu.
- KÄES, R. y otros. (1998): *Sufrimiento y Psicopatología de los vínculos institucionales*. Barcelona, Paidós. Colección Grupos e Instituciones.
- KANCYPER, L. (1985): «Adolescencia y a posteriori». *Revista de Psicoanálisis*. Tomo XLII, 3, pp. 535-546.
- KAPLAN, L. J. (1991): *Adolescencia. El adiós a las infancia*. Buenos Aires, Paidós.
- KERNBERG, O. F. (1988): *Trastornos graves de la personalidad*. México, Manual Moderno.
- KERNBERG, P., WEINER, A. y BARDENSTEIN, K. (2002): *Trastornos de la personalidad en niños y adolescentes*. México, Manual Moderno.
- KREISLER, L. (1977): *El niño y su cuerpo. Estudios sobre la psicopatología de la infancia*. Buenos Aires, Amorrortu.
- (1985): *La desorganización psicopatológica en el niño*. Barcelona, Herder.
- LASA, A. (2003): «Experiencias del cuerpo y construcción de una imagen corporal en la adolescencia: vivencias, obsesiones y estrategias». *Revista de Psicopatología y Salud Mental del Niño y del Adolescente*, 2, pp. 53-73.
- LAUFER, M. (1998): *El adolescente suicida*. Madrid, Biblioteca Nueva.
- LENARDUZZI, H. (2005): *Entre Biología y Cultura: Un estudio de la psicopatología en la infancia y la adolescencia*. Buenos Aires, Biblos.

- LEVOVICI, DIADTKINE, SOULÉ (1995): *Tratado de Psiquiatría del Niño y del Adolescente*. Madrid, Biblioteca Nueva.
- LIBERMAN, D. (1982): *Del cuerpo al símbolo. Sobreadaptación y enfermedad somática*. Buenos Aires, Kargieman.
- LUTTE, G. (1991): *Liberar la adolescencia*. Barcelona, Herder.
- MACHARGO, S. (1991): *El profesor y el autoconcepto de sus alumnos*. Madrid, Escuela Española.
- MANNONI, O., DELUZ, A., GIBELLO, B. y HEBRARD, J. (1994): *La crisis de la adolescencia*. Barcelona, Gedisa.
- MARTÍNEZ TUYA, M. (1999): *Adolescentes Vs. Padres y Educadores*. Madrid, Bartleby Editores.
- MARTY, P. (1963): *L'investigation psychosomatique*. Presses Universitaires de France.
- MAZET, Ph. y HOUZEL, D. (1981): *Psiquiatría del Niño y del Adolescente*. Barcelona, Ed. Médica y Técnica.
- MICUCCI, J. A. (2005): *El adolescente en la Terapia Familiar. Cómo romper el ciclo del conflicto y el control*. Buenos Aires, Amorrortu.
- MIRABENT, V. (2005): «Adopción Internacional: Preparación e Idoneidad. La experiencia de un Equipo». *Revista de Psicopatología y Salud Mental del Niño y del Adolescente*, 6, pp. 73-84.
- MISES, R. (2000): «Actualidad en las patologías límite en el niño». *Cuadernos de Psiquiatría y Psicoterapia del Niño y del Adolescente*, 30, pp. 5-19.
- MONTSERRAT, A. (2005): «Adolescencia y grupos». En *Aportaciones del Psicoanálisis a la comprensión de la adolescencia*. Zaragoza, Certeza, pp. 135-153.
- MUÑOZ-RIVAS, M., GRAÑA, J. L. y CRUZADO, J. (2000): *Factores de riesgo en drogodependencias: consumo de drogas en adolescentes*. Sociedad Española de Psicología Clínica, Legal y Forense. Proyecto financiado por la Dirección General de Investigación de la Comunidad Autónoma de Madrid.
- MUSITO, G.; BUELGA, S. y otros (2004): *Familia y Adolescencia*. Madrid, Síntesis.
- OLMOS, T. (2000): «La actuación como expresión de una perturbación en la construcción de la identidad». *Cuadernos de Psiquiatría del Niño y del Adolescente*, 30, pp. 21-35.
- OLMOS, T. (2002): «La encrucijada adolescente». *Revista de Psicoterapia y Psicopatología*, 50, pp. 9-18.
- PALACIOS, E. (comp.) (2005): *Aportaciones del psicoanálisis a la comprensión de la adolescencia*. Zaragoza, Certeza.
- PEDREIRA, J. L. (2001): «La clínica psicopatológica en la adolescencia». *Revista de Psiquiatría y Psicología del Niño y del Adolescente*, 3, pp. 26-51.
- QUIROGA, S. E. (1998): *Patologías de la autodestrucción. Suicidio. Violencia Familiar. Adicciones*. Buenos Aires, Publikar.
- RODRÍGUEZ SACRISTÁ, J. (ed.) (1995): *Psicopatología del Niño y del Adolescente*. Tomos I y II. Sevilla, Universidad de Sevilla. Secretariado de Publicaciones.

- SALVADOR SÁNCHEZ, I. (2002): «La emigración como proceso de duelo». *Revista de la A.E.N.*, 82, pp. 57-64.
- SCHMID-KITSIKIS, E. (2000): *La Pasión Adolescente*. Valencia, Promolibro.
- SELVINI PALAZZOLI, M., CIRILLO, S., SELVINI, M. y SORRENTINO, A. M. (1999): *Muchachas anoréxicas y bulímicas*. Barcelona, Paidós.
- (1990): *Al frente de la Organización*. Barcelona, Paidós.
- y otros (1986): *El Mago sin magia*. Barcelona, Paidós.
- SERRANO, J. J. (2005): «Adolescencia y adicciones». En *Aportaciones del Psicoanálisis a la comprensión de la adolescencia*. Zaragoza, Certeza, pp. 43-55.
- STERN, D. N. (1997): *La constelación maternal*. Barcelona, Paidós.
- TARÍN, M. y NAVARRO, J. J. (2006): *Adolescentes en riesgo*. Madrid, CCS.
- TORRÁS DE BEA, E. (1991): *Entrevista y Diagnóstico*. Barcelona, Paidós.
- (2002): «Grupos de adolescentes». *Cuadernos de Psiquiatría y Psicoterapia del Niño y del Adolescente*, 33/34, pp. 135-147.
- TUBERT, S. (1982): *La muerte y lo imaginario en la adolescencia*. Madrid, Saltés.
- (2001): *Deseo y representación*. Madrid, Síntesis.
- UGAZIO, V. (2000): *Historias permitidas, historias prohibidas*. Barcelona, Paidós.
- UTRILLA, M. (1998): *¿Son posibles las Terapias en las Instituciones? Estudio Situacional*. Madrid, Biblioteca Nueva.
- WAGNER, A. (coord.) (2003): *La transmisión de modelos familiares*. Madrid, CCS.
- ZUBIRI, J. (1980): *Inteligencia sentiente*. Madrid, Alianza Editorial.

ÍNDICE ANALÍTICO

- acoso escolar, 126
- agresividad, 45, 127, 154, 173, 196, 205-207, 209, 235, 251, 282, 303, 305
- anorexia, 170, 181, 186-188, 194, 197
- ansiedad, 20, 25, 66, 75-76, 79, 86, 130, 151-154, 156, 169, 177, 180, 191-192, 198, 200, 210, 224, 251, 258, 266-267, 293, 303
- Atención Primaria, 156, 231-234
- autoconcepto, 27, 37, 144, 243
- autodestructivo, 189, 278, 290
- autoestima, 18, 27, 37, 49, 63, 76, 118, 131-132, 134-135, 144, 148, 197, 207-208, 225, 243, 268-269, 297
- autolítico, 155, 161-163
- bulimia, 186-188, 197
- conductas
 - actuadoras o actuaciones, 275
 - de riesgo, 25, 45, 155, 271, 275-281, 283-286, 288, 297, 307
 - disruptivas, 212, 229, 250
 - trastornos de (véase trastornos de conducta)
- crisis, 11-12, 15, 20, 26-29, 57, 58, 60, 64, 71, 74, 119, 135, 145, 157, 159, 165, 167, 250, 310
- despersonalización, 44, 168
- dinámica
 - familiar, 59, 64-65, 73-74, 125, 163-164, 178, 192-193
 - grupal, 94, 98, 100, 105, 126, 201, 211, 215-216, 218, 224, 228-229
 - patológica, 236
- drogas, 29, 36, 57, 127, 155, 162, 221, 256, 276-277, 282, 286, 289-290, 292-294, 305
- embarazo, 29, 69, 81-84, 180, 296, 298-301
- estados internos, 170, 275, 280

factores

protectores, 17, 165, 240, 284
de riesgo, 17, 155, 162-163, 275, 279

familias monoparentales, 69, 77, 84

fobia

agorafobia, 154
dismorfofobia, 154, 180-181
escolar, 154

funciones paternas, 19, 58, 75, 80, 86-87

grupo

funcionamiento de, 91, 123, 193, 214-215
de trabajo, 223

herencia

biológica o genética, 70, 96
entre generaciones, 138
psicológica, 86, 96

hipocondría, 154, 176-179

imagen, 11, 18, 22, 24, 31-32, 36-43, 45-52, 56, 95, 101, 117, 120, 125, 130, 135, 143-145, 167, 177, 181-184, 188-190, 198, 202, 243, 246, 251, 263, 272-273, 277, 281, 283, 288, 291-293, 296-297, 304, 306

inadaptación social, 203

inhibición, 22-24, 122, 133, 141, 154, 263, 298

integración, 32, 38, 73, 163, 170, 207-208, 214, 220, 221, 225-226, 243-245, 257, 264, 268-269, 278

límites, 11, 15, 23-25, 44-45, 53, 58, 60, 68-70, 77, 80, 82, 89, 93, 115, 134, 158, 201, 203-204, 207-209, 225, 229-230, 234-235, 250, 254, 268, 277, 279-280, 282, 284, 298, 300, 306

marginalidad, 124, 203, 242, 264, 286
monoparentalidad, 74-76

omnipotencia, 44-45, 48, 103, 146, 231, 281, 307

parentalidad, 58, 60, 62, 64, 86, 242

parentalización, 87-88

personalidad, 13, 17, 25-26, 33, 35, 54, 57-59, 62, 85-86, 118-119, 127, 134, 152-153, 162, 179, 193, 208, 213, 235, 257, 278, 294, 297-299, 305, 310

salud mental, 69, 231

sexualidad, 43, 49, 70, 77, 95, 108-109, 111, 142-143, 152, 156, 190, 261, 294-297, 299-301, 305, 310

situación de riesgo, 240, 300

suicidio, 45, 155-156, 162, 164-165, 173, 300

trastornos

de la alimentación, 39-41, 50, 170, 185-190, 192-193, 197

de conducta, 24, 73, 133, 201-203, 205-206, 208, 211-214, 218, 223-224, 226, 229-231, 234-235

emocionales, 130, 133, 135, 193, 211
psicosomáticos, 171-172, 198

unidad psicobiológica, 171

violencia, 12, 61, 114, 123-124, 126-127, 163, 173, 192, 243, 275, 281, 302, 305

vulnerabilidad, 27, 126, 162, 171-172, 178-179, 275, 279, 293, 307

